

Selecta

*Sin
compromiso*

Laimie Scott



Sin compromiso

Laimie Scott

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Ni la ausencia, ni el tiempo son nada cuando se ama
Alfred de Musset (1810-1857) Poeta francés

Capítulo 1

Gabriella miraba de manera fija y enigmática la pantalla de su portátil. Sus ojos apenas si eran visibles, ya que los mantenía entrecerrados. Asentía de manera lenta y se mordía el labio inferior sin variar su postura, hasta que emitió un gruñido y se recostó sobre su sillón de cuero. Pero en ningún momento apartó su atención de la pantalla o, mejor dicho, del contenido que aparecía en esta. Garabateó algo sobre un folio antes de llevarse el bolígrafo a su boca para mordisquearlo. Su concentración ni si quiera se vio interrumpida por el repiqueteo en la puerta abierta del despacho. Gabriella solía dejarla así para que sus visitas supieran si estaba o no, o bien, ocupada hablando por el teléfono o con alguna persona. De ese modo se ahorra tener que andar pidiendo a la gente que entrara, o incluso levantarse ella a abrir. No alzó la mirada en dirección hacia Silvia, su ayudante, monísima ella con su vestido veraniego de flores y sus sandalias de cuña a juego, acercándose a la mesa.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó contemplando a Gabriella, quien asintió emitiendo un nuevo sonido gutural que daba a entender a Silvia que podía atenderla. Eso sí, sin mirarla—. Venía a comentarte lo de la próxima feria del libro que se celebra en un par de días, aquí, en Bolonia.

—Sí, no soy ajena a las noticias que está generando. Dime, ¿de qué se trata?

—Es sobre si la editorial contará con algunos de sus más reconocidos escritores, bueno, escritoras en este caso.

Gabriella permaneció en silencio unos segundos. Fue entonces cuando se

permitió hacer un leve movimiento con sus ojos hacia Silvia.

—Imagino que Melina y alguien más. Hablaré con ella más tarde. No te preocupes.

—Es por prepararlo todo. La organización ya nos ha asignado el stand en el que nos ubicaremos.

—¿Qué más?

—Por el gesto que pones y la manera de responderme, deduzco que no te hace mucha gracia asistir. Eso y que estás liada con vete tú a saber qué. — Silvia hizo un gesto con el mentón hacia el portátil de Gabriella y luego entornó la mirada hacia esta, quien resoplaba en ese preciso momento.

—No, no, al contrario. Creo que es una oportunidad muy buena para acercar a los lectores a sus autores y, de paso, intentar captar nuevos escritores.

—Sí, este año hay un gran revuelo por la presencia de Estefanía Lambertti.

—Ya, precisamente estaba leyendo sobre ella en la Red —le confesó señalando con el bolígrafo hacia la pantalla.

—Una chica joven que ha comenzado a colgar su historia por capítulos en una red social. Y que se ha convertido en una auténtica locura. No solo en cuanto a seguidores, sino a popularidad.

—Interesante.

—La gente joven la adora.

—Historias para adolescentes.

—Pero de amor, no lo olvides. Y créeme si te confieso que sabe cómo llegar a todos ellos con sus historias. —Había un toque de admiración hacia la escritora por parte de Silvia, pero también de saber de qué estaba hablando.

—Pareces bastante puesta en ella y en su novela —dedujo Gabriella entornando la mirada hacia Silvia—. ¿La has leído?

—Por supuesto.

—Vaya, no sabía que te gustara la novela romántica para chavales —le dijo con un toque de ironía y, hasta cierto punto, rechazo por este género.

—Me gusta la buena literatura en general. Y no hago ascos a ningún género;

ni tan siquiera a la *New Adult*. Género del que la editorial no se ha hecho eco.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres que incorporemos la novela romántica para chavales a nuestra editorial? —Gabriella formuló la pregunta con cierta incredulidad. No había concebido esa posibilidad porque pensaba que la novela romántica era para gente adulta. Y nunca se le había pasado por la cabeza publicar historias de amor para adolescentes con las hormonas por las nubes.

—Hay buenas historias en ese campo y conocidos autores.

—Lo sé, lo sé. Pero... no estoy convencida del todo sobre si sería una buena idea incorporar el género *New Adult* a nuestro catálogo. No creo que tenga mucha aceptación, la verdad. Esas historias de jovencitos que viven su primer amor en el instituto y que solo piensan en el sexo —resumió poniendo los ojos como platos.

—Para empezar te diré que no todas las historias tratan sobre adolescentes de esos a los que acabas de referirte. Algunas se centran en la universidad. Y no piensan solo en el sexo. Pero, ya puestas, ¿en qué pensabas tú cuando estabas en la facultad? Supongo que habría algún compañero o más de uno que te hiciera tilín, ¿no?

—¿Qué tiene que ver lo que yo hiciera en mis años de facultad con estas historias? —preguntó Gabriella tratando de apartar la atención de Silvia de su vida privada durante los años que pasó en la universidad.

—Pues que muchas historias son el fiel reflejo de esos años. Oye, ¿por qué no lees la novela de Estefanía y después valoras si en verdad merece la pena charlar con ella?

—No sé. Tengo mis dudas al respecto.

—Deberías leerla. Y formarte una idea rápida de ella y de sus posibles historias antes de que la feria del libro comience. Ah, y, por cierto, si tú no te lanzas a por ella, tus competidores lo harán. Luego no me digas que no te lo advertí. —Silvia le guiñó un ojo y la apuntó con un dedo antes de marcharse.

Gabriella permaneció con la mirada perdida, meditando lo que su ayudante y

buena amiga Silvia acababa de contarle en relación a Estefanía Lamberti. ¿Merecía la pena leer su novela? ¿Una historia de jóvenes en busca de su primer amor? ¿Su primera experiencia sexual? Gabriella resopló ante aquella perspectiva que se le planteaba. ¿Debería hacer caso a Silvia y leer la historia de esa chica que había saltado a la primera página de los suplementos literarios? Dejó a un lado la entrevista que había concedido a un blog y tecleó su nombre en un buscador. Gabriella se quedó asombrada de la cantidad de entradas que tenía. Se centró en buscar su novela, que parecía haberse convertido en un referente de la moda literaria para jóvenes. *Muchos besos y ningún te quiero*, el título le pareció original, aunque, teniendo en cuenta al público al que iba dirigido, era normal. Los jóvenes no terminaban por comprometerse a esas edades. Por ese motivo ella tenía sus reticencias a esta clase de novela. No habría un compromiso como en las novelas adultas. Aunque suponía que contaría con los ingredientes de la novela romántica tradicional y que al final chico y chica acabarían juntos.

Gabriella leyó la sinopsis y algunos de los cientos de comentarios que los lectores habían dejado a la autora. Pero Gabriella no iba a dejarse sorprender por eso. No. Ni tampoco por las palabras de Silvia. Ella tendría su propia opinión una vez que se hubiera leído la historia. Después de todo, ¿qué tenía que perder?

Giorgio tecleaba de manera distraída cuando su jefe lo llamó.

—Giorgio.

Este levantó la mirada del teclado justo cuando Giulio desaparecía en el interior del despacho después de haberle hecho un gesto con su mano para que lo siguiera. Cuando Giorgio entró, Giulio estaba sentado detrás de su mesa, revolviendo algunos papeles como si buscara alguno en concreto. Tras unos segundos le tendió uno en cuestión.

—Echa un vistazo.

Giorgio hizo lo que le pedía y se sentó con el folio en la mano. Se trataba de una noticia referente a la próxima feria del libro de Bolonia, que comenzaría en unos días. Pero el titular se hacía eco de una joven: Estefanía Lambertti.

—¿Qué quieres que haga con esto?

—Estefanía Lambertti estará presente en la feria del libro.

—Ya lo leo.

—Bien, quiero que consigas una reunión con ella para tratar ciertos aspectos literarios. Por cierto, ¿cómo es posible que, siendo un experto en encontrar a nuevos talentos dentro de la literatura, esta chica se te haya colado?

—Estefanía Lambertti escribe en las redes sociales —le dijo sin demasiado interés en ello.

—Exacto. Pero quiero que dé el salto al mundo editorial.

—¿Con nosotros? —preguntó un Giorgio algo escéptico mientras Giulio asentía convencido de esa posibilidad.

—Antes de que otras editoriales se nos adelanten, ¿comprendes?

—Sí, pero esta chica, por lo que leo aquí, escribe novela romántica para jóvenes.

—*New Adult* para ser más concretos.

—Ya, vale. ¿Quieres empezar a publicar novelas para adolescentes? —La pregunta de Giorgio hizo ver a su editor y amigo que no las tenía todas consigo. Vamos, que no lo veía nada claro.

—¿Por qué no? Es un género en auge en los últimos años. Si echas un vistazo a los catálogos de otras editoriales, te darás cuenta de que todas tienen títulos relacionados con ese género.

—Pero no estamos seguros de que vayamos a tener éxito.

—Necesitamos abrir nuevas puertas. Buscar una escritora que contrarreste las ventas de Melina Ambrossio. Su última novela lleva ocho semanas entre los cinco más vendidos de novela romántica para adultos.

—Pues fichala —le sugirió Giorgio con total naturalidad, encogiéndose de

hombros.

—Ya, claro. Lo ves sencillo. Pues ya que lo sugieres, a lo mejor podrías quedar con ella y hacérselo saber. Melina no dejará tirada a su amiga y editora Gabriella Sorrenti —le aseguró agitando la mano en el aire delante de Giorgio, quien acababa de quedarse inmóvil—. ¿Qué sucede? ¿Por qué te has quedado callado y me miras de esa manera que parece que te haya insultado?

—¿Cómo has dicho que se llama la amiga de Melina?

—¿La editora? —preguntó Giulio mientras observaba a su amigo asentir con interés—. Gabriella.

—El apellido —le instó Giorgio con urgencia mientras chasqueaba los dedos.

—Sorrenti. ¿Por qué? ¿Te suena?

Giorgio permaneció en silencio unos segundos y después se recostó contra el respaldo del asiento con una sonrisa. ¿Era ella? ¿Se trataba de su compañera de la facultad?

—Creo conocerla. Sí, es posible que fuéramos compañeros en la universidad. En la misma clase —murmuró Giorgio recordándola como si la estuviera viendo en ese momento. Pero no solo los recuerdos de ella físicamente los asaltaron, sino que también ciertos sentimientos que había tenido hacia ella y que nunca le confesó.

—Pues a lo mejor podrías quedar con ella y, de paso, pedirle que nos traspase a Melina —le sugirió entre risas.

—Hablas como un presidente de un club de fútbol.

—Y a Melina, ¿no la conocerás también?

—No demasiado. Era la mejor amiga de Gaby en la universidad. Desconocía que se dedicara a escribir.

—¿Gaby has dicho? —Giulio frunció el ceño al escuchar a Giorgio referirse a ella de esa manera.

—Sí, era cómo la llamábamos. Diminutivo de Gabriella. No sabía que después de todo hubiera montado una editorial. La hacía más en otro tipo de

negocio —le confesó con gesto pensativo.

—¿No lo sabías? ¿Qué pasa, que no has mantenido el contacto con ella?

—No, he estado algo desconectado de mis amistades de la universidad. Y luego está el tiempo que he pasado en España trabajando. No, no he vuelto a verla desde hace algunos años.

—Bueno, da igual. Eso es cosa tuya. A mí lo que me interesa es la otra chica.

—Sí, ya lo has dejado claro.

—Quiero que contactes con ella y hagas tu trabajo. Hasta ahora no me has presentado nada.

—Es porque ningún escritor nuevo ha conseguido captar mi atención. Eso es todo —se disculpó Giorgio.

—Bien, pues ya puedes ponerte las pilas con esta joven. Por lo pronto, harías bien en leer su novela. Para que no vayas a hablar con ella y no tengas ni idea de lo que escribe.

—Hecho. No te preocupes. Me sumergiré en historia de adolescentes en busca de su primer amor y deseos de escarceos sexuales —le aseguró levantándose para marcharse.

—Menos coñas, Giorgio. Tómatelo en serio. Es tu trabajo descubrir nuevos talentos, de manera que ya puedes empezar con Estefanía.

—Ya, ¿y si después no funciona? Ya me entiendes, que no venda la cantidad de ejemplares que tienes previsto —le sugirió volviéndose hacia Giulio, a quien aquella opinión no le gustó lo más mínimo.

—Tú consigue que Estefanía Lamberti acceda a entregarnos su próximo manuscrito. Para eso te pago.

Giorgio sonrió, pero no dijo una sola palabra más. Su amigo tenía razón: le pagaba para encontrar nuevos talentos en el campo de la literatura, no para dar opiniones acerca de si esas historias se venderían. ¿Quería a esa nueva promesa de la novela romántica para chavales? Pues se la conseguiría.

Se dirigió a su mesa pensando no en la nueva promesa de la novela romántica para jóvenes, sino en Gabriella. ¿Dueña de una editorial? La verdad

era que había perdido todo contacto con ella. Y aunque en ocasiones se le había venido a la mente por algún motivo, nunca le había dado por llamarla. Ni siquiera sabía que seguía en Bolonia. Esperaba poderla volver a ver durante la feria del libro que estaba a punto de comenzar. Pero por lo pronto tecleó su nombre en un buscador. Sentía un cosquilleo en todo el cuerpo por encontrar una fotografía suya, aunque fuera en la red y de algunos años. La primera opción le llevó a la página de la editorial. Hizo clic en el enlace y apareció el rostro de Gabriella casi tan atractiva como él la recordaba. Y se dijo que casi porque sin duda que ahora estaba imponente, con el pelo algo más corto que cuando estudiaban, pero su mirada y su tímida sonrisa le recordaron aquellos días. Giorgio sacudió la cabeza y resopló. ¿Qué pensaría ella de él cuando se encontraran? Porque él estaba convencido de que así sería. De eso se iba a encargarse él. Pero antes tenía trabajo por hacer. De manera que buscó a Estefanía Lambertti y su obra *Demasiados besos y ningún te quiero*. Giorgio sonrió al leer el título. Original y fresco. Divertido. Le echó un vistazo a la sinopsis y frunció el ceño cuando descubrió que no se trataba de una historia de adolescentes, sino, más bien, de estudiantes de carrera universitaria. Bueno, a lo mejor no estaba tan mal como él creía. E incluso podría compararla con su propia experiencia.

Gabriella se pasó por el café de Marco, donde estaba segura de que encontraría a Melina. Necesitaba comentarle un par de cosas acerca de la feria del libro y, de paso, saber qué estaba escribiendo. Empujó la puerta del café, ahora más tranquilo que por las noches, y divisó a su amiga sentada en una mesa junto a su portátil. Marco servía en una de ellas mientras su hermana Claudia se movía detrás de la barra como pez en el agua.

—Hola —dijo al cruzarse con Marco.

—Si vienes buscándola, ahí la tienes —le dijo señalando a Melina—. ¿Qué

quieres tomar?

—Imaginé que estaba aquí. Y no me he equivocado cuando la he visto al entrar en el café. Gracias de todas formas. Un capuchino me vendría bien. Hola, Claudia —la saludó levantando la mano hacia ella.

—Hey, Gaby, ¿cómo va todo?

—Bien, a ver qué me cuenta mi escritora favorita.

Melina apartó la mirada del portátil para ver a su amiga dirigirse a la mesa. Gabriella se quitó la chaqueta, apartó la silla y la dejó sobre esta junto al bolso.

—Dichosos los ojos —le lanzó a modo de presentación.

—¿Por qué lo dices? Sabes que paso mi tiempo escribiendo aquí, en el café. Además, te he escuchado decírselo a Marco.

—Ya, bueno, en parte tienes razón. Lo que sucede es que estoy bastante liada con todo este asunto de la feria del libro, ya sabes.

—Sí, claro. Estoy más que puesta en ella.

—Me alegro porque vas a ser parte activa.

—Supongo. ¿Quieres que firme ejemplares?

—Por supuesto. No vas a escaparte ahora que tienes nueva historia en el mercado. ¿Puedo saber en qué andas metida? Aunque tan solo sea una idea aproximada, claro. No te voy a pedir una sinopsis detallada y, mucho menos, un borrador.

Melina frunció sus labios mientras observaba a Marco servirle el capuchino a Gabriella.

—Estaba considerando la posibilidad de escribir una historia *New Adult*. ¿Qué opinas?

—¿*New Adult*? Estás de coña, ¿no? —le preguntó mirándola de manera fija y sin saber si se estaba burlando de ella.

—Pues no. Lo digo en serio, tras ver que es un género en auge y que suelo leer con frecuencia.

—¿Quién, tú? ¿Lees novelas de adolescentes? —Gabriella se estaba

quedando a cuadros con su amiga y escritora más valorada por la crítica.

—Sí, con frecuencia. Lo último que he leído ha sido *Demasiados besos y ningún te quiero*, de Estefanía Lambertti. La autora de moda entre el público lector más joven de novela romántica.

—Y no tanto —le aseguró Gabriella frunciendo sus labios—. ¿En serio que la has leído? —Gabriella puso los ojos como platos al escuchar a su amiga.

—Sí. Y es buena. Deberías ficharla para tu editorial. Es un consejo de amiga, que conste. No de escritora.

—Sí, se me ha pasado por al cabeza hacerlo.

—Estará por la feria según he leído en las redes sociales y en su blog.

—¿No me digas? ¿Has decidido ponerte al día en ese tema? —El tono jocosos de Gabriella provocó una falsa sonrisa en Melina. Todavía recordaba las puyas que le había lanzado por estar al tanto de lo que sus lectoras decían de ella cuando había decidido desaparecer del panorama literario.

—Sabes que estuve atravesando un mal momento y que lo dejé todo de lado.

—Ya, y ahora has regresado con renovadas fuerzas, ¿eh? —Gabriella movió sus cejas con celeridad arriba y abajo.

—Si ya lo sabes, ¿para qué tengo que decirte que Marco es una pieza importante en mi vida? ¿Y tú qué? Sigues haciendo de las tuyas.

Gabriella puso los ojos en blanco y resopló.

—Ahora mismo no tengo ni tiempo ni ganas de buscar a alguien. De manera que, como no caiga del cielo... —Gabriella contempló a Melina con los ojos como platos.

—En fin. Y de la feria, ¿qué querías comentarme?

—Un momento, ¿hablas en serio de la nueva historia? ¿Una trama para jóvenes?

Melina se limitó a asentir, convencida de que así sería.

—Quiero manejar diversos registros, situaciones, tramas... Ya sabes, no me cierro a la novela histórica o contemporánea para adultos.

—¿Y si te pegas el batacazo?

—¿Por qué? Tengo un nombre reconocido dentro del género romántico. ¿Por qué no habría de funcionar? —Melina se encogió de hombros sin entender a qué venía aquella sugerencia de su editora y amiga.

—Dices bien que tienes un nombre del panorama literario romántico, pero como escritora de romances históricos y contemporáneos. No para jovencitos. Es un cambio arriesgado. No como Estefanía Lambertti, quien se ha decantado desde el primer momento por ese género.

Melina se mordisqueó el labio en un gesto pensativo. Entrecerró los ojos y asintió.

—Haremos una cosa. Escribiré un borrador de una novela *New Adult*. Te la lees y se la entregas a Silvia, por ejemplo, para que nos de su opinión. Pero no le digas que la he escrito yo, ¿de acuerdo?

—Silvia también ha leído a Estefanía —la interrumpió Gabriella con un tono que parecía decepcionarla.

—En ese caso... —Melina esbozó una sonrisa.

—¿Y qué harás si no le gusta?

—Nada. Te entregaré una novela para adultos poco tiempo después y solucionado.

—¿Qué pasa? ¿Qué ya la tienes más o menos pensada? ¿Te vas a enchufar a escribir sin parar o qué?

—Tú tranquila. Haremos eso.

—Como tú quieras. Tú eres la que te la juegas. Pero quiero otro manuscrito tuyo si la *New Adult* no nos convence —le dejó claro Gabriella mirándola de manera fija y hasta amenazante.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Confío en ti, ya lo sabes. Y antes de que se me olvide, que es para lo que he venido a verte, tienes que estar presente un par de días en la feria para relacionarte con tus lectoras.

—Sí, no hay problema. Además, sabes que me gusta interactuar con ellas. Disfruto escuchando sus consejos, sus preferencias y demás.

—En ese caso, ya te diré qué días son. Todavía estamos trabajando en ello. Ahora te voy a dejar con tu historia para jóvenes —le recordó antes de apurar su capuchino, y Melina sonrió—. *Ciao*, Claudia.

—¿Te marchas ya?

—Sí, tengo que seguir programando lo de la feria del libro. ¿Cómo marcha todo?

—Como siempre, el trabajo no falta en el café, como puedes ver.

—Eso está bien. ¿Y tu chico?

—Oh, Giuliano está en el periódico. Supongo que lo veré después.

—Te dejo. *Ciao*, Marco.

—Pero ¿cómo? ¿Te marchas? —le preguntó, sorprendido por la rapidez con la que se había tomado el capuchino.

—Sí, ya he acordado con Melina lo de su nueva historia y lo de la feria del libro. Por cierto, ha convertido tu café en su oficina —le advirtió con un toque irónico.

—¿Qué le vamos a hacer? —dijo cruzando los brazos y mirándola ensimismado—. No es cuestión de echarla, ¿no crees?

—Nooooo, deja que escriba aquí si es donde encuentra su inspiración. Bueno, te dejo. *Ciao*.

—*Ciao*, Gabriella.

Marco se quedó contemplándola mientras abandonaba el café. A continuación, se dirigió hasta Melina.

—¿Poniéndote las pilas? —le preguntó haciendo un gesto hacia la puerta por la que acababa de marcharse Gabriella.

—Oh, no. No te creas. Tengo todo bajo control.

—¿Qué le ha parecido tu proyecto de novela para jóvenes? —Marco la contempló formando un arco con sus cejas.

—Ummm, tiene sus reservas. Cree que es mejor que me centre en la novela romántica para adultos. Ya sabes, lo que he venido haciendo hasta ahora.

—Es lógico. Ten en cuenta que tu fama como escritora de novela romántica

se debe a tus historias par adultos. Es un riesgo que cambien así porque sí.

—Oh, vamos. No es para tanto. No seas aguafiestas tú también. He acordado que, si no les gusta, volveré a la novela tradicional par adultos. No pasa nada. Además, me ha confesado que tiene intención de hablar con Estefanía Lamberti.

—La chica que ha saltado a la fama en las redes sociales con su novela por capítulos...

—Esa misma.

—Ya, pero entiende que esa tal Estefanía ha comenzado su andadura en la novela romántica definiendo su género: *New Adult*. Pero tú, en cambio...

—Eres igualito que Gabriella. La verdad, tal vez deberíais haberos conocido y haber formado una pareja —le lanzó con un deje burlón y de fastidio.

—Eso hubiera sido imposible porque los polos iguales se repelen. Y tú y yo nos atraemos porque somos completamente opuestos —le recordó sonriendo de manera enigmática—. A mí no me gustaba la novela romántica. Y tú eres escritora de dicho género. Dime si no existe una oposición mayor a esta, y en cambio, estamos juntos.

Melina lo vio regresar al trabajo con un guiño. Marco tenía toda la razón. Eran completamente diferentes en cuanto a gustos, pero ello no quitaba que se hubieran sentido atraídos desde el primer momento. Tal vez debería sucederle algo así a Gabriella.

Capítulo 2

Giorgio permanecía absorto en la lectura de la novela de Estefanía, la escritora novel que su jefe quería incluir en el catálogo de escritores de la editorial. La verdad era que, aunque en un primer momento se había mostrado algo reticente ante dicha tarea, en ese instante, en el que ya había leído los tres primeros capítulos, debía admitir que la chica sabía enganchar. Una trama sencilla, unos personajes bien identificados y definidos y una prosa ágil, fresca, pensada para sus lectores. Podía tener su cabida en la editorial, aunque a él ese género literario no le llamara mucho la atención. Había estado buceando en la red en busca de información sobre Estefanía Lambertti. Se trataba de una chica de veinte años, de Verona. Estudiante de Humanidades allí en Bolonia, amante de los libros y de los gatos. Una chica simple, de aspecto simpático por las fotografías que había podido ver de ella. Pelo corto y moreno. Ojos oscuros y una sonrisa de anuncio de dentífrico. Podría triunfar entre el público de su edad, de eso él estaba convencido.

Giorgio decidió darse un descanso y ponerse con el otro asunto que lo traía de cabeza: Gabriella. Sí. No había pasado por alto la conversación con Giulio al respecto de lo que había logrado ella. Tener su propia editorial y, además, a la reina italiana del romance: Melina Ambrossio. Giorgio desconocía que Gabriella hubiera tenido la idea de montar un editorial. No recordaba haberla escuchado comentar algo semejante durante sus años en la facultad. Sin duda que lo había sorprendido. Pensar en esos días le hizo regresar a revivir ciertos

momentos en los que él se había sentido atrapado en su personalidad. En su determinación y su fuerza de voluntad. Y si lo pensaba con detenimiento aquella historia suya se parecía a la que estaba leyendo. Después de todo, no le estaba viniendo nada mal, se dijo con una sonrisa. ¿Qué esperaba que sucediera cuando se vieran en la feria del libro? Porque si él tenía claro algo, era que no vacilaría en encontrarse con ella.

Gabriella permanecía tumbada en el sofá, en una postura lo bastante cómoda como para leer en su *e-reader* la novela de Estefanía. No era de recibo que tanto Melina como Silvia la conocieran y la hubieran leído, y ella no. Y más si tenía la intención de hablar con ella para hacerle una oferta por sus próximas novelas. Por ese motivo, lo menos que podía hacer era saber qué y cómo escribía aquella chica y por qué había causado ese revuelo en las redes sociales con aquella historia de universitarios. Después de haberse leído los cinco primeros capítulos, creía estarlo entendiendo. Las vivencias de sus personajes se asemejaban a las que ella había vivido cuando tuvo la misma edad. Sí, lo cierto era que, en algún que otro momento, ella se veía reflejada en la vida de la protagonista Elisa. Gabriella esbozó una media sonrisa irónica al fijarse en el protagonista masculino: el mejor amigo de Elisa, que, por cierto, estaba enamorado de ella desde primero. «¿Por qué coño no se lo dice? ¿A qué está esperando?», se preguntaba Gabriella algo decepcionada por ese comportamiento, pero, al mismo tiempo, deseosa de saber si acabaría haciéndolo. Ello la incitaba a leer y leer sin detenerse si quiera, hasta que la noche dio paso a la madrugada y hubo de retirarse, pero entonces recordó el momento en el que había trasladado la ficción de la novela a su propia experiencia y recordó a su mejor amigo en la facultad: Giorgio. Siempre habían permanecido juntos. Hasta el punto de que los demás compañeros creían que eran pareja o que terminarían por acabar siéndolo. Pero entonces la

carrera había concluido y se separaron sin que nada de esto hubiera sucedido. Perdieron el contacto con el paso del tiempo y nunca más supo de él. Esos pensamientos la devolvieron a la historia de Estefanía: no le sucedería a Giorgio lo que a la protagonista de la novela, ¿verdad? Esto era, ¿no se habría pasado cinco años de carrera enamorado de ella sin atreverse a decírselo? Gabriella sacudió la cabeza sin poder creerlo. No eran más que estúpidas suposiciones que nunca llegaría a saber si habían sido ciertas.

Se levantó algo más temprano que lo habitual. En parte porque no había podido dejar de pensar en la novela. Sentía la necesidad de retomarla cuanto antes, esto era, desayunando. Pero al mismo tiempo porque existían similitudes con sus propias vivencia universitarias. ¿Por qué, después de los años transcurridos y leyendo una novela de universitarios, su mejor amigo en aquellos días le venía a la mente? ¿Por qué creía que lo identificaba con el personaje de una novela romántica para jóvenes? Aquello era de locos si se paraba a pensarlo de manera detenida.

Y aunque todo le parecía algo absurdo, no pudo evitar sentir la curiosidad de saber dónde estaba Giorgio. ¿Qué había sido de él? De manera que se conectó en el portátil dispuesta a rastrear las redes sociales. Pero, de repente, se detuvo. Sus dedos permanecieron suspendidos sobre el teclado sin que parecieran dispuestos a caer sobre las teclas. Gabriella se quedó con la mirada perdida en el vacío, mordisqueándose el labio. ¿Tanto le interesaba saberlo? ¿Qué más le daba? Con toda probabilidad, él estaría casado y con una familia. Viviría feliz y contento. ¿A qué venía indagar a esas alturas en su vida?

—¿Qué puede importarme lo que haya hecho o dejado de hacer? La verdad, no voy a inmiscuirme en su vida privada.

Gabriella bajó la tapa del portátil y se centró en acabar el desayuno y salir de casa hacia la editorial que tenía que dirigir. Faltaba un día para el comienzo de la feria del libro. Ese era en ese momento mismo su principal interés.

Giorgio se había reunido con una vieja amistad de sus años como estudiante en Bolonia.

—Sandra Marchisio, sigues tan bonita como en nuestros años de la facultad. Dime, ¿cómo lo haces? Prometo no revelar tu secreto.

—Siempre tan adulator —le dijo, con una sonrisa, la mujer de pelo castaño y ojos color café—. ¿Estás aquí, en Bolonia?

—Por ahora sí. Aunque la mayor parte del tiempo he estado en España.

—¿Y por qué has vuelto?

—Porque me ofrecieron un buen empleo y un buen sueldo —le respondió con total naturalidad.

—Siempre tan directo. ¿Para qué editorial trabajas? No estarás con Gaby, ¿verdad? ¿Sabes que montó una editorial, *Essenza de Donna*, y que cuenta con Melina Ambrossio como escritora estrella? —le preguntó mirándolo con inusitada curiosidad por saber qué tenía que decir.

—No, no trabajo para Gabriella. Me enteré de que había creado una editorial hace más bien poco. Pensé que cuando lo comentaba en la facultad, iba de coña. Pero ya ves...

—¿Y tú? No me has respondido.

—Lo hago para *Tempesta*.

—Uhhhh, la editorial que rivaliza con Gaby. No creo que le sienta nada bien si se entera.

—No lo sabía. Bueno, yo me dedico a hacer mi trabajo. No entiendo de rivalidades entre editoriales.

—Ya, pues ándate con cuidado o Gaby no te volverá a hablar. Y, hombre, después del buen rollito que tuvisteis durante los años de la carrera... —Giorgio sonrió ante el tono que acababa de darle Sandra—. Oye, no hace falta que me lo digas si no quieres, pero... entre Gaby y tú, ¿qué sucedió? Porque ninguno de los que estábamos a vuestro alrededor nos tragamos lo de

compañeros y amigos, sin nada más —le confesó en voz baja, acercándose más a él.

Giorgio la contempló intrigado. ¿A qué venía aquel interés en ese momento, después de los años? Ciertamente que todos habían supuesto que entre Gabriella y él había habido algo más que cafés y fotocopias, pero él no confesaría a nadie que así sucedió. Dejaría el misterio para los demás, mientras él pensaba con cierta lástima en aquellos años en los que no se había lanzado a por Gabriella.

—¿Todavía seguís con aquello? ¡Hace más de cinco años que terminamos la carrera!

—Sí, es cierto. Pero debes reconocer que lo nuestro daba que hablar.

—Pues que siga dándolo, ¿no crees?

Sandra se quedó pensativa. Entrecerró sus ojos y asintió.

—¿Y qué intenciones tienes en esta feria?

—No lo sé, si te digo la verdad. La editorial quiere contar con Estefanía Lambertti. Tendré que ver dónde para y charlar con ella para ver si la convengo de que tenga una entrevista con el editor.

—Ah, sí. La joven escritora novel de la que todos hablan. Pues llévate por cuenta de que no serás el único que le tire los tejos, en sentido profesional, claro. Bueno, si te interesa como ligue...

—No, no me interesa como tal. Solo es trabajo —afirmó Giorgio.

—Claro, olvidaba que a ti solo te interesa quien tú y yo sabemos. Bueno, en ese aspecto no tienes de qué preocuparte —le lanzó cogiendo la taza para beber café y contemplar a Giorgio por encima de esta.

—¿Por qué lo dices?

—Porque la editorial de Gaby no se dedica a publicar literatura romántica para jóvenes lectoras. Por eso te lo digo, de otra forma, tendrías un inconveniente, ¿no crees? —Sandra le dedicó una sonrisa irónica que dejó paralizado a Giorgio.

—Sí, es una suerte que ella se centre más en la romántica para adultos.

—De lo contrario tendríais que pelearos por captar a la joven promesa de

las letras italianas. Eso sin contar con que alguna otra editorial andará detrás de ella.

Giorgio se mordió el labio, asintió y dejó su mirada perdida en el vacío. La ocurrencia de Sandra acababa de dejarlo sin capacidad de reacción. ¿Y si en el último momento Gabriella decidiera fichar a Estefanía para su editorial? Debería echar un vistazo a su línea editorial, no fuera a ser que se llevara una sorpresa de última hora. También repasaría algunas notas sobre Estefanía antes de conocerla en persona.

—Bueno, como bien señalas, no hay de qué preocuparse, puesto que la línea editorial de Gabriella no contempla el género *New Adult* —le aseguró Giorgio esperando por su propio bien que así fuera. No pretendía que, en el caso de que se volvieran a ver, la rivalidad fuera un elemento para ello. No.

Gabriella estaba nerviosa. ¿Acaso lo estaba por una nueva edición de la feria del libro de Bolonia? Pues claro que no. Todos los años, su editorial acudía al stand que la organización le señalaba y allí desplegaba la práctica totalidad de su catálogo, prestando mayor atención a las últimas novedades. De manera que no entendía por qué se sentía así. Además, Melina le había confirmado su asistencia, al igual que otros autores, para firmar libros a sus lectores, hacerse *selfies* e intercambiar opiniones. A lo mejor estaba así por la conversación mantenida con Melina días atrás y su intención de trabajar en la novela *New Adult*. ¿O tenía algo que ver con el hecho de haber concluido la novela de Estefanía Lambertti y que esta le hubiera hecho recordar ciertos aspectos de sus años en la universidad? Tal vez se encontraba en esos días del mes tan esenciales para una mujer. Fuera lo que fuera, tenía un ligero presentimiento de que algo iba a suceder.

Giorgio se encontraba ya en el stand de la editorial charlando con Giulio.

Este esperaba que ese año las ventas fueran buenas. El clima acompañaba y confiaba en que la gente se animara a salir y darse una vuelta por la feria.

—¿Has visto a Estefanía? —le preguntó haciendo un gesto con la cabeza en dirección hacia el stand donde acababa de llegar rodeada de varias decenas de incondicionales.

Giorgio se limitó a asentir.

—¿Terminaste su novela?

—Sí, claro.

—¿Y qué te ha parecido? Dime la verdad —le exigió Giulio señalando a Giorgio con un dedo y mirándolo de manera amenazadora—. No quiero medias tintas.

Giorgio sonrió.

—Es buena. Muy buena. Que no sea un género que a mí me atraiga no me impide reconocer una buena historia.

Giulio esbozó una sonrisa de complacencia.

—En ese caso, tienes trabajo por hacer.

—Lo sé, pero dejemos que se pase el furor que ha causado su aparición en el stand. No tengo intención de abrirme camino entre todos esos jóvenes.

—Lo dejo a tu elección, pero hoy mismo quiero saber algo sobre sus intenciones. Y si estaría interesada en nuestra editorial.

—Ten en cuenta que son varias las que están aquí presentes y que no dejarán escapar la oportunidad de intentar captarla. Por cierto, no sé si te habrás parado a pensar que tal vez prefiera convertirse en una autora independiente, ya sabes, que no depende de ninguna editorial. Te lo recuerdo para que no te lleves una sorpresa llegado el caso.

—Bah, imposible. Estoy seguro de que se muere de ganas por entrar a formar parte de una editorial como la nuestra. Ya lo verás. Bien, te dejo que te des una vuelta por la feria y que contactes con ella cuando te venga en gana. Pero quiero resultados, no lo olvides —le recordó Giulio palmeando a Giorgio en el hombro; este se limitó a asentir.

Giorgio se alejó del *stand* de *Tempesta* y comenzó a recorrer el resto que había concentrados en la Piazza Maggiore, flanqueados por el Palazzo Comunale, el del Podestá —con su famosa Fontana del Nettuno— y, por último, la iglesia de San Petronio. La gente comenzaba a recorrer los *stands* de la feria, se acercaba aquí y allá; echaba un vistazo a los libros, preguntaba por otros en cuestión o compraban. También había gente que indagaba por el horario en el que cierto escritor estaría allí para firmar ejemplares.

Gabriella charlaba de manera animada con Silvia mientras ambas echaban un vistazo a la distribución de los libros desplegados en el puesto de la editorial.

—Creo que ha quedado perfecto. La distribución por géneros está bastante clara ¿no? —dijo Silvia sin apartar la mirada de estos mientras Gabriella fruncía sus labios y asentía.

—Tienes razón. Romántica actual, histórica...

—Lo nuevo de Melina está en primera línea, con el horario en el que ella estará presente. ¿Lo sabe ya?

—Tengo que llamarla para contárselo. Pero, vamos, no habrá ningún problema. No me preocupa.

—Entonces, ¿qué es lo que en verdad te preocupa?

La pregunta de Silvia hizo que Gabriella la contemplara con los ojos abiertos como platos y las cejas por encima de estos formando un arco bien definido y que mostraba a las claras su sorpresa.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque te noto algo inquieta. Y no creo que sea por la feria en sí misma. Porque ya no somos unas novatas, sino que llevamos algunos años acudiendo y nos ha ido bastante bien. No, es por algo distinto.

Gabriella frunció los labios en una mueca de desaprobación.

—Pues no, no estoy nada inquieta por la feria. Ni por nada en particular.

Silvia entornó la mirada hacia su amiga y jefa y asintió.

—Lo que tú digas, pero que sepas que a mí no me las das. Entonces, dejamos

así la distribución, ¿verdad?

Pero la respuesta de Gabriella no llegó. En ese momento, algo o, mejor dicho, alguien acababa de captar su atención por completo, lo que hizo que su cuerpo se tensara primero y que después experimentara un escalofrío prolongado. ¡Giorgio estaba paseando justo en frente del *stand* de su editorial! Estada convencida de que acabaría por verla cuando se girara.

—¿Puedo saber a qué viene esa expresión? —Silvia mantenía su atención fija en su amiga. Luego siguió la dirección de su vista hasta descubrir al objetivo de su intensa mirada—. ¿Es por ese tío?

Gabriella deslizó el nudo que en ese instante le impedía respirar con total normalidad. Entrecerró los ojos sin apartar su atención de Giorgio. ¿Qué diablos hacía allí? ¿Y qué estaba pasando? Desde que se había puesto a leer la novela de Estefanía sobre los universitarios, su vida parecía estar dando un cambio. Sí, porque en algunos pasajes de esta se había sentido identificada con la protagonista y había asociado al Giorgio con el de la novela. Pero ¿por qué? Y ahora Giorgio estaba...

Él se detuvo de repente frente al *stand*, pero su mirada no se quedó fija en este, sino en la mujer que en ese momento le devolvía la mirada con... ¿curiosidad? Giorgio sintió una repentina sensación de hambre. Una indecisión que no sabía a qué diablos venía. Allí, frente a él, más bonita de lo que él recordaba, se encontraba la mujer de la que se había pasado enamorado gran parte de su carrera. Y a la que nunca se atrevió a confesárselo.

Silvia movió la cabeza en ambas direcciones. De Gabriella a Giorgio y viceversa. Quedaba claro que ambos se conocían. Ella se apartó y dejó vía libre para que aquel atractivo hombre se acercara hasta Gabriella con una media sonrisa y cierto titubeo. Por su parte, Gabriella se humedecía los labios y parecía algo nerviosa. Y cuando él se detuvo a escasos pasos de ella, Gabriella tensó el cuerpo porque pensaba que las piernas no le responderían.

—Gaby.

—Hola, Giorgio. ¿Cómo tú por aquí? —Gabriella no sabía qué preguntarle,

de manera que algo casual la ayudaría a salir del paso—. Por cierto, esta es Silvia, mi ayudante. Este es Giorgio. Fuimos compañeros en la facultad. — Gabriella lo observó de forma detenida mientras él saludaba a Silvia. No lo recordaba tan interesante como en ese instante en el que lo tenía en frente.

—Es un placer.

—Lo mismo digo —murmuró Silvia mordisqueándose el labio y entrecerrando sus ojos para seguir observando lo que allí sucedía. ¿Compañeros de facultad? Ummm, por la manera de mirarse ambos, Silvia pensaba que entre ellos pudo haber algo más que una simple amistad—. Si me disculpáis, voy a seguir colocando los libros. —Silvia se situó detrás del mostrador del *stand*, fingiendo hacerlo, pero en realidad no perdía detalles de su jefa y aquella repentina sorpresa en forma de chico atractivo.

—¿Trabajas en la feria? —Giorgio no iba a descubrir sus cartas ante ella. No quería revelar que sabía por Giulio a qué se dedicaba y todo eso. No. Prefería que fuera ella quien le contara lo que había hecho durante los años que hacía que no se veían. De esa manera intentaría pasar mayor tiempo con ella.

—Sí... Bueno... —Gabriella titubeaba en su explicación. La verdad era que no comprendía qué le estaba sucediendo—. Soy la dueña de la editorial *Essenza de Donna* —le confesó volviéndose hacia el *stand* y, de ese modo, escapar por un breve instante de la mirada de él.

—Vaya, ¿en serio? —Giorgio cruzó los brazos y entornó la mirada hacia ella, con curiosidad, con intensidad, fascinado por su presencia, por su atractivo.

—Sí. Era uno de mis sueños.

—Y veo que lo has realizado. —Giorgio hizo un gesto hacia el puesto—. La verdad es que pocos te creían en aquellos días cuando asegurabas que los cumplirías.

—Tú sí lo hiciste —murmuró Gabriella con una sonrisa, recordando aquellos días en los que él le había asegurado una y otra vez que ella

conseguiría todo lo que se propusiera.

Giorgio le devolvió la sonrisa, abrió los ojos como platos y se balanceó sobre sus pies.

—Verás, me gustaría invitarte a tomar un café o a comer para, de ese modo, ponernos al día. Pero dado que eres la editora y recordando cómo eras en la facultad para pirarte alguna clase... —Giorgio tomó aire antes de proseguir con su invitación, algo que él no tenía nada claro que ella aceptara—. Supongo que no tendrás un rato para ello.

Gabriella se sintió turbada por aquella inesperada invitación por parte de él. Se limitó a sonreír ante su comentario.

—No es que haya cambiado mucho en ese sentido. Ahora tengo que dirigir una editorial, y eso lleva tiempo.

—Lo comprendo.

—Y ahora, con el comienzo de la feria... —Gabriella cogió aire sin saber si el que se lo quitaba era el trabajo o Giorgio contemplándola de aquella manera tan particular y que la ponía inquieta.

—Sí, es lógico que estés atareada. Bueno, no quiero entretenerte y...

—Podríamos comer. —Gabriella no supo por qué lo había dicho, pero algo la había empujado a hacerlo. Contempló el rostro de Giorgio algo más relajado, más sonriente. No sabría explicar lo que había percibido en él, pero le gustó.

—De acuerdo. Prometo no robarte más tiempo del necesario. —Giorgio alzó las manos delante de ella—. ¿A qué hora quieres que pase a recogerte?

Gabriella frunció los labios. Luego echó un vistazo a su reloj.

—¿A las dos?

—A la hora que tú me digas.

—Pero ¿y tú? ¿Te viene bien? ¿No te estropearé tus planes? —le preguntó confundida por aquella invitación, pero más porque pensó que aquello sonaba a disculpa.

—Mis planes están saliendo mejor de lo que esperaba —le aseguró posando

su mano en el brazo de Gabriella de una manera cordial que a ella le produjo una tranquilidad pasmosa. Aquel gesto parecía relajarla.

—En ese caso, te espero.

Giorgio asintió.

—*Ciao*, Silvia. —Levantó la mano hacia esta, que le devolvió el saludo con una amplia sonrisa.

Gabriella lo vio alejarse mientras no podía evitar sonreír y sentir el calor invadirla sin motivo aparente. ¿Qué había sucedido? No entendía por qué él volvía a aparecer en su vida después de años. Era como si algo o alguien se hubiera empeñado en decirle algo. Primero, la novela de Estefanía le había recordado sus años de estudiante en la universidad y, sin poderlo remediar, pensar en el mismo hombre que se alejaba echando un vistazo a los diversos *stands* repartidos por la plaza. Y, de repente, él aparecía y quedaban a comer. ¿Cómo explicar todo lo que le estaba sucediendo? Decidió aparcar a Giorgio para más tarde y volcarse en la feria, pero cuando se volvió hacia el puesto, la sonrisa reveladora y la mirada de curiosidad de Silvia le indicaron que no iba a escapar del recuerdo de Giorgio así como así.

—¿Desde cuándo cuentas con tíos así entre tus amistades? Pensaba que tú solo vivías para la editorial. —Gabriella no pareció hacerle caso a aquel comentario. Fingía estar revisando las novelas de Melina—. Vale, no quieres contestarme. Al menos podrías decirme si está solo, aunque, a juzgar por las miraditas que te ha echado, dudo que esté con alguien.

Entonces sí, Gabriella levantó la mirada hacia Silvia. Las últimas palabras de la habían agujoneado como si de una avispa se tratase. Se quedó mirando a su amiga, meditando en ese comentario. ¿Miraditas?

—A ver, Giorgio y yo fuimos compañeros en la facultad —comenzó contándole para que la dejara tranquila o si no, Gabriella temía que Silvia no pararía hasta saber la verdad.

—De eso os conocéis. Ya vale, ¿y? —La expresión del rostro de Silvia le hizo saber a Gabriella que no estaba por la labor de dejarla en paz. Quería

saber si entre Giorgio y ella hubo algo más.

—¿Y qué? ¿Quieres saber si fuimos pareja?

La respuesta quedó en suspenso cuando un par de chicas se detuvieron en el *stand* para comprar la última novela de Melina.

—¿A qué hora estará la autora firmando? —preguntó una de ellas.

—Esta tarde. Entre las cinco y las ocho estará en nuestro *stand*. De todas maneras, si no podéis pasaros hoy, pasado mañana volverá a estar, solo que esta vez será por la mañana. Entre las diez y las dos —respondió Silvia mientras Gabriella recopilaba la información sobre Giorgio y ella en la facultad.

Lo cierto era que entre ellos no había habido nada. Ni si quiera un simple beso. Pero, por otra parte, ella siempre tuvo la sensación de que entre ellos había algo, pero había sido como si ninguno hubiera querido dar ese paso al frente. Ella siempre pensó que era por no arriesgarse a que la amistad pudiera verse afectada.

—¿Y bien? ¿Qué me estabas contando de Giorgio y de ti en la facultad? —Silvia volvió a la carga, lo que provocó la sonrisa en Gabriella.

—Tú eres de las que no abandonan, ¿eh?

—No cuando mi amiga y jefa tiene a un tío tan apetecible escondido en la manga. A ver, ¿qué hubo entre vosotros? ¿Algún rollito universitario como los que relata Estefanía Lambertti en su novela? ¡Venga, suéltalo!

—No sucedió nada. —Había un toque de sorpresa y de incredulidad en sus palabras. Pero también una pizca de decepción, tal vez, porque no sucedió.

—¡Venga ya! No me puedo creer que no tuvieras nada con él. ¿No era tu tipo? ¿O tú el de él?

—Teníamos una muy buena amistad.

—¿Con sexo? —Silvia arqueó con suspicacia una ceja.

—Sin sexo. Nunca nos acostamos —le confesó algo cabreada, tal vez porque en realidad no había sucedido. Gabriella se mordisqueaba el pulgar mientras su mirada quedaba suspendida en el vacío por unos segundos en los que se

hacía esa pregunta—. Compartíamos el tiempo en la biblioteca, en la cafetería...

—¡Ohhhhh, qué emocionante!

—Estaba más volcada en la carrera que en salir con los tíos.

—Vaya, ¿no irás a decirme ahora que no lo has hecho? —Silvia puso los ojos como platos al escucharla confesar a Gabriella.

—¿De qué coño está hablando? Si tú me has conocido a algún que otro ligue.

—Sí, en eso te doy la razón. Pero ¿y qué pasó con Giorgio? ¿No surgió la chispa? ¿No era el momento?

Gabriella se quedó callada. Meditaba la respuesta que más se acercaba a esas dos preguntas. Sacudió la cabeza.

—No surgió. Creo que valorábamos la amistad que teníamos por encima de enrollarnos —le confesó sintiendo algo de melancolía porque tal vez había perdido la oportunidad de conocerlo a fondo.

—Quizás ahora sí sea el momento. A lo mejor la vida te da una nueva oportunidad para saber por qué entonces no surgió nada. —Silvia se alejó para atender a más clientes, mientras Gabriella se quedaba pensativa.

«¿Una segunda oportunidad? ¿Para qué? Si no surgió entonces, no tiene sentido pensar que ahora, después de cinco años, nos volvamos a encontrar y sea porque estamos predestinados», pensó sacudiendo la cabeza, sin querer darle más vueltas.

—Me parezco a las protagonistas de las historias de Melina —se dijo riendo, sin poder controlarse—. Por cierto, antes de que se me olvide. He quedado con él para comer. Cerramos hasta las cinco, que vendrá Melina y...

—Gabriella dejó de hablar cuando percibió el gesto risueño de Silvia.

—Luego me dirás que es algo puntual. Pero... De acuerdo, cerramos y me voy a comer hasta que venga Melina. No te esperaré. —Le guiñó un ojo con complicidad.

—No es lo que tú imaginas. De manera que déjalo. Centrémonos en la firma de libros de Melina, y luego en intentar hablar con Estefanía Lambertti —le

pidió sintiendo el calor en su rostro.

¿Qué tonterías estaba diciendo Silvia? ¿De dónde se sacaba que la presencia de Giorgio podía representar para ella una nueva oportunidad con él? ¡Pero si nunca habían tenido nada! Ni esperaba que surgiera después de los años. Ella se debía a su trabajo, no tenía tiempo para una relación que le absorbiera la mayor parte del tiempo. Comería con Giorgio, charlarían de los años compartidos en la universidad, contarían anécdotas y después hablarían de cómo les había ido en la vida y tal, y se acabó. Giorgio volvería a su trabajo, a su vida, y ella permanecería en la suya. Nada más. Ella no era la protagonista de una de las novelas de Melina. Ni mucho menos de Estefanía Lamberti, aunque leer su obra le hubiera hecho remontarse años atrás y revivir situaciones que, aunque no había olvidado del todo, si creía que estaban difusas.

Capítulo 3

Encontrarse con Gaby había dejado una sonrisa permanente en el rostro a Giorgio. No podía sacársela de su mente. Claro que tampoco él parecía querer hacerlo porque no dejaba de pensar en el pasado y en que el paso del tiempo había acentuado su atractivo, sin duda. Y no se trataba de que él hubiera estado enamorado de ella durante años. No. No podía creer que hubiera conseguido que ella aceptara su invitación para comer. Pero debería tener cuidado porque hablarían de sus respectivas vidas, y esto incluía el trabajo. No podía decirle que estaba interesado en Estefanía Lambertti ni que trabajaba para la editorial *Tempesta*. Suponía que, de hacerlo, ella lo consideraría la competencia y, por tanto, no querría saber nada él. Claro que tal vez ir de frente sería lo mejor, aunque le ocultaría el tema de Estefanía. No quería empezar con mal pie cuando había vuelto a dar con ella. Durante años se mantuvo en silencio con respecto a lo que sentía. Pero en ese momento...

El corrillo de gente que se agolpaba sobre el *stand* de la organización captó su atención. De manera lenta se fue acercando mientras observaba las decenas de jóvenes que hacían cola con encuadernaciones de la novela de Estefanía en la mano. Al parecer, algunos se habían molestado en imprimirla para que ella se la firmara. Giorgio se detuvo a escasos pasos de todo aquel gentío, meditando si las explicaciones de Giulio, al respecto de que podía ser todo un bombazo ficharla para la editorial, no serían ciertas. Sonrió divertido y se aproximó para ver de cerca a la escritora.

Estefanía estaba sentada a una mesa en la que firmaba fotografías, camisetas, impresiones en papel de su novela, se hacía fotos mientras sus fans la agasajaban. Giorgio se fijó con atención en ella. Una muchacha resultona, con su pelo moreno, corto y que ella situaba detrás de sus orejas con asiduidad. Ojos azules o verdes, dependiendo de cómo mirara. O tal vez era la luz. Una tez blanca y una sonrisa agradable. Una circonita brillaba en la aleta de su nariz. Camiseta de manga corta en un tono claro que dejaba entrever un tatuaje en el reverso de su muñeca. Vaqueros y zapatillas de deporte; una manera informal y cercana a su público lector. Manejaba la situación con soltura, como si estuviera acostumbrada a hacerlo todos los días.

—¿Qué coño haces tú aquí? —la pregunta hizo que Giorgio desviara la atención de la joven escritora para quedarse fija en el rostro de uno de los supuestos organizadores de la feria.

—¿Fredo? Joder, ¿no me digas que andas metido en este mundillo?

—Exacto. Formo parte del equipo de la organización de la feria. Pero, oye, ¿cuánto hace que no nos vemos? ¿Desde la facultad?

—No, recuerdo habernos visto después.

—¿Qué haces por aquí? ¿Te interesa la literatura para jóvenes? —Fredo hizo un gesto con el mentón hacia Estefanía.

—Estoy dándome una vuelta por la feria en busca de nuevos talentos —le dijo haciendo lo mismo.

—Sí, ya recuerdo... Me comentaste que te habías convertido en una especie de agente literario.

—Mejor digamos que me encargo de captar nuevos talentos para las editoriales —le aclaró con una sonrisa cínica.

—¿Vas por libre o representas a alguna editorial?

—Ahora mismo estoy en la nómina de *Tempesta*. Pero he tenido temporadas de ir por libre. Los de *Tempesta* tienen mucho interés en ficharla —le dijo levantando las cejas en dirección hacia Estefanía.

—Todos las quieren. Sin duda que se ha convertido en un fenómeno por el

que todas las editoriales van a pujar como si se tratase de una subasta —le aseguró mirando a su amigo, a quien no pareció afectarle aquellas palabras, puesto que sabía que así sería.

—¿Todas? —Giorgio lanzó la pregunta para ver hasta dónde llegaban esas palabras.

«¿También *Essenza de Donna*?», pensó con un cierto malestar por que pudiera ser así.

—Al menos todas las que han acudido a la feria han mostrado su interés por captarla. Pero ya sabes... Después hay que sentarse y ver qué le ofrecen. Por ahora, ella se deja querer, ya me entiendes.

—Supongo entonces que todos los representantes habrán pasado por aquí —dedujo Giorgio jugando su baza sin mostrar sus cartas.

Fredo le mostró las tarjetas de visita que habían ido depositando las editoriales en la mesa de la autora para que ella les echara un vistazo. Giorgio las cogió y comenzó a pasarlas una por una, buscando la de Gabriella. Y cuando la encontró, el corazón se le detuvo. Se quedó mirándola como si fuera algo desconocido para él, pero no lo era.

—¿Te sucede algo con nuestra querida Gaby? —le preguntó Fredo sonriendo y mirando de refilón a Giorgio.

—No. No me extraña nada que tenga interés en tener a Estefanía en su editorial. Junto con Melina Ambrossio haría una buena pareja.

—Sí, sin duda que harían una pareja fuerte. La reina del romane para adultos. Y la joven promesa de la *New Adult* italiana. ¿Has visto a Gaby? Está en la feria.

—Sí, vengo del *stand* de su editorial.

—¿No te has planteado trabajar para ella? —le preguntó con cierto interés Fredo.

—No sabe a qué me dedico.

Fredo apretó los labios hasta que estos fueron una delgada línea. Asintió de manera leve en repetidas ocasiones.

—Pero ¿por qué no? Apuesto a que ella estaría más que dispuesta a tenerte en su plantilla en cuanto lo sepa. Entre vosotros siempre hubo un rollo especial. —Fredo entrecerró los ojos y dejó su mirada suspendida en el rostro de su amigo a la espera de que este se dignara a confesarle, después de los años, lo que todos habían sospechado de ellos dos.

—¿Puedes darle esta tarjeta de mi parte? Tiene mi número de móvil al reverso —le comentó desviándose de la pregunta de su amigo en torno a Gabriella.

—Claro. Espero verte algún rato más por aquí. Tomarnos algo. Por los viejos tiempos.

—Sí, andaré por aquí estos días. De manera que cuando tengas libre...

—De acuerdo.

—No te olvides de darle mi tarjeta —le recordó señalando a la joven escritora que permanecía ajena a lo que sucedía.

Se alejó de Fredo para seguir inspeccionando los *stands* de la feria. Tal vez pudiera encontrar algún escritor más que ofrecer a *Tempesta*. Una mínima parte de su trabajo estaba hecho, había entregado su tarjeta a la escritora. Ahora esperaba a que ella lo llamara. Bien ese mismo día o al siguiente. Según el programa de la feria, ella volvería dos días después, lo que le daba margen para maniobrar. Y, de paso, conocer el interés de Gaby en la joven escritora. Era cierto lo que decían a este respecto las dos personas que conocían el tema. Si Gaby conseguía tener en la misma editorial a Melina y a Estefanía, sin duda que sería un golpe de efecto. Claro que... todavía no tenía a Estefanía. Y él esperaba conseguirla cuanto antes para *Tempesta*.

Llegada la hora, Gabriella se sintió un poco nerviosa por volver a ver a Giorgio. Pensaba que después del primer encuentro todo sería más sencillo, pero ahora tenía la ligera sensación de todo lo contrario. ¿Por qué había quedado con él? O, mejor dicho, ¿por qué le había sugerido quedar a comer? Lo contempló caminando hacia ella, con aplomo y con seguridad, ocultando su

mirada tras unas gafas de sol que se quitó en cuanto llegó hasta ella. Le regaló una sonrisa que hizo que Gabriella arqueara sus cejas y abriera sus ojos con expectación.

—¿Lista?

Giorgio no podía quitarse de la cabeza ver la tarjeta de la editorial de ella entre las que se le habían ofrecido a Estefanía Lambertti. Debería averiguar hasta qué punto era importante para ella contar con la escritora. ¿Y si, llegado el caso, él se la arrebatara?

—Sí, un segundo. —Gabriella se volvió hacia el *stand* donde quedaba una de las empleadas. Al final había decidido no cerrar y llamar a Mónica para que las cubriera mientras Silvia y ella iban a comer. Luego llegaría el momento de Melina. Pensar en ello hacía que se olvidara de lo que Giorgio le suscitaba en ese momento. Se volvió de forma brusca y se vio tropezando con él.

Giorgio la sujetó y la acomodó con sus manos de una manera formal. No se demoró mucho tiempo en el cuerpo de ella. Se limitó a sonreír mientras el rostro de Gabriella se encendía.

—¡Ups! Disculpa mi torpeza, pero llevo un día de locos.

—Tal vez deberías relajarte un poco —le sugirió él entornando la mirada hacia ella en busca de una chispa de complicidad con él.

—Si fuera tan sencillo... —suspiró Gabriella mientras caminaban por la vía Rizzoli en dirección a las dos torres, la de Asinelli y Garisenda—. ¿Dónde vamos? No puedo alejarme demasiado, Melina llegará a las cinco para firmar ejemplares en el *stand* —le advirtió presa de cierta inseguridad por si no llegaba a tiempo. Giorgio se rio—. Te hace gracia, ¿eh?

—Me río porque no has cambiado, Gaby —le aseguró deteniéndose frente a ella, con una mirada de cariño y admiración.

Gabriella se olvidó de sus risas cuando la llamó por su diminutivo. No entendía el motivo, pero le había resultado agradable que lo hiciera.

—¿Y tú?

—En algunos aspectos. ¿Prefieres comer fuera o dentro? —le preguntó señalando las mesas libres que quedaban en la calle.

—Podemos quedarnos en la calle. El tiempo acompaña. —No esperaba sentir la mano de él sobre su espalda como si la estuviera guiando hacia la mesa. Se sentó recuperando el aire, mirando a Giorgio con intriga. ¿Qué había sido de él desde que terminaron la universidad? ¿Dónde había parado, ya que por Bolonia no lo había vuelto a ver?—. ¿Por qué has accedido a comer conmigo? ¿No tienes nada mejor que hacer? —le lanzó bajando la mirada hacia la carta del menú y, de ese modo, evitar el gesto de asombro de él. Ella no esperaba que él siguiera contemplándola cuando ella cerró la carta y hubo elegido lo que comería. El calor invadió su cuerpo. Los nervios le apretaron el estómago como si de un corsé se tratara—. ¿Por qué te has quedado mirándome de esa forma?

—Porque no deja de sorprenderme que me preguntes si no tengo nada mejor que hacer que comer contigo. Por eso mismo —le explicó sin apartar su mirada de los labios de ella, que ahora se humedecía de manera espontánea.

—Supongo que tendrás un trabajo, una familia, unos quehaceres... —se excusó enumerando una lista de suposiciones a las que ella deseaba poner respuesta.

Giorgio sonrió. Se recostó contra el respaldo de mimbre de la silla y aguardó a que les tomaran nota.

—Mis quehaceres, como tú los llamas, forman parte de mi trabajo. Y dado que es la hora de comer, ¿por qué no dejarlos para más tarde y disfrutar de la comida en compañía de una vieja amiga de la facultad? —Giorgio se encogió de hombros sin saber qué más explicaciones esperaba ella.

—En ese caso, ¿en qué trabajas? —Gaby esperó a que el camarero terminara de servirle el vino para coger la copa.

—Representante de escritores —le respondió, cogió la copa y la elevó para brindar con Gaby. Pero ella se había quedado quieta al escucharlo decir aquello. Abrió los ojos de manera que parecía que fueran a salirse de las

órbitas—. Será mejor que brindemos o se me caerá la copa. Por tu éxitos al frente de la editorial.

—¿Cómo que eres un representante de escritores? ¿Eres un agente literario?

—Gabriella sacudió la cabeza, observándolo con la copa en alto.

—Si no bebes, no se cumplirá el deseo. Y créeme que nada me complacería más que alcanzarás más de los que ya tienes.

Gabriella se llevó el borde de la copa a los labios y bebió. Lo necesitaba. Si la aparición de Giorgio había sido toda una inesperada sorpresa, no menos lo era enterarse de que era un agente literario.

—¿Trabajas como *free-lance*?

—Sí, algo así. Me dedico a buscar talentos. Bueno, ya sé que tú decidiste montar tu editorial y que te marcha fenomenal.

Gabriella hizo un mohín como si no estuviera de acuerdo con su afirmación.

—Hay de todo. No te creas que todo es de color de rosa.

—Como en todas partes y en todas las profesiones. Pero tienes a Melina Ambrossio en tu editorial, que acaba de sacar su nueva historia y ya se ha colocado entre los cinco más vendidos.

—Sí, Melina es un seguro, por ahora. Pero ya sabes que el mercado literario oscila bastante. Tú tienes que saberlo, que estás metido en este mundillo.

—Sí, estoy al tanto de lo que se mueve. Ahora triunfa la joven escritora Estefanía Lambertti. —Giorgio lo dejó caer de pasada para ver cómo reaccionaba Gabriella.

—¿No serás, por casualidad, su representante? —le preguntó Gabriella de repente, mientras hundía su tenedor en la ensalada y se quedaba mirando a Giorgio de manera fija—. Porque de serlo, ahora mismo te haría una oferta.

Giorgio no pudo evitar reírse.

—¿No puedes dejar el trabajo si quiera mientras comemos? —le preguntó mientras la mirada de Gabriella chispeaba de emoción. Giorgio no podía apartar su atención de ella. Aunque no pretendía ser descarado a la hora de mirarla—. No, no soy su representante. Mi cometido es buscar nuevos talentos

literarios que después ofrezco a las editoriales. No represento a esos autores. Yo solo los ofrezco cuando veo un potencial en ellos. Luego es la editorial la que tiene la última palabra.

—Ummm, suena interesante. Y dime, ¿has logrado descubrir alguno en esta feria? —Gabriella se quedó contemplando el rostro de él, con especial interés en sus palabras.

Giorgio permaneció en silencio, sopesando la respuesta que debería darle. ¿Confesarle que la editorial con la que estaba iba tras Estefanía Lamberti?

—Por ahora estoy contemplando varias posibilidades.

—Vaya, eso está bien. ¿Alguno que merezca la pena nombrar?

—No, por el momento no. Solo son algunas posibilidades. Nada más. Nada serio. Además, la feria del libro acaba de empezar. Hay dos semanas por delante para descubrir a nuevos autores.

—Sí, tienes razón. En estos días de feria hay que aprovechar a firmar nuevos escritores y a consagrar a los que ya tengo. Por eso, esta tarde, Melina estará en el *stand* firmando libros. Y después está el tema de Estefanía...

—Sigues siendo la misma, ya te lo he dicho. ¿Nunca te das un respiro, Gaby? —la interrumpió él en cuanto escuchó el nombre de la joven escritora. No quería tocar ese tema por el momento.

—Pocos y contados. La editorial era mi sueño y tú lo sabías —le dijo con toda intención mientras lo miraba con persistencia y lo señalaba con el dedo.

—Tuve el privilegio de conocer tus sueños, aunque no tenía claro del todo que montarás una editorial —le aclaró recordando la infinidad de horas que habían compartido charlando de lo que harían una vez que se hubieran licenciado. Gaby, montar una editorial, mientras él no lo tenía claro. Tan solo que le habría gustado seguirla dónde ella fuera.

—Pues ahora tengo que mantenerlos vivos. Y eso requiere muchas horas y muchos sacrificios.

—Presiento que no te has casado y mucho menos has formado una familia.

—No tengo tiempo para relaciones, Giorgio. No puedo...

—Tampoco lo tenías en el pasado —precisó él, lo que provocó el silencio entre ambos mientras ninguno parecía dispuesto a apartar la mirada del otro.

—¿Y tú? Antes no me has respondido —precisó ella cuando vio el gesto de confusión en el rostro de él.

—No he encontrado la persona idónea. Así de simple.

—Eso suena muy literario. Muy de las novelas de Melina —le aclaró sonriendo—. ¿Qué te parece Estefanía Lamberti? ¿Has leído su obra? — Gabriella prefería hablar del trabajo a hacerlo del pasado en el que ellos dos habían sido los protagonistas principales. Y, por otro lado, le picaba la curiosidad por saber qué pensaba él de la joven escritora. No le había confesado de una manera abierta que él estuviera interesado en ella. Pero Gabriella no iba a descartar esa posibilidad de buenas a primeras.

Giorgio apretó los labios y bajó la mirada hasta el plato a medio terminar. Debería medir sus comentarios al respecto de la joven escritora. Reconocía que haber visto la tarjeta de su editorial entre las que tenía Estefanía Lamberti había sido como recibir un golpe en el estómago. Pero ¿por qué no le sorprendía pese a lo que pensara Giulio sobre que la editorial de Gaby no trabajaba ese género?

—Parece haberse convertido en una revelación en las redes sociales.

Gabriella arqueó las cejas ante aquella opinión tan general. Esperaba algo más de él, dado su trabajo.

—Por tu comentario, deduzco que no te ha llamado demasiado la atención. ¿Es eso cierto? ¿No la tienes en tu agenda de futuros talentos literarios?

Giorgio inspiró, se recostó contra el respaldo de la silla y, cruzando los brazos, entrecerró los ojos y los dirigió hacia Gabriella.

—¿Y a ti? ¿Ha despertado tu interés?

Gabriella sonrió.

—No estamos hablando de lo que a mí me parece. Pero ya que preguntas, te daré mi opinión después de haber leído su historia.

Giorgio entornó la mirada e intentó poner su máxima atención en las

palabras de ella. Cosa algo complicada si la miraba con detenimiento y dejaba que su perfume, su presencia y los recuerdos del pasado lo atraparan.

—¿La has leído? —Había un toque de sorpresa y expectación en la pregunta de Giorgio.

—Sí, por recomendación de Melina y de Silvia. Al parecer, ellas sí lo han hecho y me han sugerido que la considere como una futura escritora de la editorial.

—Si ella quiere —matizó Giorgio.

—Claro, siempre y cuando ella quiera formar parte de *Essenza de Donna*.

—Creía que tu editorial solo publicaba novelas para adultos —le recordó Giorgio deseoso por saber qué la había motivado a dar ese paso, aparte de lo que pudieran recomendarle Melina y Silvia. Aunque ese habría sido un asunto menor.

—Cierto, pero creo que ha llegado el momento de abrirla a nuevos escritores y géneros. No podemos quedarnos anclados en lo mismo. El público necesita nuevos horizontes.

—Melina tiene mucho éxito. Leí su última novela.

—¿En serio? —Gabriella arqueó sus cejas, tal vez sorprendida por aquella confesión.

—Alguien que se dedica a buscar nuevos talentos debe estar abierto a todos los géneros —le recordó sonriendo—. Además, Melina es una autora consagrada que nunca decepciona.

—Sí, en eso tienes toda la razón. Aunque me costó convencerla para que dejara su retiro y volviera a escribir.—La comida avanzaba de manera agradable, relajada y, casi sin darse cuenta de esto, Gabriella estaba cogiendo su taza de café expreso para beber el último sorbito que le restaba. El tiempo había volado en compañía de Giorgio. De una manera impredecible.

—Sí, me dí cuenta de que estuvo algún tiempo alejada del panorama literario.

—Asuntos personales. Le dio por tomarse un año sabático.

Giorgio apretó los labios y asintió. Se habían vuelto a reencontrar después de cinco años, los que habían transcurrido desde que finalizaron sus estudios en la universidad. Y a pesar del tiempo, él seguía sintiendo ese ligero cosquilleo cuando estaba con ella. Pero ¿cómo era eso posible? Ya no tenía dieciocho años ni estaba en la facultad. ¿Por qué seguía experimentándolo?

—¿Estás en Bolonia o es una cuestión de paso por la feria?

—La verdad es que he venido a echar un vistazo a la feria. Hay buenas propuestas, lo reconozco.

—Pero ninguna te atrae —matizó Gabriella señalando a Giorgio con el dedo.

—A ver, no todo vale hoy en día. Pero también reconozco que mi opinión no tiene que ser la única ni la mejor. Yo presento a un autor o autora a la editorial como posible incorporación, pero la última palabra la tiene el consejo editorial, como ya te he explicado. Supongo que tú harás lo mismo. Acabas de contarme que Melina y Silvia te habían recomendado que leyeras a Estefanía Lambertti. Pero la última palabra la tendrás tú.

—Eso es. Lo hice para formarme mi propia opinión. Agradezco las de ellas, pero también quiero tener la mía propia.

—¿Y en este caso coincidís las tres?

—Sí, de manera plena. Espero poder charlar con Estefanía para hacerle una oferta para su próxima novela.

Giorgio apretó los labios y asintió. Permaneció en silencio, meditando esa respuesta.

—¿Y si no la consigues? Ten en cuenta que casi todas las editoriales quieren hacerse con ella...

Gabriella se encogió de hombros.

—Siempre tendrá las puertas abiertas. No soy tan estúpida como para cerrárselas y que al día de mañana pueda llamar a estas. Nunca descarto una segunda oportunidad —le aseguró cogiendo aire y echando un vistazo al reloj—. Siento decirte que...

—Sé lo que vas a decirme. Pero todavía resta algo más de media hora para que Melina comience a firmar ejemplares.

—Esto... Pero sería conveniente ir caminando de vuelta a la feria. No quiero llegar tarde.

—Siempre tan perfeccionista. —Giorgio levantó la mano hacia la camarera para que le trajera la cuenta. Luego se fijó en Gabriella y en cómo parecía estar buscando el dinero para pagar.

—Si estás pensando en pagar, olvídale —le dijo Gabriella con un toque sereno y serio—. Te dije que te invitaba a comer y tú aceptaste. No soy una mujer chapada a la antigua que espera que la inviten a comer. Y siempre cumplo mi palabra.

Giorgio sonrió.

—Soy consciente de que eres una mujer libre, autosuficiente, sin compromisos sentimentales y con una editorial que dirigir.

—Así es y así espero seguir por mucho tiempo.

—Me alegra saber que lo tienes todo tan claro. No obstante, si tienes tiempo y quieres, podríamos volver a quedar. De ese modo estaríamos en paz —le sugirió Giorgio desviando su atención hacia la camarera a la que Gabriella entregaba su tarjeta de crédito y la acompañaba al interior del restaurante.

Gabriella se mordió el labio con gesto pensativo. ¿Volver a quedar con él? La pregunta no se hizo esperar. No así su respuesta. Por el momento no quería pensarlo. Vale, que había sido toda una sorpresa por su parte invitarlo a comer, pero ello no la obligaba a que él tuviera la opción de devolvérsela, ¿no? ¿O tal vez sí? Lo que ella tenía claro era que él volvería a pasar por el *stand* de su editorial para saludarla o charlar. Todo aquello que estaba sucediendo en torno a ellos dos no dejaba de asombrarla. Cinco años sin saber nada de él y, de la noche a la mañana, una serie de situaciones y de coincidencias hacían que Giorgio volviera a aparecer en su vida. ¿Por qué?

—¿Vamos? —Giorgio se sobresaltó al escuchar la voz de ella, pero más todavía cuando su mano se situó en su espalda de una manera normal. Había

estado dándole vueltas a la cabeza a lo que ella le inspiraba y lo había pillado desprevenido cuando regresó de pagar la cuenta.

Gabriella no fue ajena al leve sobresalto que su aparición le había provocado.

—Oh, sí, sí. Seguro que Melina está ya allí. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí. Me recuerdo que era tu mejor amiga fuera de la facultad. Es curioso que después de todo hayáis acabado trabajando juntas. La vida da muchas vueltas.

—Es curioso, sí. Lo cierto es que nunca pensé que ella pudiera llegar a convertirse en la escritora que es hoy en día.

—Sin duda que sois dos mujeres con éxito —le confesó con un gesto de admiración por este hecho que enorgulleció a Gabriella.

Melina y Silvia charlaban de manera animada esperando la llegada de Gabriella.

—Me dijo que estaría aquí con tiempo suficiente para tu firma de ejemplares —le contó Silvia—. Lo que pasa es que casi seguro que está a gusto comiendo con su compañero de la facultad. —Silvia movió sus cejas arriba y abajo de manera veloz, dando a entender a Melina lo que pensaba de esa cita.

—¿A quién te refieres?

—A Giorgio. Tú debes conocerlo si estabais juntas por entonces...

—¡Giorgio!

—Me ha contado que era su mejor compañero. Ya sabes, con el que se tomaba los cafés cuando se piraba. O con quien iba a la biblioteca.

—Sí, ya me acuerdo de él. Eran inseparables en aquellos días.

—Sí, pero no hubo nada más, ¿no? Porque ella asegura que no se liaron, y mira que él está bien —le aseguró Silvia con la mirada entornada hacia Melina.

—Sí, pasaban juntos mucho tiempo por lo que ella me contaba. Pero que yo sepa no se liaron en los cinco años. O, si lo hicieron, lo ocultaron muy bien

porque yo no me enteré. Eso sí, todos sus compañeros que conocí y con los que hablé en alguna ocasión creían que sí había algo entre ellos.

—¿Y tú qué crees?

Melina cogió aire antes de expulsarlo.

—No sé. Gaby es muy suya.

—Ya lo sé, con la disculpa de tener que sacar adelante la editorial creo que está dejando escapar algún que otro tren. Oye pero, ¿tú crees que Giorgio le gustaba?

—Algo hubo. Mira, ahí vienen. La verdad es que siguen haciendo muy buena pareja. No sé por qué la cosa no ha cuajado.

Gabriella sonrió al ver el gesto de sorpresa y complicidad en Melina.

—Vaya, ya estás aquí. ¿Te acuerdas de Giorgio?

—Por supuesto —asintió Melina sin abandonar la sonrisa irónica—. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—En parte se debe a que he estado en España una larga temporada. Ya sé que te has convertido en una escritora de éxito.

—Sí, gracias a nuestra amiga en común —le aseguró echando el brazo por encima de los hombros de Gabriella para atraerla hacia ella. Esta se vio sorprendida y lo único que pudo hacer fue sonreír.

—Y solo te pedí que me enviaras una de tus historias. No hice más. El mérito es tuyo por haber conseguido tener tantos lectores.

—¿Piensas quedarte a la firma? —le preguntó Melina deseando saber qué haría y, de paso, qué pensaría Gaby de tenerlo allí, cerca de ella.

El sonido del móvil de Giorgio pareció ser la respuesta que Melina esperaba.

—Disculpadme.

Las tres mujeres lo vieron alejarse del *stand* para tener cierta intimidad.

—¿Cómo coño has acabado comiendo con él? —Melina susurró la pregunta a su amiga, deseosa por saber qué había sucedido.

—Pasó por aquí y... —Gabriella se limitó a sonreír y a encogerse de

hombros, ya que no sabía qué decirle a Melina.

—Ya, y te invitó a comer. Bien, ¿y? ¿Qué tal te ha ido con tu inseparable compañero de la facultad? —Melina formó un arco de expectación con sus cejas al tiempo que Silvia se acercaba para escuchar lo que Gabriella tuviera a bien que contarles.

—Yo lo invité —les confesó con un gesto de culpabilidad por haberlo hecho, que despertó infinidad de preguntas y conjeturas en sus dos amigas.

Giorgio deslizó el dedo por la pantalla de su móvil para responder a la llamada. El número que aparecía no lo tenía en su agenda, lo que significaba que podía tratarse de cualquiera.

—Dígame.

—¿*Giorgio Ferrara*?

Una voz de chica preguntó por él. Giorgio frunció el ceño.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—*Estefanía Lamberti*.

El nombre paralizó la lengua de Giorgio. Dejó la mirada suspendida en el vacío e inspiró hondo tratando de no mirar a Gabriella en ningún momento.

—Encantado, Estefanía. ¿Qué querías? —Giorgio pasó a tutearla dado lo joven que era.

—*Tengo en mi mano tu tarjeta de visita. Por lo que veo, representas a la editorial Tempesta.*

—Sí, así es. Trabajo para ellos en la búsqueda de nuevos talentos.

—*Por ese motivo has dejado tu tarjeta.*

—Exacto. Porque la editorial estaría interesada en charlar contigo. Le gustaría que pasaras a formar parte de su catálogo.

Giorgio no escuchó nada al otro lado de la línea. Todo indicaba que la joven Estefanía se lo estaba pensando. Bueno, eso era algo que le competía única y exclusivamente a ella.

—*Podemos quedar para conocernos y tratar el tema en persona. Yo no*

tengo nada que hacer el resto de la tarde. Si te viene bien...

—Me parece bien. —Giorgio se giró en dirección a Gabriella que, para su sorpresa, lo estaba contemplando en ese preciso instante. Ella se limitó a sonreír de manera tímida, la había pillado mirándolo como en las ocasiones en las que lo había hecho cuando estaban en clase o en la biblioteca, años atrás. Por un instante, él se olvidó de Estefanía y de que parecía estar esperando a que él le dijera cómo quedarían—. Bien, pasaré por el *stand* de la organización en cinco minutos, si estás todavía allí.

—*De acuerdo. Aquí te espero.*

Giorgio cortó la llamada y jugueteó con su móvil durante unos segundos, sin querer volver su atención hacia el lugar donde estaba Gabriella. ¿Por qué comenzaba a sentirse algo culpable por lo que estaba haciendo? No había querido confesarle que su trabajo principal en esos días de feria era conseguir a Estefanía Lamberti, la joven escritora de moda a la que Gabriella intentaba contratar.

Giorgio se acercó a Gaby intentando que su rostro no reflejara las emociones encontradas que sentía en ese preciso instante. Su trabajo y su mejor amiga aparecían enfrentados. ¿A cuál de los dos tendría que traicionar? Uno de los dos perdería.

—Siento tener que marcharme —le anunció sin más preámbulos para no tener que retrasar más el momento.

—¿Una llamada de trabajo? —le preguntó ella con los ojos entrecerrados, sin poder dejar de contemplarlo.

—Sí. He quedado para tratar un asunto con un autor.

Gabriella apretó los labios y asintió. ¿Por qué en ese momento comenzaba a sentir una sensación de vacío porque él se marchara? Se le había ocurrido que tal vez él pudiera quedarse más tiempo y seguir charlando, mientras Melina firmaba ejemplares de su última novela.

—Te dejo mi tarjeta por si necesitas algo o quieres que volvamos a vernos. A mí te aseguro que me encantaría. Es más, recuerda que te debo una

invitación.

Gabriella no supo decir si fue la manera en la que él la contempló o bien su manera de dirigirse a ella. Pero hubo algo que la calentó por dentro. Que pareció tocarle alguna fibra en su interior porque no era normal que sus dedos temblaran y se mostraran algo torpes mientras cogía la tarjeta de visita.

—Sí, es posible —asintió queriendo recomponerse del mal trago que estaba acusando.

—Cuando quieras o tengas tiempo. —Giorgio hizo un gesto hacia la cola de lectores que querían tener un ejemplar firmado por Melina.

—Sí, bueno. Ya sabes cómo es esto.

—No renuncies a lo demás por tu editorial, Gaby. —Giorgio se acercó a ella de manera peligrosa para susurrarle aquella opinión. Y cuando sus miradas se encontraron, Giorgio hizo verdaderos esfuerzos por no inclinarse sobre ella y besarla como sentía deseos de hacerlo desde hacía más de cinco años.

Gabriella se humedeció los labios y se los mordisqueó nerviosa, esperando que él no llevara a cabo sus intenciones. Ella había creído percibir el deseo de él por besarla. Pero él se apartó en el último momento. ¿Qué le sucedía con ella? Todavía podía recordar y contar con los dedos de sus manos las veces en las que ambos se habían quedado contemplándose como si fueran únicos. Como si ese beso fuera a producirse. Pero siempre alguno de los dos, o ambos, se había echado atrás en el último momento.

Giorgio llevaba mucho tiempo haciéndose la misma pregunta. ¿Por qué no podía dar el último paso y besarla? ¿Qué importancia tenía que ella se apartara, lo rechazara o le cruzara la cara? De ese modo le quedaría claro lo que llevaba queriendo saber.

Gabriella lo vio alejarse. Suspiró cuando se dio cuenta de que verlo había conseguido transformar su día. Sí, porque si en un principio ella había tenido ciertas reservas por todo lo que estaba sucediendo, después de comer con él y pasar el tiempo charlando como lo que eran, dos viejas amistades, se había quedado con ganas de más.

—Si no te conociera diría que sientes que se tenga que marchar —le comentó Silvia a su lado.

Gabriella trató de disimular sus sensaciones. Pero era cierto que su repentina marcha no le había sentado tan bien como ella había supuesto en un principio. En un primer instante consideró que lo mejor era no quedar con él o que la comida sucediera de manera rápida para no prolongar su compañía. Pero después de haber pasado juntas aquellas horas, su visión de la situación había variado hasta el punto de que había deseado pasar más tiempo con él.

—No sé a qué demonios te refieres, pero ten en cuenta que ambos tenemos que trabajar.

—Sí, lo entiendo. Dime, ¿qué tal te ha ido con él?

Gabriella quiso centrarse en la cola de lectoras deseosas por tener un ejemplar firmado por Melina.

—Bien, hemos comido en un ambiente distendido y cordial. Charlando de todo en general.

—¿Incluidas las relaciones de pareja? —Silvia arqueó su ceja derecha con suspicacia—. Dime, ¿está viendo a alguien?

Gabriella lanzó una mirada de recelo hacia Silvia. Pero en su interior sucedió algo que no llegaba a comprender y era que no le había hecho gracia aquella sugerencia.

—¿Por qué? ¿Acaso estás pensando en tirarle los tejos? Pues no sé si la tiene. No se lo he preguntado porque no creí que fuera necesario —le comentó algo furiosa consigo misma por sentirse tan extraña.

—Oye, ¿te ha sentado bien la comida?

—A mí sí. ¡Me ha sentado de puta madre! —le aseguró sonriendo con sarcasmo.

—¿Por qué coño te molesta que te pregunte por Giorgio? ¿Es que ha sucedido algo que te ha molestado y no quieres contarme? —Silvia entornó la mirada hacia Gabriella.

—No, no ha sucedido nada. No te preocupes.

—Que sepas que estás algo... irascible. Y no sé si ver a tu amigo ha tenido algo que ver o estás con la camisa al revés.

—Es por todo este jaleo de la feria. Créeme —le aseguró contemplándola algo más tranquila. «La feria y Giorgio», matizó para ella misma—. Será mejor que nos centremos en Melina, ¿sí?

Silvia no se atrevió a añadir nada más al respecto porque no quería comprometer a Gabriella. Pero estaba segura de que su estado tenía que ver con Giorgio y la comida. ¿Qué coño le sucedía a Gaby?

Capítulo 4

Giorgio fue hasta el *stand* de la organización para buscar a Estefanía, como habían quedado. Sin duda que era una chica con gancho entre los más jóvenes, ya que no podían dar dos pasos seguidos sin que alguno se acercara a ella para hacerse una foto, un *selfie* o que le firmara.

—¿Cómo llevas todo esto? Que te paren cada dos por tres para hacerse una foto o para que les firmes en cualquier lugar: cuaderno, una gorra... ¿No te agobia?

Estefanía sonrió abiertamente al tiempo que sus ojos brillaban. A Giorgio le dio la impresión de que ella disfrutaba con todo lo que le estaba sucediendo.

—No. Me debo a ellos. Son los que leen mis historias. Me siguen en las redes sociales, me apoyan. Siento que se los debo. Además, soy consciente de que hacerme una foto o firmarles algo los hace felices por un momento.

—Ya, claro. Te entiendo.

Llegaron al *Café Della Letteratura*. Estefanía observaba la decoración hecha a base de estanterías repletas de libros, rostros de famosos escritores y todo un decorado relacionado con ese arte.

—No conocía este sitio —dijo después de recorrerlo con su mirada.

Marco acudió a tomarles nota.

—Yo tampoco, si te soy sincero. Pero sin duda creo que es el lugar idóneo para tratar este asunto —matizó Giorgio observando a la joven escritora pedir un café solo—. Que sean dos, por favor.

Giorgio hubiera preferido alejarse algo más de la plaza porque no pretendía que Gabriella pudiera verlo en compañía de Estefanía. Cada vez que fijaba su atención en ella trataba de no pensar en Gaby y en que ella estaba interesada en contratarla. Pero al momento desechaba ese pensamiento diciéndose a sí mismo que aquello era trabajo. Y cada uno de los dos desempeñaba el suyo lo mejor que sabía. Gaby tendría su oportunidad para convencer a la joven escritora para que formara parte de su editorial.

—Bueno, tú dirás. ¿Por qué querías que nos viéramos? —Estefanía se mostró directa y muy segura de su situación y de sus palabras. No le gustaba perder el tiempo cuando se trataba de trabajo.

—Eres directa, ¿eh?

—Sí, me gusta que, cuando me van a hacer una propuesta, la persona en cuestión no se ande por las ramas.

—Bien, en ese caso... Mi trabajo consiste en encontrar nuevos talentos dentro del panorama literario.

—¿Y has pensado en mí? —le preguntó interrumpiéndolo.

—Más bien, la editorial para la que estoy trabajado en este momento. *Tempesta* me ha encargado que te presente una propuesta de publicación.

—¿Has leído mi novela o te lanzas así de buenas a primeras?

—Suelo leer todas y cada una de las obras de aquellos autores que considero que pueden publicarse en una editorial.

—De manera que te la has leído —apuntó ella mientras Giorgio asentía—. ¿Y qué opinión te merece?

—Es una buena historia.

Estefanía chasqueó la lengua y sonrió.

—Ya. Eso es algo muy general.

—Lo sé.

—¿Y? —Estefanía arqueó sus cejas con expectación.

—Me ha parecido muy realista, apropiada para los lectores cuyas edades están entre las mismas que los protagonistas. A ver, no es el tipo de novela que

yo compraría, porque la *New Adult* no es uno de mis géneros preferidos.

—¿Y cuáles son? Si andas en busca de talentos, tendrás que leer de todo.

—No tengo un género favorito definido.

—Pero acabas de decirme que la clase de historias que yo puedo crear no las comprarías.

—Ya, pero mi trabajo no consiste en comprar o vender tu novela, sino descubrir si tú puedes llegar alto; o si ni siquiera levantarás el vuelo. ¿Lo comprendes?

—Sí. Vienes a decirme que tú solo te fijas en si la historia tiene gancho. Si merece la pena, ¿no? —Estefanía arqueó una ceja con suspicacia, mirándolo con atención.

—Exacto.

—Eres franco. —Estefanía sonrió y se movió en la silla, ¿incómoda por su sinceridad?

—Tengo que serlo. Leo novelas de todos los géneros. Recibo decenas de manuscritos al día. No puedo andar engañando a la gente. Pero que conste que es mi punto de vista. No es el único ni el mejor —matizó levantando un dedo ante ella para dejarlo claro.

—¿Los lees todos?

—Te he dicho que sí. No puedo arriesgarme a dejar alguno sin leer y que después se convierta en la revelación del año, de igual manera que tú.

Estefanía entrecerró los ojos.

—¿No irás a decirme ahora que estás interesado en mí por lo que comentan en las redes sociales, en ciertos blogs y en algunas páginas de literatura romántica juvenil? Que soy la revelación del año en el género *New Adult*.

—En parte así es. Tienes tirón entre el público lector adolescente. Si a ello le añadimos una buena trama, debo confesar que es la primera vez que leo una historia romántica de universitarios.

—¿Debo sentirme halagada?

—Depende de ti. Tu historia me ha gustado.

—Pero no te ha entusiasmado —precisó ella al ver el gesto de distracción de él.

—Ya te he dicho que no es el tipo de novela que compraría. Pero ello no significa nada. Hay cientos de obras que pasan los filtros y después no enganchan. Y nadie sabe el motivo. Que te esté soltando este rollo que, por otro lado, imagino que conoces, no significa que te vayas a convertir en la nueva Nora Roberts.

—¡Ya quisiera! Descuida, tengo los pies en el suelo —le rebatió algo molesta por ese matiz.

—Me alegra saberlo. Entonces, ¿qué opinas? ¿Estás interesada en escuchar la opinión del editor de *Tempesta*? —Giorgio permaneció con la mirada fija en ella. Una parte de él esperaba que ella se echara atrás. Que le dijera que no tenía interés en escucharlos. Esa parte de él que en ese momento pensaba en Gaby.

—No pierdo nada —le respondió con un gesto risueño—. Siempre tengo tiempo para echarme atrás, ¿no? Además, tengo varias ofertas sobre la mesa e incluso puedo autopublicar mis novelas —le aclaró con naturalidad, pero dándose cierta importancia al mismo tiempo.

—Estás en tu derecho. ¿Cuándo te viene bien quedar con el editor?

—Hoy no. Quiero marcharme a casa. El día está siendo agotador.

—De acuerdo.

—Pasado mañana tengo que volver a la feria. Entonces podemos vernos.

Giorgio asintió complacido por aquella fecha. Eso le daba tiempo a él para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

—En ese caso... —Giorgio se levantó de la silla para irse. Por ese momento le era suficiente y no quería que alguien cercano a Gaby pudiera verlo en compañía de la joven autora. Se sentía algo culpable por no habérselo dicho sabiendo que ella estaba interesada en contratarla. ¿Cómo se lo tomaría cuando lo supiera? Giorgio resopló—. Ha sido un placer. Estás invitada al café. —Caminó hacia la barra para pagar.

—Sí, bien. Nos veremos pasado mañana.

Estefanía se despidió de Giorgio y se quedó un rato más en el *Café Della Letteratura*, un lugar entrañable en el centro de Bolonia.

Giorgio se alejó sin pensar en lo siguiente que iba a hacer. Aunque sin duda lo primero era llamar a Giulio para informarle de la situación, y luego... El sonido de su móvil lo alejó de sus planes. Por suerte para él no tendría que llamarlo, pues era quien lo hacía.

—Dime, Giulio.

—*¿Has logrado hablar con la joven escritora?* —Giorgio notaba una mezcla de nerviosismo e impaciencia en la voz de su amigo y jefe.

—Sí, acabo de despedirme de ella en este momento.

—*¿Y qué te ha dicho? ¿Firmará con nosotros?*

—He acordado una nueva entrevista con ella pasado mañana, aquí, en la feria del libro. Ella tiene que estar para firmar... de manera que será tu oportunidad para convencerla. Mi parte del trabajo está hecha.

—*Pero ¿qué te ha parecido? ¿Firmará?*

Giorgio sonrió.

—No hay nada seguro, te lo advierto. Es la impresión que me ha transmitido. Me ha dejado claro que tiene otras ofertas.

—*Ya... claro.* —Giorgio percibió el cambio en el tono de Giulio. La expectación había dejado paso a cierta cautela e incluso decepción.

—Es lo que esperabas, ¿no? Que tuvieras más ofertas —le aclaró con total cordialidad.

—*Sí, sí, por supuesto. Bueno, veremos qué sucede pasado mañana. Buen trabajo.*

—Sí, vale. Ya hablamos.

Giorgio guardó su móvil y se olvidó de todo aquel asunto de la joven escritora. Su papel había concluido. Había hablado con Estefanía Lamberti para concertar una reunión con Giulio, el editor de *Tempesta*. Entonces era cosa suya que ella aceptara entrar a formar parte de la editorial. Y, mientras

tanto, él seguiría buscando nuevos talentos de los que se dejaban ver por la feria del libro. Asistiría a algún que otro encuentro de jóvenes escritores y de algunos ya consagrados. Nunca se sabía dónde podía encontrar un diamante en bruto.

Estefanía dejó el café con una nueva sonrisa bailando en sus labios. La feria no podía haber arrancado mejor. Decenas de lectores deseando fotografiarse con ella, contarle sus impresiones acerca de su novela. Y luego, el taco de tarjetas de visita de casi todas las editoriales italianas que buscaban ficharla como si de una gran estrella del *Calcio* se tratara. Aquello era más de lo que había imaginado en un principio. Se sentía feliz por las atenciones que había recibido. No cabía en sí misma de alegría. Una sensación que quería compartir con su chico. Le envió un WhatsApp para verlo y contarle cómo le había ido en su primer día en la feria. Solo le había faltado que él hubiera estado allí, a su lado.

Gabriella resopló aliviada cuando terminó la jornada de la feria. El ajetreo que había habido ese segundo día de firma de ejemplares de Melina había conseguido distraerla de sus pensamientos en torno a Giorgio. Claro que tampoco entendía por qué narices tenía que andar pensando en él a cada momento; la verdad. En ese instante lo que quería era acabar de recoger, cerrar el *stand* de la editorial y marcharse a casa a darse un baño relajante. Después ya vería cómo había ido el día en cuanto a ventas, aunque no tendría que hacer muchos números después de tener a Melina firmando durante tres horas.

—Creo que nos merecemos tomar algo —comentó Melina con efusividad, mirando a sus dos compañeras de editorial.

—Yo prefiero irme a casa y darme un baño relajante de espuma con aroma a sales —se aventuró a comentar Gaby lanzando una fugaz mirada a su amiga.

—Oh, venga ya, Gaby. Eso puedes hacerlo después. Es más, podríamos ir a ver a Marco. ¿Qué dices, Silvia?

—Por mí perfecto. No tengo ni pizca de ganas de meterme en casa.

—Venga, Gaby, no seas aguafiestas. Así, de paso, nos cuentas qué tal te fue con Giorgio el otro día —le lanzó Melina arqueando sus cejas con toda intención.

Gabriella frunció el ceño. No estaba con muchas ganas de revelar lo que había experimentado en compañía de Giorgio, la verdad. Prefería guardárselo para ella misma. Sacudió la cabeza dejando clara su intención al respecto.

—¿A qué viene ese gesto? —preguntó Melina cuando percibió cierta reticencia de su amiga a charlar sobre ese tema.

—Viene a que nuestra querida editora no va a soltar prenda al respecto de su breve escapada con su amigo de la facultad —anunció Silvia con autoridad, sabiendo lo que decía.

—¿Qué pretendéis saber? —preguntó una Gabriella algo incómoda ante las miradas fijas de las dos mujeres.

—Qué piensas de haberlo visto después de los años, por ejemplo —le respondió Melina con total normalidad, como si fuera lo más normal del mundo.

—Nada. Estuvimos comiendo y recordando los viejos tiempos; lo típico en estos casos cuando coincides con alguien a quien no ves en años.

Melina entornó la mirada hacia su amiga como dándole a entender que no le creía del todo. Que esperaba que le contara algo más de lo sucedido. Que no terminaba de creerse que entre ellos no hubiera sucedido nada. Por eso, Gabriella abrió los ojos como platos y la miró sin entender su gesto.

—¿Qué? ¿Por qué entornas la mirada cómo si esperaras algo?

—No sé, chica. Tú misma, pero es que me resulta tan sorprendente.

—A mí también me sorprendió encontrarme con él, qué quieres que te diga. «Y más todavía que se me ocurriera proponerle *yo* que comiéramos juntos».

—A mí eso... Pasa que es poco habitual en ti. Pero lo que me choca es

que... —Melina entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio—. ¡Joder, os pasasteis la carrera tonteando, eso según tú! —precisó Melina recordando aquellos años en los que eran amigas y salían a divertirse por ahí. Había sido en alguna de aquellas ocasiones en las que Gabriella le dejó entrever que Giorgio le gustaba, pero que no terminaba de verlo claro.

—¿Tonteando? Éramos compañeros de la facultad. ¿A eso llamas tú tontear? —Gabriella sentía el calor invadir su cuerpo si recordaba aquellos días y, sobre todo, ese mediodía que habían compartido.

—Yo no sé si tonteabais o no, pero sí es cierto que entre vosotros dos había un buen rollo —precisó Silvia interviniendo en la conversación—. Y lo que sucedió entre vosotros pues queda ahí. Mira, pensándolo bien, podrías escribir algo así, Melina. Aunque creo que ya lo he leído en las páginas de Estefanía Lambertti. Supongo que si lo has leído, Gaby, te habrá traído recuerdos.

Gabriella se sintió algo cortada ante aquella deducción de Silvia. Claro que se había sentido identificada en algunos pasajes de la novela, por no decir que lo hacía de manera casi total con su protagonista.

—Sí, la he leído —dijo de forma cortante, seca y algo fría, cerrando el *stand* de la editorial. Tardó en volverse hacia sus amigas, demorándose en la cerradura, y cuando lo hizo, no dio más explicaciones al respecto, sino que cambió de tema—. Por cierto, Estefanía Lambertti no me ha llamado ni ha pasado por aquí —dijo con un leve tono de reproche.

La verdad era que Gabriella no estaba cabreada con la joven escritora, sino con ella misma porque no era capaz de capear el temporal que sus dos queridas amigas habían iniciado. Aquella especie de interrogatorio al que la estaban sometiendo en torno a Giorgio la estaba afectando más de la cuenta. Por eso se cabreaba.

—Bueno, ten en cuenta que estos primeros días estará bastante solicitada. Es la novedad. Dale tiempo —le comentó Silvia buscando calmar a Gabriella.

—Es una nueva estrella. Todos quieren hacerse fotos y *selfies* con ella. Y

apuesto a que no eres la única interesada en atraerla a tu editorial —añadió Melina haciendo ver a su amiga que no lo tendría fácil—. Bueno, ¿vamos a ver a Marco o qué, chicas? Yo necesito distraerme un rato.

Gabriella suspiró, relajó los hombros y se dio por derrotada en ese aspecto.

—Está bien. Vosotras ganáis.

—Yo ya había dicho que sí —apuntó Silvia.

—En ese caso... Vámonos antes de que la jefa se eche atrás en el último instante —añadió Melina con una sonrisa cínica que Gabriella pasó por alto—. Además, un poco de diversión no le hace mal. Y le ayudará a centrarse en otros aspectos y dejar a un lado a Giorgio.

—¿Pretendes entrar aquí? Esto es un café —Giorgio se detuvo con gesto extrañado a escasos pasos de la entrada del *Cafe della Letteratura*. Luego lanzó una mirada de extrañeza a su acompañante.

—Por el día y la tarde es un café donde pasar un rato agradable. Pero por la noche...

Giorgio fue recibido por una atmósfera que en nada tenía que ver con lo que él había conocido cuando estuvo allí mismo con Estefanía Lamberti. Se quedó clavado en la entrada, dejó que su mirada recorriera el local y se acostumbrara a la penumbra que reinaba.

—¿Sorprendido? —le preguntó su compañía de esa noche, sonriendo divertida al ver su expresión.

—Más que eso. Sin duda que no es lo que me esperaba encontrar. ¿Desde cuándo vienes aquí?

—Desde que lo descubrí hace ya algún tiempo. Anda, vente conmigo. —Ella deslizó el brazo por debajo del de Giorgio y casi tuvo que arrastrarlo hasta la barra donde los atendió Claudia con su peculiar aspecto—. ¿Sigues tomando Gin Tonic?

—No, he cambiado la tónica por el limón.

—De acuerdo. Lo probaré —le aseguró volviéndose hacia Claudia para que les sirviera—. Me contabas que te reuniste con Estefanía Lambertti. ¿Qué tal ha ido?

Giorgio se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga? Ha sido una primera toma de contacto, nada más. Se reunirá con Giulio para, si llega el caso, concretar un acuerdo.

—Eso está bien, ¿no?

—Eso no es nada y lo sabes, Lucía —le rebatió Giorgio sacudiendo la cabeza—. Puede echarse atrás en cualquier momento. Me aseguró que incluso podría autopublicarse en una de esas plataformas literarias que existen.

—No lo creo. Parece una chica con los pies en el suelo.

—Ya, pero no somos la única editorial que va tras ella —apuntó señalando a Lucía con un dedo.

—¿Y qué esperabas? Apuesto a que tendrá un montón de ofertas sobre la mesa, incluida la de mi hermana —le recordó ella con una sonrisa y un movimiento de cejas.

—Soy consciente de ello —asintió antes de echar un trago a su bebida y fijarse en el magnético brillo de los ojos de Lucía—. Por cierto, estuve con Gaby en la feria. Me invitó a comer.

Lucía frunció el ceño como si no le hubiera entendido. O tal vez le pareciera extraño escuchar a Giorgio hablar de ella.

—¿Mi hermana?

—Esa misma. La editora de *Essenza de Donna* —ironizó Giorgio con una sonrisa cínica.

—¿Y qué tal la encontraste? —había un toque irónico en el tono que Lucía había empleado para referirse a ella.

Giorgio apretó los labios y se limitó a encogerse de hombros.

—Bien.

—¿Solo bien? —Lucía entornó la mirada hacia Giorgio y pareció estar

esperando alguna explicación más por su parte.

—¿Qué más quieres que te diga? ¡Es tu hermana, coño!

—Venga, Giorgio, que los dos sabemos lo que había entre vosotros —se burló Lucía dándole unos toques en el pecho.

—No hubo nada y lo sabes, Lucía. Éramos buenos compañeros de facultad y mejores amigos, creo asegurar.

—Sí, sí, sí —repitió Lucía de manera monótona—. Pero la amistad que tenías con mi hermana no era la misma que conmigo. —Lucía le guiñó un ojo en complicidad.

—Contigo salía más de fiesta que con ella; no te lo niego. Gaby solo pensaba en estudiar, sacar muy buenas notas y ya está. Ya lo sabes. No tiene nada que ver contigo.

—Espero que sea en el buen sentido de la palabra —bromeó Lucía—. Por cierto, volviendo a Estefanía Lambertti, ¿le has comentado a mi hermana que vas a detrás de ella? —Lucía se mordisqueó el labio esperando la aclaración de él.

—Según lo has dicho, parece que quiero llevármela a la cama.

—Bueno, no hablaba en ese sentido. Pero... tú verás... No obstante, no te pega. Te va más Gaby —le aseguró guiñándole un ojo con complicidad.

—Ya. —Giorgio chasqueó la lengua y sonrió.

—En serio, ¿no sabe nada?

—No, no le he comentado nada al respecto. Tampoco creo que haga falta.

—Ya, pero, conociéndola, no estaría de más que lo hicieras. Es decir que la editorial *Tempesta*, para la que trabajas ahora, anda detrás de Estefanía.

—Pero, como bien dices, es la editorial para la que trabajo la que quiere contratar a Estefanía. *Yo* no tengo ningún interés en ello. Me pagan para hacer mi trabajo, que consiste en presentar nuevos talentos a la editorial.

—Gaby me comentó el otro día que va a intentar tener a Estefanía en su editorial. Necesita darle un empujón ahora que Melina ha vuelto a asentarse entre los más vendidos.

—Pues que le haga una oferta y que sea para el mejor. ¿Qué quieres que diga? —Giorgio miró a Lucía sin saber qué podía hacer. Ya había pensando en esa posibilidad que ella le planteaba, pero al final había acabado por desecharla porque a él no le incumbía.

—Bueno, y de lo otro, ¿qué? ¿Cuándo vas a confesarle a mi hermana que llevas pillado por ella desde la facultad? Eres un poco lento, ¿no crees? — Lucía esbozó una sonrisa y movió sus pestañas de manera coqueta.

Giorgio abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo dos veces. Justo en ese momento Estefanía Lamberti se dirigía hacia él para saludarlo. La mirada de sorpresa de Lucía pareció decirlo todo. «Ohhhh, ¿la joven escritora viene a saludar a Giorgio?», se preguntó Lucía mordisqueándose el labio y adoptando una pose de interés con sus ojos entrecerrados.

—Vaya, qué sorpresa encontrarte aquí —le dijo Estefanía mirando a Lucía y apartándose de Giorgio al pensar que tal vez fuera su pareja.

—La verdad es que ha sido cosa de ella —aclaró Giorgio señalando a la hermana de Gabriella—. ¿Qué tal va todo?

Estefanía resopló.

—Puedes hacerte una idea.

—Sí, puede llegar a ser agotador, pero si es lo que quieres... —Giorgio arqueó las cejas—. Por cierto, no te olvides de la reunión con el editor de *Tempesta*. Si estás interesada, claro.

—No, descuida. No lo haré. ¿Y tú? ¿Relajándote?

—Sí, tomando algo con una amiga. Por cierto, es Lucía. Ella es...

—La joven escritora de la que todos hablan —se adelantó Lucía antes de que la propia Estefanía se presentara—. Encantada.

—Mucho gusto. En fin, solo quería saludarte. Vuelvo con mis amigas —le dijo Estefanía antes de girarse para marcharse.

—No vemos. *Ciao*.

—*Ciao*.

Giorgio experimentaba la mirada fija de Lucía en él. Pero él no pareció

darle la menor importancia después de todo. No había hecho nada mal que él supiera.

—¿Y tú qué? ¿Qué tal el trabajo?

Las tres chicas llegaron en ese momento al *Café della Letteratura*. El local estaba bastante animado dada la cantidad de gente. Se abrieron paso hacia la barra entre un bosque de cuerpos y fue entonces cuando se percataron de que Giorgio estaba allí con la hermana de Gaby. Esta sonrió y asintió cuando se quedó frente a los dos.

—No sé por qué no me extraña veros juntos —les dijo Gaby con un toque irónico que arrancó las carcajadas de Lucía.

—Ya. Pues tal vez deberías ser tú la que estuviera con él. Al fin y al cabo, los dos erais compañeros de clase en la facultad —la puya de Lucía pretendía dar de lleno en su hermana en un intento por hacerla reaccionar.

—Exacto. Fuimos compañeros. Pasado. No en el presente —le aclaró con una sonrisa irónica, controlando a Giorgio por el rabillo del ojo.

—Pero supongo que la amistad no se pierde con el paso del tiempo, ¿no? Si no, ¿por qué comiste con él el otro día, eh? —Lucía arqueó las cejas, cogió el vaso para beber y observar con detenimiento la expresión del rostro de su hermana.

—No pasa nada porque me haya ido a comer con Giorgio, ¿no? ¿Y vosotros, cuándo habéis quedado? —la pregunta se la hizo a ambos mientras se los quedaba mirando con suspicacia. ¿Estaban juntos? Su hermana nunca le había insinuado si quiera que Giorgio le gustase. Ni los había visto nunca en una actitud que diera a entender que tenían algo. Salvo que congeniaban bastante en cuanto a salir de fiesta.

—Oh, pasó a verme por el hospital. Así que le pedí que me esperara, que ya terminaba mi turno, y decidimos venir a tomarnos algo y ponernos al día —le dijo Lucía sin demasiado interés en el tema—. Ya que estás tú aquí, yo me abro.

—¿Cómo que te marchas? —explotó, indignada, Gabriella mirando a su hermana como si fuera a fulminarla.

—Lo dicho. Me voy, Gaby, que necesito pillar la cama. Acabo de salir de guardia hace cosa de... —Lucía lanzó una rápida mirada al reloj—. Una hora y media, te lo he dicho. Me ha gustado verte, Giorgio. Tendremos que repetir. —Lucía quería irse cuanto antes, a ver si Giorgio y Gabriella se ponían al día y dejaban de jugar al despiste entre ellos.

—Sí, claro. Cuando quieras, Lucía.

—*Ciao*, hermanita.

Giorgio y Gabriella la contemplaron saludar a Silvia y a Melina antes de encaminarse hacia la puerta del local. Luego, ambos se quedaron callados, mirándose de cerca, de manera fija e insistente, esperando a ver cuál de los dos rompía el hielo. Gabriella se humedeció los labios. Sentía la sensación de vacío en el estómago, las manos se le habían humedecido y la respiración ganaba velocidad. Se aclaró la voz.

—Siempre pensé que acabaríais juntos, mi hermana y tú —le aseguró lanzando un vistazo hacia la puerta por ver si Lucía se había marchado ya.

—Tú hermana es demasiado inquieta para mi gusto.

—Sí, en eso tienes razón. No es de atarse a una relación. Es más de...

—Vivir la vida según le viene. Sin preguntarse qué sucederá mañana.

—Pero reconoce que, siempre que quedábamos, vosotros dos parecíais inseparables —le recordó, sonriendo irónica, al pensar en aquellos días no tan lejanos.

—Ya. Siempre hemos congeniado, pero en el plano de la diversión. Lucía sabe que no es mi tipo. Ni yo el suyo, por supuesto.

—¿Y quién te atrae? —La curiosidad pudo con ella. Gabriella había formulado la cuestión sin ser consciente. Era cierto que lo había pensado desde que se vieron.

—Ten, te he pedido una copa —la interrumpió Melina, lo que provocó una especie de tiempo muerto entre Gabriella y Giorgio, que ella agradeció.

Interesarse por la vida sentimental de su amigo no le parecía una buena idea. Demasiado directa, y eso que ella no tenía interés en formar parte de esta. Gabriella bebió con el propósito de calmarse.

—¿Dónde te has metido durante estos años?

Giorgio se dio cuenta de cómo ella había cambiado el tema de la conversación. Sonrió. Le parecía bien que quisiera saber de su vida durante los últimos cinco años.

—Estuve aquí y allí hasta que me marché a España. Allí he pasado unos años hasta que he decidido regresar, ya te lo conté.

—¿Has vuelto a Bolonia para quedarte o piensas volverte a marchar? — Gabriella entornó la mirada con un gesto de curiosidad. Y Giorgio vaciló durante unos segundos como si no supiera qué respuesta darle. Le apetecía quedarse allí, en Bolonia, siempre y cuando las cosas le marcharan bien. Y entre estas estaba *ella*.

—No lo he pensado. Por ahora estoy aquí. Tengo trabajo y no siento las ganas de volverme a ir.

—¿Con qué editorial estabas? No recuerdo...

—Creo que no te lo dije.

—En ese caso...

Giorgio inspiró.

—Estoy colaborando con *Tempesta*.

—Vaya, una de las más fuertes del mercado —ironizó con una sonrisa que llamó la atención de Giorgio.

—Sí, es una de las más importantes del país.

—Intentó que Melina firmara con ellos —le comentó con un toque de fastidio. La mirada de Gabriella pareció ensombrecerse por un momento.

—No lo sabía. De todas maneras, Melina está a gusto contigo —le aseguró él haciendo un gesto con el mentón hacia ella. La contempló charlar de manera animada con Silvia.

—Ya, y dime, ¿tienes pensado seguir con ellos por mucho tiempo?

—Si quieres que trabaje para ti solo tienes que pedírmelo —le susurró acercándose a ella más de lo permitido. El perfume fresco y floral de Gaby lo atrajo sin remisión. Giorgio tenía la impresión de que podía rozar sus mejillas con los labios de un momento a otro.

Gabriella acusó la presencia tan cercana de él. Su aliento sobre su rostro cuando se acercó a hablar con ella. Sus cuerpos rozándose de manera casual, debido a la gente que había en ese momento en el café. La música que te obligaba a hablar acortando las distancias... Gabriella deslizó el nudo formado en su garganta y el ligero temblor de piernas hizo el resto. Levantó la mirada hacia él y percibió la calidez de su tímida sonrisa. Su mirada descendió hasta sus labios y se quedó fija en ellos durante unos segundos en los que Gabriella creía estar agonizando por sentirlos de una vez.

Giorgio experimentó la sacudida propia del deseo incontrolable. Quería besar a Gabriella. Hacerle ver que durante todos aquellos años ella había sido su máspreciado sueño, su anhelo. La vio sonreír.

—¿Tú y yo? ¿Trabajando juntos? —Grabriella intentó modular el tono de su voz. Aplacar el estado de nervios en el que Giorgio la había vuelto a sumir y al que no lograba acostumbrarse.

—Como en los viejos tiempos. Siempre formamos un buen equipo en la facultad.

—Aquellos eran otros tiempos. Ahora es distinto —le dijo con firmeza mientras parecía que la magia del momento compartido escasos segundos antes se había evaporado como las burbujas de su copa—. Además, tú tienes contrato con *Tempesta*. Nunca trataría de arrebatarte a alguien de su plantilla —le aseguró con sorna, recordando su maniobra para captar a Melina—. Ya lo sabes.

—No me debo a nadie, Gaby. Mañana mismo puedo ir a ver a Giulio y decirle que lo dejo.

Gabriella tenía que inventarse alguna excusa para alejarlo de ella. Su repentina aparición no estaba haciendo más que complicar sus días, ya de por

sí algo liados con la feria del libro. Lo que menos necesitaba era que su compañero de la facultad regresara para recordarle lo que ella había dejado escapar, más preocupada por su carrera en la facultad y sus perspectivas de futuro.

—No necesito a alguien que busque nuevos talentos literarios —le dijo con seguridad, con el aplomo necesario para hacer frente a Giorgio. Tal vez había sonado algo fría y directa en su tono, pero esperaba que a él le quedara claro. Quería mantenerlo alejado. No podía permitirle acercarse más.

Él se quedó parado. Gabriella parecía tenerlo todo muy claro, como siempre. Y asintió sin decir nada.

—En ese caso, no insistiré más. Creo que es hora de que me marche a casa. El día ha sido largo y mañana tengo que madrugar para hacer trámites.

Las palabras de él sacudieron el interior de Gabriella. Fue como un golpe seco que la dejó paralizada. Sin ninguna capacidad de reaccionar.

—Me ha gustado volver a verte. Y si necesitas algo, o quieres quedar otro día a comer... Te debo una.

—Lo tendré en cuenta. Pero ya sabes que estos días... —Gabriella no quería prometerle nada porque no estaba segura de si era una buena idea volver a verse.

—Sí, son una completa locura. Debes aprovechar a tope. Despídeme de las chicas. —Giorgio le guiñó un ojo y, dejando el vaso sobre la barra, enfiló hacia la salida con la sensación de haber retrocedido cinco años. A cualquiera de las noches en las que había salido por ahí y siempre regresaba con la misma sensación de vacío. Había pasado el tiempo, pero nada parecía haber cambiado entre ellos. Nada.

Gabriella permaneció pensativa, mordiéndose el labio y contemplando a Giorgio marcharse. Cerró los ojos por unos segundos en los que trató de relajarse y que las pulsaciones recuperaran su ritmo normal. ¿Por qué, pese a haberse mostrado fuerte y decidida para alejar a Giorgio, en ese instante se sentía mal? ¿Por qué tenía la impresión de haberse mostrado demasiado dura

con él?

—No me puedo creer que hayas permitido que Giorgio se marche solo a casa.

Gabriella abrió los ojos de golpe y a punto estuvo de tirarse por encima el contenido de su copa. El tono sugerente de Melina susurrando cerca de ella la había situado al borde del síncope. Se volvió hacia su amiga con la mano en el pecho, como si pretendiera detener los latidos de su corazón, ya de por sí agitados si pensaba en Giorgio.

—Has estado a punto de que me dé algo —le aseguró a una Melina que la contemplaba con una sonrisa divertida por verla de aquella guisa.

—Ja, venga ya. Yo solo te he dado mi opinión sobre lo que acabo de contemplar. Nada más.

—Pero estaba... yo...

—Estabas pensando en por qué narices lo habías permitido. Estabas pensando por qué no has salido detrás de él a retenerlo —le resumió una Melina que contemplaba a Gaby, al igual que Silvia, preguntándose si había hecho lo correcto esa noche.

—Vaya, ahora parece que sabes lo que pienso y...

—Estabais a puntito de caramelo. Reconócelo. —Melina sonrió y le guiñó un ojo, y Gabriella que se quedó con la boca abierta, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Melina está en lo cierto. Habéis estado a esto de sellar vuestras bocas —le refirió Silvia acercando el pulgar al índice, pero sin rozarse.

—No es cierto. No íbamos a besarnos. ¿De dónde os habéis sacado semejante majadería?

Silvia y Melina se miraron y asintieron con total convicción. Y luego, ambas a Gabriella.

—¿De qué va todo esto? ¿Es un complot contra mí o qué?

—No es ningún complot. Lo que sucede es que pareces la única que no te enteras de lo que sucede a tu alrededor —precisó Melina señalándola con un

dedo—. Eso es lo que te pasa.

—¿Qué sabrás tú?

—Oh, pues, por lo pronto, que a Giorgio le gustas —le aseguró de manera clara, convincente y contundente.

Gabriella abrió los ojos como platos y se quedó parada. Tenía la impresión de que le habían sacado la sangre de su cuerpo. Entrecerró los ojos sin apartar la atención de sus dos amigas y comenzó a sacudir la cabeza, rechazando semejante locura.

—Eso que dices no tiene ni pies ni cabeza.

—Pues yo creo que es una realidad muy latente —apuntó Silvia—. Gaby, él lleva enamorado de ti desde la facultad. ¡Joder, solo había que escucharlo hablar de ti o fijarse en cómo te miraba cuando salíamos en grupo! O cuando nos encontrábamos alguna noche con él. En serio, él siente algo por ti. Ya lo verás.

—¿Y por qué diablos no me lo dijo? Que no. Que no estoy en una de tus novelas —aseguró mirando a Melina con determinación.

—Tal vez no en una de las mías, pero ¿leíste la de Estefanía Lambertti? ¿No te ha recordado a alguien? Me refiero a los personajes... —aclaró con una sonrisa, cruzándose de brazos—. En serio, deberías prestar más atención a las señales que se manifiestan a tu alrededor. Voy a ver a Marco.

Gabriella y Silvia permanecieron en silencio durante unos segundos. Gaby se mordisqueaba el labio en clara actitud pensativa. Con los ojos entrecerrados evitaba mirar a su amiga y compañera de trabajo. ¿En serio debía creer lo que Melina y Silvia aseguraban? ¿Por qué? ¿Y desde cuándo lo habían percibido ellas? Lo de que Giorgio estuviera por ella. No podía negarles que tras leer a Estefanía Lambertti había tenido la misma sensación de que aquella trama le resultaba bastante familiar, pero solo era una coincidencia. Nada más. Pura y simple ficción. Levantó la mirada hacia Silvia.

—¿Tú también lo crees?

Silvia se limitó a asentir con total convencimiento pese a la cara de temor que Gaby había mostrado en el momento de formular la pregunta.

Gabriella puso los ojos en blanco, resoplando, sin terminar de creer aquella locura.

—Estáis para que os encierren a las dos.

—Ya, pero ¿te has parado a pensar que sea cierto y que Giorgio estuviera enamorado de ti desde la facultad? —Silvia arqueó sus cejas y abrió los ojos al máximo.

—Vale, te repito que no me lo creo. Lo hubiera notado en todo el tiempo que pasamos juntos.

—¿Cómo ibas a fijarte en ello si estabas metida de lleno en la carrera y en tus futuros planes para montar una editorial? Por favor, Gaby. —Silvia gesticuló con sus brazos—. No lo habrías creído ni aunque él se te hubiera declarado. Claro que, por otra parte, ¿cómo coño iba a hacerlo si veía lo mismo que los demás?

—Quería sacar la carrera en los años que me había marcado. Y después quería...

—Si, tener tu vida planificada de principio a fin. Todo organizado como si de una agenda se tratara. Y te perdiste tantas cosas...

Gaby se quedó pensativa. Aquella afirmación tan rotunda y esclarecedora de Silvia acababa de dejarla tocada. ¿En serio la veían de esa manera? Ciertamente que había trabajado mucho y duro para levantar la editorial y no tener que depender de un hombre, ni en el plano laboral, ni sentimental. Le iba bien así. ¿Por qué demonios iba a cambiarlo en ese momento? ¿Solo porque un antiguo compañero de la facultad volviera a aparecer en su vida? No, que ella supiera.

Capítulo 5

Giorgio acudió a la reunión que Giulio y Estefanía tendrían ese día en la feria del libro. No se había dejado ver por esta después de despedirse de Gabriella hacía dos noches. No quería verla. No pretendía causarle ningún contratiempo. Le había ofrecido su colaboración como agente que buscara nuevos talentos para su editorial, incluida la muchacha que ahora charlaba con Giulio, pero Gabriella la había desechado. De manera que había pensado que, ya que Giulio ya tenía lo que quería, él dejaría de colaborar con *Tempesta*. Tal vez se marchara de Bolonia otra vez en busca de nuevas oportunidades. Gaby seguía siendo la misma. Centrada en su trabajo, de manera que, ¿qué sentido tendría decirle lo que llevaba sintiendo por ella durante tanto tiempo? Y eso que la otra noche, por un momento, había pensado que podría suceder. Que acabarían besándose y exponiendo de manera abierta lo que cada uno sentía. Pero tal vez le faltó el valor necesario para cruzar la línea con ella. O tal vez percibió que ella no estaba por al labor. ¿Qué más daba?

—Estas son las condiciones que te ofrece la editorial y que espero sean de tu agrado, —Giulio las había resumido y sonreía a la espera de que Estefanía se pronunciara.

Giorgio contemplaba a la muchacha sin pensar en nada. Había cerrado su mente a cualquier pensamiento en torno a ella o a Gabriella.

—Bueno, me parecen bastante buenas, y...

—No vas a encontrar condiciones mejores que las que te ofrece *Tempesta*.

Créeme —le dijo Giulio seguro de ello, o tal vez fuera un farol para que ella se decidiera.

—Suenan tentador, aunque he de pensarlo —le rebatió ella con normalidad y con un toque de seguridad que captó la atención de Giorgio. Al parecer, la muchacha tenía los pies en el suelo y no iba a dejarse engatusar de una manera sencilla—. Estoy abierta a escuchar más propuestas. La de *Tempesta* no es la única, *signore*.

Giorgio asintió con una leve sonrisa bailando en sus labios. Desvió su atención por un instante para alejarse de aquella reunión, cuando su mirada se cruzó con la de Gabriella.

Ella lo vio de manera casual. Iba a tomarse el café de media mañana cuando, al pasar cerca del *stand* de Ediciones *Tempesta*, vio a Giorgio allí, de pie, observando a Estefanía Lambertti charlando con Giulio. Por un segundo, sus miradas se encontraron y Gaby sintió la rabia apoderarse de ella. ¿Por qué no le había comentado que tendría una reunión con Estefanía Lambertti para intentar que esta entrara a formar parte de *Tempesta*? ¿Y ese era, según sus amigas, el mismo que se suponía que estaba enamorado de ella? ¿Cómo podía si ni siquiera podía confiar en ella?

—¿Estás bien? ¿Qué sucede? —las preguntas de Melina casi carecieron de sentido en ese momento para Gabriella.

—Ahí tienes a mi Romeo —le dijo haciendo un gesto con el mentón hacia Giorgio para que Melina lo viera—. Reunido con Estefanía Lambertti.

—¿Y? ¿Cuál es el problema?

—Le pregunté por su trabajo y por los escritores con los que pensaba hablar y no me comentó nada de que estuviera tras ella.

—Es su trabajo. No sé por qué te pones así.

—Porque podría haber confiado en mí y decirme que *Tempesta* iba detrás de la joven promesa de las letras italianas. ¿Tanto le costaba? Y luego tiene el descaro de decirme que podría trabajar para mí —concluyó apartando su atención de Giorgio.

—Pero ¿tú te has visto?

—Sí, me veo todas las mañanas en el espejo antes de salir de casa. ¿Por qué lo preguntas? —le rebatió una Gabriella que sentía bullir su sangre.

—Eres una borde, perdona que te diga. No tienes razón.

—¿Cómo que...? ¿Aceptas que no me comentara nada acerca de la oferta de *Tempesta* a Estefanía? —Gabriella se quedó con la boca abierta, mirando a Melina sin poder creer que estuviera hablando en serio.

—Y, de paso, que también te contara lo que iban a ofrecerle, ¿no? —ironizó Melina entrando en el café. Había conseguido que al menos se alejara de allí.

—No. Tan solo que, cuando yo le comenté lo de Estefanía, él...

—No está obligado y lo sabes —la interrumpió Melina, que comenzaba a cabrearse con su amiga—. El hecho de que esté colaborando con la editorial *Tempesta* puede obligarlo a no decir nada a nadie de su trabajo. Es posible que haya firmado una cláusula de confidencialidad al respecto de los escritores con los que tiene en mente contactar. Yo creo que estás sacando las cosas de quicio, Gaby. De todas maneras, creo que tu reacción no tiene que ver con que Giorgio no te comentara nada al respecto de sus planes de trabajo.

Gabriella se quedó con boca abierta, mirando a su amiga como si no la entendiera.

—¿Qué quieres decir?

—Creo, más bien, que, desde que Giorgio apareció, tú estás a la defensiva. Y más después de lo que Silvia y yo te comentamos la otra noche.

Gabriella se quedó contemplando al camarero mientras les servía los cafés que habían pedido. Luego, entrecerró los ojos y entrelazó sus dedos para dejar las manos juntas sobre la mesa.

—¿Me estás diciendo que mi reacción tiene que ver con él? —Gabriella arqueó una ceja con suspicacia, y Melina se limitó a encogerse de hombros, haciéndole ver que no tenía nada más que añadir o aclarar.

—A ver, es una apreciación. Nada más.

—Nada más. Vale.

—No creo que Giorgio tenga que darte descuentos de su trabajo solo porque fueseis compañeros en la facultad. Esa es mi opinión. Hay una cosa que se llama secreto profesional.

—Vale, pero podía haber sido todo un detalle decirme que estaba interesado en Estefanía Lambertti.

—Según lo cuentas, parece que quiera tirársela —le aclaró Melina con una sonrisa cínica.

—Por mí puede acostarse con quien le dé la gana —expresó Gabriella echa una furia.

—Ya, vale. Mira, lo que debes hacer es hablar con Estefanía, plantearle tus condiciones de publicación y punto. Que ella decida.

Gabriella emitió un gruñido de desaprobación ante aquella propuesta. No estaba del todo segura de sí debería hacerlo.

—Y tú, ¿qué tal llevas tu próxima novela?

El cambio de tema sorprendió a Melina, no lo esperaba, pero casi agradeció que su amiga y editora se centrara en otro asunto que no fuera Giorgio. Total, para lo que iba a servirle. Melina estaba convencida de que más pronto o más tarde, Gaby volvería a darle vueltas al tema en su cabecita.

—A ver, ¿ya me estás pidiendo la siguiente historia? —Melina entornó la mirada hacia Gaby y empleó un tono de no creerle. Pero el asentimiento de Gaby no le dejó dudas.

—¿No pretenderás pasarte otro año sabático? Te recuerdo que ya tuve que sacarte de tu ostracismo para que te pusieras a escribir. De manera que no me vengas con alguna excusa.

Melina silbó.

—Vaya, sí que te ha cabreado lo de Giorgio. Connigo no lo pagues, ¿quieres? —comentó mientras Gabriella parecía dispuesta a contraatacar con el tema, pero Melina no la dejó—. Te confesaré que estoy escribiendo a buen ritmo.

—Pues ya es algo, porque pasarte las mañanas en el café de tu chico...

—No creas que me distrae tanto. Además, él está trabajando, no lo olvides.

—Vale, entonces, ¿cuándo podrás entregarme el nuevo manuscrito?

Melina frunció los labios adoptando un gesto pensativo.

—No me irás a poner fecha de entrega...

—No me tientes... Si me prometes que estará para al menos dentro de seis meses...

—Estará para entonces. Descuida.

—Espero que me sorprendas como la otra vez.

—Tú si que me estás sorprendiendo —le aseguró Melina sonriendo con sorna.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Nada, cosas mías. Anda, vámonos, que tengo que escribir. Y, por favor, no pases por delante del *stand* de *Tempesta*, ¿sí? No quiero que hagas algo de lo que te arrepentirás después.

Gaby inspiró hondo y puso los ojos en blanco.

—No creo que me arrepienta de decirle cuatro cosas a Giorgio.

Melina la contempló caminar hacia la puerta del café con paso presuroso y la rabia flotando todavía a su alrededor. Pero ella estaba convencida de que lo que menos le apetecía a su amiga era echarle en cara nada a Giorgio, bueno, tal vez sí después de todo. Pero de lo que estaba segura era de que Gaby estaba en estado de *shock* desde que él volvió a su vida. Melina y Silvia eran conscientes de que lo que le sucedía a su amiga era muy simple: estaba enamorada de Giorgio desde hacía años, pero no había querido reconocerlo en ningún momento. Así de sencillo. Y eso mismo le sucedía a él. Lo que nunca habían entendido Silvia y ella era por qué narices no se habían enrollado en el pasado. Confiaba en que en ese momento, después del paso de los años, los dos se dieran cuenta de que estaban comportándose como críos.

Giorgio y Giulio se despidieron de Estefanía cuando esta consideró que todo en relación a *Tempesta* estaba claro. Había quedado en llamar a Giorgio para

darle una respuesta.

—¿Qué opinas? ¿La ves convencida de entrar en nuestro proyecto? —Giulio estaba nervioso por ese aspecto. Sin duda que era lo que más ansiaba.

—No lo sé —le respondió más preocupado por lo que Gabriella pudiera pensar de él. Ella lo había visto en compañía de la joven escritora y, a juzgar por la mirada que le había lanzado, y por el semblante de su rostro, estaba molesta con él. ¿Se debía a que no se lo había contado? Había pensado hacerlo durante la comida, pero al final lo dejó pasar. Y allí estaban las consecuencias.

—Confío en que sí acepte y quitársela a *Essenza de Donna*.

Aquel comentario atrajo la atención de Giorgio.

—¿Estás diciéndome que lo haces para que la editorial no la tenga? ¿De qué va todo esto, Giulio? —Giorgio cruzó los brazos y frunció el ceño mirando a su amigo.

—Oh, vamos. Son negocios. Gabriella ya tiene a Melina, la reina italiana del romance. Estaría bien que nosotros tuviéramos a la promesa de la *New Adult*, ¿no crees? De ese modo, las fuerzas estarían equilibradas.

—No me puedo creer que lo estés haciendo por evitar que Gabriella pueda quedarse con ella —exclamó Giorgio, molesto con aquel descubrimiento que no le agradó en nada—. ¿Qué es esto? ¿Una competición?

—Reconoce que ella tiene unas ventas increíbles con Melina.

—Sí, lo sé. Y también que intentaste quitársela, no lo olvides.

—Solo le hice una oferta... que ella rechazó.

—Y ahora pretendes evitar que Estefanía Lambertti pueda acabar firmando con Gaby. —Giorgio entornó la mirada hacia Giulio sin terminar de creer que todo aquello fuera por una especie de revancha.

—Yo no estoy evitando nada. He hecho mi oferta y punto. Ahora decide la escritora. Por cierto, ¿hay algún autor o autora que merezca la pena? —le preguntó echando un vistazo a los papeles esparcidos por el *stand* de la editorial para evitar mirar de manera directa a Giorgio.

Este permanecía en silencio pensando en lo que Giulio acababa de contarle y que en nada tenía que ver con lo que él pensaba. Pero eso no le importaba lo más mínimo a Giulio.

—Por ahora no. Si me necesitas, llámame.

—Y tú, si lo hace Estefanía —le recordó con ansias de que sucediera.

—Descuida.

Giorgio dejó el *stand* de la editorial *Tempesta* con cara de pocos amigos. Solo tenía clara una cosa, y era que no quedaría a mal con Gaby por una cuestión de envidia o revancha. Que Gaby contara con Melina en su editorial no significaba que Giulio pretendiera que ella no consiguiera a Estefanía Lamberti. ¿Hacía todo eso para evitar que la joven escritora pudiera irse a *Essenza de Donna*? ¿Era ese el verdadero motivo? Giorgio sacudió la cabeza sin terminar de creerlo, pero lo había escuchado por boca de Giulio.

Gabriella parecía algo más tranquila con el paso de los días. Había dejado a un lado a Giorgio, al que, por cierto, no había vuelto a ver. ¿Se había marchado otra vez de Bolonia? Aquella incertidumbre por no saber de él parecía afectarla a pesar de que ella se dijera a sí misma que era lo mejor que podía sucederle: no volverlo a ver. Tenía una editorial que dirigir y la feria avanzaba hacia el ecuador de sus días. Las ventas iban viento en popa y la gente parecía responder a lo que *Essenza de Donna* tenía que ofrecerles. Por otro lado, estaba expectante porque por fin había conseguido sacar tiempo para charlar con Estefanía Lamberti y exponerle su propuesta de publicación. Prefería no pensar en las demás ofertas, que sabía que existían, y centrarse en convencerla para que aceptara publicar con ella.

Encontró a Estefanía junto a la Fontana del Nettuno. Cuando ella vio acercarse a Gaby, pensó que sería la editora con la que había quedado. No la conocía en persona, pero había buscado alguna que otra fotografía suya para

hacerse una idea de ella.

—Estefanía, soy Gabriella, la editora de *Essenza de Donna*.

—Encantada, tenía la intuición de que eras tú porque venías directa hacia mí.

—¿Damos un paseo o prefieres ir a un sitio tranquilo en el que podamos charlar?

—Prefiero un sitio tranquilo. Conozco un café aquí cerca que guarda relación con la literatura.

—Me parece perfecto. Vayamos.

Entraron en el café de Marco, quien le sonrió agradecido por su visita.

—Admite que estás convirtiendo mi café en tu lugar preferido —le aseguró este cuando vio entrar a Gaby—. Si buscas a mi chica, ya sabes dónde está.

—No, esta vez no vengo a verla a ella —le aseguró levantando la mirada hacia Melina, quien, al verla en compañía de Estefanía, se limitó a saludarla, pero sin acercarse. No quería inmiscuirse en aquella conversación ni que su aparición pudiera influir en la decisión de Estefanía, que ella lo viera como una jugada para que aceptara firmar con *Essenza de Donna*.

Estefanía se volvió hacia Melina y la contempló con los ojos como platos.

—Esa es Melina Ambrossio.

—Sí, viene aquí a escribir.

—No lo sabía.

—Pues ahora ya lo sabes.

—Me encanta cómo escribe. Soy una de sus más fervientes admiradoras. Tengo todas sus obras.

—Sí, Melina sabe cómo enganchar a sus lectoras y que no dejen la novela hasta que no la terminan. Esa es ella. Bien, vamos a lo que nos ha traído aquí —le dijo cuando Marco terminó de servirles los cafés.

—Adelante, te escucho.

—No voy a andarme por las ramas porque no es lo mío, de manera que seré franca y directa contigo —le anunció adoptando una pose firme, seria y

profesional. Esa era la imagen que quería transmitirle desde el primer momento.

—Te lo agradezco, de verdad.

—En ese caso, quiero que publiques tu siguiente novela con nosotros. He leído la que has ido colgando por capítulos en una red social y, aparte de que me ha enganchado...

—¿Lo dices en serio? Te lo pregunto porque son varios los que me hacen la pelota para que me quede con ellos —la interrumpió Estefanía con una sonrisa irónica.

—Yo no voy a halagarte en vano, Estefanía. He leído tu novela y he visto potencial en tu escritura. En tu manera de transmitir sentimientos, algo importante. Y en *Essenza de Donna* nos hemos planteado abrir las puertas a las novelas para lectores entre los dieciocho y los veintipocos. Lo que es la *New Adult*, ya que pensamos que no hay demasiada oferta para ellos. Historias en las que pueden sentirse identificados con los personajes. Tú mejor que nadie debes saberlo, puesto que has escrito una.

—Si, tienes razón. No hay demasiadas escritoras que se dediquen a este género.

—Por ese motivo y otros que puedo enumerarte, si así lo deseas, me gustaría hacerte una oferta para tu próxima novela. Porque... supongo que habrá más después del éxito que has obtenido con esta. —Gabriella entornó la mirada hacia Estefanía.

Ella abrió los ojos como platos y resopló.

—La verdad es que sí. Quiero que haya más.

—¿Pero? Presiento que no lo tienes claro.

—No, no se trata de ello. Es por... —Estefanía se mordió el labio en señal de nervios y se preguntaba si airear sus asuntos personales ayudaría en algo—. La verdad es que es lo que más deseo, poder llegar a ser la mitad de buena que ella —le confesó haciendo un gesto con el mentón hacia Melina, quien seguía tecleando en su portátil.

—Puedes llegar a serlo si te lo propones. El camino es largo y el trabajo, duro, pero se puede lograr. Hay que hacer sacrificios, no voy a engañarte. Si quieres, puedes preguntarle a Melina. Estoy segura de que ella responderá a todas tus dudas. Como te decía, el camino es largo, pero el resultado merece la pena.

—Lo sé. Ya me he dado cuenta con esta primera historia.

—Bien, entonces, ¿cuál es el inconveniente? Puedes preguntarme todo lo que quieras.

—Es más la aceptación de los que me rodean. Lo de escribir novela *New Adult* no lo ven como algo que merezca la pena.

—Bueno... Puedo asegurarte que aquí hay alguien que también pensaba de esa manera en un principio. Hasta que se enamoró de cierta escritora y ahora son inseparables —le susurró, le guiñó un ojo y le hizo una señal con el pulgar hacia Marco.

Estefanía abrió la boca para decir algo al tiempo que dirigía la mirada hacia este primero, y a Melina después.

—No sé si mi chico sería capaz de cambiar de parecer.

—Dale tiempo.

—Bueno, creo que me he desviado del tema por el que hemos quedado —rectificó, de inmediato, Estefanía—. ¿Cuál es tu propuesta?

Gaby abrió el portafolio que llevaba con ella y le entregó un par de folios.

—Este es un contrato tipo. Puedes echarle un vistazo y hacerme todas las preguntas que consideres oportunas.

Estefanía lo leyó en silencio mientras ella bebía su café solo con hielo y lanzaba fugaces miradas por la ventana a la gente que paseaba. Por unos segundos se mantuvo abstraída de todo, consiguiendo dejar su mente en blanco.

—Vale, todo está correcto.

—¿No tienes ninguna pregunta?

—No te preocupes. Todo está muy claro —le aseguró devolviéndole el

contrato a Gaby con una sonrisa.

—En ese caso..., ¿qué opinas? —Gabriella cruzó sus manos sobre la mesa y observó a la joven escritora con atención. Había buscado su perfil en las redes sociales y había leído todo lo que había disponible sobre ella. Cursaba Periodismo allí, en Bolonia. Lectora empedernida, como cabía esperar en alguien que buscaba ser periodista y escritora. Le encantaba la novela romántica, pero la que iba dirigida a gente de su edad, entre los dieciocho y los veinticinco.

—Bueno, debo decir que me agrada tu interés por publicar mis historias, y más en una editorial donde se encuentra mi escritora preferida —le comentó haciendo un gesto hacia Melina, quien había desviado su atención de la pantalla y la dirigía hacia ella. Por un segundo, sus miradas se cruzaron y Melina le sonrió.

—Soy consciente de que tendrás otras ofertas y que querrás valorarlas. Por eso, entiendo que necesites tiempo. Pero me gustaría que me respondieras tanto si aceptas como si no, ¿de acuerdo?

Estefanía asintió algo extrañada por aquella petición. ¿Aunque la rechazara?

—Claro.

—Más que nada por hacerme una idea del catálogo de publicaciones de la editorial para el próximo año. Te agradecería saber a qué atenerme; por si debo incluirte.

—De acuerdo.

—Si no tienes nada más que comentarme o hay algo que quieras saber.

—No, tengo todo muy claro —le aseguró levantándose de la silla para marcharse—. Si me disculpas, tengo cosas que hacer. Y he quedado.

—Por supuesto. Llámame con lo que sea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, y muchas gracias por tu interés.

Gabriella la contempló salir del café y alejarse. Melina se acercó a su mesa y se sentó frente a su amiga.

—¿Y bien? ¿Qué tal ha ido?

—Como esperaba. No tenía dudas. Debe tenerlo muy claro. Que sepas que te admira —le confesó señalando a Melina con el dedo.

—Oh, bueno, pues a ver si compartimos editora.

—Le he pedido que me avise con su respuesta, sea la que sea. Para hacerme una idea si debo pedirte más novelas en un año —bromeó Gaby arqueando sus cejas y abriendo sus ojos como platos.

—¡Ni lo sueñes! —protestó Melina extendiendo sus brazos con las palmas abierta como si tratara de detener a Gabriella.

—Ya veremos. En fin, te dejo trabajar, que yo voy a darme una vuelta por la plaza.

—No irás a ver a quién tú y yo sabemos.

—Descuida, hace días que no lo veo por la feria. Y tampoco tengo intención de buscarlo, y menos llamarlo. Sé buena.

Gabriella abandonó el café, segura de sus palabras. No iba a llamar a Giorgio. Primero, porque no tenía la necesidad de hacerlo y, segundo, porque no le había hecho gracia que no le hubiera comentado que *Tempesta* estaba tras Estefanía. Ciertamente que todas las editoriales, o algunas, desearían tenerla, pero después de la amistad que los había unido en el pasado, que no se lo hubiera contado no le parecía justo.

Estefanía tenía la sensación de flotar. Sí. En un par de días había recibido varias ofertas de publicación para su próxima novela. Y algunas de ellas provenían de editoriales consagradas, lo que las convertía dichas en algo especial. Tenía que decantarse por alguna y lo más pronto posible, no fuera a ser que al final se echaran atrás. Quería consultarlo con Pietro, su chico, a ver qué le parecían. Y aunque él no era muy dado a que se dedicara a escribir novelas para jóvenes adultos, esperaba que al menos sí mostrara más interés. Habían quedado en verse en su casa y hacia allí caminaba Estefanía pensando cuál de las editoriales le convenía más.

Pietro la recibió con un beso que le dejó una sensación inmejorable.

—A ver, dime, ¿qué es eso tan importante que tenías que comentarme?

A Estefanía le gustó el entusiasmo que derrochaba Pietro.

—Tengo varias ofertas para publicar la novela, bueno, mejor dicho, las siguientes novelas. Mira. —Estefanía le mostró las tarjetas de visitas y algunos de los contratos tipo que había recibido. Pero su entusiasmo inicial pareció irse diluyendo a medida que contemplaba el rostro de Pietro.

—Ah, se trataba de eso —le comentó sin demasiada ilusión, lo que dejó a Estefanía con la sensación de derrota.

—¿Qué esperabas que fuera?

—No sé, cualquier otra cosa. No imaginaba que vinieras a verme para comentarme que te han hecho alguna que otra oferta por tu novelita.

A Estefanía no le hizo gracia la manera en la que se había referido a su historia. Sabía que Pietro no era muy dado a leer y que en ningún momento se había mostrado entusiasmado con aquella oportunidad que le brindaban a ella.

—Al menos podrías mostrar un poco más de entusiasmo. Para decir lo que has dicho, podrías haberte ahorrado el comentario —le espetó, airada con él, porque sentía que en ningún momento la apoyaba.

—Vamos, Estefi, sabes que te apoyo, pero no le veo...

—¿Qué? ¿Alguna vez has pensado en lo que me gusta hacer? Yo te responderé: NO.

—No es cierto. Me preocupo por ti. —Pietro la rodeó por la cintura para atraerla hacia él, pero Estefanía se apartó—. Pero lo de escribir historias de amor para críos...

—¿Lo ves?

—¿Qué se supone que tengo que ver?

—La manera en la que haces referencia a esta clase de novelas. No son historias para críos.

—Venga ya, has escrito una novelita para adolescentes.

—Si ni si quiera te la has leído, ¿cómo puedes catalogarla como tal? — Estefanía entrecerró los ojos y lanzó una mirada furiosa a Pietro.

—Bueno, sí, reconozco que no la he leído. No he tenido tiempo. Pero lo haré. Te lo prometo.

—Ni de coña vas a hacerlo. Tú solo lees *La Gazzetta Dello Sport*, y dentro de esta, todo lo relacionado con el fútbol —le recordó adoptando una pose y un tono lo más irónico posible—. De manera que no puedes decirme que es una historia para chavales.

—¿Y qué problema hay si no es la literatura que me gusta? Si escribieras novelas policíacas o thriller, pues sí me llamaría más la atención. Pero ¿historias de amor? ¿Quién se las cree? —El gesto de desgana e incredulidad de él terminaron con la paciencia de Estefanía.

Ella resopló y recogió los contratos expuestos sobre la mesa del salón. Los devolvió a la carpeta. Hizo lo mismo con las tarjetas de visita, que guardó en su bolso. Lanzó una última mirada a Pietro con el dolor abriéndose paso en su interior. Sacudió la cabeza.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo.

—¿Cómo? ¿Qué... qué quieres decir?

—Lo que has oído. No me gusta perder el tiempo, de manera que no hace falta que me des tu opinión al respecto de nada que tenga que ver conmigo. Ya me basto yo sola.

—¿Te marchas? Pero...

—Me marchó. Sí. Es mejor que lo haga ahora antes de que sea demasiado tarde. Que te vaya bien —le dijo mirándolo una última vez antes de dirigirse a la puerta—. Y no te molestes en llamarme ni en buscarme.

—Estefanía, espera. No puedes irte así. ¿Estás diciendo que se terminó?

La respuesta de ella fue un claro portazo. Uno que no solo cerraba el piso que Pietro compartía con otros compañeros, sino a su historia con él. No podía seguir con alguien que no mostraba ningún tipo de interés en sus proyectos. Que no estaba ahí cuando lo necesitaba. Por ese motivo y otros, Estefanía decidió cerrar aquel libro de su vida y comenzar otro. Uno que iniciaría eligiendo la editorial que más le convenía para llevar a cabo su

proyecto más ambicioso.

Capítulo 6

Gabriella caminaba centrada en su móvil y en los WhatsApp pendientes de leer. Acababa de cerrar el *stand* de la editorial en la feria y en ese momento se dirigía a casa de su hermana. Lucía la había llamado para cenar y, de paso, cotillear un poco acerca de Giorgio. Gabriella solo pensaba en descansar después de una agotadora jornada e incluso se quedaría a dormir en casa de su hermana. Estaba contestando a su hermana cuando, al levantar la mirada del móvil para cruzar la calle, vio a Giorgio que iba hacia ella. Por un instante sintió una opresión en el pecho que se fue transformando en una sensación de cabreo mayúsculo. Hizo ademán de pasar de largo o de cruzar por otra calle, pero al final se mantuvo firme en su camino. No huiría de él. Ella no había hecho nada después de todo.

Cuando Giorgio vio a Gabriella cruzar la calle hacia él, se detuvo a esperarla. Tenía muy presente que ella lo había visto en compañía de Giulio y de Estefanía hacía ya unos cuantos días. Desde entonces no había vuelto a verla porque no se había pasado por la feria.

—Hola, ¿qué tal?

—Adiós —le lanzó Gabriella sin pararse junto a él. No tenía ni pizca de ganas de hablar con él. Llevaba días sin verlo y la verdad era que le iba de lujo.

Giorgio la vio alejarse. Su desplante acababa de dejarlo sin capacidad de reacción. Pero tras unos segundos en los que pareció estar aturdido, salió en

pos de ella hasta situarse justo delante para obligarla a detenerse.

—Estás en mitad de mi camino —le espetó furiosa, dirigiéndole una mirada fría.

—Y pienso seguir estándolo hasta que no me digas qué te pasa. ¿A qué ha venido tu saludo tan borde? —le preguntó él intuyendo que parte de culpa se la achacaría a él.

—Creía que éramos amigos. Que nos contábamos todo, o, al menos, eso hacíamos en la facultad —le respondió sin poder dejar de ser irónica.

Giorgio apretó los labios, echó la cabeza hacia atrás y suspiró.

—Pues claro que seguimos siendo...

—¡Y una mierda, tío! Me ocultaste que ibas a negociar con Estefanía Lambertti. Cosa que yo sí te comenté —exclamó furiosa consigo misma por haberlo hecho.

—¿Qué importancia tiene? Sabes al igual que yo que a Estefanía van a lloverle las ofertas para su próxima novela. ¿Tanto te ha molestado que no te dijera que *Tempesta* estaba tras ella?

—La tenía. Para mí sí la tenía por la amistad que teníamos desde hace años.

—¿Estás diciéndome que ya no me consideras tu amigo? —le preguntó acercándose de una manera peligrosa, la justa para que su perfume le hiciera pensar en ella como la mujer de la que llevaba enamorado tantos años.

—No es de amigos ocultarse cosas —le rebatió sin perderle la mirada, sin ser consciente de lo cerca que estaban sus rostros. Gabriella se estaba dejando arrastrar por su enojo contra él. Pero, al hacerlo, sus bocas habían quedado tan cerca que si a alguien le diera por empujarla, ella acabaría entre los brazos de Giorgio, con los labios sellados.

—Es trabajo, Gaby. *¡Per favore!* Yo también sabía que tú estabas interesada en Estefanía y no me lo tomé mal.

—Porque te lo dije. De todas maneras, tú no eres un editor, sino alguien que se dedica a buscar nuevos talentos. ¿Qué más te da quién se quede con Estefanía después de todo? —Gabriella arqueó una ceja con suspicacia.

—Te dije que estaría dispuesto a trabajar para ti.

—¡Ja! Mientras negociabas a mis espaldas con Estefanía para *Tempesta*.

—Era mi trabajo. ¿Qué querías que hiciera?

—Tengo prisa. He quedado. —Gabriella hizo ademán de irse, pero él la retuvo.

—No te marches de este modo, por favor. —Giorgio la sujetó por los brazos, entornando la mirada hacia Gabriella.

Esta sintió la sacudida en su cuerpo producida por la mezcla de sensaciones que experimentaba una vez más. La mirada sincera de él, la leve caricia de sus manos sobre su piel desnuda, que estaba causándole estragos, por culpa de su vestido de tirantes tan veraniego. ¿Qué le pasaba en ese momento? Quería apartarse de él, o tal vez alejarlo de un empujón, pero en vez de eso, estaba parada con la mirada fija en el rostro de Giorgio.

—¿Qué puedo hacer para que no me odies?

Gabriella cerró los ojos y sacudió la cabeza. No entendía qué demonios le sucedía.

—No te odio, solo que... —balbuceó cuando no supo cómo explicarle lo que había sentido cuando lo vio en el *stand* de *Tempesta* junto a Giulio y a Estefanía Lambertti—. Estoy algo decepcionada. Eso es todo. Esperaba que me lo hubieras contado, nada más. No habría pasado nada, ¿no? Ahora es mejor que me marche o llegaré tarde a casa de mi hermana. Me está esperando para cenar.

—Lo siento, Gaby. No pensé que te afectara tanto, la verdad. Dime, ¿has hecho tu oferta a Estefanía?

Gabriella sonrió irónica.

—¿No pensarás que voy a contarte las cláusulas del contrato?

—No. No voy a preguntarte por ellas. Ni me interesan.

—En ese caso, tengo que irme —le repitió en un nuevo intento por alejarse de él. Esa vez, Giorgio no impidió que se marchara, pero no dejó de contemplarla de aquella manera tan reveladora y que a Gabriella le produjo un

sobresalto.

Las palabras de Silvia y de Melina al respecto de lo que él podía sentir por ella la golpearon con fuerza y de manera reiterada. Gabriella prefirió no decir nada más y continuar su camino, pero con la sensación de que había algo que se le escapa. Algo que había estado ahí todo este tiempo, desde que coincidieron en la facultad y que en ese instante parecía regresar. ¿Qué sentía por Giorgio? ¿Por qué, pese a que se había sentido decepcionada con su gesto en el tema de Estefanía Lamberti, después de todo, su ira se había diluido debido al cariño que le tenía?

Giorgio la acompañó con la mirada hasta que ella se perdió a lo lejos mezclándose con el resto de la gente. Esbozó una tímida sonrisa y sacudió la cabeza intentando buscar una explicación a ello. Al final, tampoco había sido para tanto, ¿no? Había pensado contárselo, pero él creyó que Gaby se cabrearía o algo parecido. Sin embargo, había sido todo lo contrario. Lo que en ese momento centraba su atención era otro asunto. Intentar arreglar lo de Estefanía, y creía que tenía la solución.

Gabriella apareció en el apartamento de su hermana con una sensación de desconcierto. Algo que no pasó por alto para Lucía.

—¿A qué viene esa cara?

—¿Cuál?

—La que traes. ¿Qué ha sucedido? ¿Una mala tarde en la feria?

Gabriella entró al apartamento de su hermana sin abrir la boca. Colgó el bolsito sobre la silla y se dejó caer en el sofá con la mirada ausente.

—Eh, estoy aquí. —Lucía se plantó delante de su hermana agitando las manos para llamar su atención.

—Ya lo sé.

—Vale, es que te he preguntado qué te sucede y has pasado de mí. Y que conste que no es que quiera meterme en tu vida..., pero... bueno...

—Me he encontrado con Giorgio según venía a verte —le soltó levantando la mirada hacia su hermana.

—Joderrrrrr. ¿Y qué ha pasado?

—Nada. Le he preguntado por Estefanía y su trabajo en *Tempesta*, y por qué coño no me dijo que iba a reunirse con ella. ¿Cómo ha podido ser tan cabrón de no hacerlo después de los años compartidos en la facultad y de nuestra amistad? Era lo menos, ¿no? ¿Qué hay para cenar? ¿Pizza? ¿Pasta? ¿Una ensalada de esas tuyas para conservar la línea? —Gabriella se levantó del sofá, dio una palmadita a su hermana en el rostro y caminó hacia la cocina.

Lucía permaneció callada, atónita, y sin poder reaccionar ante el torbellino de palabras de su hermana. Tardó unos segundos en reaccionar y seguirla hasta la cocina.

—Te habrás quedado a gusto —dedujo Lucía con ironía, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero, escucha, ¿de qué va todo esto que acabas de soltarme? Tengo la impresión de haberme perdido un par de capítulos de lo vuestro.

Gabriella frunció los labios.

—Es posible, ya que no te conté que él tenía pensado entrevistarse con la misma escritora que yo.

—¿Y te has cabreado por esa gilipollez?

—Era lo menos que podía haberme contado una vez que yo le confesé los planes que tenía.

—Pues no lo entiendo —aseguró Lucía encogiéndose de hombros—. A ver, no creo que él esté obligado a hacerlo, ¿o sí? Vale que tú consideres que debiera por la amistad que os une desde la facultad. Pero nada más. No tiene obligación. ¿Quieres que hagamos una ensalada César o la prefieres con mozzarella?

—Me es indiferente. ¿Tú también crees que he actuado de manera exagerada?

—Veo que no he sido la única por tu manera de referirte a otras personas. Y sí, creo que exageras, Gaby. Además, los negocios son los negocios.

—Ya, de manera que... Es igual. No merece la pena volver sobre ello otra vez. Ya he aclarado la situación con él.

—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar? Una vez que le has soltado todo lo que había acumulado.

—¿Es que tiene que pasar algo más?

—No lo sé. Dímelo tú, ya que eres parte implicada en el tema. A ver, según lo veo yo, ambos trabajáis en el mismo sector, pero para editoriales distintas. Es normal que choquéis. De todas maneras, lo que podrías hacerle es una suculenta oferta que él no pueda rechazar y problema resuelto. Que trabaje para ti. —Lucía se llevó un tomate *cherry* a la boca y se concentró en preparar la ensalada.

—Ni de coña.

—Pues no veo el motivo de tu negación. ¿Qué quieres que te diga!

—Ni hablar. Y después de esto, menos.

—Tu comportamiento de cerrarte en banda es impropio de ti. Y no hace sino confirmar que tu problema con Giorgio es otro, y lo sabes. —Lucía pasó por detrás de Gaby, a la que palmeó en el hombro con toda intención mientras ella boqueaba como un pez fuera del agua—. Hazme caso y piensa detenidamente en Giorgio y en ti. Busca cuál es la causa de esa discordia, ¿querrás? Pero para encontrarla te aconsejo que te centres en los años de carrera —le aclaró guiñándole un ojo en complicidad.

—No empieces tú también con esas chorradas, ¿quieres? —Gaby la apuntó con el dedo y frunció el ceño.

—De manera que, otra vez, no soy la única —exclamó con gesto divertido—. Vaya, vaya, al final vamos a tener razón todos menos *tú*. De verdad, ¿no te sientes atraída por Giorgio ni si quiera un poco? —Lucía arqueó sus cejas con expectación, esperando la respuesta de su hermana.

Gaby abrió la boca para rebatirle, pero en el último momento pareció quedarse sin palabras, lo cual provocó una sonrisa pícaro en Lucía.

—¿Lo ves? Ese es el problema. Tensión sexual sin resolver. Si te lo hubieras tirado en la facultad, ahora no estarías así.

Gabriella apoyó las manos sobre la encimera, entrecerró sus ojos y sacudió

la cabeza sin poder creer que ese fuera el problema que tenía con Giorgio. ¡No! ¡No podía tratarse de eso! Se negaba a aceptarlo porque no era cierto. Ella no sentía... Ella no... Ella... Gaby relajó los hombros al mismo tiempo que resoplaba.

—Pero ¿tú te estás escuchando? De manera que, según tú, todo se resume en que debería haberme acostado con él en la facultad.

—Creo que lo que te sucede tiene más bien que ver con algo que guardas y que ni si quiera te has parado a pensar que existe. A ver, una no se tira cinco años de carrera tonteando con su compañero y al final nada. ¿Cenamos? —le preguntó Lucía señalando la ensalada terminada de componer.

—Eres increíble —le soltó sonriendo y sacudiendo la cabeza sin poder creer que su hermana le saliera con esas ahora.

—Gracias por el cumplido, pero yo que tú me lo haría mirar. No te he dicho nada que no sea cierto. A ti te tira Giorgio, pero no quieres admitirlo.

Gabriella entrecerró los ojos y se mordisqueó el labio. ¿En serio su hermana pensaba que todo se resumía en una cuestión de sexo y sentimientos? ¿Giorgio y ella? Gabriella arqueó las cejas en señal de incompreensión o de incredulidad y se dispuso a cenar y a sacar de su cabeza a Giorgio.

—Oye, ¿tu invitación a cenar es para restregarme por la cara a Giorgio y mis años de facultad?

Lucía se encogió de hombros y estalló en carcajadas ante la sorprendente mirada de su hermana. Estaba convencida de que Gabriella y Giorgio habían compartido algo más que apuntes en los años de estudiantes.

Estefanía tenía entre sus dedos la tarjeta de visita de Giorgio. Le daba vueltas y vueltas pensando si debería llamarlo para preguntarle por algunas cuestiones. Y, la verdad, prefería tratar con él a hacerlo con el editor. Por otra parte, tenía que decidirse y darle un empujón a su recientemente inaugurada

carrera literaria. ¿Por qué no? Además, acababa de romper con su novio, pero eso era algo que no le preocupaba en demasía, ya que él no se había preocupado por ella. De manera que una nueva vida se abría ante sus ojos. Seguiría con sus dos últimos años en la facultad, que compaginaría con la escritura y su empleo a tiempo parcial en una pizzería. Sí, se organizaría para poder con todo. De manera que marcó el número que aparecía en la tarjeta y esperó a escuchar la voz de Giorgio.

Cuando comenzó a sonar su móvil, Giorgio tuvo la ligera esperanza de que pudiera tratarse de Gabriella. Pero lo descartó de inmediato porque, después de la manera en la que se habían despedido, no creía que ella lo llamara para arreglarlo.

—¿Diga?

—*Buenas tardes, Giorgio. Disculpa que te moleste. Soy Estefanía Lambertti y me preguntaba si podríamos vernos un momento para que me aclararas un par de cuestiones con respecto a la oferta de Tempesta.*

—Bueno, la verdad es que yo no soy el editor, que es quien puede resolverte cualquier duda.

—*Lo sé, pero preferiría comentártelo a ti.*

Giorgio frunció el ceño y asintió pensando que no tenía nada que hacer y que aquella entrevista le venía cómo caída del cielo.

—Por supuesto. Veré si puedo serte de ayuda. ¿Nos vemos en veinte minutos en Fontana del Nettuno? —le preguntó echando un vistazo a su reloj.

—*Perfecto. Nos vemos allí.*

Giorgio colgó la llamada y se quedó pensando en lo que podría querer Estefanía. Acababa de llegar a su apartamento después de su breve encuentro con Gabriela. Iba a centrarse en buscar un nuevo empleo por Internet para alejarse de Bolonia lo antes posible. Gabriela poco menos que lo odiaba. Y, además, iba a dejar *Tempesta*. No le había hecho ningún gracia la conversación que había tenido con Giulio, en la que este le confesaba que

conseguir que Estefanía firmara con *Tempesta* era para que Gabriella no la consiguiera. Una cuestión de revancha. Tal vez de envidia porque ella tenía a Melina.

Llegó a la Fontana del Nettuno, pero vio que Estefanía no había llegado todavía. Por el camino le había estado dando vueltas a esa idea que cada vez cobraba más fuerza y de la que estaba completamente seguro: se marcharía de allí.

Estefanía apareció en la plaza de Bolonia y caminó en dirección a la fontana procedente desde la Vía dell'Indipendenza. Tal vez la avenida más importante de Bolonia, ya que conectaba la estación del tren con el mismo centro. Por el camino se fijó en el Museo de Historia Medieval y en la iglesia de San Pedro. La entrada a la plaza siempre estaba llena de gente, pero más todavía esos días de la feria del libro. Encontró a Giorgio apoyado en la fontana, con los brazos cruzados y un gesto pensativo en su rostro que cambió al verla.

—¿Qué tal?

—Bien. Oye, gracias por poder quedar. No estaba segura de si te parecía una buena idea o no. A lo mejor tienes cosas que hacer y te estoy robando el tiempo.

Giorgio sonrió ante aquel despliegue de sinceridad.

—Nada más lejos de la realidad. No te preocupes, no me quitas tiempo. Acababa de llegar a casa y no sabía qué hacer.

Las palabras de Giorgio causaron una impresión diferente a la que Estefanía esperaba encontrar en él. Pero lo que no esperaba era lo que minutos después él le contaba sentados en una terraza tomando cervezas.

—Pero... ¿por qué me estás contando esto? Se supone que tú trabajas en *Tempesta*. Tú viniste a por mí para que tuviera una charla informal con el editor. Y ahora me aseguras que... —Estefanía se quedó con la boca abierta sin ser capaz de reaccionar.

—Lo que acabo de contarte es lo que yo haría si quieres triunfar en la literatura. De ti depende que aceptes mi consejo o no. Es posible que no me

encuentre aquí para verlo, aunque sin duda acabaré enterándome dado mi trabajo.

—¿Por qué lo haces? —Estefanía entornó la mirada, llena de curiosidad por aquel repentino giro de los acontecimientos.

Giorgio inspiró hondo.

—Digamos que es lo que considero justo en este caso. En serio, conozco este mundo desde hace algunos años y, aunque creía haberlo visto todo, no deja de sorprenderme. Si firmas con *Tempesta*, no despegarás del suelo —le aseguró mirándola de manera fija a los ojos a la vez que asentía—. De ti depende.

—¿Y si lo hago con *Essenza de Donna*? —La picardía se perfiló no solo en el tono de aquella cuestión, sino también en la sonrisa de Estefanía.

—Te aseguro que podrás llegar lejos. Tal vez llegues a convertirse en una escritora del renombre de Melina Ambrossio.

—¿Conoces a la editora?

—¿A Gabriella? Sí, nos conocemos desde hace algunos años y te puedo asegurar que es de las mejores profesionales que he visto.

—¿Y por qué no trabajas tú para ella?

Giorgio sonrió.

—Porque tal vez no haya llegado mi momento.

—Pero ¿has pensado hacerlo?

Giorgio resopló. ¿Trabajar con Gaby? Sí, era sin duda una cuenta pendiente que le gustaría cobrarse cuanto antes, pero ella no lo aceptaría después de lo que había hecho. Y apostaba a que tampoco le haría gracia lo que estaba haciendo en ese momento. Pero ella era su mayor anhelo. Lo había sido durante cinco largos años y, a pesar del tiempo, él no había dejado de pensar en ella de esa manera.

—No lo sé. Tal vez algún día. No sé si me conviene pasarme al enemigo —le aseguró riendo.

—Pero tú me estás proponiendo a mí que haga algo parecido. ¿Qué sucederá

cuando tu jefe se entere? —La chispa de la curiosidad le podía a Estefanía.

—Me da exactamente igual lo que piense —le aseguró, asintiendo, convencido de que así era. No quería tratar con gente como Giulio, que solo buscaban causar el mayor daño a los demás sin importarles nada las consecuencias.

—En el fondo, presiento que hay algo más que no vas a contarme —se aventuró a decirle Estefanía mirando a Giorgio con inusitada curiosidad—. Algo que tiene que ver con Gabriella, la editora.

—Ya te he dicho que la conozco y que me parece que saldrías ganando si acabaras publicando con ella.

Estefanía meditaba acerca de aquella situación tan inesperada como irreal. ¿Qué capítulo se había perdido? Porque seguía estando convencida de que entre Giorgio y Gabriella había algo, o lo hubo en el pasado y por ese motivo él le pedía que aceptara su oferta de publicación, y no la de la editorial para la que él trabajaba. Sin duda que podría ser el argumento de su próxima novela.

—Está bien. Pensaré en lo que me has contado y llamaré a Gabriella.

—No le digas que nos hemos visto, ¿querrás? Prefiero que todo quede entre nosotros.

Estefanía permaneció con los labios entreabiertos, como si fuera a replicarle, pero prefirió limitarse a asentir sin más. Aquella última petición por parte de él venía a reforzar la teoría de que entre ellos hubo algo en el pasado. Tal vez una relación que no terminó bien, o que ni si quiera comenzó. Su comportamiento había despertado su curiosidad.

—Tienes mi palabra. No le comentaré nada a Gabriella.

—Pues si lo tienes claro, no la hagas esperar —le pidió antes de apurar su cerveza y sacar un billete de diez euros para pagar cuando vio la intención de Estefanía—. Ni se te ocurra.

—Pero yo he sido la que te ha llamado para poder vernos...

—Me siento pagado con que aceptes la oferta de Gabriella. En serio. Ya me invitarás cuando seas una escritora de renombre. Ha sido un placer, Estefanía.

Seguiré tu carrera, aunque sea desde la distancia.

—Gracias.

Estefanía se quedó clavada en el sitio, con los labios entreabiertos como si fuera replicar algo más. Pero al final se limitó a sacudir la cabeza y a preguntarse por qué diablos lo hacía. ¿Qué interés tenía él en que ella firmara con una editorial para la que él mismo no trabajaba? Lo vio alejarse después de haberse despedido y buscó la tarjeta de Gabriella, la editora de *Essenza de Donna*.

Giorgio se encaminó de vuelta a su casa con la sensación de haber cumplido con parte de su cometido. Tratar de hacerle ver a Estefanía que su mejor opción era firmar con Gabriella y no con Giulio. Estaba convencido de ello. Tan solo le faltaba llevar a cabo la otra mitad de su plan. Hablar con Giulio y decirle que lo dejaba. Que no seguiría trabajando para él como buscador de nuevos talentos literarios. Después... Después arreglaría algunos asuntos y pensaría qué hacer. Lo primero que se le había pasado por la cabeza era largarse de allí pese a que le gustaría quedarse en Bolonia una temporada. Pero no estaba convencido de si sería lo más acertado una vez que se despidiera de su actual empleo. Por otra parte, ya había tenido bastante con Gabriella. Las cosas entre ellos no parecían arreglarse. No había nada que hacer. Todo parecía indicar que sus intentos por acercarse a ella eran inútiles.

Gabriella se quedó a dormir en casa de su hermana porque se les había hecho tarde charlando después de cenar. No habían vuelto a comentar nada al respecto de Giorgio, sino que se había ceñido a charlar de ropa, de las vacaciones que se avecinaban o de sus padres. Nada de temas sentimentales. Pero cuando Gabriella se fue a dormir, lo que menos esperaba era que cada vez que intentaba conciliar el sueño, sus pensamientos se dirigieran hacia Giorgio y a todo lo sucedido entre ellos desde que se habían vuelto a ver. Pero

en lo que más incidía su mente era sin duda en la conversación mantenida con su hermana. ¿Tensión sexual sin resolver? Por favor, nunca consideró a Giorgio como un tío al que tirarse. ¡Era su mejor amigo y su compañero de clase! Y aunque en alguna ocasión ella misma se lo había planteado, nunca hubiera dado ese paso. No quería estropear lo que había entre ellos. Además, él tampoco se había mostrado interesado en ella en ningún momento, por mucho que su hermana le dijera que se habían pasado tonteando cinco años. ¿Y qué? Eso no significa nada. O, al menos, nunca lo fue para ella.

Capítulo 7

Giorgio acudió temprano a las oficinas de la editorial para comunicar su decisión a Giulio. No quería dilatar esa situación porque no era justo para ninguno de los afectados.

Cuando Giulio lo vio aparecer, dejó de hablar con la persona con la que estaba haciéndolo para salir a su encuentro con gesto de ansiedad.

—No sé nada de ti desde hace días —le recriminó—. ¿Qué ha sucedido con Estefanía Lamberti? ¿Te ha llamado?

Giorgio contempló a su amigo y jefe. Sacudió la cabeza sin reflejar ningún sentimiento en su rostro, ningún gesto que pudiera indicarle lo que iba a contarle.

—No, no sé nada de ella. De todas maneras, yo ya cumplí con mi parte. Te conseguí una entrevista con ella. El resto dependía de ti, de lo que tuvieras que ofrecerle.

—Ya, entonces no te ha llamado.

—Acabo de decirte que no. Y si llegara a hacerlo, la derivaré a ti para que seas tú quien trate el tema con ella.

—Sí, bueno, al fin y al cabo, soy yo el que debe tratar con ella, pero me lo parece o estás...

—Lo dejo, Giulio —le soltó sin más preámbulos.

Este se quedó con los ojos abiertos como platos, tratando de asimilar lo que Giorgio acababa de decirle. Dio un paso atrás y lo contempló con los ojos

entrecerrados.

—¿Cómo que lo dejas? ¿A qué coño te refieres?

—Me refiero a que dejo la editorial. A eso aludo, a que no seguiré en *Tempesta*.

—¿Tienes otra oferta mejor? ¿De quién? Te la igualo.

Giorgio sonrió con cinismo.

—No se trata de dinero, ni ninguna editorial me ha hecho una oferta para irme con ella. Se trata más bien de que voy a dejarlo por una temporada, eso es todo.

—Pero...

—Te he conseguido una entrevista con Estefanía Lambertti...

—La cual no ha dado señales de vida desde entonces —lo interrumpió Giulio molesto con la joven escritora.

—Dale tiempo. Es joven y todo lo que le está sucediendo no estaba en sus planes, estoy seguro.

—Sí tú lo dices —le aseguró de mala gana—. Pero ¿por qué lo dejas?

Giorgio cogió aire.

—Necesito alejarme de todo esto.

Giorgio no iba a comentarle nada de lo que le había sucedido con Gaby. Ni tampoco que no le parecieran acertadas las declaraciones de él al respecto de ella y de su editorial. Contratar a Estefanía Lambertti se debía única y exclusivamente a una vendetta porque la editorial de Gabriella se había quedado con Melina. Poco o nada le importaba a Giulio la joven promesa de la novela romántica para jóvenes. Por ese motivo le había sugerido a Estefanía que aceptara la oferta de Gaby. Porque pensaba que con Giulio su carrera ni siquiera llegaría a despegar.

—Pero si es lo que mejor haces.

—Sí, pero ya te digo que llevo tiempo sin descansar, sin vacaciones, y ahora que termina la feria del libro de Bolonia y que no tengo a ningún escritor en ciernes, prefiero retirarme. Entiéndelo.

—¿Es por ella? ¿Por Gabriella? —Giulio entornó la mirada con una sonrisa cínica. Intuía que algo tenía que ver ella en la repentina marcha de su amigo en común.

—Tal vez. Aunque tiene más que ver con lo laboral que lo personal.

—Veo que lo tienes muy claro. De manera que... Si ese es tu deseo. Pero si vuelves házmelo saber, ¿querrás?

—Claro.

Giorgio era consciente de que ese momento no se produciría nunca. No volvería a confiar en Giulio después de escucharlo hablar de ciertos aspectos. No. No le entregaría a una escritora como Estefanía, la cual tenía talento y las cosas muy claras. Era mejor para ella que acabara en manos de Gabriella. Ella sí sabría cómo sacarle partido. Lo había hecho con Melina. Y en cuanto a ellos dos... Giorgio prefirió no darle más vueltas a ese tema.

—Te deseo buena suerte con lo que hagas —le dijo estrechando la mano de Giorgio.

—Veremos. Suerte con la editorial.

Gabriella estaba en su despacho revisando el balance de cómo había ido la feria del libro. Hacía ya algunos días que había concluido y tocaba sacar conclusiones. Silvia, su ayudante, permanecía expectante contemplando a Gabriella revisar una y otra vez las ventas de cada ejemplar.

—Una vez más, Melina logró acaparar toda la atención de la feria.

—Tuvieron que venir a buscar más libros porque se habían agotado —recordó Silvia con orgullo porque Melina siguiera siendo la reina italiana de la novela romántica, pese a que hacía poco menos de un año que lo había retomado.

—Sí, ya veo. ¡Quién se lo diría pese a haber estado alejada de la escritura durante tanto tiempo! Ya se lo dije.

—Melina es un seguro para la editorial.

—Sí, de eso no te quepa duda.

—Ahora, a ver qué sucede con Estefanía Lamberti. —Silvia arqueó las cejas y puso los ojos como platos mientras Gabriella hacía un mohín que parecía darle a entender a su ayudante que no las tenía todas consigo.

—La feria ha concluido y no he tenido noticias tuyas. No lo sé... La oferta de *Tempesta* seguramente sea más fuerte que la nuestra. Y el prestigio de publicar con una editorial grande. Nosotros somos una pequeña que goza del respeto de los lectores. Tampoco me obsesiono con tener a Estefanía en la plantilla de escritoras.

—¿Has visto a Giorgio? —La pregunta hizo que Gabriella fulminara con la mirada a Silvia—. ¿Qué pasa? ¿Qué he dicho para que me mires como si fueras a fusilarme?

—No, no lo he vuelto a ver. Ni tengo intención de hacerlo ni quiero —le dejó claro con un tono enérgico y cortante.

—Me ha quedado claro. Bueno, si no tienes nada más para mí, seguiré con mi trabajo de cierre de la feria.

—Vale.

Una vez a solas, Gabriella se reclinó contra el respaldo de su sillón y cruzó una pierna por encima de la otra. Dejó su atención suspendida en el vacío y su mente en blanco. Estaba abstraída de todo. Relajada. Hasta que Giorgio había ido a romper su tranquilidad. ¿En serio no quería volver a verlo? ¡No! No después de lo que había hecho. Y estaba segura de que a esas horas Estefanía ya había firmado con *Tempesta*, y todo gracias a las maquinaciones de... Gabriella cerró sus manos con fuerza y apretó los dientes. Sí, apostaba a que... El sonido de su móvil hizo que reaccionara y que dejara ese tema para otra ocasión. O, mejor, que lo olvidara de una vez por todas. Contempló la pantalla de su teléfono con extrañeza porque no le sonaba el número.

—¿Diga?

—¿Gabriella?

—Sí, yo soy. ¿Quién eres?

—Soy *Estefanía Lambertti*.

Escuchar aquel nombre hizo que Gabriella se incorporara y que se apoyara sobre la mesa. Sintió un ligero temblor en la mano que sujetaba el móvil y se aferró a este con fuerza para que no se le cayera. ¿Estefanía Lambertti la llamaba? ¿Qué quería?

—Dime. —Gabriella trató de mostrarse relajada como lo había estado hacía treinta segundos. Justo antes de recibir la llamada.

—*¿Podríamos quedar para vernos? Me pediste que te llamara cuando lo tuviera claro, tanto para aceptar tu oferta como para rechazarla. Y, la verdad, preferiría darte mi respuesta en persona, explicándote los motivos de mi decisión.*

Gabriella no respondió de inmediato, sino que se tomó unos segundos para asimilar aquella invitación. Bueno, lo cierto era que si iba a rechazarla podría decirselo justo en ese momento. De ese modo comenzaría a planificar el año próximo en cuanto a publicaciones.

—Si, lo recuerdo. ¿Vernos? Bueno, también puedes decirme por teléfono qué decisión has tomado. —Gabriella adoptó un tono casual y desenfadado.

—*Preferiría quedar y hablarlo con calma, ya te he dicho.*

Gabriella arqueó las cejas. ¿Con calma?

—Está bien. Podemos quedar en una *trattoria*, *Julietta*. ¿La conoces?

—*Sí.*

—Te espero allí en media hora más o menos. ¿Te viene bien?

—*Perfecto.*

—Pues ya está. Ahora nos vemos. *Ciao.*

—*Ciao, ciao.*

Gabriella dejó su móvil sobre la mesa con sumo cuidado, al tiempo que se mordisqueaba el labio y pensaba en aquel inesperado giro del destino. Hacía unos minutos pensaba que Estefanía no daría señales de vida porque estaba segura de que habría aceptado la oferta de *Tempesta* gracias al encanto de

Giorgio. Y entonces... ¿Habría sucedido algo que desconocía? Pues claro que sí. De lo contrario, conocería el motivo por el que Estefanía quería verla. Y esta le había asegurado que quería tratarlo en persona.

Cuando Gabriella llegó a la *trattoria*, Estefanía ya se encontraba allí. Aquel gesto la sorprendió, ya que no esperaba que se presentara tan pronto. ¿Tendría prisa por contarle su decisión? Intentó descifrar los pensamientos de la joven escritora fijándose en el gesto de su rostro. Pero este no le transmitió nada.

—¿Cómo estás? ¿Llevas mucho tiempo esperando? Disculpa, pero tenía que cerrar unas cosas de la feria. Vamos a ver a Giulia para que nos de una mesa —le dijo entrando en el local en el que su amiga se movía entre mesas.

—¡Hey! ¡Qué alegría verte, chica! —exclamó Giulia mirando a Gaby con una amplia sonrisa.

—Lo mismo digo. Verás, ¿tienes una mesa para dos?

Giulia lanzó una mirada rápida a Estefanía y asintió.

—Siempre tengo alguna. Venid.

—Esta es Estefanía, una futura promesa de la novela romántica para jóvenes. Y que espero que pronto pase a formar parte de la editorial —le comentó dejando que Giulia la contemplara. Gabriella se preguntó a qué había venido su comentario acerca de que le gustaría que Estefanía formara parte de *Essenza de Donna*. La joven escritora ya conocía su interés y, además, ya habría tomado una decisión que Gabriella pensaba respetar, aunque no fuera la que ella esperaba—. Vaya, pues espero que esa relación se confirme aquí, en mi *trattoria* —les aseguró dejando los menús sobre la mesa.

—Ya veremos —asintió Estefanía tomando asiento.

—Giulia, Melina y yo nos conocemos desde el instituto. Siempre que puedo vengo a comer aquí, de ese modo me entero de cómo le marchan las cosas.

—De manera que conocías a Melina antes de que se convirtiera en la escritora que es hoy en día. —Estefanía parecía fascinada por este hecho.

—Así es.

—¿Y cómo acabó en la editorial?

Gaby sonrió ante ese comentario.

—Bueno, la llamé para comentárselo. Sabía que ella escribía y le ofrecí que se apuntara a este proyecto. Y aunque en un principio ella se mostró remisa... Ya ves el resultado.

Giulia apareció para tomar nota de los platos, lo que dejó en suspense la conversación por unos minutos. Cuando se alejó con el pedido, fue el turno de Gabriella.

—¿Por qué publicar tus historias en una web?

—Quería ver la aceptación que tenían.

—Y seguro que ha sido mayor de lo que esperabas, ¿me equivoco? — Gabriella arqueó una ceja.

—Sin duda. No pensaba que mi historia se convirtiera en todo un fenómeno literario entre las lectoras. —Estefanía puso los ojos como platos ante esa respuesta—. No había imaginado nada parecido. Ni en mis más optimistas sueños.

—Bueno, uno nunca sabe cómo va a funcionar su novela. O si lo hará. Puedo asegurarte que nadie lo sabe.

—Las de Melina funcionan muy bien.

—Sí, pero al principio teníamos nuestras dudas, claro. Comenzábamos en este mundo de la literatura y el futuro se abría ante nosotros como un territorio inexplorado. Lo de Melina fue algo inesperado que, novela tras novela, se ha ido asentando en una carrera literaria que no parece tener fin.

—Ella lo hace tan sencillo... Me refiero a sus historias. Una las lee y se da cuenta de que son como la vida misma. Personajes de carne y hueso; situaciones cotidianas que cualquiera de nosotros podemos vivir en un momento determinado. Reacciones tan humanas que cualquiera puede tener. Creo que en eso radica la aceptación de las historias de Melina.

—Tienes razón. Pero tú tampoco lo haces mal. Ya te comenté que leí tu historia antes de tener nuestro primer contacto. —Estefanía sonrió, asintiendo—. Mira, no me voy a andar por las ramas porque no es lo mío. No te digo

esto para atraerte a mi editorial, porque la última palabra es tuya. Es verdad. Tienes potencial para convertirte en una escritora que despunte en el género *New Adult*.

Gaby se quedó callada mirando a Estefanía de manera fija a los ojos. No la estaba engañando porque no era lo suyo. Para eso ya estaban *otros*. Pensar en ello hizo que sus pensamientos regresaran una vez más a Giorgio. Gaby frunció el ceño y sacudió la cabeza desechando esa idea.

—Agradezco tu sinceridad. Alguien me comentó que, si quería triunfar en este mundo, debería aceptar tu oferta. Y creo que no estaba mal encaminado.

Gabriella contempló a Estefanía con inusitado interés por lo que acababa de referirle.

—Vaya, pues agradezco esas palabras a quien te lo dijo. ¿Y tú qué opinas?

Una vez más, la conversación quedó en suspenso ante la aparición de Giulia.

—A ver, chicas, os dejo por aquí la *lasagna al funghi*, y por aquí, la *pizza quattro formaggi* —interrumpió Giulia trayendo los dos platos—. ¿Todo bien?

—Perfecto, como de costumbre, Giulia —le aseguró Gabriella lanzando una mirada a su amiga, y luego a Estefanía para que emitiera su veredicto.

—Debo decir que está muy rico. Es de lo mejor que he comido, de verdad— le aseguró sin perder la mirada de Giulia.

—Muchas gracias, chicas. Os dejo que disfrutéis del resto. Cualquier cosa, llamadme.

Durante unos segundos, ninguna de las dos apuntó nada más al tema de la conversación, sino que se limitaron a probar sus respectivos platos.

—Giulia se ha rodeado de excelentes cocineros.

—No había venido antes aquí, pero te aseguro que desde ahora lo tendré en cuenta.

—No es que lo diga porque Giulia sea amiga mía, sino porque la elaboración de los platos es exquisita.

Volvieron a callarse hasta que el tema que las había reunido allí salió de nuevo.

—Estaba a la espera de que me comentaras qué te parece mi trato contigo. Y quiero que seas sincera y que no te dejes llevar por comentarios de terceros, aunque siempre son de agradecer —matizó Gaby experimentando una efusiva ola de calor que se acentuó en su rostro.

—De las editoriales que se han interesado por mí, sin duda que la tuya es la que más valoro; en muchos aspectos.

—Gracias.

—Por eso quería quedar contigo a solas, para tratarlo de una manera personal. No me parecía acertado hacer una llamada para confirmarte mi interés en formar parte de *Essenza de Donna* —le dijo finalmente mientras Gabriella parecía incapaz de esconder su alegría por ello.

—¿Significa que formarás parte de la pequeña familia de la editorial? —corroboró mirando a la joven escritora mordisqueándose el labio inferior.

—Es la mejor opción que tengo —le aseguró con total convicción—. De las ofertas recibidas es la que más me convence, si te soy sincera.

Gabriella se quedó callada, pensando en lo que eso significaba. ¿Qué habría sucedido con Giorgio y su oferta? ¡Pero ¿qué coño hacía pensando en él otra vez?! Giorgio no tenía nada que ver con ella. Todo había terminado, y ella... había ganado. Una sonrisa de satisfacción bailó en sus labios en ese momento en el que pensaba que había conseguido que Estefanía Lambertti firmara con ella después de todo. Bueno, lo sentía por Giorgio y sus esfuerzos por conseguir que la joven, que estaba sentada frente a ella, firmara con *Tempesta*.

—En fin, creo que esta noticia se merece un brindis. —Gabriella levantó su copa para entrecucharla con la de Estefanía—. De inmediato nos pondremos con tu novela. Quiero que entre en el catálogo de publicaciones de este año. Sería buena idea lanzarla en la campaña navideña.

—¿Tan pronto? —Estefanía pareció atacada por aquella repentina noticia. Y Gabriella se limitó a sonreír.

—Si nos ponemos a trabajar en ella desde mañana mismo, podremos tenerla. Hará falta revisarla y demás, pero puede estar lista para esas fechas. Eso sí,

deberás retirarla de las redes sociales lo antes posible. De ese modo tendremos vía libre para trabajar con ella.

—Si tú lo dices. Tú eres la editora y la que sabe cómo funciona todo. Haré lo que me pides hoy mismo. Sin duda que él tenía razón —murmuró Estefanía recordando por un breve instante la entrevista con Giorgio.

Aquel comentario no pasó desapercibido para Gabriella. Entornó su mirada hacia Estefanía, con inusitada atención y expectación.

—¿Él? ¿De quién hablas? ¿De la misma persona que te habló de nuestra forma de trabajar en la editorial?

—El mismo —asintió Estefanía con una tenue sonrisa de picardía. ¿Qué sucedía entre ellos dos? ¿Por qué alguien que trabajaba para la competencia de *Essenza de Donna* lo haría?

—Me alegra saber que hay gente que sabe reconocer nuestro trabajo.

—Sí, tal vez lo conozcas.

—¿Quién es?

—Tengo aquí su tarjeta. —Estefanía la buscó en su bolso ante la atenta mirada de Gabriella que, de repente, había sentido un ligero escalofrío recorriendo su espalda hasta erizarle el pelo de la nuca. Aunque Estefanía le había prometido a Giorgio que no revelaría su fuente, la curiosidad la podía, como buena escritora—. Ten.

Gabriella deslizó el nudo que acababa de formarse en su garganta cuando cogió la tarjeta de visita. Y cuando su vista recorrió el nombre impreso, no pudo evitar dejar escapar un leve suspiro. Durante unos segundos, su mirada se quedó suspendida en el nombre de Giorgio mientras el pulso parecía ir ganando velocidad de manera incontrolada. ¿Había sido él quien le había recomendado a Estefanía firmar con ella? ¿Por qué? ¿Qué diablos pretendía con esa jugada? ¿Se había echado atrás *Tempesta*?

—De manera que fue él... quien... te recomendó que aceptaras mi oferta de publicación. —Gabriella no terminaba de creerlo. Era tan surrealista. Tan incomprensible.

—Eso es. ¿Lo conoces? Ya sé que me estoy metiendo donde no me llaman — le dejó claro levantando las manos delante de ella para aclarar su pregunta.

Gabriella permaneció callada durante unos segundos en los que su mente parecía haberse fundido y ya no era capaz de pensar en nada. Cogió aire y asintió de manera lenta.

—Fuimos juntos a la facultad.

—Ah, entonces ahora está más claro. Pero me choca que él trabaje para otra editorial y que...

—Sí, que te recomiende que aceptes mi oferta. No sé qué puede haberle sucedido. En cualquier caso, no es algo que me competa en absoluto. Lo que me interesa es que estés de acuerdo con mi propuesta de publicación. Lo que suceda fuera de esta no me interesa —le aclaró Gabriella queriendo creer que en verdad así lo haría. Que no indagaría en lo que podía haber sucedido. Aunque, por otra parte, tampoco le hacía mucha gracia que él fuera a inmiscuirse en su trabajo de la forma en que lo acababa de hacer. Tenía la impresión de que Giorgio tiraba la toalla, pero ¿no se debía a Giulio y a su editorial?

La comida transcurrió de manera apacible pese a que Gabriella acusó aquel golpe de Giorgio. E incluso le costó parecer dichosa por haber logrado que Estefanía entrara a formar parte de su editorial.

—¿Qué tal todo? ¿Ha ido bien la comida? —preguntó Giulia despidiéndose de ambas.

—Ya lo creo. Ha sido provechosa en todos los sentidos —apuntó Gabriella mirando a su nueva y flamante adquisición.

—La verdad es que todo estaba muy bueno. Y la comida ha sido más que provechosa —asintió Estefanía, feliz por lograr uno de sus objetivos.

—Espero verte más a menudo. Hacía mucho que no venías. ¿Cómo está Melina y compañía?

—Como siempre. Haciendo de las suyas.

—Eso significa que va por buen camino. Chicas, gracias por venir. Tengo

que seguir. Me alegro de conocerte, Estefanía, y mucha suerte.

—Gracias. Igualmente.

Se despidieron prometiéndose verse al día siguiente para firmar el contrato de edición de su novela. Y cuando Gabriella se quedó a solas, una sonrisa de satisfacción apareció en sus labios. La satisfacción del deber cumplido iluminó su rostro e hinchó su pecho. Sin embargo, había un pequeño resquicio que no hacía de su logro algo completo. La renuncia de Giorgio a negociar con Estefanía. ¿Por qué? La curiosidad la pudo y no consiguió dejar al margen ese asunto. Necesitaba saber la verdad de lo sucedido. Quería saberlo. De primera mano. Y para ello debería acudir a la única persona que podría explicarle la verdad. Esperaba encontrarlo en su casa y aclararlo. Con ese firme propósito, encaminó sus pasos hacia allí mientras dejaba que un ligero cosquilleo la invadiera por completo.

Giorgio echaba un vistazo a su cuenta de correo pensando en cómo todo había cambiado en tan poco tiempo. Le había comunicado a Giulio su renuncia para seguir trabajando en *Tempesta*. Había aconsejado a Estefanía que aceptara la oferta de Gaby para publicar con su editorial. Había renunciado a ella, ya que no iba a volver a verla. Ni tan siquiera iba a llamarla o a pasarse por las oficinas de *Essenza de Donna* para despedirse.

Leía un mensaje de una amiga suya de Verona, en donde le preguntaba por su asistencia al congreso de novela. Giorgio frunció los labios en una mueca de desconcierto. No sabía si era una buena idea aceptar tal invitación viniendo de Sandra. Pero tuvo que dejarlo pasar porque el timbre de la puerta estaba sonando, y de una manera que parecía que la persona que lo tocaba tenía prisa porque le abriera. ¿Quién coño podía ser a esas horas? ¿Y llamando como un desenfrenado? Giorgio casi corrió a la puerta para abrirla, con cara de mala leche, y decirle cuatro cosas al que lo estaba haciendo.

—¿Puedo saber a qué cojones viene tanta prisa? Vas a... —Giorgio se quedó mudo de repente cuando, al abrir la puerta, se encontró con la cara de

circunstancia de Gabriella—. Joder... Gaby —logró murmurar cuando pareció reaccionar del cabreo que tenía—. ¿Qué te sucede para que casi me quemes el timbre? —La miró con el ceño fruncido y una expresión de desconcierto total mientras ella ni si quiera había abierto la boca para responderle.

Gabriella se había quedado tan impactada por la reacción de Giorgio que no sabía si echarse a reír, cruzarle la cara por todo lo que había hecho o quedarse allí contemplándolo.

—¿Qué haces aquí? —Giorgio adoptó una pose un tanto más calmada después de la tempestad que había surgido al abrir la puerta. Se apartó a un lado para que ella pasara.

Gabriella receló de su invitación, pues no sabía si le convendría pasar adentro después de su comportamiento con ella unos segundos antes.

—Si vas a mostrar el talante de hace dos minutos, puedo decirte a lo que he venido desde aquí, a riesgo de que me arranques la cabeza —le aseguró con un deje burlón.

Giorgio cogió aire y pareció entonar el *mea culpa*.

—No, claro. Disculpa mi comportamiento, pero reconoce que has estado a punto de quemarme el timbre.

—Tal vez sea lo que te mereces —le rebatió lanzándole una mirada de rabia. Pasó por su lado hacia el interior del apartamento.

Giorgio notó que sus cuerpos se rozaban de manera leve. Cerró la puerta tras de sí y la siguió al interior. No pudo evitar quedarse mirándola como si no la hubiera visto hasta ese momento. Estaba... Mejor se guardó para sí mismo el calificativo que iba a darle a Gaby. Solo era consciente de que su inesperada presencia allí acababa de descolocar por completo.

Gabriella se volvió hacia él para encararlo y solventar lo antes posible la situación. Pero al hacerlo se encontró con la mirada de él entornada hacia ella, contemplándola de una manera cálida, dulce y, hasta cierto punto, llena de cariño. Fue entonces cuando Gaby sintió la repentina sacudida en su interior y tuvo la impresión de que su enfado con él podría comenzar a derretirse como

el hielo al sol.

—¿Qué haces aquí? Oh, disculpa, ponte cómoda. ¿Quieres tomar algo? —Giorgio pretendía que ella permaneciera allí el mayor tiempo posible. No quería que se marchara de repente, no cuando había ido a verlo.

—No, no quiero nada. Me marcharé en cuanto me respondas a una cuestión muy sencilla —le dejó claro empleando un tono de voz que alertó a Giorgio.

—Bien, tú dirás.

—¿Por qué coño le has dicho a Estefanía que acepte mi oferta? —Gabriella se acercó más y se encaró con él sin ser consciente de que la distancia entre ellos se había acortado de manera notable. Sentía el pulso acelerado y el calor adueñarse de toda ella mientras él se limitaba a contemplarla sin inmutarse. Estaba muy cabreada con él.

Giorgio apretó los labios y asintió.

—Porque considero que es lo mejor que Estefanía puede hacer —le aseguró sin mover un solo músculo, ni pestañear si quiera, porque en ese preciso instante estaba contemplando a Gabriella de una manera que nunca había considerado. Bueno, sí lo había hecho: sintiendo la necesidad de besarla de una vez por todas.

Ella, por su parte, se quedó en blanco ante esa respuesta. No esperaba que él fuera tan sincero. Pensaba que él le daría largas con alguna excusa. No sabía cómo enfrentarlo, sobre todo si la observaba de aquella manera tan firme y determinante.

—Pero... ¿por qué? Tú trabajas para *Tempesta*...

—Trabajaba —interrumpió Giorgio, lo que dejó a Gabriella todavía más sorprendida.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Ya no trabajo para *Tempesta*.

—Pero... ¿Has recibido una oferta mejor? —Gabriella arqueó una ceja con expectación ante la respuesta que él pudiera ofrecerle.

—En realidad, no he recibido ninguna. No me marcho por dinero, si es lo

que quieres saber.

—No me interesa saberlo, la verdad. Es por eso por lo que le has pedido a Estefanía que acepte mi oferta. Porque tú te marchas —le aclaró tratando de volverse fría y distanciarse de él.

—Le he sugerido que acepte tu oferta porque considero que es la mejor opción que tiene si quiere llegar a ser alguien dentro del panorama literario.

—Te agradezco tus palabras, pero no tendrías que haber hecho nada. Tengo la impresión de que me has ayudado porque tal vez pensabas que Estefanía se decantaría por *Tempesta* —le comentó con una mezcla de ironía y mal humor.

—Ese es tu problema. Creer en el motivo por el que lo he hecho. Pero te aseguro que no tiene nada que ver con lo que tú dices.

—Ya, bueno —ironizó arqueando sus cejas.

—Por tu comportamiento y tu presencia aquí, no hay duda de que has hablado con Estefanía.

—¿Quién si no me habría comentado tu jugada? —Gabiella cruzó los brazos bajo sus pechos y elevó su ceja en señal de escepticismo.

—¿Ya ha firmado?

—¿A qué viene tanto interés? Tú ya no trabajas para ninguna editorial. Por cierto, ¿se lo has dicho a Giulio?

—Que lo dejaba, sí. Lo de Estefanía me lo guardo para mí.

—¿Y si lo averigua?

Giorgio se encogió de hombros sin darle ninguna trascendencia. Solo le interesaba el hecho de saber que Estefanía Lambertti había firmado con la editorial de Gabriella. Eso era lo que le importaba.

—No le doy el más mínimo interés. Es posible que, cuando se entere, si llega el caso, yo no esté aquí.

—¿Te marchas? —Había un toque de nerviosismo y temor en la pregunta de Gabriella. Un ligero sobresalto que no pasó desapercibido para él, quien esbozó una tímida sonrisa.

—Estaba leyendo mis correos cuando te dedicaste a culpar al timbre de la

puerta de tu rabia por lo que yo había hecho. Por lo pronto, tengo una invitación para ir a Verona, al festival de novela romántica. A lo mejor me surge algo estando allí. De lo contrario, me marcharé a España, tal vez.

—Pero... —Ella se quedó sin capacidad de reacción ante la decisión tan firme de él. Parecía tenerlo todo muy claro.

—No tengo nada que me ate aquí en Bolonia, Gaby. —Giorgio bajó el tono de su voz al mismo tiempo que buscaba su reflejo en la mirada de ella.

Gabriella se humedeció los labios, fruto de los nervios. Llevaba días sin verlo y lo agradecía, pero en el fondo lo hacía porque sabía que él estaba en Bolonia. Pero en ese momento, en el que él pensaba marcharse, ella tenía la impresión de que se estaba engañando con respecto a él.

—Pero... siempre puedes...

—Gaby, ¿alguna vez te dije lo fascinante que me pareces? —Giorgio se había inclinado de manera lenta sobre el rostro de ella, pero dejando el espacio necesario para no intimidarla y que saliera huyendo.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado.

—Sí, pero ¿a qué viene ahora esto? Estamos hablando de libros, de trabajo y de que estás pensado marcharte de Bolonia, y tú me sueltas que... ¡que te parezco fascinante! ¿Se puede saber a qué viene esa gilipollez? —Gabriella no era consciente de su estado de nervios. En realidad, no lo era de nada de lo que estaba sucediendo. No había ido allí para que él le dijera lo que le parecía.

—Viene a que ya es hora de que sepas algo —comenzó diciéndole enmarcando su rostro entre las manos sin que ella se apartara—. La verdad, no tengo nada que perder por decirte que llevo con ganas de besarte desde la facultad, y creo que si no sales huyendo ahora mismo por la puerta, entenderé que no te importará que lo haga.

—Yo... —Gabriella estaba en estado de *shock*. No era capaz de reaccionar ante aquella situación tan inesperada. Deslizó el nudo que le impedía decir una

sola palabra más, se humedeció los labios y se dijo a sí misma que ya nada tenía sentido. Nada excepto que él la besara de una vez por todas porque sentía que agonizaba esperando a que su boca se apoderara de la suya.

Giorgio se inclinó despacio para rozar aquellos labios que durante años lo habían traído loco. Un leve roce al principio que, poco a poco, se volvió en un beso más intenso, apasionado, mientras los gemidos y las respiraciones se entremezclaban en una sola. Giorgio sintió que ella se aferraba a él y que su cuerpo se apretaba contra el suyo como si buscara algo. La lengua de Gabriella se adentró con decisión en su boca para profundizar el beso al mismo tiempo que la excitación iba en aumento y ninguno parecía tener la intención de detenerla.

El bolso de Gabriella se deslizó por el hombro junto con el tirante de su vestido. Las manos de Giorgio recorrieron la piel desnuda de sus brazos, lo que la erizó con cada caricia. La respiración de ella se agitó en demasía cuando el deseo comenzó a descender desde sus pechos hacia sus muslos. Estaba correspondiendo a su beso de una manera que no podía imaginar, de la que no era consciente. ¡Estaba besando a Giorgio y, si no lo detenía, acabaría en la cama con él! Lo que todas le decían se estaba cumpliendo. ¡La tensión sexual no resuelta años atrás, cuando ambos estaban en la facultad, como le había dicho su hermana! De repente, se apartó de él. Lo miró con los ojos entrecerrados y sacudiendo la cabeza para hacerle ver que aquello no podía ser. Que no tenía sentido. Pero...

—¿Sucede algo?

—Sucede que no debería haber pasado. —Gabriella permanecía con los labios entreabiertos, sintiendo una especie de taquicardia en su interior—. Tú y yo... —Ella sacudió la cabeza sin poder creer que hubiera sucedido.

—Es algo tarde para lamentarse, ¿no crees?

—No, no lo es. Porque si permito que me toques, sé cómo acabaremos.

—Y no es lo que deseas. —Había un toque de decepción en Giorgio al escucharla decirlo—. Soy consciente de ello, Gaby. Y créeme que lo siento.

—No puedo... No quiero tener una relación ahora. No quiero un compromiso en mi vida. No. Me debo a la editorial, comprende —le dijo a modo de disculpa para no tener nada que ver con él a nivel emocional.

—Entiendo. Siempre has tenido tus predilecciones. En la facultad eran los estudios, y ahora tu editorial.

Gabriella recogió el bolso que permanecía en el suelo y, con este en la mano, caminó hacia la puerta sin que Giorgio la retuviera ni un solo segundo más. ¿Qué sentido tenía hacerlo? Todo parecía estar más que claro entre ellos. Por mucho que lo intentara, al final ella levantaría una y mil paredes para evitar que él se acercara. Siempre había sido así en la facultad.

—Lo siento.

—No, no lo sientas, Gaby. No hay motivo para hacerlo.

Se sentía extraña en su interior porque una parte de ella pensaba que estaba dejando escapar un tren que no volvería a pasar para que ella se subiera. Pero... ¡Joder, sentía aprecio por Giorgio de los años compartidos en la universidad! Pero...

«El aprecio no besa de la manera en que lo has hecho tú». La diablilla apareció sobre su hombro para recordarle lo que acababa de hacer.

Gabriella sacudió la cabeza, lanzando una última mirada a Giorgio, antes de salir por la puerta de su apartamento. Y Giorgio tuvo la impresión de que aquella historia se cerraba con aquel portazo. Se quedó en el sitio donde ella lo había dejado y contempló el vacío que había dejado con su marcha. Suspiró, pasándose la mano por el pelo, como si aquel simple gesto lograra aclararlo. Luego regresó al sofá y retomó la lectura de sus correos. Le había dicho a Gabriella que no había nada ni nadie que lo retuviera en Bolonia, con la esperanza de que ella le dijera lo contrario. Pero al final él había tenido, y tenía, razón. Y más después de lo sucedido hacía cinco minutos. Se marcharía cuanto antes.

Gabriella deambuló por las calles de una Bolonia que en ese instante no le parecía tan llamativa ni tan llena de vida como ella la conocía. Giorgio la

había sacado de sus casillas no una ni dos, sino tres veces. Le había entregado en bandeja a Estefanía Lambertti, le había confesado que le parecía fascinante y, por último, la había besado como ningún hombre lo había hecho. Y ella misma había correspondido a su beso porque, en el fondo, lo ansiaba. Sí, ¿a quién quería engañar? Sus amigas y su propia hermana lo tenían claro con respecto a ellos dos, pero ¿por qué ella no? ¿Por su trabajo?

«¡Venga ya, pero si él puede trabajar para ti sin ningún problema!», le recordó la diablilla que volvía a posarse en su hombro, con cara de mala.

Esa excusa podría haberle servido con otras parejas con las que había estado, pero no con Giorgio. Él había sido su mejor amigo en la facultad, su confidente, su hombro en el que apoyarse y llorar. ¡Joder, y él había estado deseando darle un beso cinco años! ¿Cómo había podido aguantar? ¿Por qué no la había mandado a paseo cuando ella iba a contarle sus líos de chicos? Gabriella detuvo sus pasos y cerró los ojos imaginando la situación. No podía creer que Giorgio hubiera estado enamorado de ella durante aquellos años y no se lo hubiera dicho.

—¿Por qué? —se preguntó en un susurro, dejando la mirada perdida a lo lejos, donde la gente comenzaba a salir esa noche entre risas, abrazos y besos. Algo que ella acababa de rechazar.

Capítulo 8

—¿Me estás diciendo que Giorgio te besó? —Lucía boqueaba como un pez fuera del agua y contemplaba a su hermana con los ojos abiertos como platos.

—Sí.

—¿Y tú qué hiciste? —Lucía entornaba la mirada hacia Gaby sospechando lo que había sucedido.

Gabriella permaneció callada, con la mirada ausente, como si no tuviera la más mínima intención de confesarle lo sucedido. Cogió aire y se enfrentó a los ojos intrigantes de su hermana.

—Pues... ¿qué se suponía que tenía que hacer?

—Lo besaste —respondió Lucía de manera tajante.

—Sí. —Gabriella bajó la vista con un sentimiento de culpa reflejada en ella, mientras su respuesta había sido un simple susurro.

Lucía emitió un sonido gutural que venía a confirmar sus sospechas. Observó a su hermana con atención, esperando que le diera una explicación al respecto de lo sucedido. No iba a conformarse con las migajas que Gaby le había dado.

—¿Y después? ¿Qué sucedió? Porque no me trago que solo os limitarais a besaros —le aclaró con un deje burlón.

—Me marché de su apartamento —pronunció deslizando el nudo que le apretaba la garganta y que le impedía hablar con claridad. Y más si recordaba la escena. Pero era inevitable no hacerlo una y otra vez mientras las palabras

de él repicaban en su mente.

—¿Cómo que te marchaste de su apartamento?! ¿Te lías con Giorgio y te largas?! —exclamó Lucía incorporándose del sofá y contemplando a su hermana como si estuviera pirada—. Pero...

—Me confesó que llevaba tiempo esperando la oportunidad de hacerlo. Que desde la facultad...

—¿Lo ves? No será porque no te comenté que entre vosotros había química, una tensión sexual no resuelta. Debiste tirártelo cuando erais compañeros en la facultad.

—¿Vuelves otra vez con ese tema?

—No es volver. Es reconocer la realidad de una vez por todas, Gaby. Giorgio y tú erais la comidilla de todos vuestros compañeros y amigos. Todos pensábamos que estabais liados, pero que lo llevabais en secreto para que ninguno de nosotros lo supiera y pudiéramos vacilaros. Teníais un *feeling* especial que todos veíamos, menos tú al parecer. —Lucía arqueó sus cejas y sonrió a su hermana para hacerle ver lo equivocada que estaba.

—Que quisiera besarme no significa nada.

—¿Nada? Venga ya. Te confiesa que llevaba desde la facultad con ganas de besarte y tú aseguras que no hay nada. *Per favore*, han pasado tres años desde que acabasteis la carrera. ¡Ocho años para darte un beso y tú aseguras que no es nada! ¿Qué tío espera tanto? Y te lo confiesa, ojo —matizó Lucía esgrimiendo un dedo delante de Gaby.

—Vale, lo que tú digas.

—Giorgio no te ha olvidado en todo este tiempo. Por cierto, ¿qué le has dicho?

Gabriella sintió la mirada inquisidora de su hermana, que esperaba su respuesta, la cual estaba convencida de que no le iba a gustar.

—Que no quería tener una relación, si es eso lo que intentas averiguar. Lo primero es afianzar la editorial, ya lo sabes.

Lucía sacudió la cabeza sin terminar de creer que su hermana lo hubiera

vuelto a hacer.

—De nuevo huyes.

—Yo no estoy huyendo —protestó, con energía, Gaby, cerrando las manos en puños y apretándolas contra los costados.

—¿Qué sientes por él? Gaby, mírame y dime que no sientes nada por Giorgio —le urgió a hacerlo buscando su mirada de manera incesante, pero Gabriella no parecía dispuesta a darle esa satisfacción.

Gaby sentía el pulso ir ganando velocidad como si alguien estuviera pisando el acelerador de su corazón. Se plantó delante de su hermana con las manos apoyadas en las caderas y resopló.

—¿Qué importancia tiene lo que sienta o deje de sentir por él? No voy a cambiar mi vida por un beso.

Lucía se mordisqueó el labio al mismo tiempo que sacudía la cabeza.

—¿Ni si quiera vas a intentarlo? ¿Y si es tu alma gemela? ¿El hombre destinado para ti?

—Pareces Melina —le soltó recordando a su amiga—. Vamos, Lucía, no estamos hablando de una novela romántica como las que ella escribe. ¡Qué alma gemela ni medias naranjas!

—Pues creo recordar que tú le decías lo mismo a ella cuando fuisteis a Florencia al festival de novela romántica. —Lucía frunció el ceño e hizo un mohín con los labios.

—Uhhh, ahora que lo mencionas. Tengo que preparar todo para el nuevo congreso. Con todo este lío de la feria del libro y de Estefanía Lambertti se me ha pasado. Por cierto, tengo que comentárselo por si quiere asistir en calidad de nueva escritora de *Essenza de Donna*, y también a Melina.

—¿Has logrado que Estefanía firme?

—Por ese motivo ha surgido todo este lío con Giorgio. Le sugirió que firmara conmigo en vez de con *Tempesta* porque considera que yo lo haré mejor que Giulio. ¿Cómo lo ves?

Lucía sonrió con toda intención.

—Lo veo como un gesto de alguien que siente algo más que una amistad, Gaby. Y de alguien que te conoce y sabe cómo eres. Es todo un detalle.

Gabriella resopló al escuchar a su hermana incidir en lo mismo.

—Giorgio y yo mantuvimos una relación de compañeros y amigos muy buena. Y no quiero que eso se acabe por querer saber qué sucederá si empezamos como pareja —le aseguró una Gabriella que por primera vez había adoptado un rictus serio—. No quiero joder una amistad por un polvo. Espero que lo entiendas.

Lucía asintió en silencio. Tal vez Gabriella tuviera razón después de todo y no fuera conveniente forzar la situación. A veces, hacerlo suponía una decepción, o un desastre mayor.

—Tal vez, después de todo, tengas razón. Bueno, háblame de tu flamante fichaje para la editorial. Estefanía Lambertti promete ser la nueva Melina en el campo de la novela romántica para jóvenes —le dijo entusiasmada por ese nuevo logro de su hermana, aunque hubiera recibido un empujoncito por parte de Giorgio para lograrlo.

Gabriella sonrió, pero su sonrisa no estaba cargada del entusiasmo que ella esperaba. Parecía que le había salido porque debía hacerlo y no porque lo sintiera. Solo esperaba que el nuevo festival de novela romántica la mantuviera ocupada la mayor parte del tiempo. De esa manera no le daría vueltas a lo sucedido con Giorgio y si había hecho lo correcto.

Giorgio seguía en Bolonia. No había decidido todavía si se marcharía y a qué lugar. Regresar a España era una posibilidad que había considerado. ¿Qué mejor lugar para poner kilómetros de separación con Gabriella? Estaba seguro de que, si permanecía en la ciudad italiana, se acabarían por encontrar y la situación podría resultar algo tensa después de lo sucedido entre ellos. Él no iba a insistir con ella. Ella le había dejado claro que no tenía la más mínima

intención de intentarlo con él; y eso se lo había dicho la misma mujer que se había entregado en el beso que compartieron. ¿Cómo era posible? Seguía considerando esa posibilidad cuando sonó la melodía de su móvil.

—¿Diga?

—*Giorgio, soy Sandra.*

—Ya sé por qué me llamas —le dijo cerrando los ojos y llevando su mano a la frente—. Se me pasó responder a tu correo.

—*Pensaba que pasabas de mí. No te preocupes, ya sé que andas liado con la feria del libro de tu ciudad. Tranquilo.*

—No, eso nunca, Sandra. Nunca te haría de menos. Ya te dije que asistiría al festival de novela romántica de Verona.

—*Soy consciente de ello. Por eso te llamaba, para informarte que te he reservado habitación en el mismo hotel en el que se celebra el evento. Como ya te comenté, este año será en Verona.*

—No tenías que... Gracias, te debo una.

—*Con que me invites a cenar y me cuentes cómo te va, me doy por satisfecha.*

—Cuenta con ello. Estaré en Verona en unos días. No te preocupes. ¿Todo bien?

—*Lo bien que podía marchar. Ya sabes, con mucho jaleo. Bueno, ya nos pondremos al día cuando estés aquí. Solo quería confirmar que vendrías.*

—Por supuesto. Allí estaré.

—*Ciao.*

—*Ciao, ciao.*

Giorgio se quedó contemplando el móvil con una sonrisa. Se le había pasado el asunto del festival de literatura romántica de Verona. Con todo el jaleo de la feria del libro, el tema de Estefanía Lambertti y Gabriella. Pero entonces Sandra lo había llamado para recordárselo, más le valía ponerse a ello. Sabía que acudirían decenas de escritoras tanto consagradas o noveles a las que... Un momento. Giorgio se detuvo en sus pensamientos. ¿Qué importancia podían

tener para él si ya no trabajaba para ninguna editorial? Bueno, bien pensado, le daría la opción de asistir al evento como un espectador más. Sin tener que preocuparse por el trabajo. Incluso entre las editoriales que acudían podía encontrar... Volvió a detenerse en sus pensamientos cuando comenzó a pensar en editoriales y editoras. Gabriella estaría allí. Sí. Casi seguro que acudiría y ese año con más motivo porque acababa de llegar a un acuerdo con Estefanía Lambertti. Ese hecho no le importó porque, aunque coincidieran en algún momento, él no insistiría en lo sucedido hacia unos días. Todo estaba claro, de manera que acudiría a Verona, la ciudad de Julieta, al evento literario más reconocido.

Gabriella había acordado con Estefanía que fuera al festival de novela de Verona. La joven escritora ya había decidido acudir antes si quiera que Gabriella se lo propusiera. Sería un buen reclamo. En ese momento iba a proponérselo a Melina. Ella no le había comentado nada al respecto, pero estaba segura de que acudiría. Quedaron en el café de Marco, como era habitual, ya que Melina lo había convertido en su propia oficina.

Cuando Gabriella empujó la puerta del café, no encontró a Melina sentada al teclado de su portátil, sino en la propia barra, echando un vistazo al *Corriere della Sera*. Parecía relajada y despreocupada. Y cuando se acercó a ella, Melina se limitó a mirarla de los pies a la cabeza sin comprender qué hacía allí tan temprano.

—Hola, ¿te has caído de la cama?

—Son las nueve. Es una hora prudencial para empezar a trabajar, ¿no crees?

—¿No irá con segundas, verdad? —Melina arqueó su ceja derecha y empleó un tono algo irónico.

—Pues claro que no. No voy a decirte cuándo debes ponerte a escribir. Eso lo decides tú. Hablaba por mí.

—Hola, Gabriella, ¿un café? —Marco interrumpió la conversación entre ambas.

—No, gracias. Acabo de desayunar. ¿Y Claudia? —preguntó echando un vistazo al local en busca de su hermana.

—Todavía no ha llegado. Se le habrán...

El sonido de la puerta captó la atención de los tres para fijar su atención en Claudia, que llegaba en ese momento.

—¿Por qué me miráis? Ya sé que llego un poco tarde —les dijo paseando su mirada por sus rostros.

—No te preocupes, no voy a echarte la bronca. ¿Se te pegaron las sábanas?

—Ummm, anoche me acosté tarde.

—¿Mucha fiesta con tus amigas?

—Lo normal. Tampoco es que desfasáramos, ya me conoces.

—Sí, sí. Yo creo que sí te conozco —ironizó Marco con una sonrisa socarrona, observando a su hermana desaparecer hacia el cuarto que empleaba para dejar sus cosas.

—¿Qué tal lo lleva? —preguntó Melina en voz baja cuando Claudia se marchó.

—Bien. Lo cierto es que mi hermana es como es. Y eso nada ni nadie va a cambiarla. No le gusta atarse a una relación.

—¿Qué pasa? —preguntó Gabriella fuera de juego—. No me entero de nada.

—Su hermana y Giuliano lo dejaron hace unos meses.

—Vaya, pensaba que seguían juntos.

—Diferentes horarios, trabajos, situaciones. Claudia vive la noche y Giuliano es más de estar en casa. Me sabe mal que lo suyo no haya dado para más, pero... —Marco se encogió de hombros y arqueó sus cejas antes de volver al trabajo tras la barra, a la espera de que su hermana apareciera.

—En fin, he venido a comentarte lo del festival de novela romántica de Verona. No sé si te has enterado por la prensa, ya que, como tú vives en tu mundo *happy happy*. —Gabriella mostró su ironía en todo su esplendor con

una sonrisa algo mordaz y significativa.

—Ah, sí. Claro que me he enterado. Me han llegado tropecientas invitaciones por las redes sociales.

—Entonces no tengo más que decirte, salvo que espero que vayas.

—Sí, claro, contaba con ello. ¿Por qué no iba a hacerlo? —Melina miró a Gabriella con una expresión de enfado fingido.

—Oh, en ningún momento lo he dudado. Ya sé que desde que estás con Marco te has aplicado a tu carrera literaria otra vez. —Gabriella le guiñó un ojo en complicidad.

—¿Y tú con Giorgio? ¿Hemos avanzado algo? —Melina lanzó una mirada de reojo a su amiga sin perder de vista la página del periódico.

—No entiendo tu pregunta.

—Pues ya sabes, si ha habido algún acercamiento. —Melina sonrió con intención mientras movía sus cejas de manera acelerada.

Gabriella se quedó muda. No sabía si debía seguir aireando su vida personal. Ya lo había hecho con su hermana. Suspiró resignada.

—Más bien ha sucedido un distanciamiento total. Anda, vamos a la mesa, no tengo ganas de contarte mi vida aquí, de pie en la barra. Marco, ahora sí te acepto un café —le comentó mientras Marco asentía.

—Sentaros donde queráis. Ahora te lo llevo.

—A ver, ¿qué eso del distanciamiento total? —Melina se quedó contemplando a su amiga, con el ceño fruncido y una expresión de no entender nada.

Gabriella apretó los labios y sacudió la cabeza, contrariada por todo lo que había sucedido con Giorgio.

—Besé a Giorgio. —La confesión de Gabriella dejó a Melina helada, como si de una estatua se tratara. Miró a su amiga y editora con los ojos como platos, sin ser capaz de pestañear si quiera.

—Vale, ¿y?

—A continuación, me marché de su apartamento.

—¿Y él qué hizo?

—No lo sé. Pero, vamos, supongo que quedarse en su apartamento. Detrás de mí no salió, si es lo que te estás preguntando —le aclaró esgrimiendo un dedo ante Melina.

—Pero ¿cómo es eso de que os besáis y tú te marchas? Hay algo que no encaja.

—Hay muchas cosas, no solo una. Vale que lo besé o, mejor dicho, fue él quien lo hizo, pero yo correspondí a su beso.

—Bueno, eso es porque en el fondo lo estabas deseando, ¿no? No entiendo cuál es el problema.

—No debí hacerlo. Eso es lo que me sucede —le comentó con gesto de preocupación.

—Eso mismo me decía yo misma cuando, después de estar me acostando con Marco durante un mes, él me confesó que se estaba enamorando de mí, ¿te acuerdas?

—Perfectamente. Porque coincidió con el viaje a Florencia por el congreso de novela. Estabas insoportable —matizó Gabriella recordando aquel fin de semana en la capital de la Toscana.

—Sí, bien. Tienes razón. Pues eso mismo te está sucediendo a ti ahora. Te gusta Giorgio, es más, podría apostar a que te gustaba en la universidad.

—Piensas igual que mi hermana.

—Es que es la verdad. Ya te lo hemos dicho. ¿Y qué vas a hacer?

—Nada porque no tengo interés en experimentar nada con Giorgio, no sé si me entiendes. No quiero iniciar algo en lo que no creo.

Melina permaneció en silencio mordisqueándose los labios.

—¿Crees que es lo más idóneo?

—Pues sí. Claro que lo es. Si lo hago es por ese motivo. ¿Por qué?

—Porque yo también era reacia a iniciar una relación con Marco y...

—Lo tuyo con Marco era diferente —la interrumpió Gabriella, molesta con aquel comentario.

—¿Diferente? ¿En qué sentido? Porque por lo que a mí respecta no quería saber nada de él.

—Llevabas tiempo durmiendo con él en tu cama. Y yo te repetía que esta era para ti solita. Pero yo todavía no he invitado a Giorgio a la mía.

—Pero piensas hacerlo. —El rostro de Gabriella se contrajo en una mueca de clara confusión—. Porque dices «todavía», luego das a entender que pudiera haber una posibilidad.

—¡Ni de coña! —protestó, enérgica, Gabriella.

—Yo que tú...

—¡No! No voy a tener nada con Giorgio. —Melina comenzó a reírse a carcajadas ante la cara de estupefacción que tenía Gabriella—. ¿De qué narices te ríes?

—De ti.

—Ah, muy bien. ¡De puta madre! —exclamó Gabriella con furia, mirando a Melina como si fuera a arrojarle los restos del café a su propia cara.

—Me río porque me recuerdas a las protagonistas de mis novelas. Y, en cierto modo, a mí misma cuando decía lo mismo de Marco. Bueno, que conste que lo hago de buen rollo. En serio, Gaby, no puedes asegurar al cien por cien que no vas a hacer o no hacer algo. Ahora piensas que entre Giorgio y tú no puede haber nada. De acuerdo. Pero, tal vez el destino tenga otro guión escrito para ti.

—Pues en el mío, Giorgio no aparece —le dejó claro poniendo los ojos como platos.

—¿Te has parado a pensar que seguramente él esté en Verona? Te aviso para que luego no te caiga de sorpresa.

—¿Por qué habría de estar? —le espetó Gabriella, ofuscada por aquella sugerencia de Melina.

—¿Cómo que por qué? Porque es un cazatalentos. Apuesto a que se dejará caer por allí para ver a las nuevas escritoras que anden en busca de una editorial. Por eso.

—Tampoco tiene por qué afectarme. Es más, a lo mejor ni nos vemos.

Melina apretó los labios y asintió, lo que dejó a su amiga tranquila al respecto de ese tema. Sabía que en ese instante nada de lo que le dijera tendría sentido. Gabriella se comportaba de la misma manera que había hecho ella con Marco. Por el momento la dejaría tranquila. El tiempo le daría o quitaría la razón, solo era cuestión de esperar.

—Bueno, hablando de Verona y de su festival de novela romántica, ya te he dicho que asistiré. Supongo que irá Estefanía Lambertti.

—Tengo que comentárselo. Imagino que lo hará. Me agradecería mucho anunciar que forma parte de la editorial.

—Sí, lo imagino. He visto el programa y parece bastante variado. Mesas redondas, ponencias, firmas de libros, presentaciones, charlas con los autores...

—Sí, no hay duda de que será todo un éxito.

—Y, además, en Verona. La ciudad de Romeo y Julieta —le recordó una Melina juguetona esbozando una sonrisa de complicidad con Gaby.

—Tengo que marcharme a cerrar varios asuntos respecto del festival —le anunció levantándose de la silla como un resorte, de repente, o, más bien, en cuanto la escuchó referirse a Romeo y Julieta.

Melina se quedó contemplándola como si acabaran de pincharla. Intuía que no le había hecho nada de gracia la conversación sobre Giorgio y ella.

—Vale, te veo en... ¿Verona?

—Sí, ya te llamo y quedamos para ir, ya que me confirmas que asistirás. Despídeme de Marco y de su hermana —le pidió señalando a los dos que en ese momento estaban bastante liados. Caminó hacia la puerta y salió a la calle donde el aire consiguió calmar su estado de nervios. No estaba segura de si haber hablado con Melina había sido buena idea porque le había hecho recordar a Giorgio, y eso no le había hecho ninguna gracia. Tenía clara una cosa, no iba a ceder ante sus impulsos hacia él. De acuerdo que ambos podían coincidir en algún momento del festival, pero eso no significaba que fuera a

suceder lo que en el apartamento de él.

Giorgio viajó a Verona con antelación para tener algún día libre para charlar con Sandra y, de paso, recorrer las calles de la ciudad una vez más. Hacía mucho que no iba, y eso que era un lugar que él añoraba por el encanto que desplegaba en sus más emblemáticas calles y plazas. Pese a estar cerca de Bolonia, él siempre parecía encontrar una excusa para no ir. ¿Tal vez el motivo caminaba en ese instante hacia él con una radiante sonrisa bailando en sus labios?

Giorgio estaba sentado en la terraza de la Piazza Bra, contemplando el majestuoso anfiteatro: el Arena de Verona, donde tenían lugar las representaciones musicales más importantes. Pero cuando Sandra apareció en su campo de visión, Giorgio no pudo evitar centrarse en ella y en su atractivo. Sí, a pesar del tiempo que hacía que no la veía, ella conservaba ese toque fresco y juvenil en su rostro. Esa chispa en su mirada que hacía que la persona que la contemplaba se sintiera hechizada. Giorgio recordó ciertos momentos compartidos junto a ella que invadieron su mente como fogonazos.

—El tiempo pasa, pero tú sigues igual que cuando nos conocimos —le dijo nada más ella estuvo a su altura, y le dio dos besos.

—Siempre se te ha dado bien adular a las mujeres —le rebatió Sandra con una sonrisa pícaro—. Claro que tú estás...

Giorgio arqueó las cejas con expectación.

—No me dejes mal.

—Sigues con ese aire de tímido seductor. Ese toque que siempre has mantenido.

—¿Seducor?

—Sí, reconoce que eres la clase de hombre que sabe seducir a una mujer con su personalidad, con su carácter pausado y comedido.

Giorgio frunció los labios y asintió.

—Desconocía que tuvieras esa visión de mí. Pero gracias.

Sandra sonrió con un toque de melancolía. Desvió la mirada porque contemplar a Giorgio de manera directa le dejaba un poso de desilusión porque, aunque habían compartido buenos momentos, él nunca llegó a enamorarse de ella.

—¿Qué tal te va con *Tempesta*? —Sandra prefería hablar de temas profesionales a los personales. No quería averiguar de buenas a primeras si Giorgio estaba con alguna mujer; a pesar que sentía la urgente necesidad de saberlo. Entornó la mirada hacia él, esperando su respuesta.

Giorgio se reclinó contra el respaldo de la silla y sonrió.

—Lo he dejado —respondió de manera clara y concisa mientras Sandra abría los ojos y el vaso se quedaba a medio camino de sus labios—. No me gustaron ciertas cosas que sucedieron.

—Eso significa que ahora estás libre. ¿Sin trabajo? —Sandra entornó la mirada hacia él para observarlo asentir despacio—. ¿Y qué piensas hacer?

—Por ahora, asistir al evento literario que hay aquí, en Verona. Después, ya veré. Ofertas nunca me han faltado —explicó Giorgio alzando las manos en señal de advertencia.

—Sí, supongo que ya tendrás alguna que otra.

—Tal vez vuelva a irme a España —Giorgio se lo dijo sin pararse a pensar en Gaby. Hacía días que había aparcado ese tema toda vez que ella le había dejado claro que no quería saber nada de él. De manera que lo mejor podría ser poner tierra de por medio. No quería intentar ganar una guerra en la que estaba en inferioridad. Si Gaby no quería reconocer la atracción que existía entre los dos, él no tenía muchas esperanzas. Tal vez, esos días en Verona la hicieran recapacitar, porque estaba seguro de que ella acudiría, y más después de conseguir que Estefanía Lambertti aceptara su oferta.

—¿Por qué? ¿No te encuentras a gusto en tu casa?

—No, no se trata de eso. Sino de darle un nuevo giro a mi vida.

—¿Cuántos le has dado ya? He perdido el número de las veces que lo has dicho —le aseguró con una sonrisa risueña e irónica a la vez.

Giorgio resopló.

—Tienes razón. Pero se trata de que no consigo encontrar...

—La pieza que termina el puzzle —lo interrumpió Sandra con un tono que se asemejó a un susurro, frunciendo sus labios en un gesto de melancolía.

—Debe ser eso lo que falla.

—Dime, ¿qué necesitas para terminar el rompecabezas de tu vida? —Sandra inclinó su cuerpo hacia delante, consciente del atractivo que poseía Giorgio y de las repentinas y enormes ganas de besarlo. Sí, aunque ella sabía que él no iría mucho más allá de un beso, tal vez podrían compartir la cama las noches que él permaneciera en Verona, pero nada más—. ¿Una mujer?

Giorgio apretó los labios y contempló a Sandra sin parpadear, preguntándose por qué no era ella. ¿Por qué no sentía por Sandra lo mismo que por Gaby? Era consciente de que la mujer que en ese mismo instante lo contemplaba seguía sintiendo algo por él. Y no se trataba de ser presuntuoso ni nada parecido. Podía leerlo en su forma de mirarlo, de dirigirse a él con un sencillo gesto, en cómo modulaba sus palabras.

—¿Qué mujer podría soportarme? —Giorgio sonrió al tiempo que arqueaba su ceja con suspicacia—. Sabes que soy...

—Sé cómo eres —lo interrumpió, consciente de que el tiempo que había pasado a su lado le había servido para darse cuenta de la persona que era Giorgio.

Este asintió y volvió a apretar los labios en un gesto de mea culpa.

—¿Y tú? ¿Cómo te marchan las cosas? Imagino que sigues en la empresa de publicidad. —Giorgio cambió el tema de la conversación porque no quería adentrarse en algo tan íntimo y personal como lo era su experiencia con las mujeres y, en especial con ella. No pretendía hacerle daño. No más del que le había causado en su día cuando le confesó que no estaba enamorado de ella.

Sandra inspiró, con el nudo apretando su garganta.

—Sí, ahí sigo.

—Y todavía te queda tiempo para organizar eventos literarios.

—Sirve para mantenerme ocupada el mayor tiempo posible. —«Y no pensar en ti y en lo cabrón que fuiste en su momento».

—¿No has formado una familia?

—No. ¿Acaso estás interesado? —La suspicacia impregnó la pregunta de Sandra mientras en sus labios bailaba una sonrisa cínica.

—No te estoy preguntando eso.

—Pero yo sí. Ahora mismo estoy libre como un taxi. Igual que tú, en el sentido profesional. Claro. Ya que en lo personal no sé si tienes algo con alguien. —Sandra se anticipó a aclarar su comentario al ver el gesto de su rostro.

—No.

Sandra sintió una especie de alivio al escucharlo decir aquello. Pero tampoco cambiaba en demasía la situación porque o mucho había cambiado Giorgio en todo ese tiempo, o todo permanecería igual entre ellos.

—Sabes que contaremos con más de cien escritoras de todo el país. — Sandra volvió a aferrarse al tema profesional para no pensar en Giorgio y ella.

—Sin duda que es una buena cifra.

—Sí, y lo mismo podría decirse de las editoriales. Por cierto, ¿qué harás si ves a Giulio?

—Saludarlo, si él quiere. Que haya decidido dejar de colaborar con él no significa que tengamos que dejar de ser amigos. Al menos por mi parte — matizó Giorgio.

—Imagino que sabrás que la joven promesa de las letras italianas ha firmado con *Essenza de Donna*.

—¿Te refieres a Estefanía Lamberti?

—¿Conoces a otra?

—Lo sé. Yo mismo la animé a que lo hiciera.

El rostro de Sandra reflejó la esperada sorpresa.

—Pero tú estabas con *Tempesta*. ¿Por qué lo hiciste?

—Tal vez porque, en el fondo, me gusta que las cosas se hagan como es debido. No me agradan los engaños. Ni las malas artes.

—Soy consciente de ello —asintió ella sintiendo el escalofrío reptando por su espalda hasta erizarle el vello de la nuca—. Bueno, si necesitas algo, házmelo saber. Como te dije, te he reservado una habitación en el Palazzo Victoria.

—En pleno centro histórico —exclamó Giorgio con inusitada expectación.

—Sí, hemos preferido hacerlo en un lugar céntrico, pensando en todas aquellas personas que vienen de fuera. De ese modo no tienen que andar buscando un hotel por toda Verona, aunque esta no sea una ciudad muy grande. Te dejo el programa para que le eches un vistazo y me cuentes —le dijo entregándole un tríptico.

Giorgio asintió y le echó un breve vistazo al folleto.

—Claro. Esta noche, ¿no? —La proposición sorprendió a Sandra de tal manera que se vio incapaz de moverse o de decir algo—. Te debo una cena por reservarme una habitación. Tú me lo recordaste el otro día cuando me llamaste. Y ahora más que nunca si tenemos en cuenta el hotel.

Sandra entreabrió los labios para tomar aire porque sin suda que aquella invitación acababa de robarle el que le quedaba.

—La verdad es que no...

—Insisto —le dijo Giorgio sujetándola por la muñeca con determinación, pero también con delicadeza, entornando la mirada hacia ella.

Sandra sintió el palpito en su pecho al ver el gesto de él. Su mirada, su leve caricia sobre su muñeca, todo él era... «Maldita fuera, ¿por qué no puede funcionar entre nosotros?», se preguntó enrabiada con todo aquello. Pensó que podría comportarse como alguien normal en presencia de él. Que no quedaba nada del pasado y que lo vería como a un buen amigo que estaba de paso en la ciudad. Pero todos aquellos pensamientos acababan de irse al traste con una sola mirada.

Sandra se rindió ante la evidencia consciente de que no ganaría aquella batalla, ni mucho menos la guerra con Giorgio. Pero al menos se daría una tregua esa noche.

—De acuerdo. De ese modo me comentas qué te parece el programa del evento. Ahora te dejo para que te instales —le dijo lanzando una mirada a la maleta de él, apoyada sobre una de las sillas vacías de la terraza.

—Lláname cuando termines todo.

Sandra asintió antes de volverse, para alejarse de él al tiempo que no era capaz de dejar la mente en blanco o pensar en algo que no fuera Giorgio.

Este la acompañó con su mirada hasta que enfiló la vía Mazzini y desapareció. Llamó al camarero para que le cobrara y, tras coger su maleta, se dirigió al hotel para registrarse. Después le echaría un vistazo al programa del evento para tener algo de qué hablar con Sandra. No quería que sus respectivas vidas personales fueran el tema de conversación de esa noche. Y menos que se pusieran a hablar de por qué lo suyo no había funcionado.

Capítulo 9

Gaby y Melina llegaron a Verona cuando el sol comenzaba a ponerse detrás del Arena, como si de una postal se tratara. Se dirigieron al hotel para registrarse y poder salir por ahí a cenar. Se encontraban en el mostrador de recepción recibiendo la llave de la habitación, cuando, al despedirse, Gaby se tropezó con alguien que caminaba en dirección a la salida.

—Lo siento...

—Gaby —murmuró Giorgio cuando reconoció a la persona con la que había tropezado. Por unos segundos nada tuvo sentido. El mundo se detuvo en el vestíbulo en aquel preciso instante en el que los dos se contemplaron de manera fija y expectante.

—No te hacía aquí... Quiero decir, en el mismo hotel que... Bueno, eso... que...

Giorgio se aguantó la sonrisa al verla balbucear de aquella manera.

Gabriella se quedó cortada e indefensa porque sin duda que no esperaba encontrarse con él. Y menos verlo tan atractivo con el pelo mojado y revuelto, las mangas de la camisa subidas hasta los codos y ese aire de tímido seductor.

—He venido al congreso de novela romántica y dado que conozco a la organizadora...

—¿A Sandra? —Gaby entrecerró los ojos al hacer la pregunta y sin poder evitar un punzada de celos por ese hecho.

—Sí, nos conocemos de hace algunos años. ¿Y tú?

—Sí, hemos colaborado en alguna que otra ocasión... por temas de novela romántica, como supondrás. Bueno, yo imagino que nos veremos por aquí. — Gaby quería escapar de la presencia de Giorgio cuanto antes, y todo porque sentía un calor en todo su cuerpo que parecía que fuera a estallar en llamas de un momento a otro. ¡Maldita fuera, ¿por qué nadie le había prevenido de este suceso?! Vio a Giorgio despedirse de Melina y luego caminar hacia la salida del hotel mientras su pecho retumbaba sin encontrar sentido a ello.

Melina había sido testigo de todo. Se acercó con paso lento a su amiga, que parecía estar perdida en sus pensamientos, una especie de trance del que tenía que sacarla.

—¿Subimos a la habitación o prefieres que nos tomemos algo en la cafetería primero?

Gaby pareció no escucharla porque no le dio respuesta. Seguía pensando en Giorgio, en su manera de mirarla, de hacer que su pulso se acelerara hasta que pensara que iba a darle un infarto allí mismo, en el vestíbulo del hotel. De manera lenta, sacudió la cabeza como si volviera en sí. Lanzó una mirada fugaz a Melina, quien seguía esperando una contestación.

—¿Por qué narices he tenido que encontrarme con él? —preguntó mirándola, en busca de su respuesta. Melina cogió aire y abrió la boca para responder, pero Gaby se anticipó—. Y te lo advierto: no me vengas con gilipolleces de esas que salen en tus novelas.

—Déjame recordarte que eras tú la que el año pasado me buscabas para que siguiera escribiendo esas gilipolleces.

—Pero es ficción —le advirtió cabreada consigo misma por el patético espectáculo que acababa de dar, según ella.

—Ficción que puede estar basada en la realidad. O bien, esta ser transportada a las páginas de un libro. Como lo prefieras, pero lo que yo acabo de presenciar aquí mismo hace un momento...

—Mejor te lo quedas para ti. —Gaby fulminó a Melina con su mirada cuando se disponía a darle su punto de vista.

—Como quieras, pero las pruebas están ahí y nada ni nadie va a demostrarme lo contrario. Debiste liarte con Giorgio en la facultad. Ah, no, que ya lo hiciste en su piso la otra noche —recordó una Melina irónica buscando la reacción de su amiga.

Gaby resopló abrumada por las pruebas en su contra.

—¿Vas a restregármelo cada dos por tres?

—No hace falta. Lo hará Giorgio cada vez que aparezca por aquí —le aseguró guiñándole un ojo con complicidad—. Y ahora me subo a la habitación a dejar la maleta. Si quieres, podemos salir por Verona y tomar algo. Siempre y cuando no te importe encontrarte con Giorgio. Verona no es muy grande...

—Da gracias que no decida rescindir tu contrato con la editorial —le advirtió señalándola con un dedo como si la acusara.

—Bueeeeno, siempre puedo hablar con Giorgio para que me busque acomodo en otra. ¿No crees? Anda, vamos —le dijo tirando de su maleta mientras con la otra mano lo hacía del brazo de Gaby, quien no parecía muy convencida.

¿Por qué coño había tenido que aparecer Giorgio en ese preciso instante? De acuerdo que era lógico que acudiera al congreso de novela, pero ¿que se alojara en el mismo hotel que ella? Y que se tropezara con él nada más poner un pie en el vestíbulo... Esperaba no coincidir en demasiadas ocasiones con él.

Giorgio dejó el hotel con una sensación placentera. Sí, porque sin pretenderlo se había encontrado con Gaby o, mejor dicho, *ella* lo encontró a él al abalanzarse de manera literal, sobre él. Pero lo que más le había impactado había sido verla vacilar en sus explicaciones. Sin duda que no esperaba encontrarse con él, y ese hecho parecía haber trastocado en algo sus planes. De igual modo que los suyos propios. Sí, porque no esperaba que ella se mostrara tan... aturdida al verlo. No era la reacción que él esperaba de ella después de la última vez que se vieron, en la que la besó. ¿Qué haría durante

el fin de semana que duraba el festival? ¿Intentarlo una vez más o dejar que todo terminara en la ciudad de Romeo y Julieta?

Cuando vio aparecer a Sandra arreglada para la cena, Giorgio sonrió. Sí, porque aquella situación sí que era digna de una novela.

—Buenas noches, disculpa que aparezca en vaqueros, pero no traje mucha más ropa —le dijo haciendo alusión a lo elegante y llamativa que iba Sandra con su vestido rojo de tirantes a juego con el leve rubor de sus mejillas—. Lo digo por lo... elegante que vas.

—No digas tonterías. Es un vestido como otro cualquiera. Y tú estás perfecto en vaqueros y camisa. Bueno, ¿vamos? —Le indicó con la mano hacia una *trattoria* cerca del hotel.

—¿Todo listo para mañana? —Giorgio prefirió adentrarse en el terreno profesional y dejar los cumplidos aparte. No iba a ligar con Sandra a pesar de lo que hubo entre ellos tiempo atrás.

—Solo resta recibir a los ponentes y a los asistentes. Espero que sea un gran fin de semana de literatura y romance.

—Sin duda. Te conozco y sé lo meticulosa que eres en tu trabajo. —Giorgio se detuvo frente a la puerta de la *trattoria* y levantó la vista hacia el rótulo—. Umm, La sonrisa de Julieta. Sabía que me traerías aquí,

—No tiene nada que ver con la que tú recuerdas. Ahora es Chiara, la hija del antiguo propietario, quien la regenta junto a su pareja. Un inglés que decidió dejarlo todo para establecerse aquí.

—Imagino que el balcón seguirá —dedujo un Giorgio divertido ante ese hecho, pero deseando que fuera otra mujer la que cenara con él esa noche.

—Por supuesto. ¿Qué sería de La sonrisa de Julieta sin su famoso balcón? —Sandra arqueó sus cejas en señal de sorpresa porque él hiciera esa pregunta.

Gabriella y Melina paseaban por una de las calles más emblemáticas de Verona, la de la casa de Julieta. La gente no paraba de hacerse fotos en su

entrada ni de sonreír y comentar cosas acerca del amor y de la tradición de la estatua que había en el patio de esta.

—Julieta y sus amores —comentó Gaby con una sonrisa muy elocuente—. Un reclamo para la ciudad.

—Y para los que nos dedicamos a contar historias de amor, no lo olvides —precisó Melina con naturalidad, captando toda la atención de Gaby.

—¿Me estás diciendo que tú te has basado en Julieta y en su casa para alguna de tus novelas? —Gabriella permanecía atónita mirando a su amiga como si acabara de contarle un gran secreto.

—Pues claro. Siempre busco escenarios y tradiciones como esta para documentarme. Y la casa de Julieta en Verona es uno de ellos.

—No lo he reconocido en ninguna de tus historias.

—Porque es en la que estoy inmersa ahora.

—¿Tu nueva historia?

—*Síp*, pensando que veníamos a Verona, ciudad de Romeo y Julieta, me dije: ¿por qué no escribo algo que tenga relación con todo ello? Y ahí estoy. Metida en un romance ambientado en esta ciudad y con la tradición de Julieta de fondo.

—¿Pero no pensabas escribir una historia al estilo de Estefanía? De universitarios...

—¿Por qué no puede suceder aquí?

Gaby permanecía en silencio, expectante, escuchando las explicaciones de su amiga y escritora. No podía creer que lo estuviera diciendo en serio. Pero así parecía. Sacudió la cabeza con la boca abierta como si fuera a decir algo, sin embargo, decidió no expresar ni una palabra.

—Por cierto, hay una *trattoria* llamada La sonrisa de Julieta con un balcón al que la gente sube para escenificar su famosa escena —le explicó sonriendo.

—Y tú vas a escenificarla en tu nueva historia —precisó Gabriella entrecerrando sus ojos y frunciendo los labios.

—Sí, ¿por qué no? Dime, ¿no te gustaría que ello sucediera?

Gabriella sacudió la cabeza.

—No.

—Pero eres una incondicional de la novela romántica...

—Sí, no te lo discuto. Me gusta leer ese género.

—Y eres dueña de una de las editoriales de más prestigio del país y especializada en ese género.

—Sí, también es verdad. Me estás poniendo de los nervios porque no sé a dónde quieres ir a parar.

—A que no puedo creerme que no te resulte llamativo el tema de Julieta, el balcón, la escena de su tragedia.

—Que me guste la ficción romántica no significa que crea en lo que esta relata.

—¿Cómo coño puedes decir eso? —preguntó Melina cabreada con su amiga.

—Puedo y lo hago. Es ficción. No existe ese amor. Tú misma estabas destrozada el año pasado porque tu ex se largó a Milán sin decirte ni pío. ¿Te acuerdas de...?

—Me acuerdo.

—Y precisamente fuiste tú la que puso el grito en el cielo y salió de la cama de Marco, como un gato lo hace del agua, cuando él te confesó que se estaba enamorando de ti.

—Cierto, también. ¿Y no fuiste tú la que me dio la chapa con el tema de Marco durante nuestro viaje a Florencia? ¿No eras tú la que me decía que debía darle una oportunidad al amor? —El rostro de Gaby iba cambiando de color a medida que Melina disparaba las preguntas. Y el calor iba *in crescendo* dentro de su cuerpo hasta hacerse visible en su rostro—. Pues aplícatelo con Giorgio de una puta vez, ¿quieres? O te quedarás para vestir santos.

Gabriella se quedó pasmada ante aquellas acusaciones que en parte eran ciertas. Ella había sido la que había atosigado a Melina con respecto a su relación con Marco. La que había insistido en que le diera una oportunidad y

todo eso. Y en ese momento, aquello se volvía en su contra como si de un boomerang se tratara. Era la misma situación que un año atrás, pero con ella como protagonista.

—En serio, Gaby, párate a pensar en lo que de verdad sientes por Giorgio. Y cuando lo hagas, no te pongas excusas y recuerda esta tarde cuando él ha aparecido en el vestíbulo del hotel. Balbuceabas delante de él. Por no decirte que tu mirada te delataba. Piensa en el motivo por el que saliste huyendo de su casa cuando os besasteis. ¿No quieres sentirte así todos los días cuando te bese o cuando te mire?

Por primera vez, Gabriella relajó los hombros, resopló y contempló a su amiga con una media sonrisa cargada de melancolía. Tal vez, después de todo, ella también había estado enamorada de Giorgio desde la facultad, pero no había querido reconocerlo. Se había ocultado detrás de sus estudios y, luego, de su editorial, ¿qué sería lo siguiente?

La cena entre Giorgio y Sandra avanzaba de forma cordial, sin que ninguno de ellos hubiera tocado el tema tabú, por así decirlo. Su pasada relación no había llegado a buen fin. Y todo porque Giorgio ya hacía tiempo que había elegido a su pareja ideal, pero esta seguía sin querer verlo.

—¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo en Verona? —Sandra levantó la mirada de la porción de tiramisú que había en su plato y se centró en la expresión del rostro de Giorgio.

—Por el momento, lo que dure el festival. Luego, ya veré —le respondió sin darle demasiada importancia a ese hecho.

—Sigues igual que siempre, me refiero a que no te atas a un lugar en concreto.

—Tengo mi casa en Bolonia, pero no me importa marcharme a otra ciudad. Ya sabes que he estado en España durante algunos años.

—¿Por qué has vuelto?

—Porque allí no tenía más que hacer, nada más que demostrar, y pensé que

era un buen momento para regresar a casa. Giulio me ofreció un puesto en *Tempesta* y no lo rechacé.

—Sí, pero ahora ya no trabajas para su editorial —matizó Sandra entrecerrando sus ojos como si lo estuviera estudiando. ¿Qué podía hacer para que él se quedara con ella allí, en Verona?

—Bueno, en eso tienes razón.

—¿O tienes algo que no me quieres contar?

Giorgio sonrió.

—Por ahora no hay nada. Aunque estoy barajando algunas posibilidades, como *Essenza de Donna*.

—Apuntas muy alto, ¿no? Lo digo porque tiene a Melina y, ahora, a Estefanía Lambertti, y en ambos casos ha sido la propia Gabriella la que consiguió atarlas. —Sandra arqueó sus cejas en clara alusión a que no iban a necesitarlo. Pero le sorprendió la sonrisa cínica que en ese momento esgrimía Giorgio—. ¿A qué viene esa sonrisa? ¿No me crees?

—Soy consciente del prestigio de Gabriella al frente de su editorial y que ha conseguido situarla entre las punteras del panorama literario. Pero creo que tengo posibilidades. Y aunque tenga a Melina y ahora haya firmado con Estefanía Lambertti, siempre puedo encontrarle más escritoras que pueden alcanzar un nivel óptimo. No me subestimes —le aseguró guiñándole un ojo en complicidad.

—Si tú lo dices... Conozco a Gabriella y sé la clase de mujer que es.

«Yo también», asintió Giorgio en su mente.

—Tampoco es algo que me urja. Puede que le ofrezca mis servicios durante estos días, o tal vez lo deje estar. Por cierto, es algo tarde —le anunció echando un vistazo al reloj—. Mañana hay que madrugar y será un día ajetreado. Debería regresar al hotel.

Sandra tuvo la impresión de que acababan de echarle un cubo de agua helada por encima. Tenía esperanzas de que Giorgio y ella pasaran la noche y disfrutaran de los encantos nocturnos de Verona. Pero a juzgar por el gesto de

él, eso no iba a suceder. Lo vio pagar la cuenta y acompañarla hasta la salida.

—¿Pretendes marcharte tan temprano al hotel? —El tono sugerente de Sandra y su mirada entornada hacia él hicieron que Giorgio cogiera aire y que la mirara con detenimiento. «¿Todavía sigue colgada por mí? ¿Por qué?», se preguntaba Giorgio sin lograr entenderlo.

—Sí, es lo que pretendo. Hemos cenado, he disfrutado de tu compañía, pero es hora de retirarme —le aseguró observando el semblante de ella y como parecía ir cambiando a medida que él se explicaba. No, no iba a invitarla a tomar algo ni nada por el estilo. ¡Joder, sería muy sencillo llevarla a la cama esa misma noche y, luego, ¿qué?! No estaba enamorado de ella. No le haría esa putada porque la respetaba y la quería como amiga. Nada más.

—En ese caso... —Sandra sintió como la decepción se adueñaba de su voluntad y que era incapaz de expresarse. Tan solo un susurro salió de su boca.

—Te veré mañana en el festival —le dijo Giorgio contemplándola apretar los labios en un gesto de disgusto, enfado o desilusión. Pero se dijo a sí mismo que era lo mejor para ambos. Él solo tenía una mujer en mente y no iba a cambiarla después de haberla vuelto a ver. Lo que tenía claro era que intentaría llegar a su corazón en esos días en Verona, antes de decirle adiós para siempre.

Gabriella llevaba despierta un buen rato cuando la luz del amanecer comenzó a filtrarse a través de las cortinas de la habitación. Si era sincera con ella misma, apenas si había podido pegar ojo la pasada noche. Todo lo que estaba sucediendo la estaba trastocando, ¡y de qué manera! La verdad era que a ella no le estaba haciendo ninguna gracia; y menos el que los demás la estuvieran aburriendo todo el santo día con que entre Giorgio y ella existía una química sexual. «¡Pues claro que la hay!», se dijo incorporándose en la cama como un resorte al que hubiera presionado un botón. Se quedó sentada con la respiración agitada y los ojos abiertos como platos del susto que le había

producido semejante conclusión. Se pasó las manos por el pelo como si ese gesto significara algo o la hiciera pensar diferente.

—Joder —murmuró para después mordisquearse el labio con gesto de preocupación o de asombro. No podía negar que, cuando se habían besado en casa de Giorgio, ella no lo rechazó, y no solo eso, sino, que en cierto modo, lo deseó. Había anhelado ese beso para saber si era cierto lo que todos le decían. Solo por eso. ¿O lo había hecho porque en realidad ella también lo había deseado? Pero lo que no esperaba era escucharle decir que se había pasado los cinco años de carrera deseando hacerlo. ¿Cómo había sido posible? Se quedó con la mirada fija en el vacío sin darse cuenta de que Melina la estaba contemplando desde su propia cama.

—¿Qué pasa por tu cabecita a estas horas de la mañana?

—Oh, nada, no... no pensaba en nada... —respondió con un respingo por lo inesperado de la pregunta de Melina. Sacudió la cabeza y se quedó mirándola—. Deberíamos bajar a desayunar. No quiero llegar tarde a la inauguración del festival. Y antes quiero charlar con Estefanía.

—¿Y con Giorgio? —La pregunta de Melina hizo que Gaby se detuviera en mitad de la habitación, camino del cuarto de baño. Se volvió hacia su amiga, con el ceño fruncido y una mirada de incompreensión.

—No tengo nada que hablar con él —le respondió en un tono seco, frío y cortante como el acero. Luego se volvió hacia el baño, donde se encerró para darse una ducha. No tenía ella bastante con mortificarse con Giorgio como para que Melina fuera a tocarle las narices. No, no y no. No iba a permitirselo.

Giorgio caminaba hacia el comedor para desayunar cuando alguien lo tocó en el brazo. Se volvió para encontrarse con Estefanía Lamberti y su risueña sonrisa.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, estaba seguro de que te vería por aquí. Voy a desayunar, si te apetece acompañarme, podemos hablar de cómo te van las cosas —le dijo

haciendo un gesto con la mano hacia el comedor para que ella lo siguiera o no.

—Sí, yo también bajaba a ello. No quiero llegar tarde a la presentación del festival.

Entraron en el comedor y, tras sentarse a una mesa con sus respectivos desayunos, Estefanía se quedó mirando a Giorgio con excesiva curiosidad. En su mente revoloteaba una pregunta a la que llevaba tiempo dándole vueltas desde que había hablado con Gabriella.

—Te hice caso y acepté la oferta de *Essenza de Donna* —le comentó a modo de introducción para lo que quería preguntarle.

—Me alegro de que lo hicieras. Ya te dije que era la mejor opción y que no te arrepentirás.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por la amistad que te une con Gabriella? —Estefanía desvió su mirada hacia la tostada sobre la que untaba mantequilla. Quería parece casual, no forzada ni demasiado interesada en la relación que ambos tuvieran o hubieran tenido en el pasado.

—Conozco a Gabriella desde la facultad —comenzó explicándole a la vez que Estefanía fijaba su atención en él y la mano reposaba sobre el asa de la taza sin saber si debería cogerla o no—. Sé la clase de persona que es. A nivel profesional no he conocido a otra como ella, o podría decir que hay pocas como ella.

—¿Tu jefe en *Tempesta* no lo es? —Estefanía permanecía asombrada, sin capacidad de reacción porque sin duda que aquello no lo esperaba.

—Prefiero no hablar de mi ex jefe. Ya no trabajo para él.

—Entonces... Lo de sugerirme que... —Estefanía se sentía cada vez más sorprendida.

—Te recomendé a Gabriella porque es tu mejor opción. —«Y porque se lo debía, de algún modo».

Estefanía cogió aire y abrió los ojos como platos. Todo aquello comenzaba a superarla. ¿Cuándo había conocido a alguien que le hiciera el trabajo a la competencia?

—Gabriella lo sabe. Que tú me recomendaste que aceptara su propuesta editorial.

Giorgio apretó los labios y se limitó a asentir. Él también lo sabía. Pero no iba a contárselo a Estefanía. No quería darle más detalles de los necesarios. En ese momento contempló a Gaby entrar en el comedor, acompañada de Melina. Por un instante, sus miradas se cruzaron. Giorgio se limitó a asentir a modo de saludo, pero Estefanía fue más allá al llamar la atención de Gabriella con la mano.

—Podéis sentaros aquí.

Giorgio aguantó la sonrisa de manera estoica, Melina no podía creer lo que estaba sucediendo y miraba a Gaby esperando su reacción. Y esta, por su parte, se encontraba en la disyuntiva de largarse a otra mesa, cosa que parecería de mal educación, o bien aceptar la invitación de Estefanía y compartir la mesa con ella y con Giorgio. Lo cierto era que no quería empezar con mal pie con su reciente fichaje, de manera que cogió aire y, con la mejor de sus sonrisas, caminó con decisión hacia la mesa bajo la atenta mirada de Giorgio.

Cuando este la vio acercarse tuvo la sensación de que el desayuno que acababa de tomar le había bajado a los pies porque sentía un repentino vacío en el estómago.

—A Giorgio ya lo conoces —dijo Estefanía cuando Gabriella se acercó a la mesa.

—Sí, le estaba contando a Estefanía que fuimos compañeros en la facultad —anunció él manteniendo su atención fija en Gaby, quien se limitó a asentir.

—Así es. Si me disculpáis, voy por un café y algo para desayunar. Se hace tarde.

Ni Giorgio ni Estefanía dijeron nada más. Pero Gabriella sí lo hizo en cuanto se alejó de la mesa en compañía de Melina.

—¿Por qué?

—Perdona, ¿a qué te refieres? ¿A encontrarte con Giorgio?

—Es una casualidad que baje a desayunar y me lo encuentre charlando con Estefanía.

—Bueno, es algo normal, ¿no? Se conocen de la feria del libro de Bolonia. Y parece que entre ambos hay buena sintonía.

—Ya.

—Deberías calmarte. Estamos en un festival de novela. Disfruta de estos días... Si eres capaz —le apuntó ahogando su sonrisa irónica mientras Gabriella la fulminaba con la mirada.

—No quiero que hagas más comentarios ni alusiones a Giorgio, o te rechazaré tu próxima novela.

Melina sonrió primero, luego estalló en carcajadas, lo que enervó a Gabriella.

—Vale, lo que tú digas.

Volvieron a la mesa, pero, para alivio de Gabriella, Giorgio no le prestó demasiada atención, ya que estaba enfrascado en la conversación con Estefanía. Eso le dio opción a estudiarlo y fijarse en que esa mañana no se había afeitado, pero ese aspecto no le restaba ni un solo ápice de su atractivo. Gabriella se mordisqueó el labio observándolo charlar con Estefanía, hasta que volvió la atención a ella. Fue entonces cuando la mano de Gabriella casi dejó caer la tostada que sostenía. Consiguió rehacerse y controlar la situación. Melina, que no perdía detalle, se mordió los carrillos ahogando su risa por ese hecho. «Y luego dice que no siente nada por Giorgio y no sé qué más gilipolleces», pensó.

—Melina, he visto que no vas a intervenir en ningún panel. ¿Por qué? —la pregunta la hizo Estefanía, interesada en saber de la escritora que admiraba. Le había resultado raro que su nombre no figurara entre las ponentes del festival dada su categoría.

Giorgio procuraba no ser descarado mirando a Gabriella, pero debía reconocer que le resultaba complicado al tenerla sentada justo en frente. Ella, por su parte, le lanzaba alguna que otra mirada, pero que se debían al hecho de

que su atención fuera de Melina a Estefanía que porque en verdad estuviera interesada en él.

—Sí, es verdad. No voy a intervenir.

—No será porque no se lo dije —apuntó Gabriella mirando a su amiga y escritora superventas—. Pero se cerró en banda.

—No tengo nada nuevo que contar a mis lectoras —dijo Melina sin mucho interés.

—Pero acabas de sacar novela...

—Y está inmersa en la creación de otra —intervino Gaby con una sonrisa irónica, haciendo ver a Estefanía que su admirada Melina era algo desinteresada en cuanto a sus lectoras.

—¿Y de qué trata? —El entusiasmo que mostraba Estefanía contrastaba un poco con la dejadez de Melina. Y todo ello sucedía bajo la atenta mirada de Giorgio, quien escuchaba con atención.

Melina lanzó una mirada traidora a su amiga.

—Histórica. Esta vez, me he decantado por un romance ambientado en esta ciudad, te lo digo antes de que me lo preguntes.

—Pensaba que me habías dicho que era *New Adult* —le corrigió Gabriela recordando su conversación de la tarde anterior en la casa de Julieta.

—¿Te dije eso? No, bueno, en realidad estoy con una histórica —rectificó mirando a Gabriela—. Las historias de universitarios se las dejamos a Estefanía.

—Vaya, a mí la trama histórica me atrae, pero no veo capaz de escribir nada por ahora.

—Lo tuyo es la *New Adult* —apuntó Melina—. Que, por cierto, se te da genial.

—¿Has leído mi novela? —Había un toque de incertidumbre y nerviosismo en la pregunta de Estefanía al enterarse de que una de las escritoras a las que admiraba hubiera leído su historia.

—Claro. Sentía curiosidad por saber cómo escribías, y debo decirte que me

has sorprendido de manera grata. No solo me gusta conocer en persona a mis compañeras escritoras, también su manera de escribir.

El gesto de incredulidad se acentuó en el rostro de Estefanía, quien contemplaba a Melina no solo con admiración sino también con un toque de orgullo porque esta le hubiera dicho aquello. Mantuvo los ojos abiertos como platos, al igual que la boca, ajena a las sonrisas de los demás.

—Creo que deberíamos ir yendo hacia el salón donde tendrá lugar el festival —anunció Gabriella, rompiendo el momento mágico en el que Estefanía se encontraba.

Giorgio la contempló levantarse de la mesa y, por un breve instante, sus miradas volvieron a cruzarse. Gabriella arqueó sus cejas a modo de despedida antes de volverse hacia la puerta del comedor.

—¿Tú no vienes? —la pregunta de Estefanía dejó pensativo a Giorgio. Este, por su parte, seguía observando a Gabriella.

—No tengo prisa. Ir yendo. Seguro que más tarde entraré.

Giorgio prefería permanecer un rato a solas. No pretendía atosigar a Gabriella, bajo ningún concepto. Se limitaría a escuchar las diversas opiniones de los asistentes y a intercambiar opiniones con la gente que conocía. Cuando se quedó solo en la mesa, sonrió al recordar las miradas de Gaby, como la llamaba cariñosamente, ciertos gestos que denotaban nerviosismo ante su presencia. ¡Maldita fuera, ¿por qué era tan terca?! Entre ellos había química. Se habían besado y, de no ser porque ella había salido huyendo en el último momento, Giorgio estaba seguro de que habrían terminado acostándose. La había sentido entregarse en aquel beso; rendirse ante la maldita evidencia, pero ¿qué faltaba para que aceptara la realidad existente entre ellos? Giorgio suspiró resignado, con la mirada fija en su taza de café vacía, como si estuviera leyendo los posos. De repente, se irguió, se levantó de la mesa y salió del comedor para asistir a la inauguración del festival sin esperar que sucediera nada fuera de lo normal.

Capítulo 10

El salón estaba bastante concurrido cuando Gabriella, Melina y Estefanía entraron. Gabriella había conseguido sacudirse los nervios que la presencia de Giorgio le había provocado. Cogió aire y esbozó la mejor de sus sonrisas para saludar a Sandra.

—Vaya entrada, Gaby, escoltada por tus dos grandes estrellas —le dijo lanzando una mirada a Melina y Estefanía.

—¿Cómo estás? Aquí están mi escritora estrella y la que dentro de poco lo será —dijo haciendo alusión a Estefanía, quien en ese instante sentía su ego por las nubes y sin haber hecho nada todavía con la editorial.

—Celebro veros a las tres. Enhorabuena por ese contrato firmado con *Essenza de Donna*, Estefanía —comentó Sandra refiriéndose a esta.

—Gracias.

—Y a ti, Melina, ¿por qué tanto tiempo alejada de la escritura?

—Ya ves... Una, que no se siente inspirada. Eso es todo. Pero prometo dar guerra pronto —aseguró lanzando una mirada a Gabriella antes de que esta dijera algo más, como había sucedido durante el desayuno.

—Celebro escuchar eso. Bueno, pasad a recoged vuestras acreditaciones. No os entretengo más.

—¿A qué ha venido ese tono para explicarle a Sandra que estabas trabajando en otra historia?

—¿Tono? No sé a qué te refieres, la verdad. Y si lo he dicho ha sido porque

estaba segura de que Sandra querría saberlo. Nada más. ¿Recogemos nuestras acreditaciones y buscamos sitio?

En el momento en el que Melina se acercó a la mesa para recoger la suya, Estefanía pudo comprobar hasta qué punto llegaba el reconocimiento de esta. No había dado dos pasos cuando varias de las asistentes al evento se acercaron a ella para pedirle autógrafos, hacerse fotos y comentarle demás entresijos de sus novelas.

—Vete preparando porque... —Gabriella se dirigió a Estefanía, pero no pudo concluir su explicación porque la joven también estaba rodeada de varias chicas. Sacudió la cabeza y caminó para recoger su acreditación y dejar a las dos escritoras en compañía de sus lectoras.

Después de saludar a varias conocidas del ámbito literario, se volvió de manera inusitada hacia la puerta y pareció buscar a alguien con su mirada. ¿A quién?

—Tengo que darte la enhorabuena. —Una voz masculina captó su atención y la hizo volverse.

Gabriella no se había preparado para ese momento, más preocupada por Giorgio. Giulio, editor de *Tempesta* le tendía la mano al tiempo que le sonreía.

—Gracias.

—Debo decirte que, en parte, me ha sorprendido.

—Sí, a mí también. —«Si supieras cuánto».

—¿De verdad?

—Consideraba que Estefanía se decantaría por una editorial como la tuya, con más años de experiencia —lo alabó Gabriella, que sabía que así era. No estaba segura de haber conseguido que Estefanía aceptara su oferta de no ser por la jugada de Giorgio. En ese caso, debería darle las gracias, aunque no lo había hecho ante él. Todo lo contrario. Le había echado en cara su comportamiento. Como si la considerara incapaz de lograrlo.

—Gracias por tus palabras, pero ya da igual. De todas maneras, no sé que coño me está pasando —le comentó con cierto tono de lamento.

—¿Por qué? ¿Algún contratiempo más? Oye, que seamos rivales en el sentido del trabajo y que cada uno defienda lo suyo no quita para que dejemos la amistad a un lado —le confesó entornando la mirada hacia el rostro de Giulio, que reflejaba cierto pesar.

—Lo sé, lo sé. Pero no creo que puedas hacer nada para revertir esta situación. Fíjate que, después de enterarme de que Estefanía había aceptado tu oferta de publicación, Giorgio presentó su renuncia a seguir trabajando para mí. Espero verlo por aquí y tratar de convencerlo de que no se marche a España y pueda seguir...

—Un momento. ¿Has dicho que se marcha a España? —Ella le hizo la pregunta conociendo la respuesta, ya que Giorgio le había comentado algo de eso estando en su piso. Pero no pensó que lo dijera en serio, sino, más bien, como un arrebato de ira porque ella no estuviera dispuesta a intentarlo con él después de haberse besado. No creía que lo dijera en serio.

—Eso me comentó. Y ya sabes cómo es. Tú compartiste cinco años en la facultad con él...

—Sí, pero...

—Bueno, dejemos a Giorgio a un lado y centrémonos en el festival. Es la hora.

Gabriella se limitó a sonreír de manera tímida y asintió sin poder dejar de pensar en que Giorgio hablaba en serio con lo de marcharse. ¿Por qué iba a decir una cosa y hacer lo contrario? ¿Y a ella qué más le daba? Le había dejado claro que no pretendía tener nada con él. Que la editorial lo era todo para ella. Pero al verlo aparecer en el umbral de la puerta del salón saludando a unas y a otras; intercambiando palabras; sonriendo y dando besos a diestro y siniestro, mostrándose tan encantador como ella siempre lo había recordado, tuvo la impresión de que se estaba perdiendo algo.

—Vaya, vaya, por fin estás aquí —le dijo Sandra al verlo aparecer—. Pensaba que te lo habías pensado mejor y que no vendrías.

—Eso nunca, ya te lo dije.

—Bueno, espero que disfrutes del festival. Recoge tu acreditación —le pidió señalando la mesa por la que tenía que pasar.

Giorgio se despidió de Sandra y caminó en busca de su acreditación, consciente de que Gabriela estaba allí cerca, observándolo por encima del hombro de la persona con la que estaba charlando. Sonrió de manera tímida antes de dirigirse a las dos mujeres encargadas de entregar las acreditaciones.

Gabriella no entendía por qué no podía dejar de mirarlo. Giorgio centró su atención en la acreditación antes de levantar la mirada de esta y fijarse en ella. Se había quedado sola delante de él, como si buscara a alguien. No podía evitar desearla ni tampoco quería dejar de hacerlo. ¿Podría llegar el día en el que se alejaría de ella de una manera definitiva?

—¿Sabes que tu querido Giulio anda por aquí?

—Soy consciente de ello.

—Se ha acercado para felicitarme por mi reciente logro —Gabriella empleó un tono cargado de ironía para referirse a la jugada que Giorgio había llevado a cabo.

—Entiendo. No tiene por qué saber lo sucedido. Hice lo que me pareció más justo, ya te lo dije —la miró de manera fija e intensa a los ojos para no perder detalle de su reacción.

Gabriella hizo esfuerzos para deslizar el nudo en su garganta.

—No voy a decírselo, como puedes suponer. También me ha comentado que has dejado de trabajar para *Tempesta*.

—Eso también lo sabías. Y que puedes contar con mis servicios, bueno, la editorial, si así lo deseas. No soy caro. —Giorgio esbozó una sonrisa que derritió un poco más la capa de hielo bajo la que Gabriella escondía su corazón.

—No creo que...

—Sí, sí. Ya sé lo que vas a decirme. Pero tenía que insistir en ello.

—¿Por qué tanto interés en mí? Durante cinco años no diste ninguna prueba

de ello.

—Durante cinco años permanecí a tu lado enamorándome poco a poco, Gaby. Pero tú... ¿Qué se suponía que debía decirte o hacer cuando percibía que no tenías interés en mí? ¿Quieres que te cuente cómo me sentía cuando me contabas las putadas que te hacían los tíos con los que salías?

—Podrías haber...

—Podría haber hecho muchas cosas, sí. Entre ellas, contarte lo que sentía por ti. Bueno, pues ya lo he hecho, Gaby. Después de siete años, te lo he dicho.

—Este no es el lugar para hablar de nosotros. Ni tampoco es el momento, Giorgio. —Por primera vez, Gabriella se había referido a Giorgio y a ella con un «nosotros», lo cual no dejaba de ser llamativo.

—Estoy de acuerdo. En otro momento y en otro lugar. ¿Tal vez después de que termine la jornada de hoy? —Giorgio arqueó sus cejas en señal de expectación y de, por qué no, esperanza. La contempló mordisquearse el labio, como si dudara. Y no se lo discutía, pero todo era más claro en ese instante para él. ¿Lo sería para ella?

—Sí, después de terminar aquí podemos quedar.

—Te tomo la palabra. Además, te debo una invitación.

Gabriella sonrió ante su insistencia. Asintió y, tras apretar con cariño su mano y mirarlo con ternura, se alejó de él con el calor en el su pecho.

Giorgio la vio irse para ocupar asiento junto a Melina y Estefanía. ¿Qué sentía Gaby por él? Porque si se aferraba al beso que habían compartido en su apartamento...

—Vaya, mira a quién tenemos aquí.

—Giulio.

—¿A ver, explícame eso de que lo dejas? —le susurró para no molestar al resto de asistentes.

—No hay nada que explicar. Todo está muy claro.

—¿Y qué cojones haces aquí? Si no piensas seguir con la captación de

nuevos talentos...

—Cumplir con mis compromisos. Te dejo. —Giorgio se alejó de Giulio y buscó un asiento libre para escuchar a Sandra hacer la introducción al festival. No obstante, su cabeza estaba en otra parte. Oía a su amiga y ex pareja, pero su mirada estaba fija en Gabriella, sentada algunas filas por delante de él. Cinco años siendo compañeros en la facultad y ella nunca se dio cuenta de lo que él sentía, por favor. ¿Cómo había sido posible? ¿Tan malo era para hacerle ver a una chica que le gustaba? Sin duda que su declaración había sido directa y sin rodeos. Y estaba dispuesto a aclararle a Gabriella todas las dudas que le surgieran.

Su atención en ella aumentó cuando, a medida que avanzaba el festival y caía la tarde, llegó el turno de las editoras. Gabriella se levantó de su asiento entre las asistentes, para caminar hacia la mesa de ponentes junto con algunos colegas de profesión, entre ellos, Giulio. Y cuando se sentó y sus miradas se encontraron, Giorgio percibió el sonrojo en el rostro de ella y una leve sonrisa antes de apartar su atención de él y charlar con la colega de su lado. Giorgio también sonrió. Dios, aquella mujer tenía el corazón más helado que los propios Alpes en invierno, y que le costaría conseguir que se deshelara.

La escuchó hablar de manera retraída en un primer momento, tal vez porque Gabriella era consciente de que él la miraba con atención. Por ese motivo, pareció balbucear en un par de ocasiones, sonrió e hizo alguna broma con sus colegas allí sentados.

—¿Qué avances puedes darnos para el segundo semestre del año, teniendo en cuenta que la nueva promesa de la ficción romántica para jóvenes ha firmado con tu editorial?

Giorgio percibió la sonrisa pícaro de Sandra, pero también de Gabriella ante esa pregunta. La vio revolverse en el asiento, cruzar las manos sobre la mesa y levantar por un breve instante su atención hacia él. Una fracción de segundo en la que Giorgio tuvo la impresión de que los ojos de Gabriella lo contemplaban con calidez y agradecimiento.

—Sí, que nos diga cómo lo ha hecho —señaló Giulio entre risas y un toque irónico mirando a Gabriella.

—Lo que puedo avanzaros es que estamos funcionando a pleno rendimiento. Y que pronto tendremos noticias sobre lo nuevo de Melina —anunció buscando con su mirada a esta entre los asistentes, algo que la mujer no agradeció—. Y que también esperamos daros noticias sobre cuándo verá la luz la novela de Estefanía Lambertti.

—¿No crees que es una apuesta arriesgada, lo de Estefanía? —Sandra entrecerró los ojos concentrando toda su atención en Gabriella. Había un toque de suspicacia en su pregunta.

Gabriella cogió aire y sacudió la cabeza. Giorgio la contempló mantenerse firme ante aquella pregunta que representaba todo un reto.

—Apostar por Estefanía Lambertti es un reto, pero igual que el día que apostamos por otras escritoras. Estamos convencidos de que será un éxito y, además, esperamos que ella quiera publicar muchas más con nosotros. Estamos muy ilusionados con esta nueva aventura.

—Y ahora dinos cómo has conseguido que firmara contigo. —Giulio volvió a insistir en ese asunto, ya que quería saberlo. Sin duda que estaba algo molesto porque Estefanía se hubiera decantado por *Essenza de Donna*. ¿Lo habría hecho porque su editora era una mujer y le daba más confianza? Eso era lo que se había llegado a cuestionar. ¿Cómo era posible que Giorgio no la hubiera logrado convencer cuando era un reputado caza talentos?

Gabriella sonrió de manera descarada hasta que estalló en una cascada de carcajadas.

—Yo no hice nada. Solo me senté con ella a tomar un café y a exponerle mi oferta. Nada más. —«Y así ha sido», se dijo de inmediato al tiempo que lanzaba una rápida mirada hacia el público para encontrar la atenta y llena de complicidad de Giorgio. «Él ha sido el causante de aquella situación», pensó Gabriella.

—Pues déjame decirte que tienes labia porque te llevaste el gato al agua —

señaló un Giulio entre la ironía, la diversión y el cabreo por no haber conseguido a Estefanía.

—Tal vez haya sido eso.

—¿Cómo ves el panorama actual de la novela romántica?

Gabriella frunció los labios y adoptó un gesto pensativo antes de responder.

—Sin duda que favorable a nuestros intereses. Las lectoras demandan ese género en gran medida. Solo tienes que dar una vuelta por las librerías o los grandes centros comerciales para fijarte que el género cuenta con varios estantes llenos de libros. Por no hacer referencia a los *e-books*. Otro dato a tener en cuenta es la gran afluencia de gente que ha acudido a la pasada feria del libro de Bolonia en busca de autoras dentro de este género —recordó Gabriella haciendo memoria de las colas que había creado la presencia de Melina en su stand.

Giorgio asintió sin dejar de centrarse en ella. Una mujer de éxito que sabía lo que quería y lo que no.

—Ahora apostáis por el género para lectores más jóvenes al lanzar a Estefanía, os abris a la *New Adult*, ¿hay algún género más al que no le cerráis las puertas?

—No se lo cerramos a ninguno en particular. Lo único que buscamos es una historia que se ajuste a nuestros parámetros de lectura. Después será el público el que la juzgue con sus ventas y sus opiniones. No tiene que gustarle a todos los lectores, claro está.

—Tenéis a Melina escribiendo histórica y contemporánea; Bettina, el suspense romántico, y algunas autoras más nadando entre varios géneros...

—Por eso digo que no nos cerramos a ninguno siempre y cuando la historia tenga coherencia.

Sandra se volvió hacia los asistentes en ese momento.

—Chicas, acabáis de escuchar a Gabriella, si alguna tiene un manuscrito oculto en un cajón desde hace años, ahora es el momento para sacarlo, echarle un vistazo y enviarlo. ¿Quién sabe? Podéis ser la siguiente después de Melina

y Estefanía.

Giorgio sonrió. Se levantó de su asiento cuando escuchó a Sandra despedirse de Gabriella, agradeciéndole su presencia allí. Se tomaría su tiempo para un café.

Gabriella se fijó en él caminando hacia la puerta del salón y desaparecer tras esta. Por un instante, sintió deseos de levantarse de la mesa e ir tras él. La idea de que se marchara a España no parecía hacerle mucha gracia. Pero, si le había dejado claro que no quería una relación porque la editorial lo era todo para ella, ¿por qué no podía sacárselo de la cabeza? Él le había asegurado que no había nada en Bolonia que lo retuviera. Gabriella desechó sus pensamientos en torno a él y se centró en los comentarios de sus colegas de panel. Giulio exponía en ese momento las próximas publicaciones de la editorial.

—Y eso que acabo de quedarme sin mi más valioso efectivo, cuidado —matizó en un momento de la exposición refiriéndose a Giorgio, artífice de muchos de los éxitos de la editorial.

Gabriella se había informado al respecto de Giorgio y de su relación con *Tempesta* en una primera etapa antes de marcharse a España. Y, luego, con su vuelta a Italia. Ella no podía pasar por alto los aciertos a la hora de seleccionar a aquellos escritores en potencia, que a la postre habían resultado ser un éxito para la editorial de Giulio. Y, de repente, ella y él se habían vuelto a encontrar después de años y él le entregaba a Estefanía Lambertti, a sabiendas de que Giulio también andaba tras ella para que firmara con *Tempesta*. ¿Qué habría sucedido si él no hubiera intervenido de aquella manera tan directa? ¿Habría conseguido a Estefanía para la editorial? «Eso ya no podré saberlo», se dijo centrando su atención en las conversaciones que había en la mesa. Le había echado una mano porque estaba enamorado de ella desde la facultad, y eso era algo que Gabriella no podía sacarse así como así.

Horas más tarde, cuando la jornada de ese día hubo concluido, Gabriella se reunió con Melina para intercambiar sus opiniones al respecto de lo que había

sido esa primera jornada.

—¿Por qué narices les has dicho que esperas sacar mi nueva novela este año? Si no llevo ni la mitad...

—Pues ya puedes irte aplicando a esta de la misma manera que haces con Marco —le rebatió formando un arco con sus cejas.

—La que deberías aplicarte con Giorgio eres tú si no quieres dejar escapar ese tren —le advirtió muy en serio.

Gabriella resopló.

—Lo de Giorgio...

—Es algo que deberías aclarar con él. La verdad es que no creo que haya mucho, pero... Tal vez un paseo por Verona y una visita a la casa de Julieta te abran los ojos de una vez.

—No seas ridícula, Melina. ¿La casa de Julieta? ¿Acaso crees esa tradición? Es algo reservado a los turistas que vienen a la ciudad. Y yo he venido a trabajar, por si lo habías olvidado —le recordó con ironía.

Melina se detuvo frente a su amiga, a la que contempló con rabia.

—Siempre es el trabajo. La misma excusa eternamente. Gaby, la editorial va viento en popa. Tienes beneficios. Las novelas que editas tienen éxito, no creo que vaya a cambiar la dinámica porque lo intentes con Giorgio. Es más, creo que podría beneficiarte.

—No me digas.

—Giorgio es muy bueno en su trabajo. *Tempesta* ha cosechado éxitos gracias a él. Tiene un instinto para elegir aquellas historias que triunfarán.

—No te lo discuto.

—Y ahora está sin trabajo después de despedirse de *Tempesta* y ofrecerte a Estefanía. Yo que tú...

—¿Qué? Vamos, dílo. Estás deseándolo. Quieres que le ofrezca un puesto a Giorgio en la editorial —resumió Gabriella cabreada por el comportamiento de Melina, pero más, si cabía, con ella misma porque esa idea ya se le había ocurrido. Y no le había hecho ni pizca de gracia pensar en tenerlo tan cerca.

—Allá tú. Voy a saludar a unas compañeras. Nos vemos.

Gabriella se quedó con la palabra en la boca cuando Melina la dejó plantada en el vestíbulo del hotel. Gabriella sacudió la cabeza, ¿qué demonios le sucedía? ¿Es que todos se habían puesto de acuerdo para tocarle las narices con el asunto de Giorgio o qué? «Ni en la hora que hemos vuelto a vernos», se dijo furiosa, abandonando el hall del hotel no fuera a ser que se lo encontrara de nuevo. Necesitaba aire, salir de allí, recomponerse y asentar la infinidad de ideas de trabajo y personales que había invadido su mente a lo largo de ese día.

Caminó como alma que persiguiera el diablo, por la Piazza Bra, con el anfiteatro como vigilante y mudo espectador de su huída. El sol de la tarde comenzaba a ocultarse detrás del monumento, tiñendo el cielo de tonos anaranjados, rojos y azules. Era el momento en el que el atardecer y la noche comenzaban a fusionarse para dar lugar a una imagen pictórica rica en matices. Gabriella suspiró, detenida en mitad de la plaza. Varios viandantes tuvieron que esquivarla, otros se quedaron mirándola con curiosidad hasta que ella misma reemprendió su lento caminar. No tenía una idea muy clara de hacia dónde se dirigía; solo sabía que necesitaba huir, escapar del hotel y de las continuas alusiones a Giorgio.

Melina se encontró con Giorgio y le confesó que estaba algo confusa con lo de ellos, lo que lo sorprendió.

—Está hecha un lío desde que la besaste.

—¿Qué? ¿Te contó...? —Giorgio estaba tan extrañado que no fue capaz de terminar su pregunta, y más cuando contempló a Melina asentir con una sonrisa bailando en sus labios.

—No estoy segura de lo que piensa al respecto de todo esto que está pasando. Ni tampoco sé si siente algo por ti, pero que dejara que la besaras ya es algo, ¿no crees?

—Llevaba demasiado tiempo aguardando ese momento —le confesó Giorgio con una risa nerviosa.

—Ya, no entiendo cómo has podido aguantar, la verdad.

—Porque, en el fondo, ella no tenía ningún interés en mí. O, al menos, nunca lo demostró.

—Deja que te diga que creo que ambos preferisteis salvaguardar vuestra amistad antes que arriesgaros a dar un paso más. Tú eras su compañero, su amigo y su paño de lágrimas. La verdad, no sé cómo podías soportar que Gaby te fuera con el cuento de sus estrepitosos fracasos sentimentales. —Melina arqueó las cejas y puso los ojos como platos con solo pensar en esas situaciones.

—Ese tema ahora me importa muy poco. En este momento...

—Quieres demostrarle a Gaby que lo tuyo va en serio —asintió una Melina sonriente.

—No tengo la menor idea de qué hacer. Se lo he dicho, pero ella no parece dispuesta a intentarlo. Si no lo consigo en estos días durante el festival de novela, me marcharé y la dejaré para siempre.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Melina con una extraña sensación de temor invadiendo su cuerpo.

—No voy a ir tras ella toda mi vida, Melina. —Giorgio se encogió de hombros antes de proseguir. No había vuelta atrás a ese respecto. Lo había meditado a conciencia y creía que era lo mejor—. No puedo permanecer en la misma ciudad que ella y encontrármela sabiendo lo que siento por Gaby.

—No me lo puedo creer. Si llevas enamorado de ella desde primero de carrera, por favor. ¿Cómo coño puedes tirar la toalla después de siete años? Mira, yo que tú, saldría en su busca en vez de estar hablando conmigo y compadeciéndote. La he visto salir del hotel y caminar hacia la Piazza Bra. Deberías tratar de encontrarla y aclararlo todo de una maldita vez.

—¿Se ha ido? ¿Por qué?

—Te lo acabo de decir. Ve en su busca. De verdad que lo vuestro me serviría de argumento para una de mis novelas. Lo juro. —Melina sonrió poniendo los ojos en blanco.

—Sin duda. Ah, quiero mi parte si se convierte en un *best seller* —le pidió guiñándole un ojo en confianza.

—Para ello tendrá que haber un final feliz. Así que ya puedes aplicarte.

Melina lo vio alejarse con paso rápido en busca de su amiga. De verdad que no la podía entender. ¡Pero si ella sentía lo mismo que él! ¿Por qué Gabriela era tan reacia al amor?

—¿Ese no era Giorgio? —La voz de Estefanía captó la atención de Melina, quien volvió el rostro hacia la joven escritora.

—El mismo que viste y calza.

—¿Va en busca de Gabriella? —Había un toque de curiosidad que Melina no pasó por alto.

—¿Por qué dices eso? ¿Qué sabes tú de esos dos?

Estefanía sonrió.

—Solo que él está loco por ella. Decirme que firmara con la editorial de Gabriella en vez de para la que él trabajaba...

—Sí, no me cabe la menor duda. Está loco y en su locura puede que vaya a cometer la mayor estupidez de su vida si al final se marcha de Bolonia.

Gabriella dio la vuelta al Arena para evitar las calles más concurridas y, cuando quiso darse cuenta, sus pasos la llevaron ante la misma casa de Julieta. Se detuvo delante de las puertas todavía abiertas pese a que estaba anocheciendo. Leyó el horario de apertura y cierre como si en verdad estuviera interesada en visitarla. La curiosidad la empujó de manera leve, suave pero firme, y en dos pasos se encontró dentro de la misma casa avanzando hacia el patio desde el que la estatua de Julieta la contemplaba. Gaby sintió una extraña sensación cuando se quedó frente a esta, sacudiendo la cabeza sin poder creer que estuviera allí. No es que no quisiera ir, era que la consideraba una mera atracción para los turistas en Verona. Sonrió y se volvió hacia la pared adornada con toda clase de mensajes, flores y demás ofrendas. El silencio que imperaba en el patio la tranquilizó, ya que apenas si se escuchaba a la gente que restaba por salir. Cerró los ojos e inspiró hondo un

par de ocasiones. Sin pretenderlo, sus pensamientos volvieron a Giorgio y a aquella locura en la que la había sumido la presencia de él. ¿Por qué había tendido que aparecer en ese justo momento? ¿Por qué la había besado y le había confesado lo que sentía por ella? «Ha esperado tantos años para dármelo», pensó mordisqueándose el labio para ahogar su sonrisa. Lo cierto era que le hacía gracia y le parecía cómico en él. Nunca pensó que Giorgio estuviera sintiendo aquello por ella. ¿Por qué no lo había visto? ¿Tan cegada estaba con sus estudios? Pero ¿cómo había podido soportar que ella saliera con otros chicos? ¿Por qué no se había apartado de ella? ¿Por qué narices no la había mandado a paseo?

Gabriella inspiró hondo pensando en aquellos días en la facultad, sin poder llegar a creerlo todavía. Pero ¿qué era el amor sino una especie de locura para la que nadie había encontrado un remedio?

Giorgio la encontró en el único sitio en el que no esperaba hacerlo. Pero allí estaba cual aparición. La observó llevarse el pulgar a los labios con gesto dubitativo, fruncir el ceño y mover su cabeza en señal de rechazo. Giorgio se cruzó de brazos, sin acercarse lo más mínimo. Quiso detener el tiempo para quedarse siempre allí, con ella. Y cuando Gabriella se volvió para marcharse y lo vio, Giorgio supo que, por mucho que le dijera que se marcharía de vuelta a España, no podría hacerlo. No si ella lo miraba de aquella manera. Una mezcla de curiosidad, sorpresa y ternura se mezclaron en aquel par de ojos relucientes.

Gabriella no esperaba encontrárselo allí. Y menos que ella lo considerara tan atractivo. Tal vez fuera el influjo del lugar o que ella estaba demasiado sensible y receptiva a esos sentimientos. Pero fuera lo que fuera, Gabriella sintió un vacío en el estómago semejante a la sensación de adentrarse en el mar con el agua fría. No sabía si caminar hacia él o dejar que él lo hiciera hacia ella. Y como si ambos se pusieran de acuerdo, se encontraron de repente a escasos centímetros, mirándose como dos completos desconocidos. Gabriella se humedeció los labios, nerviosa por encontrarse de nuevo frente a

Giorgio. ¿Es que nunca iba a poder comportarse como alguien normal? ¿Alguien al que la presencia de otra persona no le elevara el pulso de manera exagerada, o que de pronto sintiera la necesidad de salir huyendo?

—¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido? —le preguntó entrecerrando sus ojos en un gesto de intimidación que no le valió de mucho cuando él sonrió divertido ante aquella pregunta.

—¿Por qué habría de hacerlo? Tengo derecho a visitar la casa de Julieta como cualquier otro visitante de la ciudad. Y no creo que este fuera el lugar preciso en el que te encontraría. Soy yo el sorprendido al verte aquí.

—Pues no entiendo por qué —le rebatió con un tono jocoso y chispeante para buscar provocarlo.

—Porque a estas horas se suponía que estarías con el resto de colegas editores, o con algunas escritoras. Pero, en cambio, te has escapado al lugar más emblemático de la ciudad —le susurró acercándose más a ella, hasta que sintió su respiración agitada y su mirada brillar en demasía.

—También tengo derecho a visitar la ciudad y sus lugares más representativos, como tú dices —le lanzó mientras Giorgio asentía—. ¿Vas a solicitar el favor de Julieta?

La pregunta descolocó por un instante a Giorgio. Frunció el ceño y contempló con detenimiento a Gabriella, quien parecía estar esperando una respuesta.

—No, no creo que ella pudiera hacer más de lo que he hecho yo, ¿no crees?

Giorgio estaba demasiado cerca, para gusto de Gabriella, pero, por otra parte, ella no había dado un paso atrás. Ni había hecho la intención de apartarse para dejarlo solo. Aquella confesión por parte de él la sacudió de los pies a la cabeza.

—Yo...

—Tranquila, no voy a insistir. Me has dejado claro dos cosas, Gaby. Que sientes algo por mí, pero no es lo suficientemente fuerte como para dar el siguiente paso. Y no te lo estoy echando en cara. Solo que así es como yo lo

veo. No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión. Si dejarle una nota a Julieta valiera de algo, no dudes de que lo haría. Y no una, sino un cuaderno entero. Me besaste en mi apartamento, y eso nadie podrá discutirlo —la explicación la dejó sin palabras dándose perfecta cuenta de que Giorgio tenía razón.

—Cierto, te besé porque... —Gabriella cerró los ojos sacudiendo la cabeza como si pretendiera desechar aquella locura. Sintió la mano de él deslizarse bajo su mentón para alzarle el rostro y que la mirara.

—Porque sientes algo parecido a lo que yo. Y te sientes tan confusa que no sabes si estás haciendo lo correcto. Pero solo lo sabrás si lo intentas a mi lado.

—Siete años son muchos para darme un beso —bromeó ella con una sonrisa irónica, sintiéndose más relajada por momentos.

—Tal vez, pero mereció la pena, Gaby —le susurró sobre sus labios antes de rozarlos de manera lenta y suave y apoderarse de ellos sin ningún reparo.

Gabriella se encontró, de repente, prisionera del abrazo de Giorgio. Sin pensarlo si quiera, correspondió de nuevo a su beso. Emitió un gemido de placer cuando sintió la lengua de él adentrarse en su boca en busca de su compañera.

Giorgio la estrechó con seguridad, con fuerza y con ternura. Quería sentirla lo más cerca posible de él. Que sus respiraciones se confundieran. No se sintió satisfecho después de besarla. Ansiaba más de ella. Enmarcó su rostro entre las manos, apartándole algunos mechones con los pulgares, y sonrió al contemplar el brillo de su mirada.

Gabriella creía estar flotando en ese momento. No era real. No podía ser lo que sentía en ese preciso instante. Contemplar su reflejo en los ojos de Giorgio le provocó un escalofrío que no supo controlar. Deslizó la opresión en su garganta, que le impedía hablar a pesar de que en su mente se repetían una y otra vez las mismas palabras.

—¿Por qué lo has hecho? —su voz fue un leve susurro.

Giorgio se encogió de hombros.

—¿Es necesario que te repita el motivo?

—Disculpen, pero vamos a cerrar. Si fueran tan amables de ir saliendo... —

La voz de uno de los encargados pareció romper el influjo bajo el que Gabriella estaba. No era capaz de reaccionar porque no se esperaba que Giorgio se atreviera a besarla después de que ella le dejara claro que no era posible algo entre ellos.

—Claro. Ya nos íbamos —asintió Giorgio iniciando el camino hacia la puerta.

Gabriella permaneció en el sitio en el que él la había besado. Giorgio volvió su atención hacia ella y se quedó contemplándola, con la urgente necesidad de volver a su lado y repetirlo.

Gabriella no estaba segura de si regresar con él sería lo más acertado después de aquel momento. En un gesto extraño y repentino, ella volvió su atención hacia la estatua de Julieta, como si tal vez estuviera buscando su aprobación. Y luego hacia la infinidad de mensajes que cientos de enamorados habían dejado para ella. Caminó hacia Giorgio escuchando el retumbar de su pecho. Alocadas ideas se agolpaban en su cabeza en ese instante y ella parecía dispuesta a llevarlas a cabo. ¿Y si se dejaba llevar y se olvidaba de todo lo demás tan solo por una noche? ¿Qué había de malo en ello?

—¿Vuelves al hotel? —le preguntó Giorgio sin ninguna intención de separarse de ella en esa noche que comenzaba a cubrir los tejados de Verona, mientras la iluminación de sus calles parecía indicarles que todavía restaban momentos por vivir.

—No, la verdad es que no lo tenía pensado. ¿Qué sugieres?

Giorgio se sintió descolocado porque lo que no esperaba de Gabriella era precisamente eso; que no quisiera alejarse de él. Entornó la mirada hacia ella con la sensación de haberse perdido algo. ¿Tenía algo que ver el lugar en el que habían estado? No es que él fuera muy creyente en cuanto al espíritu romántico de aquella ciudad y de aquel lugar en cuestión, pero debía admitir

que algo le había sucedido a Gabriella.

—Bueno, podemos cenar en alguna *trattoria* y tomarnos algo después.

¿Conoces La sonrisa de Julieta?

—No.

Gabriella sacudió la cabeza con una sonrisa. Dejaría que él la llevara a ese lugar tan afamado en Verona y después dejaría que el destino decidiera por ella.

Capítulo 11

Esa noche, la *trattoria* gozaba de un muy buen ambiente. Sin duda que el festival de literatura romántica había traído a muchos seguidores de ese género a Verona. Y eso repercutía en los negocios como el de Adrian y Chiara, quienes no daban abasto para servir mesas.

Por fortuna, para Giorgio y Gabriella quedaba una mesa en la planta inferior.

—Todos parecen querer sentarse en lo alto del balcón —comentó Gabriella echando un vistazo hacia este.

—El espíritu romántico de Verona, ya sabes.

—Prefiero aquí abajo. No me va mucho eso del balcón de Julieta.

—No lo entiendo.

—¿Qué? —le preguntó antes de limpiarse con la servilleta. Gabriella había preferido centrarse en su ensalada a la mirada de Giorgio.

—Que no todo lo relacionado con Romeo y Julieta despierte tu interés. Debes de ser una de las pocas mujeres que piensan de esa forma.

—Eso no tiene nada que ver. ¿Y tú? ¿No irás a decirme que eres un ferviente seguidor de los personajes de Shakespeare? —Gabriella entornó la mirada con curiosidad—. Aunque, viéndote esta tarde en la casa de Julieta...

—No lo soy, pero admito que la ciudad tiene su encanto y que ha sabido explotarlo. Nada más.

—Entonces estamos en empate.

—¿Por qué diriges una editorial especializada en literatura para mujeres?

Gabriella se detuvo. Dejó el tenedor sobre el plato y sacudió la cabeza como si no entendiera a qué venía aquella pregunta.

—Para tu información, te aclaro que no solo es para mujeres, como tú dices —Gabriella empleó un tono irónico con una pizca de enfado por aquella presunción.

—De acuerdo, admito que no es un género solo para las mujeres. Hay hombres que también la leen, pero no lo admiten.

—Eso se ajusta más. *Essenza de Donna* publica literatura romántica, pero no excluye a nadie. ¿Y qué pasa con que me dedique a ello? ¿Insinúas que por este motivo tengo que creer en el amor a pies juntillas? —Gabriella formó un arco de expectación con sus cejas ante la perplejidad de Giorgio—. ¿Qué me dices de ti?

—¿Qué sucede conmigo?

—Te dedicas a buscar talento entre los cientos de aspirantes a escritoras de historias de amor. ¿No es extraño que un hombre se interese por un género destinado a las mujeres?

—Antes me dijiste que es un género que no hace distinciones, luego ¿por qué habría de hacerlas conmigo? Me dedico a ello como podría hacerlo con cualquier otro trabajo. En cuanto a la romántica, lo hago porque es el género más prolífico. Tú mejor que nadie debes saber la cantidad de manuscritos que recibes al cabo de un día. Pero si fueras una editorial que no se centrara en un solo género, verías el porcentaje de unos y otros. Sé lo que digo —le dejó muy claro, inclinándose sobre la mesa para acercarse un poco más a ella y fijarse con determinación en su rostro.

—No te lo discuto. Recibimos más de cien manuscritos al mes; casi cinco por día —le explicó con cierto toque de orgullo por que las aspirantes a escritoras eligieran su editorial para ello.

—Eso debe de hacerte sentir orgullosa.

—Sí, por supuesto. La gente ve en nosotros una editorial seria, responsable y que se toma su trabajo muy en serio. Ya me conoces... —Gabriella dejó el

resto de su comentario en suspenso a la espera de ver qué decía él.

—Si, en lo que respecta al trabajo... Te conozco bastante bien. El tiempo ha pasado, pero tú sigues siendo la misma que hace siete años. Pero con un grado de responsabilidad mayor al llevar adelante tu propia empresa.

—¿Tratas de halagarme por algún motivo? —Gabriella elevó una ceja con suspicacia, a lo que Giorgio respondió con una sonrisa socarrona.

—No, tranquila. No estoy tratando de seducirte ni nada por el estilo. No creo que lo necesite después de lo sucedido en la casa de Julieta, ¿no?

Gabriella experimentó una ola de calor ascendiendo desde las plantas de sus pies hasta su rostro, el cual se encendió sin remedio ante ese comentario. Bajó la mirada hacia el plato el tiempo necesario para recomponerse y volver a enfrentarse a él.

—Un beso tampoco significa mucho. No vayas a creer lo que no es. —Su tono y su gesto fueron de clara advertencia hacia él.

—No, no lo haré. Soy consciente de tus propios intereses.

Hubo un momento de silencio en el que ambos se centraron en sus respectivas cenas, como si se tomaran un momento de tregua, que se mantuvo hasta que juntos abandonaron la *trattoria*.

Caminaron por las iluminadas calles aledañas a la Piazza Erbe, donde parecía haber algo más de animación. Juntos contemplaron los diversos monumentos y estilos arquitectónicos, como el Palazzo Maffei de estilo barroco y cuya fachada aparecía decorada con estatuas de los dioses griegos.

—La estatua del león de San Marcos de Venecia —señaló Gabriella levantando su brazo en dirección a la columna de mármol sobre la que aparecía dicha estatua—. ¿Sabías que Verona estuvo bajo dominio de Venecia?

—Desconocía tal hecho. Dime, ¿qué más historias esconde esta plaza? —El toque de curiosidad y de diversión en la voz de Giorgio alentaron el ego de Gabriella, quien descubrió que hacía tiempo que no se divertía como lo estaba haciendo esa noche. ¿Era el prelude de algo que estaba por venir?

—No te burles.

—No lo hago. Ni lo haría —le aseguró muy serio, mirándola de la misma forma en la que lo había hecho en la casa de Julieta antes de besarla.

Gabriella pensó que esa escena volvería a repetirse en ese mismo instante y, por ello, se apartó un paso de él. Para evitarla.

—Además de la Casa dei Mercanti, que ahora, como puedes ver, alberga la Banca Popolare di Verona, y que fue construida en 1301, en la que destaca su fachada, creo que lo que merece la pena contemplar aquí es la Torre del Gardello, un reloj del año 1370 erigido por la familia Scaliger.

—¿Y qué me dices de la fuente?

Gabriella se acercó con paso lento hasta esta, con una mirada llena de ensoñación que captó la atención de Giorgio. La contempló caminar, como si estuviera flotando, hasta que se detuvo ante la estatua de la Madonna de Verona.

—Como puedes ver, lo que más llama la atención es la estatua.

—¿Cómo es posible que conozcas tanto de Verona y que, al mismo tiempo, rechaces el encanto que hay en sus calles? El romanticismo que se respira en la casa de Julieta o en este mismo lugar. —Giorgio abrió los brazos como si pretendiera abarcar toda la plaza. Miró a Gabriella con un gesto de incredulidad a este respecto—. Sus cafés, su ambiente colorista, la calma que se respira.

—Que me interese por la historia de una ciudad no significa que yo... — Gabriella se detuvo de manera abrupta en su explicación. No iba a repetirle una y otra vez lo mismo de siempre—. No entiendo qué quieres decir, pero si vas a salir otra vez con lo del amor y tal, te aconsejo que lo dejes. —Había una clara advertencia en el tono de sus palabras.

—Recuerdo cuando me contabas tus sueños, tus anhelos en el futuro — comenzó a decirle Giorgio, y Gabriella abrió los ojos como platos.

—Sin duda que sabías escuchar.

—Admito que me gustaba hacerlo.

Ella lo observó en silencio y se dio cuenta del mal trago que habría pasado cada vez que ella le contaba algo relacionado con los chicos con los que había salido durante los años de facultad. Se acercó hasta él entornando la mirada para no perder detalle de cada uno de sus gestos, de sus miradas y de sus sonrisas hacia ella. Sintió un calor asfixiante y cierto sentimiento de culpa hacia él.

—Vamos al hotel.

Regresaron recordando anécdotas de sus años en la facultad. Rieron en algunas ocasiones y en otras se quedaron callados mientras se miraban de manera fija, escuchando sus respiraciones en la quietud de la noche. Llegaron al *hall* del hotel y subieron hasta el piso donde se alojaba Gabriella. Se habían estado observando durante el corto trayecto desde la planta baja hasta la tercera. Y cuando las puertas del ascensor se abrieron y Gabriella caminó fuera de este, Giorgio permaneció dentro a la espera de despedirse.

—Ha sido una noche... —Sus palabras quedaron ahogadas en su garganta cuando los labios de Gabriella sellaron los de él sin motivo aparente, pero ¿acaso lo necesitaba después de aquella velada tan idílica en Verona?

Las manos de Giorgio la rodearon por la cintura y salió del ascensor sin querer abandonar su boca. Gabriella gimió sintiendo que el deseo que había contenido durante toda la noche se liberaba como una bestia que exigía ser satisfecha. Se apretó contra el cuerpo de Giorgio y lo hizo partícipe de ese anhelo por acabar juntos el día.

Se separó de él el tiempo justo para abrir la puerta de su habitación y arrastrarlo dentro mientras el febril deseo la hacía prisionera. Se produjo un intercambio de besos, caricias, gemidos y respiraciones aceleradas. La piel caliente comenzó a revelarse bajo las capas de tela que quedaron esparcidas sobre la moqueta como pruebas inequívocas del frenético deseo de los dos. Las manos buscaron, palparon y acariciaron los cuerpos. Las piernas se enredaron en un amasijo bajo las sábanas. Se separaron el tiempo preciso que Giorgio tardó en coger un preservativo y hundirse en el interior de Gabriella.

No hicieron falta más preliminares, pues ya se habían producido a lo largo de la noche. En ese instante solo restaba culminarlos.

El éxtasis los envolvió juntos para elevarlos hacia la cresta de la ola y dejarlos caer después de manera lenta. Acompasaron los latidos, las pulsaciones y se miraron como si fuera la primera vez que se veían. Giorgio le apartó el pelo del rostro a Gaby y dejó que sus pulgares lo recorrieran como si lo estuvieran memorizando. Estaba tan bonita que le dolía no poder tenerla. Si era sensato y no se dejaba llevar por el momento, él sabía que Gabriella era de las que no cambiaba de opinión a la ligera. Que hubieran dado el paso de acostarse no significaba que ella fuera a proponerle tener una relación. Él lo sabía. Pero ni iba a preguntárselo porque no quería echar a perder ese momento. Atrajo su rostro hacia el suyo para poder besarla una vez más. Para deleitarse con la suavidad de aquellos labios.

Gabriella creía que el pecho le estallaría. Que si no se controlaba acabaría rendida ante lo que parecía más que evidente. Giorgio y ella estaban más que compenetrados. Se habían encontrado después de varios años y, aunque ella no quería tener ningún compromiso con él, aunque no quería considerarlo como una pareja, todo parecía indicarle que aquellas dos premisas eran reales. Que no podría escapar al destino por mucho que se lo propusiera. Se dejó caer en la cama con la mente confusa. Gabriella cerró los ojos e inspiró lo más profundo que pudo al tiempo que los recuerdos de ellos dos tomaban su mente. ¿Por qué no podía sacárselo de dentro? Solo había sido una noche. Se había divertido con él y acababan de pasar un rato fantástico bajo las sábanas, pero ¿era lo que ella quería? ¿Lo que buscaba? ¿Giorgio estaba enamorado de ella! ¿Qué iba a hacer *ella*? Pensar en lo que sentía por él la sobrecogió, la aterró de tal manera que se incorporó de inmediato en la cama hasta quedar apoyada contra el cabecero. Se cubrió con la sábana y se quedó pensativa, ajena a Giorgio y a que regresaba del aseo. Cuando volvió el rostro para mirarlo, el escalofrío le recorrió la espalda hasta erizarle toda la piel de su cuerpo. En ese momento se preguntó qué haría él.

—¿Quieres que me quede? —Giorgio deslizó el nudo que atenazaba su garganta. No sabía a ciencia cierta qué era lo que Gabriella esperaba de él. Por ese motivo, se lo preguntó. Sabía que ella no buscaba una relación, de manera que tal vez fuera mejor dejarlo ahí, en ese mismo punto.

—Vaya pregunta —ironizó Gabriella sintiéndose extraña.

—No pretendo dar pie a una situación que no deseas, Gaby. Soy consciente de lo que me has estado diciendo desde que nos volvimos a ver. Por ese motivo prefiero saber qué piensas después de esto —le dijo señalando la cama, la habitación—. Ya sabes lo que yo deseo...

Gabriella se humedeció los labios en un gesto pensativo.

—Que nos hayamos acostado no significa que vaya a... —Se detuvo cuando vio el gesto de Giorgio instándola a no seguir. Con el brazo extendido y la palma de su mano abierta, sacudió la cabeza para que no le dijera algo que él ya sabía.

—No hace falta que sigas. —Giorgio se puso los boxers y los pantalones. Recogió la camisa y los zapatos ante la atenta mirada de ella. Antes de volverse hacia la puerta, se quedó contemplándola, memorizando aquella imagen suya. Tan sensual, tan provocativa y dulce al mismo tiempo—. Que descanses.

Gabriella no encontró la valentía, las ganas o las fuerzas para replicarle. Lo dejó ir sin mover un solo dedo. Y cuando la puerta de su habitación se cerró, Gabriella tuvo la sensación de que acababan de dejar caer sobre ella un cubo de agua helada. Se estremeció; pero no de la misma manera que minutos antes lo había hecho bajo las caricias y los besos de Giorgio. No. Esa vez era diferente y tenía que ver con un sentimiento de culpa y de pérdida. Sí. Se había acostado con Giorgio porque había sentido la necesidad, o el deseo de hacerlo. Era una mujer libre, adulta y que sabía lo que quería en cada momento, y esa noche le había apetecido hacer lo que acababa de hacer, consciente de que no habría vuelta atrás. Pero ¿por qué se sentía tan culpable? ¿Por qué había accedido a llevarse a Giorgio a su habitación sabiendo lo que

este sentía por ella? ¿Por qué coño no lo había detenido a tiempo? Inclino la cabeza con los ojos cerrados y la sacudió sin terminar de creerse lo que había hecho. Pero ¿y él? ¿Por qué había accedido? ¿Tal vez pensaba que ella se ablandaría y cambiaría sus sentimientos hacia él? Durante años Giorgio había sido su mejor amigo, su compañero de facultad, su paño de lágrimas. Pero nunca lo había visto... como él a ella. Y ahora que el tiempo volvía a juntarlos, Gabriella no sabía si en verdad lo había sentido y no había querido reconocerlo, o estaba tan absorta en otros temas que no se dio cuenta de él.

Giorgio cerró la puerta a su espalda, pero al momento supo que acaba de cerrar algo más que una habitación. Gabriella no iba a darse una oportunidad con él. Se lo había dejado claro. De manera que allí terminaba todo. Inspiró hondo antes de entrar en su propia habitación. Arrojó sobre la cama su camisa sin importarle que una manga quedara colgando por un lateral. Se pasó la mano por el pelo intentando aclararse. ¿Qué iba a hacer? Por lo pronto, seguir el festival de novela hasta que terminara. No iba a huir en ese preciso instante. No lo había hecho durante los años en los que Gabriella y él fueron compañeros a pesar de que ella no tenía interés en él. Contempló la cama pensando si sería capaz de dormir un poco. Pero la idea no le atraía lo más mínimo. Lo único que le apetecía era estar con ella. Con Gaby. Pero dado que eso no podía ser, no había nada que pudiera sustituirla. Se sentó en la cama con las manos entrelazadas delante de él, la cabeza gacha y la decepción instalada una vez más en su pecho. Lo había intentado, pero, al parecer, Gabriella no estaba destinada para él. Sería mejor irse haciendo a la idea.

El insistente sonido en la puerta logró despertarla. Gabriella se removió entre las sábanas, maldiciendo. Había logrado quedarse dormida hacia poco más de dos horas, después de haber permanecido despierta como una sonámbula por la habitación. Todo lo sucedido con Giorgio la estaba

pudiendo. Salió de la cama y se dirigió a la puerta.

—¡Gaby! Son más de las ocho. Tenemos que bajar a las conferencias de la mañana.

Gabriella abrió la puerta y encontró a su amiga en el umbral con gesto de sorpresa, incredulidad e incluso temor por si hubiera interrumpido algo. Se asomó por encima del hombro de Gabriella, pero no consiguió tener una visión nítida de la habitación.

—No hay nadie, de manera que no estires tanto el cuello o te harás una contractura —la avisó Gabriella y dejó la puerta abierta para que Melina entrara si le apetecía.

—No... Bueno... Yo...

—Se marchó después del polvo, para tu información e interés personal —le contó con desgana cuando pasó por delante de Melina camino del baño—. Necesito una ducha.

—Alto, alto. ¿Cómo que se fue después de...? ¿Quién? ¿Te has acostado con Giorgio? —le preguntó fuera de sí, contemplando la imagen de su amiga reflejada en el espejo.

—Acabo de decírtelo. ¿Te importa esperar a que me duche?

Melina resopló.

—Si no me queda otra...

Segundos después Gabriella dejaba que el agua le cayera de plano en el rostro mientras ella trataba de aclararse de una vez. Aunque no creía que sus pensamientos pudieran variar en un par de horas. ¿Y él? ¿Se habría largado del hotel o se quedaría hasta la conclusión del festival? No le reprocharía que se marchara después de lo sucedido esa noche.

Melina escuchó abrirse la puerta del cuarto de baño pasados unos minutos. Gabriella apareció envuelta en una toalla.

—¿Vas a contarme qué ha sucedido en esta habitación? —Melina entornó la mirada hacia su amiga que en ese momento estaba más preocupada por coger ropa y vestirse que en responder al interrogatorio de su amiga.

—En el desayuno. Tengo un hambre que me muero.

Giorgio degustaba su desayuno cuando Giulio lo vio y se dirigió hasta su mesa.

—¿Te importa? —Giorgio le mostró una de las sillas vacías para que se sentara—. No creí que te vería aquí, la verdad. Pensaba que ya te habrías largado. Oye, Giorgio, si es una cuestión de dinero...

—No, no tiene nada que ver con eso. Simplemente quiero darme un tiempo. Eso es todo.

—Sabes que si quieres puedes volver. Estaré encantado de...

—No, Giulio. Déjalo. No volvería a trabajar contigo —le aseguró con un rictus serio y mirándolo fijamente a los ojos, algo que sorprendió a Giulio.

—¿Por qué dices eso? Somos amigos desde hace años.

—Cierto, pero hay ciertos aspectos que no me han gustado.

—Por ejemplo...

—Interesarte por Estefanía Lambertti única y exclusivamente para que Gabriella no la tuviera. A eso me refiero. Me da la impresión de que la carrera literaria de esa joven te importa una mierda, Giulio.

—Oh, vamos, amigo. No hay que ponerse así por una escritora que... que ha tenido suerte con su novelita colgada en las redes sociales. Nada más.

—¿Lo ves? Ahí está el motivo por el que me largo de tu editorial. No crees en la gente que trabaja para ti.

—¿Y tú sí?

—Sí. Me tomo mi trabajo como algo serio. Cuando leo un manuscrito, no solo valoro su potencial en el mercado, sino las tendencias del género. ¿Qué buscan las lectoras? ¿Qué piden? ¿Qué necesitan para hacer su lectura más emocionante?

—Por eso te contraté.

—Y por eso dejo *Tempesta*, porque lo que veo no me gusta. Si crees que Estefanía Lamberti no puede llegar a ser un referente en el campo de la literatura *New Adult*, pues genial. Pero no me digas que lo haces para arrebatársela a otros, en este caso, a Gabriella porque ella ya tiene suficiente fama con Melina.

—¿Y qué si es así? ¿Qué más te da? Tú cobras tu parte del pastel y punto.

—No, no es así. Me importan las personas. Y Estefanía es un diamante en bruto por pulir. Es alguien a la que hay que cuidar y guiar para que se convierta en un referente literario, y creo, amigo, que contigo nunca lo hubiera conseguido. —Giorgio apuró su café, se limpió con la servilleta y la arrojó sobre la mesa para levantarse y marcharse. Pero la mano de Giulio lo retuvo al sujetarlo por la muñeca.

—¿Tú sabías que Estefanía había aceptado la oferta de *Essenza de Donna*? —Giulio sostuvo la mirada de Giorgio durante unos segundos en los que este sonrió.

—Fui yo quien le sugirió que aceptara la oferta de Gabriella y no la tuya por lo mismo que acabo de decirte. Buena suerte, Giulio.

Este se quedó perplejo ante la confesión que Giorgio acababa de hacerle. No tenía ni idea de que él hubiera tenido algo que ver en todo aquello.

Cuando Giorgio caminaba hacia la salida del comedor, Melina y Gabriella hacían su entrada. «El momento no puede ser más inoportuno», pensó ella tratando de esbozar una sonrisa cordial, a pesar de que en su interior no estaba para muchas fiestas.

—Hola, buenos días —dijo Melina con toda picardía, lanzando una mirada muy significativa a Giorgio.

—Buenos días, Melina. Gaby —dijo desviando su atención hacia ella, quien permanecía clavada en el sitio sin ser capaz de moverse si quiera.

—Hola, ¿te marchas?

—Sí, he terminado mi desayuno —Giorgio se quedó contemplándola a la espera de que ella le dijera algo. Que le pidiera que hablaran en privado. Que

aclararan lo sucedido la noche pasada o incluso que le confesara que estaba dispuesta a intentarlo con él. Pero Gabriella se limitó a esbozar una sonrisa cordial.

—Nosotras vamos a ello. Tenemos poco tiempo antes de que comiencen las conferencias y quiero estar presente en la que participa Estefanía.

—Sí, lo entiendo. En ese caso... Que os aproveche.

Se despidieron de manera fría, profesional y hasta casi incómoda. Giorgio abandonó el comedor y Gabriella no supo justificar el motivo por el que se le había pasado el hambre.

—Oye, ¿no eras tú la que decía tener un hambre voraz? —preguntó Melina al tiempo que Gabriella asentía y despejaba su mente de ideas absurdas.

—Sí, venga, vamos.

—Y ya me puedes ir contando lo que me has prometido —Melina arqueó las cejas por pura diversión mientras el rostro de su amiga se contraía en una mueca de disgusto.

—Te lo contaré para que me dejes tranquila el resto del día.

—Te recuerdo, por si lo has olvidado, que el año pasado, en el congreso de Florencia, eras *tú* la que no paraba de soltarme el rollo con lo de Marco; de manera que...

Gabriella lanzó una mirada a su amiga sin poder creer que se estuviera tomando la revancha por aquella situación. Pero estaba en su derecho. Melina tenía razón. Ella había tenido que soportar la charla acerca de Marco y de que después de haber sido follamigos durante algún tiempo, él le hubiera confesado que se estaba enamorando de ella.

—¿Qué más quieres que te cuente que no sepas ya?

—Solo quiero saber qué va a suceder a partir de ahora, aunque visto el saludo frío que habéis intercambiado...

—No tengo intención de empezar una relación con Giorgio.

—¿Y por qué te lo has tirado?

—Oye, Marco y tú os pasasteis una temporada dándole gusto al cuerpo día

tras día.

—Sí, y tú insistías en que, al final, uno de los dos acabaría pasando al siguiente nivel. En mi caso fue Marco el primero en confesar sus verdaderos sentimientos hacia mí.

—Y cuando lo hizo, tú saliste poco menos que huyendo. Algo que no pensaba que pudiera llegar a suceder, la verdad.

—Bien, no estamos hablando de Marco ni de mí, sino de Giorgio y de ti. Entiendo que verlo te ha vuelto del revés, pero ¿hasta qué punto como para irte a la cama con él? Si tan claro tienes que no quieres nada más con él, bien. ¿Un polvo y hasta la próxima? —insistió Melina observando a su amiga encoger los hombros sin darle la mayor importancia.

—¿Hay algún inconveniente en ello? Que yo sepa soy una mujer adulta, libre e independiente. Puedo acostarme con quien me dé la gana.

—Me ha quedado muyyyyy claro —ironizó Melina ante el toque algo borde de su amiga.

—Ahora mismo tengo que centrarme en lanzar a Estefanía y que su novela tenga una buena acogida entre los lectores y la crítica. Y luego estás tú, no te olvides.

—Ya me di por aludida en tu exposición. Entonces, ¿qué va a suceder con Giorgio? ¿No te interesa saberlo?

Gabriella resopló ante la insistencia de su amiga por incidir en ese tema.

—Vaya, celebro verte, querida Gabriella. —La voz de Giulio o, más bien, su tono sarcástico captó la atención de ambas chicas.

—Hola, Giulio. Siéntate si quieres, adelante —le dijo Gabriella con el mismo tono irónico que él había empleado al ver que lo había hecho sin pedir permiso si quiera—. ¿Qué quieres? Tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde al comienzo de la sesión de esta mañana.

—No te preocupes, seré breve. Alguien me ha contado que aconsejó a Estefanía Lamberti a aceptar tu oferta editorial en vez de la mía. ¿Sabías algo de eso?

Gabriella percibió no solo la ironía más aguda posible en la mirada y el tono de voz de Giulio, sino su cabreo también. Algo de lo que ella no tenía nada que ver. Pero ¿cómo coño se había enterado?

—No tenía ni idea, Giulio.

—Pues ya te lo digo yo. Mi querido amigo, si todavía puedo considerar como tal a Giorgio, tuvo una reunión con la susodicha para aconsejarle qué editorial era la mejor para ella. De manera que ya lo sabes.

Gabriella fingió no saber nada de aquello. Pero Melina se quedó petrificaba, con la taza de café en alto a medio camino de sus labios, observando el desarrollo de los acontecimientos a la espera del siguiente movimiento.

—Y según tú, ¿por qué alguien que trabaja para ti...?

—Trabajaba. Giorgio se despidió y apuesto a que tomó esa decisión después de hablar con Estefanía.

—¿Cómo estás tan seguro? ¿Te lo ha contado él? —Melina intervino en la conversación un vez que hubo asimilado cuál era la situación.

Giulio fijó la atención en ella.

—Da igual quién haya sido. Solo le cuento a tu querida editora cómo han sucedido los acontecimientos. Nada más. Y bueno..., es hora de irse. Os veo luego.

Las dos chicas siguieron con su desayuno sin mediar una sola palabra. Melina estaba con la mosca detrás de la oreja después de escuchar a Giulio decir que Giorgio había sido el artífice de que Estefanía formara parte de *Essenza de Donna*. Por ese mismo motivo se lanzó a preguntar a la única que podía aclarárselo, aun a riesgo de que le diera una mala contestación.

—Oye, ¿es cierto que Giorgio ha tenido que ver algo con lo de Estefanía?

Gabriella se limitó a emitir un sonido gutural que no aclaró en nada las dudas de Melina. Esta volvió a la carga.

—¿Eso es un sí o un no?

—Sí.

—¿En serio tuvo algo que ver?

—Sí.

—Y tú lo sabías cuando Giulio ha venido a contártelo.

—Sí.

—Joder, cuando quieres sabes cómo cortar el rollo —le dijo, de mala leche, Melina al ver que Gabriella no soltaba prenda—. De acuerdo, me ha quedado más que claro que no quieres contarme qué sucedió.

—Me enteré por la propia Estefanía, quien me llamó para reunirse conmigo. Me dijo que Giorgio le había aconsejado que aceptara mi oferta de publicación —Melina emitió un silbido ante aquella confirmación—. Fui a casa de Giorgio para que me aclarara por qué lo había hecho.

—Ah, eso fue cuando lo besaste —recordó Melina interrumpiendo la narración de su amiga.

—Me besó. Aclaremos las cosas.

—Te besó. Me besó. Nos besamos. ¿Qué más da quién empezó? Un beso es un beso. Aquí o en China.

—Para ti sí lo parece, pero yo te digo que fue él quien... ¡Argggg! Es igual.

—Me estabas contando que fuiste a su casa para que te aclarara lo de Estefanía. ¿Y lo hizo?

—Sí, no lo negó. Es verdad lo que cuenta Giulio. Sabía que acabaría enterándose.

—¿Pero a Giorgio qué más le da si ya no trabaja para *Tempesta*? ¿Por qué crees que lo hizo?

Gabriella se quedó callada ante esa pregunta. Responder que lo había hecho por lo que sentía por ella le parecía absurdo e incluso pretencioso. Por esa razón prefirió callarse y dejar que Melina sacara sus propias conjeturas.

—Será mejor que nos marchemos, no vaya a ser que nos perdamos la intervención de Estefanía —le dijo en su lugar, lanzando una rápida mirada al móvil.

—Sí, qué menos que estar presente cuando le toque el turno de intervenir. La escritora de la discordia entre dos amigos y dos editoriales. Supongo que

Estefanía le estará agradecida a Giorgio por su consejo. Tal vez deberías hacer como ella.

—¿Qué?

—Seguir alguno de los consejos que te damos en relación a Giorgio y a ti, por ejemplo.

Gabriella se quedó clavada en el umbral del comedor observando a Melina caminar hacia el ascensor. Los recuerdos de la pasada noche y la pregunta de si estaba haciendo lo correcto volvieron a asaltar su mente sin darle tregua.

Capítulo 12

Giorgio se acomodó al final de la sala para escuchar lo que la joven Estefanía Lambertti tenía que decir. Formaba parte, junto a otras tres escritoras, del panel de jóvenes promesas de las letras italianas. Pero ninguna de estas había obtenido por el momento la fama de Estefanía. Giorgio sonreía ante ese hecho, ¿por qué alguien lograba despuntar de la noche a la mañana? ¿Quién lo sabía? «Nadie tiene la fórmula mágica para convertir su historia en un *best seller*», pensó acomodándose en su asiento al tiempo que Melina y Gabriella pasaban de largo. Por un instante volvió a centrarse en ella pese a que ya no tenía sentido. Había decidido pasar página de una vez por todas y seguir adelante con su vida. Desechó cualquier comentario sobre ella y fijó su atención en Sandra, que en ese momento presentaba a las ponentes.

—Una nueva hornada de jóvenes escritoras está irrumpiendo con fuerza en el panorama literario. Aquí tenéis a cuatro de ellas, y de las que en los próximos meses oiréis hablar mucho y bien.

Giorgio anotó el nombre de las otras tres chicas sentadas junto a Estefanía, por si acaso. No había escuchado mucho acerca de ellas, en parte, porque la obsesión de Giulio había sido obtener a Estefanía Lambertti a toda costa. Pero también porque en las redes sociales se había producido un terremoto con la historia de Estefanía. Sabía que en ese momento estaba en buenas manos junto a Gabriella.

—Estefanía, ¿te esperabas esta acogida de tu novela?

—No. La verdad es que ni la mitad de la repercusión que ha tenido. Empecé a escribirla en una red social como un pasatiempo por ver qué opinaba la gente que la pudiera leer. Y poco a poco me fui animando a seguir escribiendo gracias a sus comentarios, sus inquietudes al respecto de qué sucedería con los protagonistas principales.

—Luego deducimos que tú no tenías en mente escribirla. Porque según nos cuentas, la historia siguió gracias a las lectoras que se adentraban en tu historia.

—Sí, así es. Recibía mensajes para que colgara más y más porque estaban con ganas de saber lo que sucedería.

—Supongo que ello te llevó a escribir más rápido. Lo digo porque tener a las lectoras esperando el siguiente capítulo... —Sandra abrió los ojos como platos y sonrió con toda intención.

—Sí, lo cierto es que pasé por períodos de tiempo en los que tenía que dedicar tiempo a la carrera. Ello suponía dejar la historia algo colgada y retomarla los momentos en que los estudios me dejaban.

—¿Y ahora? Nos ha dicho un pajarito que has firmado con *Essenza de Donna*. Supongo que es una muy buena noticia y que estarás contenta que una editorial como esta se haya fijado en ti.

—Sí, estoy muy contenta de esta noticia. Para mí es un gran paso, la verdad. Espero estar a la altura de ello.

—¿Crees que las lectoras te seguirán ahora más por este hecho?

—No lo sé. Pero espero que lo hagan —le confesó con un gesto titubeante.

—¿Habrá más historias después de este sonado debut?

—Sí, ya hay lectoras que me han pedido que escriba la de alguno de los personajes secundarios.

—¿Piensas hacerles caso? —Sandra entornó la mirada con curiosidad.

—Lo tengo que ver. No quiero escribir algo en lo que no crea. No me voy a dejar llevar por lo que las lectoras sugieran. Tengo que ser *yo* quien lo vea factible.

—¿Y las críticas? ¿Cómo llevas las malas críticas y las reseñas? Este es un tema delicado que no todos saben encajar.

—Bien. Respeto todos los puntos de vista, las opiniones y las reseñas. Son opiniones subjetivas que hace una lectora y que no tienen por qué concordar con mi manera de haber concebido la historia. No las sigo a pies juntillas y en numerosas ocasiones ni las leo.

—¿No te afectan?

—No.

Gabriella asintió en ese momento cuando la escuchó decir aquello. En cuanto a más historias, tendrían que ver la evolución de su primera novela. Aunque estaba convencida de que sería un éxito rotundo a como lo había sido en las redes sociales.

—La chica sabe lo que quiere y por dónde se anda —le comentó Melina a Gabriella, en voz baja.

—Esa sensación me ha dado. Me gusta que no se deje guiar por las lectoras y que escriba la historia en la que ella sola crea. No la que quieran leer estas por muchas ganas que tengan.

—En eso nos parecemos —asintió Melina convencida mientras Gabriella le lanzaba una mirada de incompreensión—. ¿Por qué me miras así?

—Tú eres más dejada que Estefanía. Tengo que darte algún que otro toque de atención. ¿Te lo recuerdo?

—Vale, vale. Sé que soy algo desastre. Pero mis novelas se venden.

—Gracias a Dios.

—¿Y Giorgio?

Gabriella hizo que no había escuchado la pregunta, ya que no contestó. Y solo cuando sintió el codazo de Melina en su brazo y vio el gesto de espera en su rostro, lo hizo.

—Supongo que andará por ahí.

—Ya, supongo. No me refiero a eso.

—No seas pesada, ¿quieres? Nada ha cambiado ni va a cambiar. Punto final.

Quiero escuchar a las otras tres chicas —le dijo haciendo un gesto con la mano hacia el estrado.

Melina apretó los labios y se limitó a asentir sin decir nada más. No insistiría con este tema por más tiempo. Eso sí, controló la reacción de su amiga de reojo. Pero no percibió ningún cambio en el semblante de esta, más centrada en las entrevistas de Sandra a las otras chicas que a sus propias emociones.

Cuando terminó el tiempo de las preguntas a las cuatro invitadas, Giorgio se levantó y abandonó el salón para tomar algo. Había sido una charla interesante y de la que él había extraído algunas conclusiones. Lanzó una mirada hacia Gabriella por ver si salía, pero parecía estar muy atareada charlando con algunas conocidas.

—¿Tomas algo?

La voz de Sandra a su espalda hizo que Giorgio se detuviera y volviera su atención hacia esta. Radiante, fresca y sensual como siempre. ¿Por qué diablos no había podido enamorarse de ella en vez de Gabriella? se preguntó una vez viéndola ahora mismo frente a él antes de que ella se colgara de su brazo y caminaran juntos hacia la cafetería.

Unos pasos por detrás, Gabriella era testigo sin querer de ese gesto de camaradería entre ellos. No le había hecho mucha gracia que Sandra deslizara su brazo bajo el de Giorgio y que caminara pegada a él. Por ese motivo pareció retrasarse un momento esperando a Estefanía y a Melina para ir a tomarse un café.

Giorgio se mostraba relajado charlando con Sandra sobre el desarrollo del festival, ajeno a Gabriella y a que acababa de entrar en la cafetería.

—¿Qué te parece cómo marchan los paneles de invitados? —Sandra no apartaba su mirada de Giorgio ni tan siquiera cuando cogía la taza.

—Me gusta lo que estoy escuchando.

—¿Lo dices por quedar bien o de verdad lo ves así?

—Si no me gustara te lo diría. Ya me conoces y sabes cómo soy, Sandra —le

dijo refiriéndose a ella con el apelativo.

—Sí. Tienes razón en eso de que te conozco, y sé cuándo hablas en serio. ¿Qué me dices de las jóvenes promesas? ¿Ves a alguna más con posibilidades, aparte de Estefanía, claro está?

Giorgio frunció sus labios a la vez que desviaba su atención hacia Gabriella. Por un breve momento, sus miradas se cruzaron como si ambas se estuvieran buscando después de todo.

Gabriella la apartó cuando sintió el calor en su rostro. Decidió centrarse en sus dos compañeras y dejar estar a Giorgio.

—Confío en Estefanía —comentó Giorgio volviendo su atención a Sandra y a su pregunta—. Estoy seguro de que logrará llegar lejos. Del resto de chicas... —Giorgio frunció los labios tomándose su tiempo—. No puedo decirte mucho.

—Pero ¿apostarías por alguna?

—Supongo que sí. A ver, no he leído nada de ellas.

—Pero supongo que habrás oído hablar de algunas... —Sandra entornó la mirada con curiosidad.

—La que más ha sonado es Estefanía Lambertti. Es a la que todas las lectoras querían conocer en la pasada feria del libro de Bolonia. Las otras han pasado sin pena ni gloria. Es duro decirlo, pero a mí solo me interesaba Estefanía. Y, como a mí, a prácticamente todas las editoriales que publican romántica.

—¿Crees que triunfará en *Essenza de Donna*? Dime la verdad. —Sandra se incorporó un poco más hacia Giorgio demostrando su interés. Pero lo que cualquiera pensaría viendo aquella escena era que ella estaba más interesada en Giorgio que en su respuesta. Sobre todo si la que observaba el desarrollo de esta era Gabriella, quien lanzaba furtivas miradas por encima del hombro de Estefanía hacia la mesa a la que estaba sentado Giorgio. Y en ese instante los nervios y esa extraña punzada de celos la estaban matando.

—Estefanía tiene todo lo que hay que tener para triunfar. Y, además, posee

carisma.

—Hablas de ella cómo si la conocieras desde siempre.

—Tan solo hemos mantenido un par de charlas. Nada más. Pero me han servido para formarme mi propia opinión personal sobre ella. Luego veremos si el tiempo me da o quita la razón.

—Dime, ¿cómo es que ella ha terminado en *Essenza de Donna*?

—No sé a qué te refieres. —Giorgio se encogió de hombros.

—Sí, si tanto la conoces de un par de charlas, ¿por qué no has conseguido convencerla para que firmara por *Tempesta*? Digo yo que ahí algo habrás tenido tú que ver.

Giorgio sonrió de manera cínica, pero sin ganas.

—Será que soy un mal negociante. Por cierto, te recuerdo que tú cómo anfitriona del festival tienes que regresar.

—¿Y tú?

—No lo sé. No estoy obligado a ello —le dijo sin perder de vista a Gabriella.

—En ese caso, te dejo. Si quieres cenar... —Sandra dejó su invitación en suspenso a la espera de que él aceptara. Pero se mantuvo callado y se limitó a asentir pensando que no era una buena idea involucrar a otra persona en su situación personal. No emplearía a Sandra para sacarse a Gabriella de la cabeza. No, porque él no sentía nada.

—¿Qué tal lo he hecho? —Estefanía miraba a Gabriella y a Melina buscando su opinión sobre su intervención en el panel de escritoras noveles.

—A mí me ha gustado mucho tu naturalidad —señaló Melina con sinceridad observando de reojo a Gabriella y cómo esta parecía más interesada en Giorgio que en lo demás. ¿Por qué narices no iba hacia él y lo invitaba a sentarse a una mesa y hablar? ¿Acaso tenía algo que decirle? Pues, ¿a qué estaba esperando?—. ¿Verdad, Gaby?

—Sí, sí. Has estado genial —se apresuró a decirle apartando la atención de

Giorgio por un segundo. Y cuando la volvió hacia este, él se había marchado. Estaba claro que él no iba a esperarla. Ella había sido muy clara a la hora de hablar sobre ellos y no parecía que fuera a cambiar de opinión.

Giorgio salió de la cafetería y, tras echar un vistazo al programa del festival, decidió que lo mejor sería marcharse. El festival de novela seguía su curso, pero él ya había hecho lo que tenía que hacer. Comprobó su móvil ajeno a Gabriella, que se acercaba a él en ese momento.

—¿Giorgio?

Este levantó la vista de la pantalla de su *smartphone*.

—¿Isabella? —dijo con gesto turbado. Frunció el ceño sin saber qué más decir, intimidado por aquel par de relucientes ojos.

—No esperaba verte por aquí —le aseguró dándole dos besos y sonriendo por haberlo reconocido.

—Bueno... A decir verdad... Es parte de mi trabajo.

—Eres escritor, editor...

—Me dedico a encontrar nuevos talentos que pueden llegar a convertirse en autores de renombre. Tú sí que tienes que estar en un evento como este. ¿Sigues siendo colaborando como cartera de Julieta? —Giorgio la señaló con su dedo, sonriendo por ese hecho.

—Sí, sigo en ello —le dijo con un leve suspiro ensoñador que arrancó la sonrisa en Giorgio—. Lo cierto es que no podría dejarlo por más que quisiera. Y la verdad es que tener un festival de novela romántica en Verona es todo un acontecimiento por lo que representa para la ciudad.

—Soy consciente de ello.

—¿Estarás muchos días aquí?

—Me marcho mañana.

—Lástima. Me gustaría charlar contigo sobre cómo te van las cosas.

—En ese caso, si tienes tiempo y te apetece tomar algo...

—Sí, claro. ¿Cuándo acabe el festival? Podemos encontrarnos aquí mismo.

—Perfecto. Estaré por aquí —le aseguró Giorgio viendo marchar a su

amiga. La aparición de Gabriella a su lado hizo que él sonriera—. ¿Qué tal marcha el festival?

La pregunta hizo que Gabriella se detuviera junto a él mientras Melina y Estefanía la dejaban sola en compañía de Giorgio. Por unos segundos, los dos permanecieron en silencio; estudiando los gestos del otro, su mirada, su sonrisa, sus formas. Gabriella tenía la sensación de que el mundo acababa de pararse bajo sus pies y de que se encontraba con Giorgio en otra parte. No escuchaba las voces de la gente a su alrededor ni se percataba de los ligeros roces al pasar cerca de ella. No. Era como si ambos hubieran creado su mundo.

—Bien, marcha bien.

—Estefanía tiene madera para convertirse en una nueva Melina —le dijo haciendo un gesto con sus cejas en dirección a esta.

Gabriella volvió el rostro para encontrarlas rodeadas por admiradoras. Luego, sonrió y volvió su atención a Giorgio. Deslizó el nudo que en ese momento le apretaba la garganta y que le impedía seguir con la conversación. Se aclaró la voz y dijo:

—No quiero otra Melina. Quiero a Estefanía Lamberti. Además, una escribe para adultos y la otra, para lectoras más jóvenes.

—Sí, yo me refería a ser un referente de la literatura romántica para ese público más joven. Del resto de chicas que había en la mesa... —Giorgio apretó los labios al ver como Gabriella abría los ojos y arqueaba sus cejas con expectación. Tal vez deseaba conocer su impresión después de todo, pero no se atrevía a preguntárselo a él de una manera directa—. No estoy seguro de si alguna de ellas logrará los mismos resultados que Estefanía. Te lo comento por si sientes curiosidad.

—Gracias. Lo cierto es que por ahora tengo suficiente con Estefanía.

—Tendrás bastante trabajo con ambas —A Giorgio se le hacía muy complicado hablar con ella en ese momento. Y todo se debía a que no sabía qué decirle. Solo sabía que tenía las ganas de besarla una vez más.

—Bueno, a decir verdad, la editorial no vive solo de ellas dos. Y, por otra parte, tendremos que ver el enfoque que le damos a la novela de Estefanía. Tú, que la has leído...

—Antes de que me lo preguntes, te aseguro que es muy buena —la interrumpió al ver el titubeo en ella.

Gabriella asintió recordando algunos de los pasajes de la historia y cómo se había sentido identificada con la protagonista. ¿Y él? ¿También lo habría sentido? ¿Se habría reconocido en aquellas páginas?

—Sí, eso ya me lo has dicho.

—¿No vas a entrar en el salón? El siguiente panel está a punto de comenzar —le recordó con un gesto hacia la puerta.

Gabriella se sentía algo confusa. Quería irse del lado de Giorgio, pero al mismo tiempo su cuerpo parecía estar relajado, sin intención de hacer nada de lo que ella pensaba que debería hacer. Apartarse de Giorgio de una vez porque, cuanto más tiempo pasara a su lado, más se convencía de que le costaría hacerlo. No quería renunciar a su estilo de vida. No lo había hecho con otras parejas que había tenido y no iba a hacerlo en ese momento con Giorgio solo porque se hubieran acostado y él le hubiera confesado que llevaba enamorado de ella desde la facultad. ¿Qué clase de persona sería si se dejara arrastrar por ese romanticismo? Se lo dejaba a Melina y a Estefanía.

—Debería hacerlo antes de que cierren las puertas —dijo volviendo en sí, pero no muy convencida de ello.

—¿Piensas pirarte de igual modo que hacías en la facultad? —Giorgio inclinó su rostro un poco hacia el de ella y sonrió recordando aquellos tiempos.

—No me lo recuerdes —le aseguró cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza—. Me sentía fatal cada vez que lo hacía.

—Pues no dabas esa impresión, de verdad.

—Tú tampoco —le susurró pensando en lo que él había estado guardando durante todos aquellos años. La melancolía o tal vez la añoranza de aquellos

días hizo que Gabriella recuperara el ánimo y, sujetando del brazo a Giorgio, lo contempló con determinación, sintiendo que su pulso se le aceleraba—. Hagámoslo una vez más. No tenemos ningún compromiso.

Giorgio se quedó mirándola sin saber qué decir. ¿Qué podría hacer si era lo que más ansiaba en ese momento? Marcharse en su compañía olvidando que entre ellos solo podría haber un relación de amistad.

Recorrieron Verona mientras admiraban todos sus rincones y paseaban por sus calles, pero sin dar una sola muestra de lo que ambos sentían. Daba la impresión de que ambos habían firmado una tregua en ese aspecto. Giorgio la respetaba, aunque sabía que se equivocaba porque entre ellos había algo más que una amistad.

Gabriella disfrutó de aquellas horas como nunca antes lo había hecho. Le parecieron cortas a pesar de que había pasado toda la tarde junto a Giorgio. Por momentos sintió la necesidad de tocarlo y de besarlo, pero en el último instante se contuvo para no complicar más las cosas. ¿De qué serviría volver a hacerlo si ella no estaba convencida de que lo de ellos pudiera funcionar? Pero cuando volvieron al hotel para la clausura del festival y Giorgio saludó a Isabella y acordaron que en breve se verían, Gabriella volvió a sentir esa sensación de incertidumbre y de nervios. No quería comprometerse con Giorgio en una relación, pero cuando lo veía charlar, sonreír o rozar a alguna otra mujer, sentía esa comezón apoderarse de ella. El temor a que en el fondo Giorgio conociera a alguien que le creara una ilusión difícil de dejar escapar.

—No quiero entretenerte —le aseguró Gabriella haciendo un gesto hacia Isabella.

—Isabella es una buena amiga. No te preocupes. —Giorgio cogió aire antes de proseguir con la conversación porque sabía que aquella podía ser la última vez que ellos dos coincidieran.

—¿Regresas mañana a Bolonia? —La pregunta de Gabriella lo dejó sin capacidad de reacción. Giorgio no sabía cómo afrontar esa incómoda situación. Ya se había despedido de ella hacía muchos años. No quería volver

a hacerlo. Pero en el fondo sabía que sería así. Asintió mirándola fijamente.

—Sí. Mañana regreso a Bolonia y retomaré mi carrera de agente.

—Ya. Aquí hay muchas y buenas escritoras —le recordó Gabriella en un intento por no dar por terminada la conversación con él. Pero era consciente de que debía hacerlo. Primero, porque no tenía sentido alargarla más. Se acabaría notando que ella buscaba hacerlo y quedaría en ridículo. Y segundo, porque a Giorgio lo estaban esperando.

—Cierto. No creas que he perdido el tiempo. He tomado notas de aquellas que pueden llegar alto —le aseguró palmeándose el bolsillo de su chaqueta donde guardaba su libreta de notas.

—En fin, te dejo. No quiero entretenerme más y acabo de ver a Melina hacerme una señal. Estamos en contacto. —Gabriella extendió la mano para que él la estrechara, lo cual sorprendió a Giorgio. Sacudió la cabeza y la atrajo hacia él para sentirla una última ocasión.

Gabriella cerró los ojos notando su cuerpo agitarse entre los brazos de Giorgio. Intentó controlar la respiración por un instante mientras los dedos de él le causaban verdaderos estragos cada vez que los movía sobre la tela de su camisa.

—Esto no debería terminar aquí y ahora de esta manera, Gaby —le susurró de manera lenta, sabiendo que sus palabras calarían hondo en ella. Se aferró a ella como si no quisiera dejarla marchar una vez más. Al igual que había hecho cuando terminaron la facultad y cada uno emprendió su camino.

—No tiene por qué terminar —le dijo separándose de él—. Podemos vernos por Bolonia.

Giorgio sonrió de mala gana, sacudiendo la cabeza, sin comprenderla.

—Claro. Siempre podemos vernos. Quedar a tomar algo...

—Sí, por supuesto. Cualquier cosa que precises de mí...

—Lo haré. Te llamaré. Lo mismo te digo. —La vio marcharse hacia Melina sin poder creer que estuviera sucediendo. ¿Volver a verse? Ambos sabían que sería complicado que sucediera. Giorgio resopló mientras su amiga Isabella se

acercaba de manera sigilosa por detrás.

—¿Mal de amores, mi querido amigo?

Giorgio sonrió. Volvió su atención hacia Laura y sacudió la cabeza.

—De ninguna manera. Creo que he hecho todo lo que he podido —le aseguró encogiéndose de hombros.

—No conozco personalmente a Gabriella, pero he oído contar que en su trabajo es muy exigente con los que la rodean.

—Lo sé. Fuimos compañeros en la facultad. Sé cómo es.

—Pero no has conseguido llegarle dentro, ¿no?

—No. Es curioso porque...

—Demos una vuelta y así podrás desahogarte.

—Sí, aunque la verdad es que no me apetece hablar sobre el tema —le dejó claro mientras Isabella se encogía de hombros y sonreía.

—Pues no lo hagas.

Abandonaron el hotel y dieron un paseo mientras se ponían al día.

—Cómo te marcha haciendo de cartera de Julieta, ¿eh? —Giorgio prefería charlar de la vida de Isabella a seguir ahondando en su historia con Gabriella.

—Es algo ilusionante.

—Sí, supongo que sí lo es. Dime, ¿recibís muchas cartas?

—Ohhhh, puedes contarlas por millares.

—¿No irás a decirme ahora que te las lees todas y que además las respondes?

—Pues así es. Lleva su tiempo, pero... Dime, ¿cómo te van las cosas? —Isabella entornó la mirada hacia Giorgio esperando que él le confesara la verdad sobre Gabriella y él.

—La verdad, tengo que cambiar el rumbo de mi vida. Dar por terminados algunos capítulos...

—¿Uno de estos tiene que ver con Gabriella? Y que conste que no te obligo a contármelo.

—Lo sé. Tranquila. Sí, uno de ellos es ella. Pero creo que hoy me ha

quedado claro que no hay nada que pueda hacer. Así que...

—¿Renuncias a ella?

—No puedo hacer más, Isabella. Nuestros destinos van por caminos diferentes, es lo que te puedo decir. Dime, ¿y tú? ¿Sigues con Fredo?

La sonrisa de Isabella le confirmó que así era.

—Llevamos casados dos años.

—Vaya, veo que Julieta te ha sentado bien. Me alegro por los dos.

—Espero verte de igual manera algún día.

Giorgio sonrió.

—Dime, ¿tu Julieta hace milagros? —Giorgio sonrió irónico ante esa pregunta. Eso era lo que necesitaba para que Gabriella acabara con él.

Gabriella llevaba semanas volcada en la novela de Estefanía. Había pedido a la gente de la editorial que se encargaran de su manuscrito con vistas a publicarlo antes de que finalizara el año. Quería aprovechar el tirón que tenía, antes de que la cosa se enfriara. Desde que regresó del festival de novela no había hecho otra cosa que trabajar, trabajar y trabajar casi sin darse un respiro. Tanto Silvia como Melina sabían cuál era el motivo de su nuevo estado, pero ninguna de las dos quería sacar el tema y llevarse una mala contestación. A Gabriella se la veía apagada en ciertas situaciones, momentos en los que pretendía dar otra imagen de ella. Ella ponía la disculpa del trabajo que restaba por hacer, pero sus amigas y su hermana Lucía sabían que había algo más que ella no quería confesar.

Silvia entró en el despacho de Gabriella.

—Giulio está aquí. Pide verte.

—¿Qué quiere? ¿Te lo ha dicho? —preguntó levantando la mirada de los papeles que leía en ese momento.

—No.

Gabriella pareció dudar al respecto de si debería dejarlo entrar o no. Pero antes de que se pronunciara, este ya estaba dentro.

—Buenos días, Gaby. Gracias, Silvia, siempre tan cortés —dijo lanzado una mirada a la ayudante de Gabriella.

—¿Se puede saber a qué viene esta intromisión? Podrías esperar a que te dijera que pasaras, ¿no?

—Sí, bueno, pero he preferido adelantarme antes de que tú me lo pidieras. —Gabriella se quedó con la boca abierta sin poder creer lo que estaba escuchando—. Bueno, verás, seré breve.

—Ya lo creo que lo serás —le dejó claro ella frunciendo el ceño con gesto de cabreo por aquella repentina intromisión.

—Se trata de que me supo mal la conversación que tuvimos en Verona durante las jornadas de romántica y quería disculparme.

—Vale, aceptadas. ¿Es eso a lo que has venido?

—Lo cierto es que no logro entender por qué narices Giorgio se comportó así. ¡Joder, trabajaba para mí! —exclamó un Giulio cabreado, agitando su mano en el aire—. Y va y te entrega en bandeja a la nueva joya de la literatura. ¿No crees que no es justo? —Giulio alzó una ceja con suspicacia.

—No entro a valorar el comportamiento de Giorgio. Yo no he tratado con él, sino con Estefanía —le dijo de pasada, no queriendo volver otra vez al asunto.

—Ya, pero ¿qué cojones le llevó a hacerlo? ¡Nos conocemos desde hace un montón de tiempo!

—¿Has venido a criticar a un empleado tuyo? Porque si es así, te repito que no tengo nada que ver.

—No, verás. Estaba pensando que, dado que la elección de Estefanía no ha sido del todo... clara, quería comentarte que tal vez deberíamos dejar que fuera ella la que eligiera editorial. No sé si me entiendes.

Gabriella contempló a Giulio sin poder creer lo que le estaba proponiendo.

—Ya lo creo que te entiendo. Pretendes que rescinda mi contrato con Estefanía, y que luego ella escoja libremente —le resumió mientras Giulio

asentía con una sonrisa—. Ella ya eligió.

—Veo que no piensas soltarla.

—No se trata de soltarla o no, como bien dices. Estefanía Lambertti firmó con esta editorial sin ningún tipo de coacción. Nadie la obligó a hacerlo. Ni si quiera Giorgio.

—Pero estarás de acuerdo conmigo que...

—¿Qué?

—Que él sí tuvo algo que ver en ello.

—¿Por qué no te preguntas qué fue lo que hiciste mal para no convencerla de que se fuera con *Tempesta* en vez de decir que Giorgio la coaccionó? Que él le sugiera que firmara con nosotros no significa que tuviera que aceptarlo. Estefanía Lambertti es mayor de edad para saber lo que quiere, ¿no te parece? No creo que se deje influir por lo que Giorgio le diga o deje de decir. No obstante, si tan seguro estás de que actuó bajo coacción, podemos llamarla y que te explique por qué nos eligió a nosotros. —Gabriella estaba tan ofuscada que ella misma descolgó el teléfono de su despacho para llamar a Estefanía.

—No. No hace falta. Déjalo. Lo que me mosquea es el motivo que impulsó a Giorgio a hacerlo, pero creo que, después de darle vueltas y más vueltas durante estas semanas, he logrado averiguarlo. —Giulio la apuntó con un dedo como si ella fuera la responsable de su comportamiento—. Estaremos en contacto, querida.

Gabriella permanecía en un estado de *shock*. No podía creer que Giulio se largara de su despacho de la misma manera en que había entrado. Se quedó callada contemplándolo salir por la puerta y como, al momento, Silvia regresó con cara de sorpresa e incredulidad. Contempló a Gabriella, que permanecía con los ojos abiertos como platos mirando al frente y no parecía que se hubiera dado cuenta de su presencia.

—¿Qué quería?

—Hacerme perder el tiempo. Eso es lo que quería —dijo sin variar un ápice su gesto—. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Venía a preguntarte por tu opinión acerca del boceto para la portada de la novela de Estefanía, que te envié por correo electrónico hace dos días. No me has comentado nada.

—¡Ooops! Se me ha pasado. Lo miramos ahora mismo. —Gabriella fijó su atención en la pantalla del ordenador y revisó su correo—. Aquí está —exclamó con gesto de triunfo. Luego emitió un sonido gutural y asintió—. Me gusta. Me gusta mucho lo que has hecho. Has sabido captar la esencia de la historia.

—Es la ventaja de haberlo leído. De ese modo tienes una idea mejor y más precisa de la historia. Y te sirve para reflejarla en la portada.

—Sin duda. Bien, creo que podemos pasárselo a Estefanía a ver qué opina. Si tiene alguna idea al respecto o prefiere que quede como está.

—De acuerdo.

—¿Algo más?

—Si, verás. Necesitamos a alguien que nos eche una mano con los informes de lectura de los manuscritos que llegan. Esto es, alguien con un punto de vista objetivo, que perciba si una historia es...

—¿Y qué? ¿Qué quieres decirme? ¿Qué blogs colaboran con nosotros? Echa un vistazo a ellos y dime algo.

—Había pensado en darle un toque a Giorgio, a ver qué le parecía. —Silvia se mordisqueó el labio cuando terminó de pronunciar el nombre.

Gabriella se quedó en silencio durante unos segundos, sin saber muy bien qué decir. Sin duda que aquel comentario acababa de chafarle la mañana. Primero, Giulio iba a recordarle la jugarreta que su querido amigo Giorgio había hecho; y en ese instante Silvia le proponía llamarlo para que le echara una mano con la selección de nuevos autores. Pero ¿qué coño pasaba? ¿Se habían puesto de acuerdo o qué?

—¿Por qué?

—Él tiene experiencia a la hora de...

—De convencer a una escritora para que acepte una oferta. Pero no creo que

para leer los manuscritos.

—Pensaba que Giorgio los leía y que, tras emitir un informe, aconsejaba o no hablar con el autor para tantearlo a ver qué opinaba —le comentó Silvia poco dispuesta a dejar escapar a su amiga y editora.

—Tal vez sea así, pero ¿por qué él? ¿No tenemos suficiente gente para que se encargue de emitir informes de lectura o qué? —El tono algo irascible de Gabriella hizo que Silvia entornara la mirada hacia ella con gesto de preocupación.

—¿Te sucede algo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te noto algo alterada. ¿Te ha venido la regla o tu estado tiene que ver con que yo haya mencionado a Giorgio? Porque a mí puedes decírmelo de manera clara y sencilla. Solo ha sido una sugerencia, pero ya sabes que...

—Lo sé. Y agradezco tu sugerencia, pero en este caso no me vale porque Giorgio no... —Gabriella se calló de repente cuando pronunció el nombre de él. No quería que Silvia notara que, a pesar del tiempo transcurrido, pensar en él o hablar de él le afectaba. Pero así era. Desde que se habían despedido en Verona, no había vuelto a saber nada de él. Y ya habían transcurrido casi tres semanas. Habían prometido llamarse para verse y charlar, pero de momento ninguno de los dos había tomado la iniciativa. Y Gabriella sabía que no iba a producirse porque él había dado por perdida la guerra por conseguir que ella lo intentara con él. Y ella misma le había cerrado todas las puertas—. Giorgio me comentó que se marcharía de regreso a España. De modo que no creo que le interesara colaborar con nosotros —le dijo sin concederle demasiada importancia a ese hecho.

—Tal vez debiste habérselo propuesto cuando tuviste la ocasión.

Gabriella inspiró mirando a su amiga.

—Tal vez debería haber hecho muchas cosas que no hice. —«Como evitar que me rozara, que me besara, o me mirara sabiendo que, al hacerlo, yo me entregaría de manera incondicional».

Silvia observó a Gabriella dejar la mirada suspendida en el vacío; suponía que su jefa trataba por todos los medios de evitar pensar en él y en aquel fin de semana en Verona.

Capítulo 13

Giorgio creía que la distancia era el olvido, como decía la canción. Pero de igual manera que esta, él no lo concebía porque seguía pensando en Gaby a cada momento. Ni siquiera el tiempo lograba difuminar sus recuerdos. Pero tenía que conseguirlo, ya que ella no iba a cambiar de opinión y él no podía esperarla toda la vida. ¿Cómo haría para dejar de pensar en ella? ¿Acaso se le había pasado por la cabeza que ella se arrojaría a sus brazos una vez que le confesara sus sentimientos? Bueno, en cierto modo... Pero no era lo que él quería. No era lo que había anhelado durante todos aquellos años.

Había vuelto a reunirse con sus amistades en Madrid y a retomar el trabajo. Y, además, seguía informado de los logros de la editorial. Habían planificado el lanzamiento de la novela de Estefanía Lambertti para los días previos a la Navidad. Él había visto la portada en la web de la editorial y en diversas redes sociales. Bien por Gabriella. Tenía lo que había querido desde el primer momento: a Estefanía Lambertti.

—Cuando me dijiste que regresabas a España no te creí, la verdad. Pensaba que te quedarías en Bolonia.

—Sí, bueno. Yo tampoco si te soy sincero. Mi intención era quedarme en Italia, pero las circunstancias...

—Esas circunstancias se llaman Gabriella.

Giorgio arqueó las cejas mirando a su amigo Luis, quien, a su vez, le devolvía la mirada cargada de expectación mientras daba buena cuenta de su bocadillo de calamares en uno de los bares cerca de la Plaza Mayor.

—Vale. Sí. Tienes razón. He regresado con el rabo entre las piernas por culpa de ella —dijo encogiendo los hombros sin saber qué decir.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quedarte en España para siempre y enterrar a Gaby en tu memoria? ¿O volverás a intentarlo? Por el trabajo no te preocupes. Sabes que puedes colaborar con nosotros. —Luis le dio un buen mordisco a su bocadillo contemplando a Giorgio.

—Ya me he dado cuenta, pero tampoco pretendo abusar de la editorial.

—Nada de eso. Reconocemos que te debemos mucho. Tú descubriste a varios de los autores que ahora tenemos y que gracias a ello salimos adelante. Pero del tema que nos ocupa, ¿qué?

Giorgio apuró su cerveza e hizo un gesto al camarero para que le pusiera otra caña.

—No hay nada que hacer. Le dije lo que sentía por ella y...

—Y te dio calabazas. Y después de conseguir que Estefanía Lamberti firmara con su editorial... ¡Joder!

—Sí. Bueno, eso es lo de menos.

—¿Lo de menos? ¡Coño, todo el mundo editorial habla de ella! Nosotros estamos interesados en traducirla para editarla aquí en España. No te digo más.

—¿En serio?

—Como te lo cuento. Sería interesante para nosotros presentarla. Pero ese tema lo llevan con sumo cuidado los de derechos autor y demás. Volviendo a tu amiga, sigo sin entender que después de acostarse contigo te haya dado la patada. Las mujeres están cambiando, amigo. Bueno, míralo por este lado. Ella se lo pierde. Y aquí en Madrid conozco a alguna que otra a la que dejaste bastante tocada cuando te largaste a Bolonia —le dijo con una sonrisa llena de complicidad.

—Desconocía este hecho.

—Pues ándate con cuidado, Casanova —le advirtió con una sonrisa cínica que Giorgio pasó por alto porque no era lo que él quería en esos momentos.

Gabriella revisaba la documentación en torno al lanzamiento de la novela de Estefanía. Se había levantado una gran expectación en las redes sociales y esperaba que no defraudara. A ello había que añadir el interés de una editorial en España para contar con los derechos para traducirla y publicarla. Sin duda que las noticias no podían ser mejores. Gabriella se recostó contra el respaldo de la silla y asintió. Sí. Sin duda que todo estaba saliendo rodado. Pero no quería dejarse llevar por esas situaciones ventajosas para la editorial, sino que quería tener los pies en el suelo en todo momento. Por eso, lo mejor era seguir trabajando para que las cosas salieran perfectas. Le había costado mucho llegar hasta donde se encontraba en ese momento y debía cuidarse de que nada lo estropeará. Y, además, poco a poco iba dejando atrás sus recuerdos sobre Giorgio.

—Hemos decidido que seas tú el que se encargue de viajar a Bolonia para cerrar los trámites de la traducción de la novela de Estefanía Lambertti.

La noticia dejó a Giorgio sin palabras. Permaneció aturdido unos segundos en los que su mirada quedaba fija en la de Roberto, editor jefe. Inspiró hondo tratando de asimilar esa situación. Se removió inquieto en su asiento, carraspeó y apretó los labios hasta convertirlos en una delgada línea.

—¿Por qué yo? —Ni siquiera supo explicar cómo había logrado hacer esa pregunta.

—Bueno, es bien simple. Has trabajado para *Tempesta* durante algún tiempo,

lo que te permite conocer el mercado literario italiano. De hecho, creo que conoces a Gabriella, editora de *Essenza de Donna*, que ostenta los derechos de la novela de Estefanía. Y eres de Bolonia. Así de simple.

«Volver a Bolonia y ver a Gabriella».

Ese pensamiento hizo que Giorgio se removiera en su asiento. Sopesó la situación por unos segundos. ¿Era lo que le convenía? ¿Volver a verla? Llevaba meses apartado de ella, sin saber nada. Solo por las noticias que tenían que ver con la editorial y con el lanzamiento de la novela de Estefanía.

—¿Cuándo debería ir y por cuánto tiempo?

—Tendría que acordarlo con Gabriella, me refiero al día que os reuniríais.

—En ese caso, házmelo saber cuanto antes.

«Necesito tiempo para afrontar este paso».

—Por supuesto. Supongo que estarás al tanto de la presentación de la novela de la joven Estefanía y de las reseñas que hay en prensa. —Roberto le pasó una carpeta en la que podía leerse el nombre de la joven escritora—. Tú fuiste el artífice de que ella aceptara la oferta de esta editorial. ¿Por qué? ¿Viste algo especial en ella?

—Digamos que vi algo que no me gustó en otras personas. Vamos a dejarlo ahí. Si no necesitas algo más...

—¿Por qué no me has dicho que no querías ir?

—¿Por qué se supone que debería negarme a hacerlo? Es parte de mi trabajo aquí.

—Por lo que hubo entre Gabriella y tú. Luis me contó algo, para tenerme sobre aviso cuando te lo planteara.

—Procuro no mezclar lo personal con lo profesional. Gabriella y yo nos conocemos desde la facultad.

—Te avisaré cuando acuerde la reunión con ella.

Giorgio asintió sin mediar palabra. Se alejó de Roberto y decidió largarse hasta el parque del Retiro para dar un paseo que le aclarara un poco. Gabriella volvía a saltar a la primera página de su mente. Bueno, mentiría si

dijera que no había pensado en ella, que no había sentido la tentación de llamarla, de mandarle un correo, que sabía él la infinidad de veces que aquello se le había ocurrido. Pero después de unas primeras semanas algo jodidas por ella, logró centrarse en el trabajo de la editorial y dejar que este le absorbiera el mayor tiempo posible. Por ese motivo había aceptado encargarse de más tareas, además de pasar informes de lectura. Y cuando parecía irse acostumbrando a la idea de no regresar a Bolonia porque en Madrid se encontraba a gusto, el destino parecía querer tocarle las narices. No obstante, tampoco pensaba que fuera a suceder nada del otro mundo. Se reuniría con Gabriella, echarían un vistazo a la documentación para que no faltara nada y, después de saludar a sus amigos, volvería a Madrid. Rápido y sin complicaciones.

Desde que Gabriella tuvo conocimiento de que Giorgio volvía a Bolonia, no dejaba de experimentar la sensación de tener los nervios metidos en el estómago. ¿A qué venía aquello? Hacía meses que él se había marchado a España. Y durante todo ese tiempo, ni una llamada, ni un correo, ni un mensaje. Nada. Tampoco tenía constancia de que él hubiera regresado a Bolonia por algún motivo. Claro que, ¿por qué debería hacerlo? Le había dejado claro que no pretendía aventurarse en una relación con él, luego... Entendía que no mantuviera el contacto con ella. Con todo el asunto de la novela de Estefanía, tampoco le había quedado mucho tiempo para hacerlo ella. Pero sí debía admitir que en alguna que otra ocasión había pensado en él, lo había echado de menos en algún que otro momento. Para que la escuchara, para que le diera su opinión, para que le diera un abrazo... Era en esos momentos de soledad en su despacho o en su piso cuando Gabriella se daba cuenta de que, aunque quería olvidarlo, enterrarlo en el pasado y borrarlo de su recuerdo, no había podido hacerlo. Ni siquiera pudo prohibirse recordar

sus besos, sus caricias, sus miradas. Ni lograr que su corazón latiera más despacio cada vez que algún detalle le recordara a él. Y cuando revisó por última vez el texto de la novela de Estefanía antes de publicarlo, pensar en ellos dos como los protagonistas de la historia le hizo soñar con regresar a aquellos días y... ¡Giorgio debía estar loco o haberla querido demasiado para no confesarle sus sentimientos! Para haberla contemplado en silencio durante tanto tiempo sabiendo que ella no sentía nada por él. Pero entonces, después del paso del tiempo, después de haber sentido en sus propios labios ese beso que él se había guardado durante años y esas caricias por todo su cuerpo, Gabriella era consciente de que, sin quererlo y tal vez sin saberlo, ella también lo había querido. Pero ¿qué iba a hacer cuando volviera a verlo? ¿Qué iba a decirle para que no se alejara de ella?

Giorgio preparó todo para el inesperado viaje a Bolonia para solventar las cuestiones de los derechos de autor por la traducción de la novela de Estefanía. Sentía una mezcla extraña en su interior: una parte de él deseaba volver a ver a Gabriella, saber qué tal le marchaban las cosas, aunque más o menos tenía una idea por lo que iba leyendo en la prensa especializada en literatura, las redes sociales y la propia web de la editorial. Pero él quería saber qué tal estaba *ella*, a nivel personal y emocional. Si embargo, había una parte de él que se mostraba algo más reticente a ir. La que después del tiempo que habían pasado separados no quería volver a verla. La que poco a poco se había ido haciendo a la idea de que ella no estaba destinada para él. Y, de repente, el destino le daba un nuevo giro de tuerca.

Llegó a Barajas en compañía de Luis y con el tiempo justo para tomar un último café. Luis no apartaba su atención de Giorgio, a quien percibía algo raro, con una mezcla de preocupación y expectación ante su llegada a Bolonia.

—Hay algo que te preocupa —le dijo captando la atención de Giorgio. Este

levantó la mirada de su café—. Vamos, suéltalo de una vez. ¿Es por volver a verla?

—Algo de eso hay, sí.

—¿Qué esperas al verla? Me refiero a cómo crees que te recibirá.

—Supongo que de una manera normal. A ver, entre nosotros hay una buena relación.

—Sí, ya lo creo. Te la tiraste —le recordó con una sonrisa cínica.

—Lo sé. Pero también me dijo que no quería tener ningún compromiso conmigo.

—¿Y si hubiera cambiado de opinión después del tiempo que lleváis sin veros? ¿Te has parado a pensarlo? Imagina que haya recapacitado y que ahora sí quiera intentarlo.

Giorgio iba a responder de manera rápida y automática, pero de repente se detuvo. No había considerado esa posibilidad, y más después del tiempo que habían pasado separados, así que... Sacudió la cabeza desechando esa posibilidad por muy remota que pudiera ser.

—No, no lo creo. ¿Por qué habría de cambiar de opinión? Conozco a Gaby desde la facultad y créeme si te digo que no es de las personas que cambian así como así. Nunca ha considerado las relaciones de pareja como algo que entrará en sus planes.

—Vale, pero ¿y si fuera así? —insistió Luis poniendo a su colega en un apuro.

Giorgio resopló.

—No lo sé. No tengo ni idea de lo que haría porque no es algo que me espere.

—Pues no lo descartes. Oye, espabila, que tienes que pasar el control de seguridad y ya sabes que, en ocasiones, tardan. Llámame cuando llegues, y si hay algún problema con la documentación, cosa que no creo porque todo está en regla, me cuentas.

—Si todo está en orden, no entiendo por qué tengo que ir. Podría mandarlo

por fax o por correo electrónico.

—Tienes razón, pero Roberto quería que fueras en persona, ya que conoces a la editora, y si hubiera cualquier contratiempo sabrás como resolverlo. Te dejo, que también he de regresar a la editorial. Buena suerte, en todos los aspectos —le dijo estrechándole la mano a Giorgio antes de que este se dirigiera al guardia que había situado frente a los lectores del billete.

No pudo apartar de su mente el comentario de Luis acerca de Gabriella y su posible cambio de opinión. ¿Cómo iba a suceder semejante locura? No, ni de coña. Gaby se mantendría en su postura al respecto de ellos. «Lástima», se dijo, «porque ambos sentimos lo mismo».

—¿Está todo listo para la presentación de la novela de Estefanía? — Gabriella estaba algo atacada con ese asunto. Habían apostado fuerte por la joven escritora y quería que las lectoras también respondieran a la llamada.

—Todo está listo. Mañana a las seis de la tarde estará todo dispuesto. Por eso no te preocupes, ¿quieres? Entiendo que lleves días algo alterada por el lanzamiento de la novela, pero...

—Pero ¿qué? —la cortó Gabriella lanzándole una mirada a Silvia que poco menos y la convierte en una estatua.

—Si lanzaras rayos por tus ojos, ahora mismo me habrías desintegrado, chica. Solo te pido que te calmes, ya que todo está bajo control, ¿me harás ese favor? —Silvia entornó la mirada hacia ella buscando su aprobación. No iba a comentarle nada acerca de la visita de Giorgio para el asunto de los derechos de traducción de la novela de Estefanía.

Gabriella se dejó caer contra el respaldo de su sillón, resoplando. Concentró su atención en un punto en el vacío tratando de centrarse. No estaba así por la presentación de la novela, pero llevaba días con los nervios metidos en el estómago. Desde que supo que Giorgio regresaba.

—Tienes razón. Tengo que tranquilizarme. Bien, si todo lo de la presentación está dispuesto, entonces no hay más que hablar, salvo hacerlo con la interesada —concluyó arrojando con desgana un lapicero sobre la mesa.

—¿Quieres que la llame?

—Sí, estaría bien que lo hicieras y le pidieras que se pasara por aquí hoy mismo. Mañana es la presentación, así que... Estaría bien que comentáramos algunos detalles.

—De acuerdo, la llamo ahora. Por cierto, ¿qué tal lo del tema de los derechos de traducción? —Silvia no pudo morderse la lengua. Sabía que ese tema era algo delicado porque tenía que ver con Giorgio, pero como ayudante de Gabriella necesitaba estar al tanto de ello.

Esta se quedó callada con gesto pensativo. Daba la impresión de que no había escuchado la pregunta. Silvia iba a marcharse al ver la negativa de Gabriella a tocar el tema, cuando esta abrió la boca.

—Todo en orden. Esperando que Giorgio venga, cerremos unas cosas y tenga su copia.

Silvia asintió sin mediar ni una sola palabra. Entrecerró los ojos escrutando el rostro de Gabriella en busca de algún gesto, algún tic nervioso, algo que le indicara que en verdad se encontraba bien; tan bien como quería hacerle ver.

—¿Quieres algo más? —preguntó Gabriella fijando su mirada en su ayudante.

—No, no. Llamaré a Estefanía. Eso era todo.

Gabriella la vio marcharse y volvió a sumergirse en sus devaneos con Giorgio como protagonista. ¡Siempre Giorgio! «¿Por qué no he conocido a un tío en estos meses que hubiera conseguido sustituirlo en mis pensamientos?», se preguntó mordisqueándose el labio y entrecerrando los ojos. Pero entonces su particular diablilla surgió en su hombro, sonriente y feliz porque se hiciera esa pregunta.

«Porque sigues esperando su regreso. Porque en realidad lo has echado de menos desde el día que se marchó a España. Pero no quieres admitirlo. ¿Y

sabes por qué? Porque te enamoraste de Giorgio sin darte cuenta de que lo estabas haciendo».

Una sonrisa bailó en los labios de Gabriella. ¿En verdad era por ese motivo por el que no se había molestado en conocer a nadie? ¿Enamorada de Giorgio? Pero si habían sido compañeros en la facultad durante cinco años y nunca... Gabriella detuvo sus excusas, sus pensamientos en torno a esta idea.

«Nunca te fijaste en él porque estabas volcada en la carrera. Él mismo te lo dijo», le recordó la diablilla.

«Por una vez estoy de acuerdo con ella», fue el angelito en esa ocasión el que surgía de la nada para posarse en su otro hombro y asentir.

—Callaos —exclamó de repente como si estuviera hablando con alguien físico que estuviera en su despacho—. ¿Y tú por qué le das la razón? Se supone que no puedes hacerlo. Eres la parte de mi conciencia que debería decirme lo contrario —dijo molesta con su particular angelito.

Gabriella tenía sus pensamientos divididos, pero en ambos casos estas parecían confluír hacia el mismo fin. Resopló sin querer preguntarse qué pensaría él de todo eso ¿Seguiría sintiendo por ella lo que le había confesado en su apartamento la primera vez que la besó? ¿Lo que le aseguró estando en Verona? Gabriella cerró los ojos y recostó la cabeza contra el respaldo del sillón sin saber qué diablos hacer. Si seguía por ese camino iba a volverse loca.

Giorgio dejó su bolsa de viaje encima de su cama. Ya estaba en casa de nuevo. Echó un vistazo alrededor para comprobar que todo estaba tal y como lo había dejado. Luego lanzó una mirada al reloj. ¿Sería buena idea darle un toque a Gabriella para saber cuándo quería que se reunieran? Lo cierto era que una mezcla de necesidad y urgencia se mezclaron apoderándose de él. ¿Pretendía cerrar el asunto de los derechos de traducción y largarse de vuelta a Madrid? Porque si eso era lo que buscaba, entonces la manera de hacerlo era hablar con Gaby lo más pronto posible. Pero si se dejaba llevar por otra

parte de él, la que ansiaba verla pero de una manera personal, no profesional, entonces prefería dejar la llamada para el día siguiente. O tal vez acudir a la presentación de la novela de Estefanía Lambertti y, una vez en esta, charlar con Gaby. Sí. Le parecía una idea mejor que llamarla en ese momento. Así tendría tiempo para prepararse antes de verla, ya que no tenía ni idea de cómo reaccionaría ella, ni mucho menos él.

Estefanía se sentía decepcionada. Su ex, Pietro, no había dado señales desde que ella había salido de casa de este. Y de eso hacía ya bastante tiempo. Pero aunque le jodía sentirse así, en parte hasta se lo agradecía porque estaba claro que lo suyo no tenía futuro. No esperaba verlo en la presentación de su novela, eso estaba claro. Así que más le valía sonreír y cambiar el chip. Esa tarde era especial para ella. Muchas lectoras anónimas buscarían su autógrafo impreso en un ejemplar de su novela; se harían fotos, *selfies* y demás con ella. Tenía que dejar de pensar en su ex. No merecía la pena.

Gabriella supervisaba todo para que no hubiera ni un solo fallo. Quería que su apuesta por Estefanía fuera una realidad. Ella creía en la historia que Estefanía había escrito. Tenía fuerza, entusiasmo, pasión, entrega por parte de ella. Lo tenía todo para triunfar. Además, contaba con Melina como madrina para la ocasión. Nada podía fallar.

—¿Estás preparada? —le preguntó a Estefanía cuando la vio—. Supongo que no estarás nerviosa.

—Bueno, la verdad es que la situación impone respeto.

—No es nada. Imagínatelos a todos desnudos —le aconsejó una Melina eufórica—. A mí me funciona.

—Menudo consejo —resopló Gabriella.

—¿Qué quieres que le diga? Y si tienes un tío buenorro en primera fila, mejor —le aseguró guiñándole un ojo.

—Será mejor dejar el tema y prepararnos. Ahí viene Alana, la dueña de la librería.

Giorgio salió con el tiempo justo de casa. No quería llegar a la presentación antes de la hora fijada porque no quería parecer impaciente por ver a Gaby. Y la verdad, le costó un poco no hacerlo. Pero ya estaba cerca y más si se fijaba en la larga cola de adolescentes y chicas algo mayores que hacían cola para entrar en la librería. ¡Joder, daba la vuelta a la calle! Giorgio sonrió y se alegró por la joven autora porque sabía que acabaría triunfando, y más si era Gabriella la que llevaba su novela. Se puso a la cola como uno antes las miradas de curiosidad de las chicas allí presentes, hasta que le llegó el turno de entrar. Aquella situación le venía de perlas, ya que no pretendía estar en primera fila, sino quedarse al fondo. Desde allí podía contemplar a Gabriella. Cogió aire cuando la divisó de pie detrás de la mesa. «Espectacular» fue la primera palabra que se le vino a la mente. Sería mejor que tratara de calmarse. Ya tendría tiempo de charlar con ella. A su lado reconoció a Estefanía y a Melina.

Gabriella sonrió complacida por la cantidad de jóvenes lectoras que se habían dado cita en la librería. Sin duda que la novela de Estefanía sería todo un éxito. Estaba tan entregada al evento que no se dio cuenta de la presencia de Giorgio hasta que su mirada se detuvo en la gente que se había quedado de pie al fondo de la librería. Fue en ese preciso instante que sintió un sudor frío apoderarse de su cuerpo primero, para convertirse de manera lenta en una ola de calor sofocante que se acentuó en su rostro. Gabriella se concentró entonces en él y se olvidó de por qué estaba allí. Escuchaba de lejos la voz de Melina hablando de la novela de Estefanía. Pero parecía que sus palabras le sonaban lejanas. Gaby deslizó el nudo que la mirada y la sonrisa de Giorgio acababan de provocarle. Y sin darse cuenta correspondió a su sonrisa y dejó que sus labios se curvaran de manera lenta.

Giorgio la vio sonreír con la mirada fija y enigmática. No la apartó de él durante al menos treinta segundos. El tiempo justo en que volvió a intervenir

por un breve momento para dar paso a la autora. Y cuando Giorgio esperaba que Gaby se centrara en esta, hizo todo lo contrario y volvió su atención a él.

Gabriella no podía evitar dejar de mirarlo. Trataba de asegurarse de que seguía allí. Que era real y no fruto de su imaginación. «Los meses pasados lejos de Bolonia y de mí le favorecen», se dijo una Gabriella que tenía la impresión de haber saltado de las páginas de la novela de autora. Estaba nerviosa como una de las adolescentes que llenaban la librería. Sintió las ganas de abandonar la mesa e ir en busca de él. ¿Se marcharía de inmediato o permanecería en Bolonia algunos días? La pregunta atenazó a Gabriella, pero más una de las dos posibles respuestas. ¿Y si se marchaba al día siguiente o uno después? ¿Iba a confesarle cuánto lo había echado de menos? ¿O a tal vez eran las ganas que tenía de verlo? Pero lo más importante de todo era saber si él seguía sintiendo lo mismo por ella porque, de ser así, iba a pedirle que se quedara a su lado.

Cuando llegó el momento de las firmas de ejemplares, Gabriella y Melina se apartaron para dejar sola a la protagonista del día. No obstante, hubo más de una que aprovechó la presencia de Melina para solicitarle una dedicatoria. Eso dejó a Gabriella sola, hasta que su hermana Lucía se acercó a ella.

—No te quejarás, ¿eh? Menudo exitazo, guapa.

—Sí, la verdad es que esto ha sobrepasado nuestras expectativas.

—¿Esperabas que también apareciera quien tú ya sabes? —Lucía le hizo un gesto a su hermana en dirección a Giorgio, quien permanecía en su lugar observándola. Lucía intuía que él no sabría si debía ir hacia su hermana o si, por el contrario, la propia Gaby fuera quien acudiera junto a él.

Gabriella sonrió. Sacudió la cabeza y resopló.

—No tenía ni idea de que aparecería aquí esta tarde, la verdad. Sabía que tenía que venir por el tema de la traducción de la novela de Estefanía — comentó mientras su hermana ponía cara de no entender nada—. Ya te conté que estaba en España trabajando para una editorial y que... Es igual, déjalo.

—Mejor me cuentas qué vas a hacer con él esta noche.

—No voy a...

—Entonces no te afectará que vuelva a marcharse. ¿Por qué no le haces una oferta para que se quede a tu lado? Apuesto a que hay una que él no rechazará ni por todo el oro del mundo. Voy a que Estefanía me firme el libro —le dijo mostrando su ejemplar.

—¿Tú también lo has leído? —preguntó Gabriella extrañada porque su hermana leyera novelas de adolescentes.

—¿Por quién me tomas? Claro que la he leído. Y me ha encantado. —Lucía le guiñó un ojo y se puso a la cola.

La librería comenzó a vaciarse de manera lenta y ordenada. Gabriella se encontró que no había nadie entre Giorgio y ella, salvo algunas sillas. Tenía la sensación de que estaban en un duelo, como en las películas del oeste. Mirándose de manera fija a los ojos por ver quién desenfundaba primero. En ese caso se trataba de ver quién daba el primer paso hacia el otro. Pero, para sorpresa de Gaby, fueron ambos los que comenzaron a acortar la distancia que los separaba hasta quedar separados por escasos centímetros.

Giorgio cerró las manos con fuerza para no acariciarle el rostro, para no rozarla si quiera. Pero se moría de ganas de hacerlo. No la recordaba tan preciosa, o bien se trataba de sus ganas por verla las que lo llevaban a pensar en ello.

—No esperaba verte aquí —le dijo ella rompiendo el hielo e intentando dominar su impaciencia por querer saber de él en todo ese tiempo que hacía que no se veían.

—No me lo perdería por nada.

—En cierto modo, todo esto es gracias a ti.

—Ni de coña, Gaby —le rebatió sonriendo burlón—. Tú eres la única artífice de esto —la corrigió paseando la mirada por las jóvenes lectoras que iban saliendo por la puerta de la librería con el ejemplar firmado por la autora.

—Pero sí tú no hubieras hablado con Estefanía y le hubieras aconsejado que

firmara con nosotros...

—Lo habría hecho de todas maneras porque sabe lo que le conviene.

—Siempre te has preocupado por mí. —Giorgio no pudo evitar sonreír ante aquella afirmación—. Supongo que tendrás prisa por regresar a Madrid. Así que, si quieres, podemos ir a las oficinas de la editorial y terminar con el papeleo de los derechos de autor para la traducción. No quiero hacerte perder el tiempo. Supongo que tendrás cosas que hacer y gente a la que ver.

Giorgio no pudo evitar sonreír divertido al verla hablar de aquella manera tan precipitada.

—¿Por qué me preguntas todo eso? No tengo ninguna prisa, ¿y tú?

—Pero... ¿Cuándo regresas?

—Cuando hayamos resuelto todo aquí.

Gabriella se sobresaltó al notar la determinación con la que él se lo decía, pero por encima de esto, la forma de mirarla, de acercar su rostro al de ella, de sentir su aliento rozar sus propios labios. Sintió el escalofrío recorrer su espalda cuando se fijó en cómo su reflejo aparecía en los ojos de Giorgio, como si de una señal se tratara.

Estefanía, Melina, Lucía y Silvia permanecían expectantes ante la escena que las cuatro contemplaban.

—¿Cuál de vosotras dos se va a hacer eco de esta historia? —preguntó Lucía con sorna sin apartar la mirada de la pareja.

—Melina. Yo soy más de escribir historias para adolescentes.

—Por mí no hay problema, pero si Gaby se entera de que lo hago...

—No te hará nada porque sabe lo que se juega —apuntó Lucía sonriendo con toda intención—. Por cierto, creo que este chico te busca, Estefanía. Lo digo porque lleva tu libro en la mano.

Estefanía se volvió para fijarse en este y, sin quererlo, no pudo evitar que una sonrisa flotara en sus labios.

—¡Luca!

—Espero llegar a tiempo y no molestar —le dijo mirando a las otras tres

chicas de refilón—. Pero me entretuve y...

«¿Por qué demonios balbucea? Se lo ve nervioso y algo cohibido», pensó Estefanía contemplándolo con una inusitada mezcla de diversión y expectación

—¿Puedes firmarme un ejemplar? —Luca se lo tendió ante las miradas de curiosidad de todas las demás, incluida Gabriella, quien se había acercado hasta el grupo una vez que terminó de hablar con Giorgio.

—¿Es para ti? —quiso saber una Estefanía sin salir de su asombro porque su amigo y compañero de clase estuviera allí.

—Sí, claro. Es para mí.

—Espero que te lo leas.

—Ya lo hice cuando lo ibas escribiendo y colgando en las redes sociales. Pensaba que, cuando me decías que querías escribir, lo decías en cachondeo, pero veo que hablabas en serio —le dijo cogiendo el libro en su mano.

—¿Qué te ha parecido? —Estefanía se mostró deseosa por saber su opinión. No había recibido ninguna procedente de un lector masculino, de manera que aquello era toda una novedad.

—Me gusta tu estilo directo, desenfadado. Muy real. Se nota que has disfrutado escribiéndolo. Por cierto, supongo que seguirás haciéndolo, ¿no? Me refiero a que esta no será tu primera y única historia. —Luca entornó sus ojos color café hacia ella, a la vez que formaba una arco de expectación con sus cejas.

—Ah... Sí, sí. Claro. Espero poder encontrar tiempo para seguir escribiendo.

—Me alegra escucharte decir eso. Bueno, yo... no te entretengo más. Supongo que tienes cosas que hacer.

—¿Te gustaría venir a tomar algo con nosotros? Bueno, si no te importa y no tienes nada que hacer. Y si nadie tiene nada que decir —sugirió Melina paseando su mirada por los allí presentes. Ninguno se opuso a aquella invitación.

—No tengo nada que hacer y por mí estaría encantado de compartir un rato

con dos famosas escritoras —comentó Luca mirando a Melina y a Estefanía para quedarse más de lo normal contemplando a esta última.

—En ese caso, podemos acercarnos a ver a Marco.

—Yo tengo que terminar de rematar unas cosillas con Alana, pero puedo veros allí a todos —se excusó Gabriella.

—Si no te importa, te espero —dijo Giorgio mirándola de manera fija. No iba a dejarla escapar esa noche. Ni hablar. Todos sus pensamientos y conjeturas en torno a Gaby iban a quedar resueltos esa noche.

—Estáaaaaa bienmmmm, chicos —dijo Melina arrastrando las palabras con toda intención—. Os vemos allí. ¿Cuándo narices se va a decidir tu hermana a agarrar a Giorgio por la pechera, estamparle un beso y decirle lo que siente por él?

Lucía suspiró.

—Le diré que, si no lo hace esta noche, seré yo en persona quien le tire los tejos a Giorgio, chicas.

—Esperadme un momento —pidió Estefanía volviendo hacia Giorgio—. Este es para ti.

Giorgio se sintió conmovido por el detalle. Un ejemplar de la novela dedicado y firmado.

—Gracias.

—A ti. Tenías razón cuando me dijiste que aceptara la oferta de ella —dijo haciendo un gesto hacia Gabriella.

—Ya te lo dije.

—Nos vemos luego.

Se marcharon de la librería mientras Giorgio observaba a Gabriella conversando con Alana.

Luego, a solas en la calle camino del café de Marco, Giorgio no quiso apartarse de ella y dejó que sus cuerpos se rozaran e, incluso, en algún que otro momento, su mano acarició de manera sugerente la de ella. Llegaron a la puerta del local de Marco y fue cuando Gabriella decidió retomar el tema que

más le interesaba esa noche.

—Te lo ha regalado Estefanía —dijo haciendo un gesto hacia el ejemplar de la novela.

Giorgio asintió sonriendo.

—Ha sido todo un detalle por su parte. Me encanta la portada. Sin duda que entra por los ojos —le confesó fijándose en la pareja de jóvenes que aparecían en actitud cariñosa.

—Gracias por tu sinceridad. Por cierto, no me has respondido cuando te pregunté si tenías prisa por cerrar aquí el tema de la traducción. La verdad es que faltan un par de cosas por acordar y ya estaría.

—¿Prefieres seguir hablando de trabajo después del éxito que has tenido con la presentación de la novela de Estefanía? ¿No piensas cambiar nunca? Por favor, Gaby, olvida la editorial por una noche —le pidió deteniéndose delante de ella al tiempo que la gente pasaba por su lado mientras entraba y salía del local.

—Vale, pero solo una última cuestión con respecto a ello.

Giorgio resopló con un gesto de comicidad. No podía con ella.

—De acuerdo. Cuéntamelo antes de entrar —le pidió haciendo un gesto con la cabeza hacia la entrada.

Gabriella se armó de valor para decirle aquello. Lo había estado meditando durante todo el día y creía que era lo más acertado. Giorgio permaneció en silencio sin atreverse a decir una sola palabra, esperando a que ella se pronunciara.

—Me gustaría que trabajaras en la editorial. El puesto podríamos discutirlo después de que aceptaras, claro. Sé que tienes tu puesto en España y que seguramente te irán las cosas de puta madre —le aseguró con una sonrisa irónica— porque en todos estos meses que han pasado desde que te marchaste, no has pisado Bolonia salvo hoy.

—¿Por qué?

—¿Cómo dices?

—Digo que por qué me haces esta oferta precisamente ahora. Te ofrecí mi colaboración antes de regresar a Madrid. ¿Qué ha cambiado, Gaby?

Ella se acercó un poco más hasta él, tratando de dominar sus nervios, sus deseos por besarlo, por decirle lo estúpida que había sido por no querer reconocer la verdad con él. Gabriella cerró los ojos unos segundo preparándose para lo que iba a decirle.

—Yo he cambiado. Y sería más acertado decir que tú me has cambiado.

Giorgio no hizo ni un solo gesto, lo cual confundió más a Gabriella. Verlo sin mostrar ninguna emoción le sentó como si acabaran de echarle un cubo de agua helada por encima.

—¿A qué te refieres?

—No soy muy buena confesando lo que siento, ¿eh? —bromeó intentando pasar el mal trago—. Te he echado de menos. Desde que te marchaste de vuelta a España, yo... no he vuelto a ser la mujer que era.

—¿Y eso te preocupa? Me refiero a si ese cambio que dices que has sufrido es malo para ti.

—Solo si te vuelves a ir. No podría soportarlo.

Giorgio sintió que el corazón se le detenía. ¡Lo había echado de menos! ¡Pretendía que él se quedara con ella! Harto de no poder tocarla como se merecía, Giorgio enmarcó el rostro de ella entre sus manos para contemplarla como nunca lo había hecho.

—¿Me estás pidiendo que me quede aquí contigo?

Gabriella deslizó el nudo que le impedía hablar, de manera que se limitó a asentir esperando que él aceptara hacerlo. De repente, sintió los pulgares de él rozarle las mejillas de manera lenta, tierna. Su boca curvarse en una sonrisa cálida que mitigó sus temores. Nada tendría sentido si él volvía a marcharse. Nada.

—¿Sabes el tiempo que llevaba esperando algo así?

—¿Desde los años de la universidad? —le preguntó arqueando una ceja con expectación.

Giorgio se inclinó sobre los labios de ella para rozarlos de manera lenta y calculada, lo que elevó la temperatura de ambos. Escuchó el gemido de aceptación del beso, ahogado en su propia boca. Los brazos de Gaby lo rodearon para aferrarse a él como si temiera que pudiera evaporarse de un momento a otro.

—Creo que ya puedes irte olvidando de lo que dijiste en la librería —le susurró Melina a Lucía cuando ambas iban a salir del bar a ver si los veían llegar y los divisaron justo frente a la entrada.

—Menos mal, porque, si te digo, la verdad me daba apuro entrarle a Giorgio. Y mira que somos amigos desde hace años y hemos compartido noches de fiesta —señaló Lucía contemplando a su hermana y a Giorgio besarse.

Cuando se separaron, Gabriella tenía la sensación de haberse quitado un peso de encima, de que todos sus miedos se habían evaporado. Al mismo tiempo se sentía feliz porque Giorgio la hubiera besado, lo que confirmaba que seguía sintiendo lo mismo por ella.

—Bueno, ya iba siendo hora, ¿no? —les dijo Lucía, aplaudiendo, con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro—. Te ha costado verlo, ¿eh? —dijo refiriéndose a su hermana.

—Más vale tarde que nunca —le rebatió esta—. No sé, tal vez lo haya sentido desde hacía mucho tiempo, pero no quería creerlo. ¡Joder, es mi mejor amigo y mi compañero en la universidad! Lo consideraba un hermano.

—Pues entonces estás cometiendo incesto —apuntó Melina irónica.

—Oye, ¿y Estefanía y Luca? —preguntó Gabriella cambiando en tema de conversación. Ya tendrían tiempo de aclararlo todo y de charlar largo y tendido.

Lucía y Melina se miraron y sonrieron de una manera bastante evidente.

—Dentro —dijo Lucía encogiéndose de hombros—. ¿Qué más te da dónde están o lo que hagan? Tú ya tienes lo que necesitabas. Anda, disfruta.

—Vamos dentro —sugirió sintiéndose el centro de atención de su hermana y

de su mejor amiga. Gabriella entrelazó sus dedos con los de Giorgio, un gesto que este no pasó por alto. La contempló, y ella se alzó para besarlo una vez más antes de que él dijera nada.

Estefanía y Luca se reían comentando anécdotas del curso y haciendo planes futuros. Estefanía no sabía cómo, pero la presencia de él había conseguido hacerla olvidarse de las decepciones sufridas con Pietro, su ex. Tal vez pensó que él aparecería en la presentación de su novela y que hablarían y buscarían la manera de arreglar lo suyo. Pero nada de eso había sucedido, lo cual le indicaba a Estefanía que su historia de amor, si podía calificarla como tal, había concluido. Y en ese momento, allí estaba junto a uno de sus compañeros de clase disfrutando de su éxito.

—No dejas de sorprenderme —le aseguró ella sonriendo y contemplándolo con los ojos entrecerrados, como si lo estuviera escrutando. Allí estaba él, con sus vaqueros desgastados, sus zapatillas y una camiseta que se ajustaba a su cuerpo y que resaltaba su musculatura. Con aspecto de estar en otra parte. Pero al mismo tiempo con un toque de intriga. Lo cierto era que nunca se había fijado demasiado en él porque solía ir por libre. Habían coincidido en la cafetería, en alguna fiesta, habían intercambiado apuntes y demás. Era un tío agradable por lo que sabía y conocía. Y el detalle de aparecer con su novela en la mano para que ella se la firmara... ¡Sin duda que había sido flipante!

—¿En qué sentido?

—Eres el primer y único tío que ha venido a que le firme la novela.

—¿Y eso es malo? —Luca entornó la mirada sin comprender qué significaba aquello para ella.

Estefanía movió la cabeza de un lado a otro.

—Es perfecto.

—Me gusta la literatura y no le hago ascos a ningún género. ¡Y, además, eres tú! —le dijo extendiendo los brazos hacia ella mientras la miraba de arriba abajo—. ¡La nueva autora de éxito de la novela italiana, coño!

Algunos de los que estaban a su alrededor giraron la cabeza para mirarla, lo

cual provocó que Estefanía se sonrojara, riera a carcajadas y sintiera que su corazón latía desaforado en su pecho. Se acercó a Luca para hacer que callara y, sin pensarlo, se vio atrapada entre sus brazos mientras seguía riendo y disfrutando del momento.

—Para, para. Me muero de vergüenza. Por favor.

Luca le hizo caso y la soltó. Pero no pudo dejar de contemplarla con una inesperada sensación de cariño. ¡Joder, era bonita, estaba buena y todo eso! Pero no iba a ser tan estúpido de liarse con ella esa noche por mucho que deseara hacerlo. No, no, ¿qué haría dentro de unas semanas cuando empezaran las clases en la facultad? ¿Presentarla como su chica? No. Ni hablar. Además, que él supiera, ella estaba saliendo con un amigo de él. Lo recordaba porque los había visto juntos a la salida de la facultad, cuando él pasaba por ella. Así que por mucho que le apeteciera, ella estaba prohibida. De manera que sería mejor dejarlo estar y dar un paso atrás.

Estefanía lo notó. El chispazo del deseo en la mirada de él, en su manera de acercarse, pero también percibió el paso atrás. Tal vez sabía que tenía novio, pero eso ya no era cierto. Ella lo había dejado con Pietro y podía hacer lo que quisiera.

—Esos dos acabarán juntos. Acuérdate de lo que te digo —le comentó Lucía a Melina observando a Estefanía y a Luca.

—No te lo discuto.

—¿Y tú con Marco? —le preguntó levantando la mirada hacia este, que permanecía tras la barra junto a su hermana Claudia.

—Vamos tirando.

—Bien.

—¿Y tú, qué? ¿No me cuentas nada? ¿Algún nuevo ligue en tu cama?

—Naaah, ahora voy de chica formal —le aseguró adoptando una pose seria.

—No me lo creo.

—Pues allá tú. Mira, otros dos —dijo señalando a Gabriella y a Giorgio.

Los vieron reír, charlar y susurrarse palabras al oído antes de que los

perdieran de vista. No se despidieron de nadie, sino que desaparecieron de repente. Buscaron la manera de quedarse a solas para recuperar el tiempo perdido. Tenían mucho que hacer y poco que decirse.

Capítulo 14

La luz de un nuevo día se filtraba a través de la persiana, abriéndose paso entre la oscuridad de la habitación hasta caer sobre el rostro de Gabriella. Esta se removió bajo el amasijo de sábanas y colcha en el que se había convertido la ropa de la cama. La noche anterior había sido algo... alocada. Gabriella se volvió y quedó con la espalda apoyada en la cama y la mirada fija en el techo, al tiempo que una sonrisa flotaba en sus labios. A continuación, se giró de manera lenta para quedarse embobada contemplando a su compañero en aquella travesía apasionada. Giorgio permanecía relajado. Su pecho subía y bajaba fruto de la respiración. Tenía el pelo revuelto y algunos mechones le caían sobre la frente. La barba comenzaba a despuntar en su rostro, lo que le otorgaba un aspecto desenfadado y atractivo a la vez. Gabriella apoyó la cara sobre la palma de su mano y se quedó contemplándolo como si no lo hubiera visto antes. Y lo cierto era que no había tenido ocasión de observar a Giorgio de aquella manera tan íntima y cercana. Dejó que uno de sus dedos trazara el perfil de su rostro con sumo cuidado de no despertarlo. Pero el leve gruñido de complacencia de él le indicó que no permanecía dormido. Pero Gabriella se detuvo un instante a la espera de su reacción.

—Puedes seguir con lo que estabas haciendo —le indicó sin abrir los ojos y sonriendo con ironía.

—Pensé que dormías.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —Giorgio la observó de reojo.

—No mucho, la verdad. Acabo de despertarme y sentí ganas de mirar cómo duermes. Estabas relajado.

Giorgio se volvió hacia ella y su mano le apartó el pelo del rostro; le acarició la mejilla hasta que el pulgar se centró en los labios de ella.

—No termino de creerme que esto haya pasado, Gaby.

Ella acunó su mano con la de ella para que no la retirara de su mejilla.

—Tal vez tenías razón y me dejé llevar por mi obsesión con los estudios, el trabajo. —Gaby sonrió de manera tímida, apartando la mirada de la de él.

—Eso ahora carece de importancia, ¿no crees?

—Todo este tiempo estabas ahí y nunca te vi. Nunca me di cuenta de lo que en verdad sentía por ti.

—¿Vas a confesarme que sentías algo por mí en la facultad? —le preguntó Giorgio con una sonrisa escéptica, incorporándose hasta quedar apoyado en el cabecero.

—No sabría qué decirte, la verdad. Lo que más me fascina de ti ahora que sé la verdad de por qué estabas conmigo a todas horas, es que me soportaras mientras te contaba mis problemas con los tíos. ¡Joder! De verdad, deberías haberme mandado a paseo de una puñetera vez —le aseguró riéndose a carcajadas. Giorgio ni se inmutó.

—No creas que no lo pensé en más de una ocasión. No creas. Pero no pude hacerlo. No tuve fuerzas para ello, o tal vez no quise.

Gabriella se quedó contemplándolo, sintiendo que los latidos de su corazón se intensificaban, que su piel se erizaba y que su vista se empañaba. ¡Joder, se estaba emocionando ante aquella confesión!

—Tú no eres de este mundo. Otro en tu lugar...

—Pero no soy otro, Gaby. Soy *yo*. Por eso he seguido enamorado de ti pese a la distancia, el tiempo y las circunstancias.

—Fue todo un detalle por tu parte lo de Estefanía, pero... —Gabriella sintió el dedo de él sobre sus labios instándola a que se callara.

—Deja el trabajo para más tarde.

—Tenemos que aclarar tu presencia aquí en Bolonia. Supongo que el asunto de la traducción y de... Pero... —La boca de Giorgio se apoderó de la suya sin remisión.

—Es la única manera que conozco para que te calles de una vez —le susurró antes de volver a besarla y escuchar las risas ahogadas de Gabriella.

—Bueno, bueno, pues ya está. Por fin te has dado cuenta de que Giorgio estaba destinado para ti —le aseguró Melina cogiendo la taza de su expreso para beber.

—Sí, todo está solucionado.

—¿Y de verdad Giorgio va a trabajar para ti? ¿No regresa a España? —Lucía, que se había apuntado a esa mini reunión matinal, contemplaba a su hermana con perplejidad, mientras esta asentía sin decir ni pío—. Es curioso que por fin estéis juntos. Reconoce que te ha costado, ¿eh?

—Si tardas un poco más en decidirte, aquí tú hermana le habría tirado los tejos a Giorgio —confesó Melina mirando a Lucía con cara de sorpresa.

—¿En serio? —preguntó Gabriella sin salir de su asombro.

—Naaaah, fue un comentario que hice la otra noche —aseguró Lucía restando importancia—. Pero, vamos, no darte cuenta de lo de Giorgio.

—¿A qué te refieres? —Gabriella frunció el ceño y sacudió la cabeza sin entender.

—Estaba claro que sucedería. Solo era cuestión de tiempo. ¡Coño, todos lo sabíamos!

—Sí, todos lo veíamos menos tú. Pensábamos que estabais liados, pero que preferíais llevarlo en secreto para que no os vaciláramos —apuntó Melina.

—Pero me desconcertaste, hermanita, la primera vez que te liaste con otro que no era Giorgio.

Gabriella se sentía abrumada y solo podía expresar con gestos su opinión al

respecto.

—Pobre Giorgio, todo el día a tu lado y tú sin darte cuenta.

—Yo creo que en el fondo sí lo sabía, pero no quería reconocerlo. Más bien, no quería aceptar que estaba pillada por su compañero de clase. Esa es la realidad —señaló Lucía guiñando un ojo a su hermana y apurando su café.

—¿Sabéis que las ventas de la novela de Estefanía van por buen camino? —preguntó cambiando el tema de la conversación a otro que no fuera ella misma.

—Eso está genial. La chica es simpática, divertida y con una mentalidad muy definida. Sabe lo que quiere —apuntó Melina.

—Sí.

—Oye, y del chico de la otra noche, ¿qué? ¿Son pareja? Porque yo los vi muy enrollados... —Lucía movió las cejas arriba y abajo con toda intención.

—¿Por qué narices quieres saberlo? ¿Acaso te interesa? —preguntó Gabriella, algo descolocada por el interés de su hermana.

—Simple curiosidad.

—Lo único que sé de ella es que está metida de lleno en una nueva historia. Me lo dijo el otro día. No como otras que están sentadas a mi lado. — Gabriella lanzó una mirada significativa a Melina, al mismo tiempo que empleaba un tono de voz bastante concluyente.

—Eso es genial —apuntó Melina obviando la referencia hacia ella.

—Chicas, os dejo. Tengo que ir a currar. Tengo turno de mañana —dijo Lucía levantándose de la silla.

—Cuando puedas quedamos.

—Ahora tienes entretenimiento con Giorgio. No te preocupes —le recordó Lucía.

—A ver cuando te echas un novio, Lucía —le comentó Melina mientras esta esgrimía en alto el dedo anular.

—Paso. Nos vemos, chicas.

—Tu hermana pasa de rollos, ¿no? —comentó Melina en un susurro.

—Está volcada en su trabajo en el hospital. Y lo de Angelo... le tocó mucho

la moral.

—Ya.

—¿Para cuándo tu próxima novela?

—Ehhhh, no tardaré. Descuida, que pronto te la entregaré. Ya casi está...

—Más te vale. Yo también me marchó. Así te dejo tiempo libre para escribir.

—Lo que tú digas. Saluda a Giorgio de mi parte. Oye, lo vuestro va en serio, ¿no?

Gabriella no respondió. Se limitó a sonreír una vez más antes de despedirse de Marco y de Claudia y salir por la puerta del café.

Gabriella observaba con incredulidad a Giorgio, sentada detrás de la mesa de su despacho en la editorial después de haber quedado con él para que se pasara por allí para formalizar su acuerdo.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no? ¿Qué te hace pensar que estoy bromeado?

—Pero... Tú...

—Si lo prefieres, puedo revocar mi renuncia y... —comenzó explicándole Giorgio con total naturalidad mientras Gabriella ponía los ojos como platos y sacudía la cabeza. No iba a permitirlo. No concebía su vida sin él a su lado.

—Ni se te ocurra. Quedas advertido —le aseguró esgrimiendo un dedo ante él como si lo amenazara.

—Si te pones en ese plan...

—Estoy esperando que me respondas a la oferta que te hice el otro día. Por ese motivo te pedí que vinieras a la editorial. Si no piensas regresar a Madrid... —Gabriella entornó la mirada hacia él esperando a que se decidiera y le diera la respuesta que ella quería escuchar.

—¿No te ha quedado claro todavía? —Giorgio se levantó de la silla, rodeó la mesa ante la atenta y curiosa mirada de ella, apoyó las manos sobre los reposabrazos del sillón y se inclinó sobre su rostro. Tanteó sus labios con

delicadeza, lentitud y decisión mientras Gabriella cerraba los ojos y gemía—. Lo de Madrid está cerrado con el acuerdo de derechos de autor para la traducción de la novela de Estefanía. No tengo ningún compromiso con ellos. He llamado a Roberto para decirle que no vuelvo, algo que ya intuía.

—Repítelo. No me ha quedado claro —le urgió rodeando el cuello de Giorgio con sus brazos para atraer su boca hacia la de ella y, de ese modo, sellar el acuerdo.

—Pensaba que eras de las personas que lo captaban todo a la primera —le dijo Giorgio observando como el color de sus ojos parecía cambiar en función de su estado.

—Eso era antes.

—¿Antes de qué?

—De darme cuenta de que me gusta que me repitas las cosas. Y ahora dime, ¿qué hay de comprometerte con *Essenza de Donna*? —Gaby arqueó una ceja con suspicacia y frunció sus labios.

—Lo haré por la editorial, a pesar de que tengo algunas ofertas nada desdeñables, ¿sabes?

—¿Solo con la editorial? —preguntó Gaby entrecerrando sus ojos sin terminar de creerlo.

—Sí, porque su editora ya lo hizo conmigo hace poco. Tarde, pero lo hizo. —Giorgio sonrió de manera irónica y Gabriella dejó caer la cabeza hacia atrás, riendo a carcajadas antes de que estas fueran sofocadas por los gemidos que los besos de Giorgio le estaban provocando.

Agradecimientos

A Penguin Random House y Ediciones B, por seguir confiando en Laimie Scott.

A Lola Gude, por seguir, incansable, al pie del cañón.

A Maribel, por su dedicación, su sinceridad y consejos. Por estar siempre ahí.

A la correctora, Mimi, porque siempre sabe sacar lo mejor de la historia con sus sugerencias y comentarios. ¡Muchas gracias!

Y por último, pero no menos importante, a ti, lector/@, gracias por haber llegado hasta aquí. Espero que pronto vuelvas a sumergirte entre las páginas de una de mis historias. GRACIAS por tu confianza una vez más.

Si te ha gustado

Sin compromiso

te recomendamos comenzar a leer

Dos vidas en un alma

de *Victoria Magno*



Zarah salió de la ducha con cautela. Tenía la cabeza perdida, como si hubiera metido su cerebro en una licuadora durante la noche y al despertar tuviera un batido muy revuelto en su lugar.

Después de colocarse la ropa interior, se envolvió en una toalla y salió en dirección a su habitación, antes de comenzar a escuchar los habituales golpes matinales de Maricarmen exigiendo el uso del baño.

Con el frío que estaba haciendo le hubiera venido bien su bata, pero no tenía idea de dónde estaba, como tantas otras de sus cosas.

Esas últimas semanas habían sido una locura. Desde que había vuelto a casa se sentía como si se hubiera subido en una rueda de la fortuna, con momentos arriba y otros abajo. Aunque últimamente estaba más abajo que arriba...

Definitivamente la parte económica no mejoraba en su hogar y eso afectaba a su familia de muchos modos distintos. Ya casi no veía a sus padres; sus hermanos estaban distantes, Javier no dejaba de trabajar, Maricarmen de estudiar, Marijó se había vuelto más antipática que nunca y los pequeños sumamente rebeldes y tenían pataletas a cada oportunidad. Si a eso aumentaba la presión de la escuela, los exámenes y el entrenamiento (en el que todavía no mejoraba en absoluto), se sentía como si cargara el mundo entero sobre los hombros.

Ya ni mencionar el hecho de tener a toda su familia vigilándola de cerca, como si fuera una especie de bomba que estuviera a punto de hacer explosión en cualquier momento.

Su abuelo había enviado al equipo completo de Allan a casa con ellos cuando regresó a su hogar, y tenía visitas frecuentes de Aidan y Alberto, como si debieran cerciorarse con sus propios ojos de que continuaba con vida.

Eso no ayudaba en nada a la relación con sus padres, quienes parecían más

tenso que nunca, como si su privacidad fuera invadida a cada segundo. Sin mencionar que ahora ellos también estaban tras ella, en especial Miranda, a cada momento del día, preocupados de que no fuera a caer en «coma» una vez más.

Allan debió usar esa palabra para tranquilizarlos, lo cual sin duda era mucho mejor que decir «su hija ha estado muerta gracias a un hechizo sumamente potente y extraño que su madre natural hizo en ella cuando solo era una niña, para ocultar un secreto que nadie conoce, y puede que nadie llegue a conocer antes de que la mate de un momento a otro».

Sí, eso sería fabuloso para terminar de volver locos a sus padres...

Lo único bueno de todo esto, era que Javier había optado por dormir en la habitación de Manolo hasta que ella mejorara, y así le había dado la oportunidad de tener su propia habitación por más tiempo.

Unos días de paz, en medio de esa locura, le venían de maravilla, sin duda.

Intentando apartar todas esas ideas dramáticas de su cabeza, Zarah entró en su habitación, cuidando de cerrar con llave la puerta. Manolo tenía la mala costumbre de entrar sin tocar, y odiaba tener que gritarle a su hermanito por pillarla siempre en bragas y sostén. Definitivamente ese día no estaba de humor para soportar aquello, mucho menos cuando traía solo una toalla...

—Zarah —escuchó un susurro en su oído que la hizo pegar un grito. Allan se apuró a cubrirle la boca con la mano, aunque demasiado tarde.

En seguida escucharon un golpe en la puerta, acompañada por la voz de Miranda.

—¿Zarah, estás bien?

Zarah inspiró hondo, intentando calmarse. No le convenía que su voz sonara alterada. No si quería convencer a su madre de que estaba bien y pasara desapercibido el novio en su habitación mientras ella estaba casi desnuda, por excepción de una simple toalla y su ropa interior.

—Sí, mamá... Vi una araña y me asusté —mintió, diciendo lo primero que se le ocurrió.

—Ay, hija, son solo criaturas inocentes, no las temas, sirven para matar otros insectos que de otro modo formarían plagas.

—Vale, mamá... gracias —masculló, intentando ignorar la sensación del cuerpo de Allan abrazado al suyo, su mano en derredor de sus hombros desnudos...—. Prometo no matarla si ella no se mete conmigo de nuevo.

Miranda rio.

—Me parece bien, Zarah. De lo contrario sácala al jardín, allí no molestará a nadie.

—Ok, mamá...

—Vale, te dejo vestirme en paz. Date prisa, se hace tarde para el colegio.

—Sí, mamá. —Exhaló una bocanada de aire cuando finalmente escuchó los pasos de su madre alejándose por el pasillo.

—¿Vas a sacarme al jardín o vas a terminar de darme con un zapato? — bromeó Allan en su oído, pero su aliento cálido contra su oreja no hizo más que aumentar su nerviosismo.

Lentamente se dio media vuelta, todavía perturbada por su tacto cálido, tan cercano a ella...

Y su intranquilidad creció al toparse de frente con Allan. Había algo en él, algo extraño... Sus ojos... Eran sus mismos ojos, pero a la vez, lucían diferentes... Como si se hubieran oscurecido y al mismo tiempo brillaran intensamente.

Sin decir una palabra, él la besó, un beso profundo como nunca le había dado antes. Zarah se estremeció, no se esperaba ese beso, tampoco sus manos recorriendo su espalda hasta llegar a su cintura y alzarla en brazos, pegándola contra su cuerpo en un abrazo tan intenso como era ese beso.

Y sencillamente se dejó perder...

Le rodeó el cuello con los brazos, dejándose llevar por ese momento, buscando de algún modo sentirse más unida a él. Lo amaba, Dios, cómo lo amaba, y se sentía tan bien estar tan cerca de él... Se sentía... correcto.

Las manos de él vagaron por su espalda, desde sus hombros hasta su cintura.

La toalla cayó al piso, dejándola expuesta únicamente con el sujetador y las bragas, pero a ella no le importó, solo le importaba estar unida a él, no romper ese momento mágico entre ellos.

Allan la cargó en brazos y ambos cayeron en la cama, todavía deshecha, un amasijo de brazos y piernas. De algún modo, Zarah había conseguido quitarle la camisa, y ahora se encontraban piel con piel, unidos en un beso apasionado y tan ardiente como ella no había conocido otro en su vida.

Las manos de él exploraban su cuerpo, acariciándola en lugares que nunca antes la había tocado otra persona. Zarah suspiró, invitándolo a continuar, a ahondar ese acercamiento como solo querría hacerlo con él...

Allan se apartó, solo un poco, buscando con sus ojos su mirada, contemplándola... Zarah se sintió estremecer, era como si pudiera leer su pensamiento, como si pudiera saber lo mucho que él la amaba, como si con solo los ojos pudiera expresarle una adoración silenciosa. Un amor que solo era para ella...

Y se sintió plena, dichosa, amada... completamente entregada a él.

Le rodeó el cuello con los brazos, acercándolo una vez más a ella para besarlo. Y entonces sucedió...

Una luz en su cuello se encendió y atrapó su mirada.

Zarah se vio inmersa en la oscuridad una vez más... La única luz existente provenía del pecho de Allan... ¡Allan!

Él la miró a los ojos, que ahora se habían vuelto tan luminosos como la piedra que colgaba de su cuello. La miraba fijamente, como si sintiera la necesidad de mantener la vista sobre ella sin detenerse ni siquiera para parpadear.

El mundo comenzó a cambiar a su alrededor. La oscuridad se volvió turbia, la luz se mezclaba con el humo y la niebla, la nada fue reemplazada por altos cerros verdes y fueron rodeados por vegetación selvática. El suelo a sus pies se volvió inestable...

—No... —musitó Zarah, reconociendo el lugar—. No otra vez...

Sintió la calidez conocida de la mano de Allan cerrándose sobre la suya.

Zarah alzó la vista y sus ojos se conectaron con los de él, no había palabras entre ellos, pero sabía que él estaba allí para ella, apoyándola... Él también sabía dónde se encontraban.

Y entonces la vio...

Por primera vez desde la perspectiva de un espectador.

Su madre corría con la versión infantil de ella en brazos. Elizabeth mantenía el rostro de su hija oculto sobre su hombro, intentando protegerla del horror que las rodeaba.

Y Zarah vio por primera vez aquello de lo que su madre la había protegido...

El terror había tomado forma en los miles de figuras oscuras que se cernían sobre ellas. En sus recuerdos eran solo unos cuantos, no fue hasta ese momento que se dio cuenta del ataque masivo que habían sufrido con su madre.

«Tu madre era poderosa», recordaba haber escuchado decir a su tío, «debió ser un gran ataque para que ella sucumbiera...».

Y tenían razón. De verdad que tenían razón...

Miles de seres de todo tipo se cernían sobre ellas, más de los que podía vislumbrar, como si de gotas de lluvia se trataran. Elizabeth hacía lo posible por defenderla, por huir... Pero no había escape posible. Estaban completamente rodeadas.

Zarah sintió la desesperación en carne viva, el dolor de su madre por saber que pronto se separaría de su hija para siempre, por aquello que pronto estaba por suceder...

Y sucedió...

Vio caer a su madre una vez más, solo que ahora tenía la visión completa al estar observando desde la distancia:

Su madre había puesto algo en su cuello, una luz que se encendió un momento antes de que Zarah desapareciera y su madre se lanzara al vacío, llevando con ella la capa de su hija. De lejos no se notó, lució natural, como si

Elizabeth hubiera preferido lanzarse con su hija en brazos al vacío, una muerte mucho más noble que caer en las inciertas garras de sus enemigos.

Escuchó el grito furioso de sus atacantes, frustrados ante la pérdida de su presa. Ellos no habían visto la luz, no la habían visto desaparecer. Todos se arremolinaban en torno al puente roto, observando a la distancia el profundo cañado por el que su madre había caído...

—Zarah, no... —Sintió la mano de Allan apretar con más fuerza la suya, impidiéndole avanzar.

Ni siquiera había notado que lo hacía.

Él parecía sorprendido de poder hablar, caminó hasta que su cuerpo bloqueó el de ella, impidiéndole ver más.

—Será mejor que no veas eso...

—¿Por qué no? Es mi madre... —El gruñido de un conjunto de voces interrumpió sus palabras.

Vio pasar a Flagpaom a su lado, corriendo en dirección al puente acompañado por Flérída... La ira se encendió en su interior. Ellos habían sido los culpables de ese ataque, de la muerte de su madre...

—Zarah, tu luz... —escuchó a Allan antes de darse cuenta de que ella comenzaba a brillar, envuelta en una luz azul.

—¿Puedes verla? —La voz de Flérída llegó hasta ella, sobre los gruñidos bestiales de los raya, sus atacantes, reunidos en torno a la cañada, todos con sus fieros ojos fijos en el vacío.

—Se ha ido... —Escuchó una profunda voz a su espalda.

Zarah se giró, había un hombre oculto en la penumbra. No pudo ver de quién se trataba, su rostro estaba oculto tras una máscara y su cuerpo cubierto con una capa con capucha.

—Señor... No ha sido culpa mía... —La voz de Flagpaom se interrumpió repentinamente. Él se llevó ambas manos al cuello, jadeando estrepitosamente cuando una mano invisible se cernió sobre su cuello, ahogándolo.

—No me interesan tus excusas, Flagpaom —escuchó decir al hombre de la

capucha—. Baja enseguida y sondea el río, no me importa si has de tener que drenar hasta la última gota, hazlo y encuéntrala...

—Pero señor...

—¡Encuéntrala! —repitió el hombre, y Flagpaom se retorció en su lugar, como si hubiera sido electrocutado de repente.

El ataque cesó y Flagpaom cayó al piso, flácido y tirado sobre el suelo de tierra como una alfombra vieja...

Y Zarah sonrió de gusto de verlo de ese modo.

—Encuéntrala —repitió el hombre, retrayéndose más entre las sombras—. Ella es la única que sabe dónde encontrar la Mariantella...

Allan lanzó una exclamación ahogada y soltó su mano, dispuesto a salir en persecución de ese hombre.

Al instante el mundo a su alrededor se sumergió en un torbellino de luz y oscuridad. Allan volvió sobre sus pasos, abrazando a Zarah con la intención de protegerla, pero era tarde. Ella caía en el remolino.

—¡Zarah...! —gritó, alzando la mano hacia ella.

—¡Allan! —Zarah se estiró todo cuanto pudo. Los dedos de su mano rozaron los de Allan... Y entonces él se disolvió en la nada.

Al igual que todo a su alrededor.

En ocasiones no vemos que lo que nos falta ha estado siempre a nuestro lado.



Gabriela anda en busca de un nuevo talento para su editorial. Decide acudir a la Feria del Libro de Bolonia en busca de esa nueva figura del romance New Adult: Stefania Lambertti. En Bolonia se reencontrará con Giorgio, compañero de fatigas en la facultad. El propio Giorgio se ha preguntado durante todos estos años el porqué de que entre Gabi y ella no surgiera nunca la chispa del amor, ¿acaso tenían miedo a estropear su relación de amistad? Pero Giorgio trabaja en la competencia que pretende hacerse también con los libros de Stefania Lambertti.

Comienza entonces una lucha de intereses por ver quien consigue a la joven promesa de la literatura italiana. Y lo que en un principio fueron buenos gestos, miradas largas y algún que otro escarceo sexual, terminará por desencadenar una batalla en el campo de los negocios que afectará a la relación de ambos.

Sin embargo, cuando todo indica que Giorgio va a llevarse el gato al agua, renuncia al logro, porque comprende que hay algo más importante para él que una escritora con futuro.

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Laimie Scott

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-07-4

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Sin compromiso

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Laimie Scott

Créditos